



ETIQUETA ESPIONAJE

ESCUELA DE MADMOISELLE GERALDINE • LIBRO 1

GAIL CARRIG

Lectulandia

Una cosa es aprender a hacer una reverencia correctamente y otra muy distinta aprender a hacer una reverencia y lanzar un cuchillo al mismo tiempo. Bienvenida a la Academia de la señorita Geraldine.

Sophronia, a sus catorce años, no hace otra cosa que provocar quebraderos de cabeza a su pobre madre. La joven está más interesada en desmontar relojes y trepar a los árboles que en observar las buenas formas y lo único que su familia anhela es que nadie vea su atroz reverencia. La señora Temminnick está desesperada porque su hija se convierta en una dama y, con este propósito, inscribe a Sophronia en la Escuela de mademoiselle Geraldine para el perfeccionamiento de señoritas de alta alcurnia.

Pero Sophronia pronto se da cuenta de que la escuela no es exactamente lo que su madre había esperado. En la academia de mademoiselle Geraldine las jóvenes aprenden a perfeccionarse... en todo. Es cierto que son instruidas en las bellas artes de la danza, el buen vestir y la etiqueta, pero también en el refinado arte de la muerte, la distracción y el espionaje, aunque por supuesto siempre de la manera más cortés posible. Sophronia y sus amigas van a tener un primer año apasionante en la escuela.

Lectulandia

Gail Carriger

Etiqueta y espionaje

Escuela de Mademoiselle Geraldine - 1

ePub r1.0

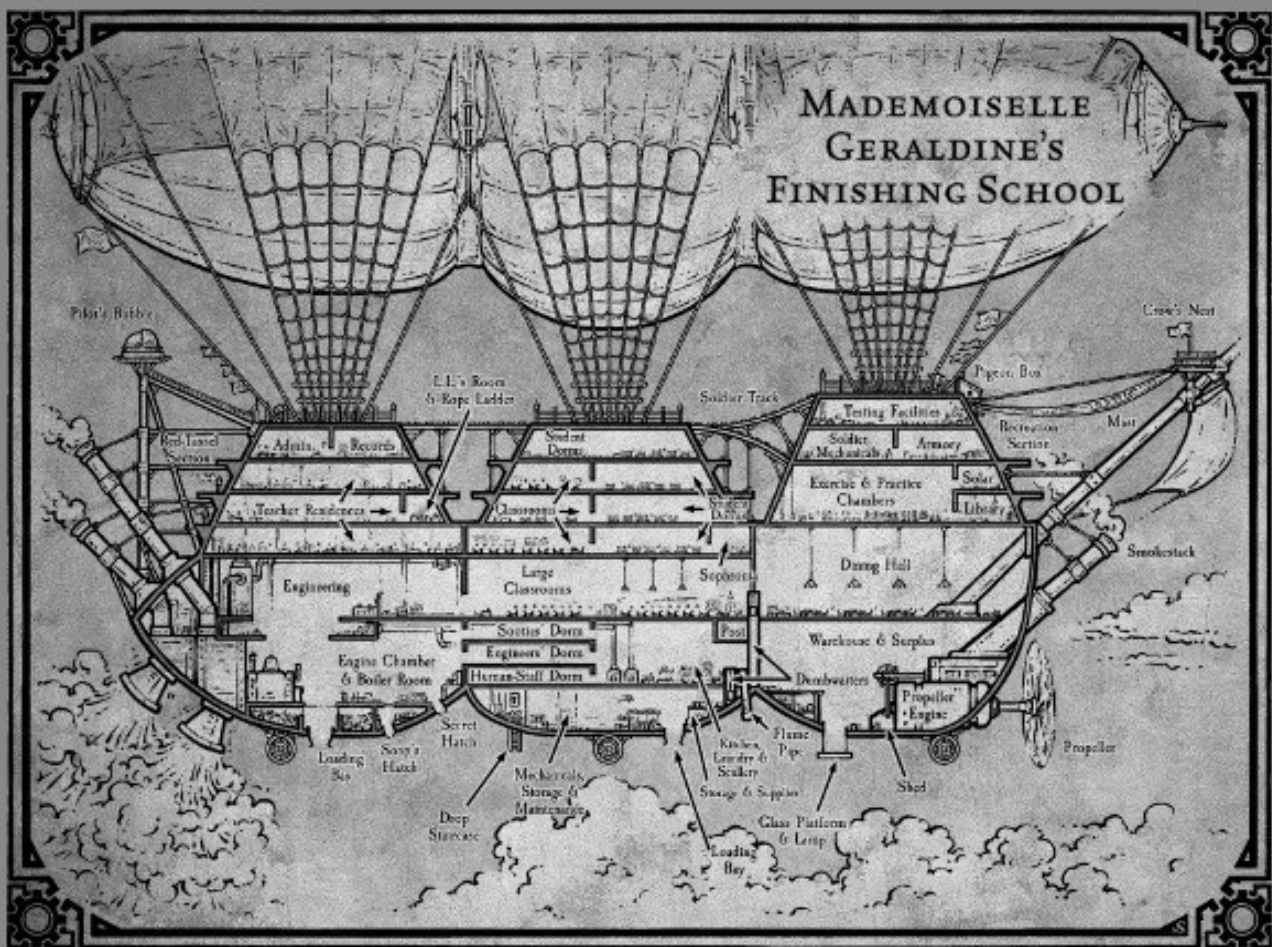
Titivillus 06.01.18

Título original: *Etiquette & Espionage*
Gail Carriger, 2013
Traducción: Fauvar (Proyecto Scriptorium)
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Traducción del Proyecto Scriptorium



ePubLibre

Gracias eternas a todos aquellos que me ayudaron a perfeccionarme en cada etapa de mi vida y de la mejor de las formas posibles: Kathy, Carol, Harriet, James, Anne, Joe, Timi, Judith y Tom. No hay trabajo más duro que el de la enseñanza, y ser realmente bueno en él es heroico. También a Willow, que representa a la siguiente generación.

LECCIÓN 1

El principio del perfeccionamiento

Sophronia estaba intentando elevar el montaplatos desde la cocina hasta el exterior del salón principal de la planta baja, donde la señora Barnaclegoose estaba tomando el té. La señora Barnaclegoose, esa vieja arpía entrometida, había llegado acompañada de una desconocida. Con los pasillos patrullados por sus hermanos y por los autómatas domésticos, quedaba totalmente descartada la posibilidad de pegar el oído a la puerta. La única forma de poder escuchar a escondidas a su madre, a la señora Barnaclegoose y a la desconocida era desde el interior del montaplatos. La señora Barnaclegoose tenía opiniones firmes acerca de la reforma de las hijas de otras mujeres. Sophronia no quería ser reformada, lo que le había llevado a forzar la incorporación del montaplatos al servicio del espionaje.

El montaplatos, en completo desacuerdo con la idea de detenerse en la planta baja, siguió adelante, subiendo las cuatro plantas que tenía la casa. Sophronia examinó el cabestrante del techo del aparato. El mecanismo elevador estaba compuesto por varios metros de flejado de caucho indio. *Quizá si retiraba el flejado, el montaplatos quedaría liberado.*

El montaplatos no tenía techo; no era más que un trozo de plataforma con un cable de soporte en el interior y un cable de tracción en el exterior. Sophronia levantó la mano y liberó el flejado. No pasó nada, por lo que retiró un poco más.

Estaba cubriéndose protectoramente las botas con el caucho indio —su madre se había estado quejando últimamente del estado de sus zapatos— cuando el montaplatos comenzó a temblar.

Sophronia se lanzó hacia el cable de tracción, pero antes de tener la oportunidad de agarrarlo, el montaplatos comenzó a descender con rapidez. Con mucha rapidez. Con demasiada rapidez. La puerta de carga del tercer piso pasó de largo a toda velocidad, y después la del segundo. *Quizá retirar el flejado no había sido un plan tan brillante.*

En cuanto apareció la parte superior de la siguiente puerta de carga, Sophronia se lanzó hacia delante, zambulléndose a través de ella en el salón principal de la casa. La falda superior de su vestido se enganchó en el borde de la puerta haciendo un ominoso sonido al rasgarse.

Por desgracia, el gran escape de Sophronia coincidió con el momento en que una

de las doncellas estaba introduciendo un trifle a medio comer en el montaplatos.

Sophronia golpeó el pudding al salir. La criada gritó. El trifle salió volando por los aires esparciendo natillas, bizcocho y fresas por todo el mobiliario de brocado azul y crema del bien equipado salón.

El cuenco aterrizó con gloriosa perfección en la cabeza de la señora Barnaclegoose, que no era el tipo de mujer que apreciara el lado positivo de ser coronada por un trifle. Aún así, fue un gran espectáculo ver como el cuenco derramaba su contenido sobre el sombrero de la buena señora. Hasta ese momento, el sombrero había sido bastante elegante: rojo con cintas de terciopelo negro y plumas de avestruz de color carmesí. La incorporación del trifle, había que admitirlo, hacía que pareciera menos elegante. Sophronia, en un acto de gran moderación, contuvo una risita triunfal. *Eso le enseñará a no entrometerse.*

La señora Barnaclegoose era una mujer alta de inclinaciones progresistas, lo cual equivalía a decir que apoyaba la reforma social en cuanto a vampiros y licántropos, jugaba asiduamente a las cartas, albergaba un fantasma en su casa de campo, e incluso llevaba ocasionalmente vestidos franceses. Aceptaba que los dirigibles serían los medios de transporte del futuro y que pronto la gente sería capaz de volar a través del éter. No era, sin embargo, lo suficientemente progresista como para aceptar alimentos voladores. Profirió un grito de horror.

Petunia, una de las hermanas mayores de Sophronia, estaba haciendo de anfitriona en ese momento. Blanca como el papel y totalmente mortificada, corrió en auxilio de la mujer mayor y la ayudó a quitarse de encima el cuenco de trifle. Madre no estaba por ningún lado. Esto puso más nerviosa a Sophronia que el hecho de que acababa de agredir a una aristócrata con un trifle.

La señora Barnaclegoose se puso de pie con tanta dignidad como las circunstancias se lo permitían y miró a Sophronia, que estaba despatarrada sobre la lujosa alfombra. La falda de Sophronia estaba totalmente desgarrada y la muchacha se sintió mortificada al darse cuenta de que estaba en público con las enaguas al descubierto.

—Su madre está ocupada en una audiencia privada importante. Pensaba esperar a que terminara. Pero después de esto, voy a tener que interrumpirla. ¡Estamos en 1851 y pensaba que vivíamos en un mundo civilizado! Sin embargo, es usted tan terrible como un licántropo, jovencita, y alguien tiene que tomar cartas en el asunto.

La señora Barnaclegoose consiguió que sonara como si Sophronia fuese la única responsable de la mala reputación del Imperio Británico. Sin permitir ningún tipo de réplica por parte de la chica, la dama salió tambaleándose de la sala, con un pegote de natillas deslizándose por su almidonada falda.

Sophronia se dejó caer de espaldas con un suspiro. Debería estar examinándose en busca de lesiones o intentando buscar los restos de su vestido, pero desplomarse era más dramático. Cerró los ojos y contempló los posibles reproches que pronto recibiría de su disgustada madre.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas.

—¡Sophronia Angelina Temminnick!

Oh, oh. Abrió un párpado con cautela.

—¿Sí, Petunia?

—¿Cómo has podido? ¡Pobre señora Barnaclegoose!

Actuando hoy como madre suplente tenemos a la hermana mayor. Fantástico.

—Como si yo pudiera planificar una cosa así.

Sophronia estaba molesta por la insolencia infantil en su propia voz. Era incapaz de controlarla cuando sus hermanas estaban cerca.

—Me atrevería a decir que lo harías si pudieras. ¿Qué estabas haciendo dentro del montaplatos? ¿Y por qué estás ahí tumbada en enaguas y con goma india alrededor de los pies?

—Eh, ummm, bueno, verás... —murmuró Sophronia entre evasivas.

Petunia miró hacia el interior de la cavidad abierta del montaplatos, donde los restos de la falda de su hermana colgaban alegremente.

—Oh, por el amor de Dios, Sophronia. ¡Has estado escalando otra vez! ¿Qué eres, un bribonzuelo de diez años?

—En realidad, estoy en medio de un periodo de recuperación. Así que, si no te importa marcharte hasta que haya terminado, te lo agradecería.

Petunia, que a sus dieciséis años se consideraba *toda una adulta*, no le hizo ni caso.

—Mira el desastre que has armado. Pobre Eliza.

Eliza, la doncella ahora desprovista del trifle, estaba tratando de poner un poco de orden en el caos resultante de haberse topado inesperadamente con Sophronia saliendo del montacargas.

Sophronia se arrastró hasta donde estaba la criada para ayudarle con las fresas y el bizcocho que ahora cubrían la habitación.

—Lo siento, Eliza. No era mi intención.

—Nunca lo es, señorita.

Petunia no estaba para distracciones.

—¡Sophronia!

—Bien, hermana, si lo piensas bien, en realidad yo no he hecho nada.

—Dile eso al adorable sombrero de esa pobre mujer.

—Fue el trifle el que lo hizo.

El perfecto mohín reprobador de Petunia se transformó en una mueca que bien podría haber sido un intento de ocultar una sonrisa.

—De verdad, Sophronia, tienes catorce años y realmente no eres apta para estar en público. Me niego a que asistas a mi baile de puesta de largo. Harás algo terrible, como derramar ponche encima del único chico atractivo de la fiesta.

—¡Eso no va a pasar!

—Oh, sí, ya lo creo que sí.

—No, de eso nada. Además, nosotras no conocemos a chicos atractivos.

Petunia ignoró la pulla.

—¿Es que tienes que ser siempre tan fastidiosa? Siempre pasa algo. —Le dirigió una mirada engreída—. Aunque creo que mamá finalmente ha decidido lo que va a hacer contigo.

—¿Que ella ya ha decidido? ¿Hacer? ¿Hacer qué? ¿Qué está pasando?

—Mamá está llegando a un acuerdo para que los vampiros se encarguen de proporcionarte una educación apropiada. Ya eres lo bastante mayor como para que ellos se interesen en ti. Pronto te recogerás el cabello hacia arriba... ¿qué otra cosa podemos hacer contigo? Además ya te está empezando a crecer el escote.

Sophronia se sonrojó totalmente avergonzada ante la sola mención de semejante cosa, pero consiguió farfullar una protesta.

—¡Ella nunca haría eso!

—¡Oh, sí! ¿Con quién crees que está hablando en este preciso momento? ¿Por qué crees que es una reunión tan secreta? Los vampiros son así.

Claro que su madre había proferido amenazas al respecto cada vez que alguno de los pequeños Temminnick se había mostrado especialmente rebelde. Pero Sophronia nunca había creído realmente que tal cosa fuera posible.

—¡Pero es la hora del té! Los vampiros no pueden estar aquí. No pueden salir a la luz del día. Todo el mundo lo sabe.

Petunia, con su estilo tan característico, desestimó este razonamiento con un descuidado movimiento de mano.

—¿Realmente crees que enviarían a un *auténtico* vampiro por alguien como tú? Oh, no, es un zángano el que está hablando con mamá. Apuesto a que justo en este momento están preparando el contrato de servidumbre.

—Pero yo no *quiero* ser el zángano de un vampiro. —Sophronia hizo una mueca—. Me chuparán la sangre y me obligarán a vestir a la última moda.

Petunia asintió con aquella expresión tan irritante de yo-sé-más-que-tú.

—Sí. En efecto. Eso es lo que harán.

Frowbritcher, el mayordomo, apareció en la puerta. Se detuvo en el umbral mientras sus rodillos se acoplaban a los raíles del salón. Era lo último en autómatas domésticos, del tamaño y la forma de un arbusto de torvisco. Rodó hacia delante y miró por encima de su ganchuda protuberancia nasal a Sophronia. Sus ojos eran sendos círculos de color negro azabache que expresaban una perpetua desaprobación.

—Señorita Sophronia, su madre desea verla inmediatamente. —Su voz, que emanaba de una caja de música dentro de su cuerpo de metal, tenía un sonido metálico y áspero.

Sophronia suspiró.

—¿Me va a enviar con los vampiros?

Petunia arrugó la nariz.

—Supongo que hay alguna posibilidad de que no quieran llevarte con ellos.

Quiero decir, Sophronia, ¡mira cómo vas!

El mayordomo se limitó a repetir, sin ningún tipo de inflexión en la voz:

—Inmediatamente, señorita.

—¿Debería ir a las caballerizas? —preguntó Sophronia.

—¡Oh, madura de una vez! —exclamó Petunia con disgusto.

—¿Para que así pueda ser un perrito faldero engreído como tú? —*Como si madurar fuera algo que se contagiara, que se pudiera contraer asociándose con hermanas mayores entrometidas.* Sophronia siguió a Frowbritcher, restregándose nerviosamente las manos cubiertas de natillas contra el delantal. Esperaba que este ocultara el deshonroso, o más bien ausente, estado de su falda.

El mayordomo se deslizó por el pasillo, conduciéndola a la biblioteca de su padre, donde se había dispuesto un elaborado servicio de té, que incluía manteles de encaje, bizcocho y el mejor juego de tazas de porcelana de la familia, en un despliegue mucho mayor del que nunca habían hecho con la señora Barnaclegoose.

Sentada frente a la madre de Sophronia, bebiendo té, había una elegante señora con expresión agria y un sombrero grande. Parecía exactamente el tipo de mujer que se podría esperar que fuera un zángano al servicio de un vampiro.

—Aquí tiene a la señorita Sophronia, señora —dijo Frowbritcher desde la puerta, sin molestarse en transferir los rodillos. Se deslizó fuera, probablemente para conseguir refuerzos para limpiar el salón principal.

—¡Sophronia! ¿Qué le has hecho a la pobre señora Barnaclegoose? Se ha marchado de aquí hecha toda una furia.... ¡Oh, mírate! Disculpe la apariencia de mi hija, mademoiselle. Le diría que esto es una aberración momentánea pero, por desgracia, es algo demasiado frecuente. Así de problemática es la chica.

La desconocida le dedicó a Sophronia una mirada remilgada que la hizo sentir como si tuviera seis años. Era dolorosamente consciente de las natillas que le cubrían la ropa. Nadie diría que Sophronia era elegante, mientras que esta mujer era toda una dama. Sophronia nunca antes había considerado lo poderoso que esto podía ser. La desconocida también era hermosa de una forma casi ofensiva, con su piel pálida y su cabello oscuro vetado de gris. Era imposible discernir su edad ya que, a pesar de las canas, su rostro era joven. Iba perfectamente vestida con una especie de traje de viaje con encaje de punta y una gran falda de terciopelo de corte impecable, que era mucho más elegante que cualquier cosa que Sophronia hubiera visto en su vida. Su madre era más una seguidora de las tendencias que un ejemplo de buen gusto. Esta mujer era realmente elegante.

A pesar de su belleza, tiene un ligero parecido con un cuervo, pensó Sophronia, dirigiendo la vista hacia sus pies mientras intentaba idear alguna excusa para su comportamiento, que no fuera la de espiar a la gente.

—Bueno, yo sólo quería ver cómo funcionaba, y luego sucedió que...

Su madre la interrumpió:

—¿Cómo funcionaba? ¿Qué clase de pregunta es ésa para una señorita? ¿Cuántas

veces te he advertido que no debes confraternizar con la tecnología?

Sophronia se preguntó si esta era una pregunta retórica y empezó a contar por si acaso no lo era. Su madre se volvió hacia su invitada.

—¿Ve lo que quería decir, mademoiselle? Es un auténtico incordio.

—¿Qué? ¡*Mamá!* —Sophronia se sintió ofendida. Su madre nunca antes había utilizado un lenguaje semejante en compañía de gente educada.

—Silencio, Sophronia.

—Pero...

—¿Lo ve usted, mademoiselle Geraldine? ¿Puede ver lo que tengo que aguantar? Y esto es así a diario. *Un incordio*. Ha sido así desde siempre. Las otras chicas fueron una bendición en comparación. Bien, supongo que esto nos ha superado. Le digo esto en completa confianza... Estoy desesperada. Realmente al límite. Cuando no está leyendo, está desmontando cosas, coqueteando con el lacayo o trepando árboles, muebles, o incluso personas.

—¡Eso fue hace años! —objetó Sophronia. *¿Es que nunca va a olvidarlo? ¡Tenía ocho años!*

—Calla, niña —ordenó la señora Temminnick sin ni tan siquiera mirar hacia su hija—. ¿Ha oído alguna vez algo semejante de una chica? Ahora bien, sé que es un poco descarada para su academia de señoritas, pero tenía la esperanza de que usted pudiera hacer una excepción, sólo por esta vez.

¿Una escuela de señoritas? ¿Entonces no me van a enviar con los vampiros? Una oleada de alivio inundó a Sophronia, seguida instantáneamente por un nuevo horror. *¡Una escuela de señoritas!* Habría *lecciones*. Lecciones sobre cómo hacer reverencias, cómo vestir y cómo comer alzando un dedo. Sophronia se estremeció. Quizá una colmena de vampiros era una opción mejor.

La señora Temminnick continuó:

—Por supuesto, estamos dispuestos a ofrecerle una compensación si usted considera a Sophronia. La señora Barnaclegoose me dijo, en confianza, que usted es una experta consumada en casos problemáticos. Usted tiene un excelente historial. Sin ir más lejos, la semana pasada una de sus chicas se casó con un vizconde.

Sophronia se sobresaltó.

—¡De verdad, mamá! —*¿Matrimonio? ¿Tan pronto?*

Hasta ese momento, el cuervo no había dicho nada. Era algo que solía suceder en presencia de la madre de Sophronia. La desconocida se limitó a beberse el té, centrando casi toda su atención en Sophronia. Su mirada era dura, evaluativa, y sus movimientos precisos y secos.

La señora Temminnick prosiguió:

—Y, por supuesto, hay que tener en consideración el baile de puesta de largo de la querida Petunia. Teníamos la esperanza de que Sophronia pudiera estar presentable para el evento. ¿El próximo diciembre? Bien, tan presentable como sea posible, dados sus... defectos.

Sophronia hizo una mueca. Era perfectamente consciente de que no tenía el aspecto de sus hermanas. Por alguna razón, el destino había querido que se pareciera bastante más a su padre que a su madre. ¡Pero no había necesidad de hablar tan abiertamente de ello con una desconocida!

—Eso se puede arreglar. —Cuando la mujer finalmente habló, lo hizo con un acento francés tan fuerte que era difícil entender sus palabras—. Señorita Temminnick, ¿por qué hay caucho indio envuelto alrededor de sus botas?

Sophronia miró hacia abajo.

—Mamá se ha estado quejando de que siempre las tengo llenas de rozaduras.

—Interesante solución. ¿Funciona?

—No he tenido la oportunidad de comprobarlo adecuadamente. —Hizo una pausa—. Todavía.

La desconocida no pareció ni sorprendida ni impresionada por esta declaración.

Frowbritcher volvió a aparecer. Hizo un movimiento con su brazo mecánico con forma de garra, haciendo señas. La madre de Sophronia se levantó y fue a hablar con el mayordomo. Frowbritcher tenía la siniestra costumbre de andarse con secretismos, lo cual era muy desconcertante en un autómatas mecánico.

Después de un intercambio de susurros, la señora Temminnick se dio la vuelta con el rostro colorado.

Oh, Dios, pensó Sophronia, ¿qué he hecho ahora?

—Por favor, dispéñeme un momento. Parece haber alguna dificultad con nuestro nuevo montaplatos. —Dirigió una mirada significativa a su hija—. ¡Contén la lengua y compórtate, jovencita!

—Sí, mamá.

La señora Temminnick abandonó la habitación, cerrando la puerta firmemente al salir.

—¿De dónde ha sacado usted el caucho? —El cuervo se olvidó de la madre de Sophronia con relativa facilidad, todavía intrigada con la modificación del calzado. El caucho indio era caro y difícil de conseguir, sobre todo en una forma más compleja que una bola.

Sophronia agachó la cabeza de una forma reveladora.

—¿Ha destruido usted un montaplatos para eso?

—No estoy diciendo que lo hiciera. Pero tampoco que no lo hiciera. —Sophronia se mostró cautelosa. *Después de todo, esta mujer me quiere llevar a su escuela para señoritas, donde estaré varios años para después ser entregada a algún vizconde con una renta de 2000 libras al año y entradas en el cabello.* Sophronia se replanteó su enfoque; quizá fuera mejor un poco menos de prudencia y algo más de sabotaje cuidadosamente ejecutado.

—Mamá no mentía, ¿sabe?, sobre mi conducta. Lo de la escalada y todo eso. Si bien ha pasado algún tiempo desde que intenté subirme encima de una persona. Y el lacayo y yo no estábamos coqueteando. Él piensa que Petunia es lo más, no yo.

—¿Y qué pasa con lo de desmontar cosas?

Sophronia asintió, ya que esta era una excusa mejor para destruir el montaplatos que la de espiar.

—Soy aficionada a las máquinas. Objetos fascinantes, las máquinas, ¿no le parece?

La mujer inclinó la cabeza hacia un lado.

—Yo normalmente prefiero hacer uso de ellas, no diseccionarlas. ¿Por qué lo hace? ¿Para molestar a su madre?

Sophronia lo consideró. Sentía cariño por su madre, tanto como resultaba apropiado, pero suponía que una parte de ella estaba a la defensiva.

—Es posible.

El destello de una sonrisa apareció en el rostro de la mujer, haciéndola parecer muy joven, pero se desvaneció rápidamente.

—¿Qué tal es usted como actriz? ¿Se le da bien?

—¿Teatro? —*¿Qué tipo de maestra de escuela de señoritas pregunta eso?* Sophronia se sentía desconcertada—. ¡Puede que tenga manchas en la cara, pero sigo siendo una *dama!*.

La mujer miró las enaguas expuestas de Sophronia.

—Eso está por verse. —Se dio la vuelta, como si ya no tuviera interés, y se sirvió un trozo de bizcocho—. ¿Es usted fuerte?

Al final del pasillo, algo explotó con gran estruendo. A Sophronia le pareció oír a su madre gritar. Tanto la visitante como ella ignoraron la interrupción.

—¿Fuerte? —Sophronia bordeó el carrito del té, con la vista puesta en el bizcocho.

—Por lo de la escalada —Una pausa—. Y el levantamiento de máquinas, supongo.

Sophronia parpadeó.

—No soy débil.

—Usted es realmente buena dando evasivas.

—¿Eso es malo?

—Eso depende de a quién pregunte.

Sophronia se sirvió dos trozos de bizcocho, como si hubiera sido invitada a hacerlo. La visitante se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto. Sophronia se volvió un instante, con el pretexto de buscar una cuchara, y metió un trozo en el bolsillo de su delantal. Su madre le iba a prohibir los dulces durante una semana en cuanto se enterara de lo del montaplatos.

Si la mujer había visto el hurto, hizo como si no se hubiera dado cuenta.

—Entonces, ¿usted dirige esa escuela de señoritas?

—¿Usted dirige esa escuela de señoritas, mademoiselle Geraldine?— le corrigió el cuervo.

—¿Usted dirige esa escuela de señoritas, mademoiselle Geraldine? —repitió

obedientemente Sophronia, a pesar de que no habían sido debidamente presentadas. *Algo extraño en una maestra de una escuela de señoritas. ¿No debería esperar hasta que regrese mamá?*

—Se llama Escuela de mademoiselle Geraldine para el perfeccionamiento de señoritas de alta alcurnia. ¿Ha oído hablar de ella?

Sophronia, en efecto, había oído hablar de la escuela.

—Pensaba que sólo las mejores familias eran admitidas en ella.

—A veces hacemos excepciones.

—¿Es usted *esa* mademoiselle Geraldine? No parece lo bastante mayor.

—Vaya, gracias, señorita Temminnick, pero no debería hacer ese tipo de observaciones a sus mayores.

—Lo siento, señora.

—Lo siento, mademoiselle Geraldine.

—Oh, sí, lo siento, mademoiselle Geraldine.

—Muy bien. ¿Nota algo más extraño en mí?

Sophronia dijo lo primero que le vino a la mente.

—El gris en su cabello. Está fuera de lugar.

—Es usted una joven observadora, ¿no es así? —Entonces, con un movimiento repentino, mademoiselle Geraldine cogió el pequeño cojín que tenía detrás de la espalda y se lo arrojó a la muchacha.

Sophronia, a la que nunca antes una dama le había tirado un cojín, se quedó estupefacta, pero lo atrapó.

—Reflejos adecuados —dijo mademoiselle Geraldine, moviendo los dedos para que le devolviera el cojincillo.

Perpleja, Sophronia se lo devolvió.

—¿Por qué...?

Una mano enfundada en un guante negro se alzó para impedirle seguir haciendo preguntas.

La señora Temminnick regresó en ese momento.

—Mis disculpas. Ha sido inexcusablemente grosero por mi parte. No consigo comprender qué le ha pasado al montaplatos. Está armando el más terrible de los escándalos. Pero usted no querrá oír hablar de *pequeñeces* domésticas —dijo poniendo especial énfasis en la palabra *pequeñeces*^[1].

Sophronia hizo una mueca.

La señora Temminnick se sentó, frotándose una mancha de grasa en sus guantes anteriormente impecables.

—¿Cómo les va a Sophronia y a usted?

Mademoiselle Geraldine dijo:

—Bastante bien. La joven me estaba hablando de un libro de historia que ha estado leyendo hace poco. ¿Cuál era el tema?

Así que no quiere que mamá sepa que me ha estado lanzando cojines. Sophronia

nunca dejaba escapar una oportunidad cuando la ocasión requería mentir.

—Egipto. Al parecer se han asignado nuevas fechas al Imperio Antiguo, que va inmediatamente después del Período Mítico. Y...

Su madre la interrumpió.

—Es más que suficiente, Sophronia. A una directora de escuela no le interesan los conocimientos. Realmente, mademoiselle Geraldine, una vez que empieza es incapaz de parar. —La miró esperanzada—. Sé que es un terrible desastre, pero ¿puede *hacer* usted algo con ella?

Mademoiselle Geraldine le dedicó una sonrisa forzada.

—¿Qué le parecería un período de prueba? Le devolveremos a la muchacha en unos meses, a tiempo para ese baile de puesta de largo, y veremos cómo progresa hasta entonces.

—¡Oh, mademoiselle Geraldine, eso es maravilloso! —La madre de Sophronia juntó las manos encantada—. ¿No es emocionante, Sophronia? ¡Vas a ir a la escuela de mademoiselle Geraldine!

—¡Pero yo no *quiero* ir a la escuela de mademoiselle Geraldine!

Sophronia no pudo evitar la insolencia en su voz mientras bailaban en su cabeza imágenes de entrenamientos con sombrillas.

—No seas así, querida. Va a ser muy emocionante.

Sophronia se esforzó por encontrar una salida.

—¡Pero ella me ha lanzado un cojín!

—Oh, Sophronia, no digas mentiras... ya sabes cuánto me disgusta eso.

Sophronia se quedó boquiabierta, pasando su mirada alternativamente de la extraña con aspecto de cuervo a su ahora animada madre y viceversa.

—¿Cuánto tardará en estar lista? —quiso saber mademoiselle Geraldine.

La madre de Sophronia se sobresaltó.

—¿Quiere llevársela ya?

—Estoy aquí, ¿no? ¿Por qué desperdiciar el viaje?

—No pensé que sería tan pronto. Tenemos que comprarle vestidos nuevos y una capa de abrigo. ¿Y qué pasa con sus libros de texto?

—Oh, puede mandar todo *eso* más tarde. Le proporcionaré una lista con las cosas que necesitará. Estará perfectamente entre tanto. Una chica con recursos, sospecho.

—Bien, si usted piensa que esto es lo mejor...

—Estoy segura.

Sophronia no estaba acostumbrada a ver a su madre siendo manejada con tanta eficacia.

—¡Pero mamá!

—Si mademoiselle Geraldine piensa que es lo mejor, entonces es mejor que te vayas, jovencita. Ve a ponerte el vestido azul bueno y el sombrero de los domingos. Haré que una doncella empaquete tus cosas. ¿Nos podría dar media hora, mademoiselle?

—Por supuesto. ¿Quizá podría dar un pequeño paseo por los jardines mientras usted lo organiza todo? Para estirar las piernas antes del viaje.

—Por favor, hágalo. Vamos, Sophronia, tenemos mucho que hacer.

Frustrada y de mal humor, Sophronia se arrastró detrás de su madre.

De acuerdo con lo hablado, Sophronia fue provista de un viejo baúl de viaje del ático, tres sombrereras y una maleta. Con apenas tiempo suficiente para prepararse un bocado para el viaje —a algún lugar y a una distancia que sólo Dios sabía— Sophronia se vio empujada apresuradamente al interior de un carruaje. Su madre le dio un beso en la frente y se mostró efusiva.

—¡Mi niñita, ya tan mayor y partiendo para convertirse en una dama!

Y eso, como se suele decir, fue todo.

Sophronia habría deseado una gran despedida con todos sus hermanos y la mitad de los criados mecánicos agitando pañuelos manchados de lágrimas. Pero sus hermanos menores estaban explorando la granja, los mayores estaban en Eton, y sus hermanas estaban ocupadas en frivolidades o matrimonios —o posiblemente en ambas cosas al mismo tiempo— y los autómatas estaban rodando de un lado a otro ocupados en sus tareas diarias. Creyó ver a Roger, el mozo de cuadra, agitando su gorra desde el pajar, pero aparte de eso, incluso su madre le dedicó sólo un superficial gesto de despedida con los dedos antes de regresar a la casa.

LECCIÓN 2

Cuidado con los salteadores del aire, ya que visten mal y no saben comportarse

El carruaje era asombroso, equipado a la última con un techo abatible automático, reposapiés retráctil y un carrito de té plegable. Se trataba de un vehículo de alquiler pero estaba engalanado como si se tratara de un medio privado de transporte, con paredes de terciopelo acolchado de color azul oscuro para reducir los sonidos exteriores, y mantas bordadas en oro para protegerse del frío.

Sophronia apenas tuvo tiempo de asimilarlo todo antes de que mademoiselle Geraldine golpeará el techo con el mango de su sombrilla y el vehículo se pusiera en marcha con una sacudida.

Más sorprendente que la decoración resultó el hecho de que el carruaje ya estaba ocupado... por otros dos estudiantes. Estos, al parecer, habían permanecido ahí sentados esperando pacientemente durante todo el tiempo que mademoiselle Geraldine había estado tomando el té y mientras Sophronia se caía del montaplatos y empaquetaba sus pertenencias en un baúl de viaje.

Justo frente a ella se sentaba una joven dama de aspecto vivaz y ojos brillantes. Era un poco más joven que Sophronia y tenía un abundante cabello del color de la miel y un rostro redondeado de porcelana. Llevaba un enorme broche de cristal dorado y rojo prendido en un vestido rojo brillante. La combinación del pelo, las joyas y el vestido le daban un aspecto bastante escandaloso, como si se estuviera entrenando para ser una dama de la noche. Sophronia, como era de esperar, se sintió impresionada.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la muchacha a Sophronia, como si la aparición de esta en la cabina fuera la cosa más deliciosa que le hubiera pasado en todo el día. Lo cual, dicho sea de paso, para alguien que había sido abandonado en un carruaje sin ningún otro entretenimiento o distracción que permanecer de brazos cruzados, probablemente fuera así.

—Encantada de conocerte —dijo Sophronia.

—El placer es mío. ¿A que hace un día estupendo? Realmente maravilloso. Yo soy Dimity. ¿Y tú quién eres?

—Sophronia.

—¿Eso es todo?

—¿Qué, no es suficiente?

—Oh, bien, lo que quiero decir es que en realidad mi nombre completo es Dimity Ann Plumleigh-Teignmott.

—Sophronia Angelina Temminnick.

—Caramba, eso sí que es un nombre largo.

—¿Lo es? Supongo que sí. —*Como si Dimity Ann Plumleigh-Teignmott fuera un bonito nombre fácil de pronunciar.*

Sophronia apartó los ojos de la chica para examinar al otro ocupante del carruaje. Era difícil dilucidar qué tipo de criatura se ocultaba bajo el sombrero de bombín demasiado grande y el gabán grasiento. Pero, si tenía que adivinar, habría dicho que se trataba de alguna especie de chico mugriento. Llevaba unos anteojos demasiado gruesos, tenía el ceño muy fruncido y sobre su regazo descansaba un libro enorme y polvoriento que ocupaba toda su atención.

—¿Quién es este? —pregunto a la chica, arrugando la nariz.

—Oh, ¿este? Es sólo Pillover.

—¿Y quién es Pillover, si se puede saber?

—Mi hermano pequeño.

—Ah, lo siento mucho. Yo tengo varios y sé lo molestos que son —Sophronia asintió, entendiendo perfectamente su extravagante indumentaria.

Pillover levantó la vista por encima de sus anteojos y les dedicó una *mirada*. Parecía un par de años más joven que su hermana, la cual Sophronia suponía que tenía unos trece años.

—Va a ir a Bunson.

—¿A dónde?

—La Escuela Politécnica para Chicos de Bunson y Lacroix. Ya sabes, la otra escuela.

Sophronia, que no tenía ni idea de lo que Dimity estaba hablando, fingió que la seguía por cortesía.

La chica siguió parloteando. Parecía que era un poco charlatana. Sophronia se sentía cómoda con esto después de haber vivido con su propia familia, en la que todos eran muy habladores, pero con cosas mucho menos interesantes que contar que Dimity.

—Mamá y papá quieren que sea un genio del mal, pero él tiene puesto su corazón en el verso latino. ¿No es así, Pill?

El muchacho le dedicó a su hermana una mirada desagradable.

—Pillover es terriblemente malo siendo malo, si entiendes lo que quiero decir. Nuestro padre es un miembro fundador de la Confederación de la Comadreja Muerta, y nuestra madre es una cocinera experimental de dudosas intenciones, pero el pobre Pillover ni siquiera es capaz de matar hormigas con su Lente Depravada de Ampliación Chisporroteante. ¿No es así, Pill?

Sophronia sentía que estaba perdiendo cada vez más el hilo de la conversación.

—¿Confederación de la Comadreja Muerta?

Dimity asintió haciendo que sus rizos se mecieran suavemente.

—Lo sé... ¿podrías tú tolerar eso? Tiendo a ver el lado bueno de las cosas; al menos papá no es un Escabechado.

Los ojos de Sophronia se abrieron como platos.

—Oh, ah, sí, *entiendo*. —¿Escabechado? ¿Qué diablos es un Escabechado?

—Pero Pill es la gran decepción de nuestro viejo padre.

El aludido dejó el libro, claramente impulsado a defenderse.

—Yo fabriqué la banqueta articulada que se movía cuando alguien se sentaba sobre ella. Y también está lo del recipiente de natillas que nunca se enfriaba lo suficiente para que el pudding se asentara.

Dimity rebatió los argumentos de su hermano:

—La banqueta siempre terminaba recolocándose amablemente. Y la cocinera se limitó a utilizar el Recipiente de Natillas de la Iniquidad para mantener sus bollos calientes.

—Eh, oye. Eso no está bien. ¡Contar los secretos de familia de esa manera!

—Acéptalo, Pill. Eres decepcionantemente *bueno*.

—¡Oh, será posible! ¿Y tú sí que eres maligna? Claro, quieres casarte y ser una *dama*. ¿Cuándo se ha visto algo semejante en nuestra familia? Al menos yo lo intento.

—Bueno, la escuela de señoritas debería ayudar en lo de convertirte en una dama. ¿No? —Al menos esto era algo que Sophronia sabía.

El chico resopló con sorna.

—Ni de coña. No *esta* escuela de señoritas. Se trata de un tipo de perfeccionamiento totalmente distinto. ¿O quizá debería decir que se trata del mismo tipo, pero sólo en apariencia? Estoy seguro de que me sigues. —Le dedicó una mirada maliciosa a Sophronia y después, sintiéndose avergonzado, volvió a su libro.

—¿Qué está insinuando? —Sophronia miró a Dimity esperando que esta le diera una respuesta a la conducta de su hermano.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—¿Saber qué?

—Oh, Dios mío. ¿Eres una *recluta encubierta*? ¿Sin ningún tipo de conexión familiar? Por supuesto, yo ya sabía que existían, pero nunca se me habría ocurrido que iba a conocer a una. ¡Eso es maravilloso! ¿Has estado alguna vez bajo vigilancia? He oído que a veces lo hacen.

En ese justo momento intervino mademoiselle Geraldine.

—Ya es suficiente, señorita Plumleigh-Teignmott.

—Sí, mademoiselle Geraldine.

Tras esto, la directora volvió a ignorarles.

—Entonces, ¿adónde estamos yendo? —preguntó Sophronia, pensando que esta era una pregunta segura, ya que estaba claro que no se les permitía hablar de la

escuela en sí misma.

—¿Ni siquiera sabes eso? —el tono de voz de Dimity estaba cargado de compasión—. Vamos a la Escuela de mademoiselle Geraldine para el perfeccionamiento de señoritas de alta alcurnia.

Sophronia sacudió la cabeza.

—No, me refiero a dónde está ubicada la escuela.

—Bueno, nadie lo sabe con exactitud, pero hacia el sur. Dartmoor o sus alrededores.

—¿Por qué tanto misterio?

Dimity sacudió la cabeza, haciendo ondear sus rizos en el aire.

—Oh, no, verás, no quiero decir eso. No tiene, ya sabes, una ubicación fija.

—¿El qué no la tiene?

—La academia.

Sophronia visualizó en su mente un edificio lleno de jovencitas chillonas, deslizándose rápidamente sobre unos raíles a través de los páramos, como si se tratara de algún enorme autómatas mecánico sobreexcitado.

—¿La escuela se mueve? ¿Cómo, sobre cientos de pequeñas patitas?

—¿Patitas? Bueno, sí, se mueve, pero no sobre patas. Creo que está, ya sabes... — Dimity inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia el techo.

Sophronia estaba a punto de indagar más sobre el asunto cuando se produjo una tremenda sacudida y el carruaje se detuvo tan abruptamente que Dimity se vio lanzada sobre Sophronia y Pillover sobre mademoiselle Geraldine.

Mademoiselle Geraldine gritó, probablemente disgustada por un contacto tan prolongado con el abrigo mugriento de Pillover, y agitó los brazos y las piernas para quitarse al chico de encima.

Sophronia y Dimity se desenredaron entre risitas.

Pillover se zafó de encima de la directora con una dignidad bastante notable para un chico de su edad y forma de vestir, y recogió su bombín del suelo.

—¿Qué diantre está pasando? —Mademoiselle Geraldine golpeó el techo de la cabina con su sombrilla—. ¿Cochero? ¡Cochero!

El carruaje se quedó quieto. O al menos no parecía querer avanzar *hacia adelante*. De vez en cuando parecía menearse *hacia arriba*, como si estuviera flotando en mar abierto.

La puerta del carruaje se abrió bruscamente pero, en vez del cochero, apareció un caballero de aspecto extraño. Iba vestido para la caza con pantalones de montar de tweed, botas, una chaqueta roja y un sombrero de montar. También llevaba unos anteojos y una larga bufanda como las que usaban los exploradores del ártico envuelta alrededor de la parte inferior del rostro.

El carruaje se tambaleó de nuevo. Uno de los caballos relinchó asustado.

El desconocido tenía una cebolla de latón macizo enganchada a su pañuelo y apuntaba con una pistola de aspecto temible a los ocupantes del carruaje. Los ojos de

Sophronia se mantuvieron fijos en ella. Nunca antes se había enfrentado cara a cara con un arma de verdad. Estaba conmocionada. *Diablos, esa cosa podría dispararse. ¡Alguien podría salir lastimado!*

—¡Salteadores de caminos! —gritó Pillover.

—No —le corrigió mademoiselle Geraldine, apretando los dientes—. Peor aún: *salteadores del aire.*

Sophronia percibió algo en su tono de voz que sugería que no estaba sorprendida, lo cual le hizo desconfiar inmediatamente tanto de mademoiselle Geraldine como del salteador del aire.

La directora batió sus largas pestañas.

—Pero señor, ¿qué puede usted querer de nosotros? No soy más que una directora llevando a estos niños a su destino final.

Está sobreactuando un poco ¿no?, pensó Sophronia.

—No tenemos nada de gran valor. Nosotros...

El hombre interrumpió a mademoiselle Geraldine:

—Silencio. Sabemos perfectamente bien lo que tiene bajo esos diminutos guantes suyos. Entréguenos el prototipo.

—No tengo la menor idea de lo que está hablando —aseguró la directora con una temblorosa sonrisa perfectamente ejecutada pero, al parecer, poco convincente.

—Por supuesto que la tiene. ¿Dónde está?

Mademoiselle Geraldine negó con la cabeza, bajando las pestañas graciosamente.

—Bien, quizá debemos echar un vistazo por nuestra cuenta.

El hombre sacó brevemente la cabeza por la puerta y gritó algo indistinguible hacia el cielo.

Oyeron un golpe en la parte superior del carruaje. Sophronia y sus compañeros de viaje no pudieron hacer otra cosa salvo observar en silencio mientras sus baúles, bolsas y cajas de sombreros eran arrojados desde el techo y se estrellaban contra el suelo, donde se abrieron esparciendo por el camino polvoriento ropa, sombreros y zapatos.

Otros dos salteadores del aire, ataviados de forma muy similar a su líder, saltaron desde el techo del carruaje y comenzaron a rebuscar entre los contenidos derramados por el suelo. Fuera lo que fuera lo que estaban buscando, parecía ser relativamente pequeño, ya que vaciaron hasta la última pieza del equipaje, fuera cual fuera su tamaño. Uno de los hombres incluso utilizó un cuchillo para rasgar los fondos de los baúles en busca de bolsillos ocultos.

Todo esto resultaba muy embarazoso, ¡todas las posesiones privadas de una esparcidas en público! A Sophronia le mortificaba especialmente que Pillover pudiera ver todas sus prendas interiores... *un extraño ¡y además varón!* También observó que los baúles de mademoiselle Geraldine contenían algunas prendas de noche bastante provocativas. Por todos los santos, si hasta había un camisón de franela de color púrpura. *¡Imagínate!*

Los movimientos de los asaltantes se volvían cada vez más frenéticos. Su líder, sin dejar de vigilar a los ocupantes del carruaje, echaba frecuentes vistazos a la actividad que se desarrollaba en el camino detrás suyo.

Después de un cuarto de hora, la mano con la que el hombre sostenía el arma comenzó a temblar debido a la fatiga.

—¿Dónde está? —siseó entre dientes a mademoiselle Geraldine.

—Ya se lo he dicho, joven, no lo encontrarán aquí. Sea lo que sea. —Sacudió la cabeza. *¡Realmente la sacudió!*

—Imposible. Sabemos que usted lo tiene. ¡Debe tenerlo!

La directora miró hacia la lejanía con la nariz elevada.

—Su información parece estar equivocada.

—Venga conmigo. Vosotros, niños, permaneced aquí.

El hombre arrastró a mademoiselle Geraldine fuera del carruaje. La directora se resistió brevemente pero, al darse cuenta de que la fuerza del hombre era superior a la suya, se dio por vencida.

—¿Dónde está el cochero? —susurró Sophronia a Dimity y Pillover.

—Probablemente esté fuera de combate —respondió Dimity.

—O muerto —añadió Pillover.

—¿Cómo han llegado hasta nosotros? No he escuchado ruido de caballos ni de ningún otro tipo.

Pillover señaló hacia arriba.

—Salteadores de caminos procedentes del cielo. ¿No has oído hablar de ellos?

—Bueno, sí, pero no creía que existieran realmente.

Pillover se encogió de hombros.

—Tienen que haber sido contratados por alguien —dijo Dimity—. ¿Para qué creéis que es el prototipo?

—¿Importa eso? —preguntó su hermano.

—¿Creéis que ella realmente lo tiene? —preguntó Sophronia.

Pillover la miró con algo parecido a la compasión en sus ojos oscuros.

—Por supuesto que lo tiene. La cuestión es, ¿lo ha escondido lo suficientemente bien?

—¿O ha hecho una copia? —añadió Dimity.

—¿Es seguro dejarles pensar que han ganado?

—¿Y había ella previsto que esto iba a pasar?

Sophronia interrumpió sus especulaciones.

—Ésas son muchas preguntas.

Oyeron a mademoiselle Geraldine hacer un comentario mordaz a los hombres que estaban hurgando en el equipaje. Los tres se asomaron a la puerta abierta para ver qué iba a suceder a continuación. El hombre que llevaba el arma golpeó a la directora en la cara con su mano libre.

—Oh, Dios mío —dijo Sophronia—. Violencia. —Reprimió el pánico y un

extraño impulso de echarse a reír. Nunca antes había visto a un hombre adulto golpear a una mujer.

Dimity se había puesto un poco verde.

El pequeño rostro de Pillover se descompuso detrás de sus anteojos redondos.

—No creo que ella planeara *esto*.

Su evaluación parecía correcta, viéndose confirmada cuando mademoiselle Geraldine sufrió un ataque de histeria, que culminó en un dramático desmayo en medio del camino.

—Una interpretación impresionante. Mi hermana Petunia actuó así una vez por un ratón.

—¿Crees que está fingiendo? —Dimity se sentía inclinada a dejarse impresionar.

—Esté fingiendo o no, parece que nos ha dejado a nuestra suerte —Sophronia frunció los labios. *No quiero ir a esa escuela, pero tampoco quiero ser secuestrada por unos salteadores del aire.*

El carruaje volvió a tambalearse.

Sophronia miró al techo. El transporte de los asaltantes tenía que estar atado a las barras del equipaje en la parte de arriba. Ató cabos: los anteojos del salteador del aire y el pin con forma de cebolla. *Un globo aerostático.* Fue entonces cuando Sophronia decidió que tenía que tomar las riendas de la situación.

—Tenemos que cortar las cuerdas que unen el globo al carruaje, llegar hasta la cabina del conductor y tomar el mando de los caballos. Una vez nos pongamos en marcha, ¿los podremos dejar atrás?

Pillover asintió.

—Ningún científico ha averiguado cómo hacer que los transportes aéreos se muevan tan rápido como los de tierra. Aunque en la edición del mes pasado de la *Guía junior de avances científicos y superioridad amoral* aparecieron algunos prototipos interesantes de dirigibles. Algo sobre la utilización de las corrientes del éter, pero nada aplicable a los globos, por lo que...

Dimity interrumpió a su hermano.

—Sí, gracias, Pill.

Estaba claro que la tendencia a parlotear era un rasgo de familia que incluso Pillover de vez en cuando era propenso a manifestar.

—Vamos —inquirió Sophronia—. Recursos. ¿Qué tenéis vosotros?

Pillover vació los bolsillos de su abrigo: un chicle de piña, un monóculo sujeto a un palo —¿quizá la Lente Depravada de Ampliación Chisporroteante?— y un largo pedazo de cinta que probablemente comenzó su vida en el cabello de su hermana. Dimity sacó una caja de sandwiches, una cuchara de madera y un pulpo de peluche de la cesta cubierta que tenía a sus pies. Lo único que Sophronia tenía era el trozo de bizcocho que había birlado del carrito del té y escondido en su delantal, donde ahora estaba tristemente aplastado.

Partió el bizcocho en tres pedazos y los tres comieron mientras pensaban

intensamente.

Ninguno de sus enemigos les prestaba atención. Los tres salteadores del aire habían dejado de destruir el equipaje y ahora estaban discutiendo. Mademoiselle Geraldine permanecía obstinadamente desmayada.

—Ahora o nunca —dijo Sophronia, cogiendo la lente de ampliación de Pillover y encaramándose por la pequeña ventana del carruaje situada en el lado opuesto a los salteadores del aire.

Resultó ser mucho más fácil trepar por un carruaje que por un montaplatos. Sophronia se impulsó hacia la parte superior de la cabina sin ser vista por los hombres que había abajo. Atada al techo del carruaje se encontró con una colorida embarcación aérea de gran tamaño, formada no por uno, sino por cuatro globos, cada uno de los cuales estaba enganchado a una esquina de una cesta para pasajeros del tamaño de un pequeño bote de remos. Desde el centro de la cesta se alzaba un mástil que sobresalía por encima de los globos con una vela desplegada. Suspendidas por debajo de la cesta había unas hélices, que se movían ligeramente sobre la cabeza de Sophronia mientras esta se arrastraba por el techo del carruaje. Parecían bastante afiladas. Sin quitarles el ojo de encima, se abrió paso hasta el punto de amarre.

La cuerda estaba firmemente atada a la barandilla del equipaje y era imposible de desatar.

Sophronia sacó la lente de aumento de Pillover y, poniéndola en el ángulo correcto para capturar la luz del sol, empezó a quemar la cuerda. El olor acre de la fibra al quemarse impregnó el aire, pero sus actividades pasaron desapercibidas. Pareció que pasaba una eternidad, pero al final la cuerda se quemó hasta un punto en que Sophronia pudo romperla. La embarcación aérea se balanceó hacia arriba, cogió una ligera brisa, y se alejó.

Sin detenerse a observar el resultado de su obra, Sophronia se alejó arrastrándose y se dejó caer en la cabina del conductor. El cochero yacía desplomado hacia un lado con una marca roja en la frente. Le quitó las riendas y espoleó a los caballos para que se pusieran en movimiento. Era perfectamente consciente de lo inapropiado que era para una joven dama de catorce años conducir un coche, pero a veces las circunstancias requerían medidas extremas.

En ese momento, los salteadores del aire se dieron cuenta de lo que estaba pasando y empezaron a gritarle. El líder disparó su arma de una forma bastante inefectiva hacia un árbol cercano. Otro se lanzó detrás de la embarcación aérea, persiguiéndola por el campo. El tercero comenzó a correr hacia Sophronia.

Sophronia espoleó a los caballos forzándoles a mantener un galope rápido. La cabina tras ella se tambaleó de forma alarmante. Podía ser lo último en diseño, pero no estaba preparada para un ritmo tan frenético. Permitted a los caballos cabalgar libremente durante unos minutos antes de forzarles otra vez a ponerse al trote. Cuando llegó a un cruce de caminos lo bastante amplio, dio la vuelta al carruaje y lo detuvo. Saltó al suelo y asomó la cabeza dentro de la cabina.

Pillover y Dimity le lanzaron una mirada sobrecogida.

—¿Todo bien por aquí?

—Tremendo —exclamó Dimity.

—¿Qué clase de chica eres? —refunfuñó Pillover, que tenía muy mala cara.

—Ahora entiendo por qué has sido reclutada —añadió Dimity—. Me sorprende que hayan esperado a que seas tan mayor.

Sophronia se sonrojó. Nunca antes había sido elogiada por nadie por tales actividades, y menos aún había sido considerada como una persona mayor. Era todo un honor.

—¿Cómo diablos sabes conducir un carruaje? —preguntó Pillover, como si esto fuera una especie de afrenta personal.

Sophronia sonrió.

—Paso mucho tiempo en los establos.

—¿Algún mozo de cuadra atractivo? —sugirió Dimity.

Sophronia le dirigió una mirada maliciosa.

—¿Y ahora qué... volvemos a por la directora?

—Pero estamos a salvo, ¿no? —Pillover parecía alarmado por la idea—. ¿Realmente ella merece la pena?

—Eso es lo correcto. No es justo abandonarla con esos delincuentes —señaló su hermana.

—Además, el cochero está inconsciente. Y él es el único aparte de ella que sabe adónde nos dirigimos. —Sophronia estaba a favor tanto de la lógica como de las buenas maneras.

—Pero ellos tienen armas —replicó Pillover, utilizando también la lógica.

Sophronia consideró esto.

—Cierto —miró a Dimity—. Mademoiselle Geraldine... ¿cómo de útil crees que es?

Dimity frunció el ceño

—¿Mintió ella contigo?

Sophronia asintió.

—No estoy convencida de que se pueda confiar en ella para seguir ningún tipo de plan; ya sabes cómo son los adultos. Sin embargo, tenemos que hacer algo.

—¿He mencionado ya las armas?

—Oh, cállate, Pill —Dimity ignoró a su hermano, volviendo su atención completamente hacia Sophronia—. ¿Qué sugieres?

—Si acerco el carruaje a toda velocidad, ¿podríais Pillover y tú descolgaros por la puerta y sacarla del camino?

—¿Recordáis, señoritas, las armas? —repitió Pillover.

Dimity estaba asintiendo con la cabeza.

—Eso va a requerir que Pill y yo aunemos fuerzas. Mademoiselle Geraldine es delgada, pero no tanto.

Pillover no se daba por vencido.

—¿Qué pasa con la parte de la ecuación en la que ellos nos disparan?

Sophronia y Dimity dijeron al mismo tiempo:

—Cállate, Pill.

—No tenemos una cuerda.

Sophronia sacó la larga cinta de pelo del bolsillo de Pillover. Dimity apretó los labios, la agarró, asintió bruscamente con la cabeza y se puso a trabajar.

Sophronia cerró la puerta de la cabina y volvió a subir al pescante.

El cochero estaba parpadeando con ojos legañosos y agarrándose la cabeza.

—Agárrese bien, señor —le sugirió Sophronia—. Vamos a tener unos pocos baches.

—¿Qué? ¿Quién eres? —fue todo lo que consiguió decir antes de que la joven dama del vestido azul agarrara las riendas de sus caballos y los azuzara hasta ponerles a un trote rápido.

Se lanzaron hacia el montón de ropa y equipaje esparcidos en medio del camino. Mademoiselle Geraldine ahora se encontraba a poca distancia del líder de los salteadores del aire, gimiendo trágicamente sobre una de las cajas de sombreros. Los otros dos hombres habían desaparecido.

Al ver el carruaje cargando hacia él, el hombre apuntó y disparó.

La bala pasó silbando sobre la cabeza de Sophronia, que maldijo mentalmente al hombre, con una serie de insultos e injurias que había aprendido de Roger, el mozo de cuadra.

El cochero profirió un grito de horror y se agachó. Por suerte, no trató de arrebatarle las riendas a Sophronia. Probablemente pensaba que se hallaba en medio de una pesadilla.

La chica hizo derrapar el carruaje, haciéndolo pasar junto a la directora y tirando de las riendas al mismo tiempo. En el momento justo, la puerta de la cabina se abrió de golpe y cuatro pequeñas manos escarbaron en el encaje negro del fabuloso vestido de mademoiselle Geraldine intentando agarrarlo. Tiraron de él. Algo se desgarró. Mademoiselle Geraldine gritó y cayó hacia delante dentro del carruaje con las piernas balanceándose.

El salteador del aire dejó caer el arma y se lanzó hacia mademoiselle Geraldine. La directora abandonó su patética actuación y pateó frenéticamente, perdiendo finalmente sus zapatos, pero también al asaltante, que cayó al camino agarrando contra su pecho un par de zapatillas de satén negro.

Sophronia se volvió para mirar hacia adelante, haciendo restallar el látigo. Los caballos, que apenas necesitaron el estímulo, aterrorizados como estaban por los disparos y los métodos erráticos de conducción de su nueva cochera, se lanzaron al galope.

LECCIÓN 3

Cómo no se deben hacer las presentaciones

El cochero finalmente volvió en sí, dándose cuenta de que todo esto no era una pesadilla. Realmente había una chica de catorce años con pelo pardusco y expresión seria conduciendo su carruaje. Arrancó las riendas de las manos de Sophronia y obligó a los caballos a pararse en seco. Estos bajaron las cabezas resollando.

—Pues bien —dijo Sophronia al cochero, alzando la nariz, y bajó al suelo de un salto. Del interior del carruaje emanaban una serie de llantos y gemidos. La chica abrió la puerta y se encontró con Pillover leyendo su libro mientras su hermana yacía acurrucada en el suelo.

El chico hizo un gesto con la barbilla hacia Dimity.

—Le han disparado. —Sonaba demasiado indiferente para alguien que sintiera el más mínimo afecto por su hermana.

—¡Dios santo! —Sophronia subió a la cabina para ver el estado de salud de su nueva amiga. La bala había pasado rozando el hombro de Dimity, rasgándole el vestido y dejando tras de sí una pequeña herida de quemadura, pero no parecía demasiado mala.

Sophronia se aseguró de que Dimity no tuviera otras lesiones. Después se puso en cuclillas.

—¿Eso es todo? Yo me he hecho peores heridas bebiendo té. ¿Cómo ha llegado a derrumbarse de tal manera?

Pillover puso los ojos en blanco.

—Nuestra Dimity se desmaya ante la visión de la sangre. Siempre le ha pasado. Nervios frágiles, según nuestro padre. Ni siquiera tiene que ser su sangre.

Sophronia resopló.

—Exactamente. Y las sales aromáticas estaban en su maleta. Que ahora está a cierta distancia por detrás de nosotros. Déjala estar. Volverá en sí con el tiempo.

Sophronia desvió su atención al origen de los lamentos.

—¿Qué le pasa a ella? —¿*También está herida mademoiselle Geraldine?* La directora estaba hecha un ovillo, tapándose la cara con las manos y gimiendo.

Pillover estaba tan disgustado con la directora como lo estaba con su hermana.

—Ha estado así desde que la arrastramos al interior del carruaje. No tiene nada dañado salvo el cerebro, hasta donde alcanzo a determinar.

Sophronia miró a la directora con atención y la pilló observándoles disimuladamente desde detrás de las manos. Estaba fingiendo. Pero ¿por qué? *¿Para no tener que dar explicaciones? Qué mujer tan peculiar.*

Fue entonces cuando Sophronia se dio cuenta de que Pillover, tras su sonrisa burlona, no tenía buen aspecto.

Desvió toda su atención hacia el muchacho.

—¿Y tú, estás bien, señor Pillover?

—Ni en mis mejores momentos soy un buen viajero, señorita Sophronia. Ya podrías haber conducido con más suavidad la última media milla.

Sophronia intentó ocultar una sonrisa.

—Podría. Pero, ¿qué placer habría en eso?

—Oh, maravilloso —exclamó Pillover—. Eres de esa clase de chicas.

Sophronia entrecerró los ojos.

—Podrías montarte en el pescante junto al cochero. El aire fresco te haría mucho bien.

Pillover pareció ofenderse bastante

—¿En el exterior, como un campesino? Creo que no.

Sophronia se encogió de hombros.

—A mí me gustó.

Pillover le lanzó una mirada que sugería que su valiente rescate no la excusaba y que de hecho ahora, a sus ojos, había descendido en la escala social.

Sophronia volvió a prestar atención a la gimoteante directora.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —Y entonces, dirigiéndose directamente a la mujer—: No está engañando a nadie, ¿se da cuenta de ello?

Se hizo evidente que Pillover se había dejado engañar.

—¿Está fingiendo? Bien, no hay nada que podamos hacer respecto a ella. El cochero sabe adónde vamos. Puede llevarnos a Bunson. Alguien allí sabrá qué hacer.

Sophronia asintió y sacó la cabeza por la ventanilla del carruaje.

—¿Cochero?

—¿Sí, señorita? —El hombre parecía molesto con la vida en general.

—Puede llevarnos hasta donde se encuentra Bunson, ¿verdad?

—Sí, señorita. Conozco la escuela. Pero no estoy seguro de querer continuar ahora. Nunca antes había sido atacado por salteadores del aire.

Maldita sea. ¿Cómo habría manejado mamá esta situación? Sophronia miró al cochero directamente a la cara y puso la espalda tan rígida como pudo.

—Lo hará si quiere recibir su paga. Mantenga un ritmo decente y un ojo en el cielo y no volverá a ocurrir.

En el momento en que dijo esto, Sophronia se quedó totalmente sorprendida por su propia audacia. También estaba ligeramente impresionada por lo imperiosa que había sonado su voz.

Al parecer, el cochero también lo estaba, ya que volvió a su puesto sin emitir ni

una palabra e indujo a los caballos a un trote sosegado.

Pillover miró por encima de sus anteojos.

—Se te da bastante bien esto, ¿verdad?

—¿El qué?

—Dar órdenes a los demás. Por mi parte, todavía no he encontrado la manera de conseguirlo.

Sophronia pensó que a Pillover, a pesar de todo, se le daba bastante bien comportarse como un esnob para ser un chico mugriento. Estaba a punto de hacer un comentario al respecto cuando los gemidos de mademoiselle Geraldine se intensificaron.

—Oh, pare ya y explíquese —le ordenó Sophronia, sintiendo que le estaba saliendo la vena autocrática.

Para su sorpresa, la directora la había escuchado y sus gimoteos simulados se transformaron en una abierta colera dirigida hacia Sophronia.

—Yo no me presenté para esto, ¿entendéis? Una misión sencilla, me dijeron. — Sophronia observó con interés que mademoiselle Geraldine había perdido el acento francés—. Tan sólo tiene que improvisar y actuar. Evaluar a nuevos candidatos. Simplemente actúe como si fuera mayor. Póngase un poco de acento y un bonito vestido. Una prueba final fácil. Otros se sentirían afortunados. Seguro que usted será capaz de salir airoso. Pero no. Oh, no. Tenía que combinarse una misión de recogida y reclutamiento con un ataque inesperado de elementos desconocidos de contrainteligencia, y sin equipo de apoyo. ¿Cómo se atreven a enviarme sin equipo de apoyo? ¡A mí! Quiero decir, ¿acaso lo pedí yo? No, yo no lo he pedido. ¿Quién necesita un estatus activo? Yo no necesito un estatus activo. ¡Es ridículo! —Parecía que se estaba acercando progresivamente a un estado de fariseísmo sublime.

Sophronia sentía que había algo más socavado bajo el torrente de palabras.

—Directora, ¿no hay nada que podamos hacer por usted? Parece disgustada.

—¿Disgustada? ¡Por supuesto que estoy disgustada! Y no me llames directora. *Directora*, y una mierda.

Sophronia jadeó ante una palabra tan chocante. *Bien, ¡eso es llevar las cosas demasiado lejos!*

Mademoiselle Geraldine se enderezó y miró a Sophronia como si esta fuera la responsable de todos los males del mundo.

—¡Me duele la cara, mi vestido está hecho jirones y no tengo zapatillas! —Esta última y más profunda ofensa vino acompañada por un auténtico gemido.

—¿Entonces usted no es nuestra directora?

—¿Cómo podría serlo? Sólo tengo diecisiete años. Realmente no puedes pensar que soy la directora de una escuela de señoritas. No eres tan ingenua.

—¿Pero no era eso lo que se suponía que teníamos que pensar?

—Yo no he pensado en usted en absoluto —murmuró Pillover, volviendo a su libro.

—¿Quién eres entonces? —preguntó Sophronia.

—¡Soy la señorita Monique de Pelouse! —Hizo una pausa, como si esperara que el nombre provocara alguna señal de reconocimiento.

Pero Sophronia tan sólo le dedicó una mirada inexpresiva.

—Así que esto nos lleva a la siguiente cuestión: ¿dónde está la *auténtica* mademoiselle Geraldine?

—Oh —Monique agitó una mano en el aire y resopló—, ella ya nunca sale, y las pocas veces que lo hace es inútil. Ellos siempre envían suplentes.

—¿Ellos?

—Por supuesto. Es más sencillo, y es una buena manera de finalizar el perfeccionamiento.

—¿Y quiénes son *ellos*?

—Oh, los profesores, por supuesto. Pero estábamos hablando de mí y de mis problemas.

Sophronia miró a Monique de arriba a abajo con gravedad.

—No creo que vayamos a resolverlos en el lapso de un paseo en carruaje.

Pillover le chasqueó la lengua desde detrás de su libro... pero tras la reprimenda había una clara diversión.

Monique le lanzó una mirada de desdén.

—¿Quién te crees que eres? *Recluta encubierta*. No eres tan especial. No eres tan buena. Estás orgullosa de ti misma y tu pequeño rescate en carruaje ¿no es así? Pues bien, ¡yo no necesitaba tu ayuda! Soy una estudiante de nivel superior, en mi misión de perfeccionamiento final. Enviada para recoger a tres *niños* inútiles.

La voz de Pillover emanó desde detrás de su tomo:

—Me cuesta creer que eso sea todo.

—Por supuesto que eso no era todo —le espetó Monique—. También tenía que conseguir el prototipo, ¿no es obvio?

Esto pareció captar finalmente el interés de Pillover.

—¿El que estaban buscando los salteadores del aire?

Sophronia preguntó:

—¿De qué es el prototipo?

—No seas boba. No lo sé.

—¿Crees que en algún momento podrás explicarme qué queréis decir realmente con la palabra *perfeccionamiento*? —Sophronia cada vez sentía más curiosidad por las particularidades de esta escuela de perfeccionamiento de señoritas. Parecía que habían dado a su madre una idea equivocada acerca de la naturaleza del establecimiento.

—No. —Monique le dirigió una mirada definitivamente desagradable y después dirigió su atención hacia el exterior a través de la ventanilla del carruaje.

Sophronia no estaba segura de qué había hecho para suscitar tanto desprecio. *Debería haberla dejado con los salteadores del aire*. Miró a Pillover, que la ignoró.

Así que suspiró y se volvió a sentar, frustrada. Después de considerarlo durante un momento, se cambió de sitio para sentarse junto a Pillover e intentó leer por encima de su hombro, ignorando su vago olor a macho cabrío. Todos los chicos olían a macho cabrío. Así pasaron el resto del trayecto hasta que el carruaje entró en el pequeño y tranquilo pueblo de Swiffle-on-Exe.

Cuando se detuvieron con una sacudida, Dimity parpadeó y se despertó.

—¡Ay! ¿Qué pasa? ¿Me he quedado dormida?

—No, te has desmayado. Sangre —le explicó su hermano lacónicamente.

—Oh, ¿de verdad? Perdón —Dimity bajó la mirada a su hombro herido—. ¡Oh!
—Sus ojos empezaron a ponerse en blanco.

Sophronia se inclinó rápidamente hacia delante y le tapó la herida con la mano.

—¡Oh, no, nada de eso!

Dimity volvió a concentrarse en ella.

—¡Ay! Ehhh, ¿quizá podríamos vendar la herida con algo?

—Buen plan. Cierra los ojos.

Sophronia desató la larga cinta para el pelo de la agarradera interior de la puerta del carruaje y envolvió con ella el hombro de Dimity.

—Oh, me gustaría ser más como mi madre. Es aterradora. También me gustaría parecerme más a ella. Eso ayudaría con todo. —Dimity se sentó.

—¿Por qué? ¿Cómo es ella?

—Es más como Pillover que como yo.

Sophronia, que había visto muy poco de la apariencia de Pillover, más allá de sus enormes prendas exteriores, sólo pudo decir:

—¿Ah, sí?

—Ya sabes, *oscura y amenazadora*. Desearía con toda mi alma ser *oscura y amenazadora*. Es tan romántico y misterioso. Yo no resultaría amenazadora ni aunque mi vida dependiera de ello.

—Bien, la cinta alrededor del hombro te da un cierto aire misterioso.

—Oh, ¿de verdad? Espléndido. ¿Sabes, Sophronia? Probablemente *tú* podrías hacerlo si te empeñaras.

—¿Hacer el qué?

—Ser *oscura y amenazadora*.

Sophronia, con su deslucido cabello castaño y sus ojos moderadamente verdes enmarcados por un rostro pecoso, difícilmente se habría descrito a sí misma como amenazadora. U oscura, llegados al caso.

La atención de Dimity cambió de tema a la velocidad del rayo:

—¿Dónde estamos?

—En Bunson, por fin —dijo Pillover, cerrando el libro de golpe. Armó todo un espectáculo organizándose para la llegada. Teniendo en cuenta que ya no tenía equipaje, se trataba de algo parecido a la acción de un autómata mecánico sin instrucciones, rodando en círculos sin hacer nada hasta que se quedaba sin vapor.

La puerta del carruaje fue abierta por un estirado y ultramoderno autómatas doméstico para exteriores.

—¿Qué es eso? —jadeó Sophronia. Nunca había visto nada que se asemejara a esa monstruosidad. Era más alto que Frowbritcher, tenía forma cónica y llevaba una carretilla enganchada a la espalda. En el lugar donde debería haber habido un facsímil de rostro había una confusión de engranajes y ruedas dentadas, como en el interior de un reloj.

—Un portero mecánico —Pillover se puso de pie, agarrando su libro, y bajó de un salto— Vosotras dos, ¿venís? —preguntó sin volverse a mirar.

—¿Dónde está su equipaje, joven señor? —le preguntó el autómatas. Su voz era más fuerte y metálica que la de Frowbritcher. Llevaba un gorro gris echado hacia atrás y un pin de latón con forma de pulpo enganchado a una corbata de tela que le rodeaba el cuello. *Esto es demasiado surrealista*. Sophronia nunca antes había visto a un autómatas llevando ropa.

—Oh, a unas diez millas de distancia tirado en medio del camino —respondió Pillover.

—¿Señor? —El portero se balanceó de un lado a otro con confusión. Se movía sobre un par de raíles igual que un tren muy pequeño.

Sophronia bajó del carruaje para poder observarlo más de cerca, preguntándose si podría desmontar al portero.

Dimity la siguió.

La atención del autómatas se desplazó inmediatamente a las chicas.

—Mujeres no, joven señor —emitió un sonido chirriante y expulsó una ráfaga de vapor desde debajo de su corbata. La tela ondeó hacia arriba contra su rostro mecánico y después volvió a caer.

Pillover se volvió.

—¿Qué?

—No se admiten mujeres, joven señor. —El portero volvió a resoplar haciendo que la corbata aleteara de nuevo.

—Oh, ellas no son mujeres. Son sólo niñas. Se dirigen a la academia de señoritas de mademoiselle Geraldine.

—Ellas cuentan como mujeres, joven señor.

—Oh, por Dios, no nos pongas las cosas difíciles.

Sophronia tomó la vía diplomática.

—Tenemos que hablar con quien esté a cargo de este lugar. Nuestro carruaje ha sido atacado y nuestra tutora está desbordada por la situación.

—¡Mujeres no! —El portero mecánico se mostraba muy firme en esto. El panel de su pecho se deslizó hacia un lado revelando algún tipo de arma, demasiado grande para ser una pistola.

Mientras Sophronia se quedaba donde estaba, paralizada, el arma chispeó y emitió un zumbido, lanzando una llamarada azul que pasó lo bastante cerca de

Dimity como para chamuscarle el cabello.

Las chicas se lanzaron al interior de la cabina, y el cochero, que no estaba para más tonterías durante su servicio, condujo el carruaje fuera de allí inmediatamente. El portero lanzallamas no los siguió.

El carruaje se detuvo fuera de los terrenos de la escuela. Sophronia apretó la nariz contra el cristal que había sobre la puerta de la cabina y miró fuera. Bunson era enorme, pero estaba formado por un extraño batiburrillo... no se parecía en absoluto a un centro educativo respetable. Algunas de sus torres eran cuadradas, mientras que otras eran redondas; algunas eran viejas, otras nuevas; y algunas tenían un aspecto claramente extranjero. Había cables extendidos entre las torres, y palos que sobresalían hacia el exterior con redes colgantes en sus extremos. Un resplandor anaranjado iluminaba varias ventanas. De aquí y allá emanaban sucesivas bocanadas de vapor y una gran chimenea escupía columnas de humo negro hacia el cielo.

Sophronia miró a Dimity.

—¿Y ahora qué?

—Bien, mi hermano no nos va a servir de nada. Se va a olvidar de nosotras en cuanto esté dentro.

—Está empezando a oscurecer —Sophronia se volvió hacia su antigua directora—. Tendrá que cumplir con su cometido, no queda otro remedio.

Dimity respiró hondo, se sentó en el banco junto a Monique y sacudió el brazo de la chica mayor.

—¿Qué quieres?

—No conocemos la ubicación de la academia, y tampoco el conductor.

Monique de Pelouse no dijo nada.

Sophronia se cruzó de brazos y la fulminó con la mirada. Dimity miró a las dos alternativamente durante un momento, luego se cruzó de brazos y también la miró. Aunque quizá no con tanta ferocidad.

—¡Oh, muy bien! —cedió finalmente Monique y golpeó el techo con el mango de su sombrilla. La puerta de la cabina se abrió y por ella asomó la cabeza del cochero. Monique le dijo—: Vaya por Shrubbery Lane hasta el pub *Nib and Crinkle*, tuerza a la izquierda y siga el camino de cabras que hay tras el seto. Después de una hora, el camino termina en una arboleda. Bordéela por la derecha y después le daré nuevas instrucciones. Y dese prisa. Tenemos que llegar antes de la puesta de sol o nunca encontraremos el lugar.

—Pero señora, eso nos lleva directamente al centro del páramo.

—Por supuesto. ¿Qué le ha hecho pensar que nos detendríamos en el límite?

—Circulan historias sobre Dartmoor. La gente se pierde en la niebla y nunca regresa. O son devorados por hombres lobo, o secuestrados por vampiros, o asesinados por salteadores del aire.

En ese momento Monique demostró que era mucho mejor dando "órdenes" que Sophronia.

—Deje de discutir, señor mío. Ya ha oído lo que he dicho sobre el sol.

El desdichado cochero, con aspecto de estar bastante molesto, volvió a su puesto. Los fatigados caballos se pusieron en marcha una vez más.

Al principio, todo parecía normal, pero, tras unos pocos minutos circulando por el camino de cabras, el carruaje empezó a balancearse, azotado por las ráfagas de viento más intensas que Sophronia jamás había experimentado. La chica presionó la cara contra la ventanilla. Alrededor de ellos se extendían interminables praderas, marrones después del calor del verano, con la hierba agitándose con el viento. El páramo estaba envuelto por la niebla en la distancia. De vez en cuando la monotonía del paisaje se veía perturbada por algún bosquecillo o algún pequeño manantial tortuoso que aportaban al paisaje un brillante toque verde.

—¿Esto es todo? —Sophronia tenía sus dudas.

Dimity se encogió de hombros.

—Mucho viento.

—No dejéis que os engañe —dijo Monique con una sonrisa poco amable—. Esta es la *única* parte agradable. Muy pronto las rocas brotarán del suelo como huesos rotos, y la niebla se alzaré con tanta rapidez que no podréis ver hacia dónde vais o dónde habéis estado.

Sophronia no se acobardó.

—¿De verdad crees que puedes asustarme con cuentos de viejas? Tengo hermanas mayores, por si no lo sabes.

Monique le lanzó una mirada asesina antes de volver a golpear el techo del carruaje y darle al conductor nuevas instrucciones.

El carruaje dio un giro, esta vez siguiendo un camino invisible que llevaba hacia el páramo. La niebla comenzó a cerrarse alrededor de ellos, o quizá eran ellos los que se internaban en la niebla... era difícil de determinar.

A pesar de todo, Sophronia comenzaba a sentir un nudo en la boca del estómago. *¿Y si realmente hay hombres lobo vagando por el páramo?*

Y, de repente, ahí estaba. La niebla se abrió. Los últimos rayos del sol proyectaron la larga sombra del carruaje e iluminaron la Academia de mademoiselle Geraldine para el perfeccionamiento de señoritas de alta alcurnia. Y no, la escuela no se desplazaba rápidamente por el páramo sobre cientos de pequeñas patitas. Más bien se mecía y flotaba sobre este con ampulosa majestuosidad.

LECCIÓN 4

La configuración correcta de una escuela de señoritas

—Dios mío —exclamó Sophronia—. Se parece a una oruga que ha comido en exceso.

Y así era. No se trataba de uno, sino más bien de tres dirigibles unidos entre sí para formar una larga cadena de enormes globos oblongos. Por debajo de ellos colgaban varias cubiertas distribuidas en varios niveles, la mayor parte de ellas abiertas al aire, pero algunas cerradas, con ventanas que reflejaban el sol agonizante. En la parte trasera, unas hélices colosales giraban lentamente y, por encima de ellas, ondeaba una enorme vela, probablemente más para la orientación que para la propulsión. Una gran cantidad de vapor salía de debajo de las cubiertas inferiores traseras, y flotaba hasta unirse con la niebla como si fuera el responsable de su creación. Tres altas chimeneas despedían lentas bocanadas de humo negro.

Sophronia estaba encantada. Era la cosa más fascinante que había visto en su vida, y totalmente diferente a cualquiera de las escuelas de señoritas de las que había oído hablar jamás, la mayor parte de las cuales —según sus hermanas— estaban en los castillos de Suiza. Sin embargo, no quería admitir que estaba encantada, ya que esto le parecía infantil, así que en su lugar dijo en tono casual:

—Es mucho más grande de lo que esperaba.

—Está muy arriba, ¿no? —añadió Dimity con nerviosismo.

Cuando el carruaje se acercó, Sophronia se dio cuenta de que la academia flotante se movía mucho más rápidamente de lo que había pensado inicialmente. Esto era lo que probablemente provocaba el fuerte viento que parecía precipitarse constantemente sobre Dartmoor, haciendo que los árboles pequeños se doblaran. Justo cuando pensaba que realmente iban a alcanzarla, los caballos relincharon aterrorizados y el carruaje se detuvo con una sacudida.

La puerta se abrió de golpe. Ante ellas había un hombre joven. Se trataba de un tipo alto y de tez morena, la clase de hombre que haría que Petunia se derritiera; apuesto y desenfadado. Llevaba un sombrero de copa negro de seda y un abrigo que le cubría desde el cuello hasta los tobillos. *Papá se habría referido a él como «un joven descortés» con un tono de voz indignado.* Sophronia temió por un momento que se tratara de un nuevo tipo de salteador del aire, excepto que no llevaba anteojos y les estaba sonriendo.

—¡Damas!

Monique se sonrojó pudorosamente.

—Capitán.

—Los vientos son feroces esta noche. Es imposible descender para la recogida. Me temo, damas, que van a tener que esperar hasta después de la puesta de sol, momento en que yo las subiré.

—Oh —la pequeña y delicada nariz de Monique se arrugó—. ¿Es realmente necesario?

La expresión alegre del joven no se alteró a pesar de su descontento.

—Sí.

—Oh, muy bien. —Monique le tendió la mano y él la ayudó a bajar.

El joven no se volvió para acompañarla. En vez de eso, se quedó mirando inquisitivamente a Dimity y Sophronia.

—Damas. No hay momento como el presente.

Dimity recogió su pequeña cesta, ruborizándose también violentamente, y posó su mano sobre la mano grande del hombre.

Él la ayudó a bajar y se volvió hacia Sophronia.

—¿Señorita?

Sophronia echó un vistazo a la cabina comprobando afanosamente que no se dejaban nada olvidado.

El joven observó esto con un ligero parpadeo de sus ojos oscuros.

—Chica cautelosa.

Sophronia no se dignó a dar una respuesta a esto. Todavía no sabía determinar qué era, pero había algo extraño en este hombre, aparte de ser encantador.

En el exterior, el viento era cortante y el enorme dirigible resultaba aún más impresionante. Los caballos estaban inquietos, con los ojos desorbitados y arañando el suelo tratando de alejarse de allí. El cochero luchó para contenerlos. No parecía haber ninguna razón para su pánico. El joven se adelantó para pagarle, lo cual aterrorizó todavía más a los animales. El cochero se las arregló para tomar posesión de su paga sin soltar las riendas, pero sólo a fuerza de auténtica habilidad. Después hizo que los corceles dieran media vuelta y les dio rienda suelta, permitiéndoles cabalgar libremente por el páramo a una velocidad vertiginosa.

Dimity se acercó a Sophronia y le susurró:

—¿No es un auténtico bombón?

—¿El cochero? —respondió Sophronia, haciéndose la obtusa.

—No, tonta. ¡Él! —Dimity inclinó la cabeza hacia su nuevo escolta.

—Es un poco mayor, ¿no crees?

Dimity consideró la edad del joven. Tendría quizá unos veintiún años.

—Bueno, supongo que sí. Pero Monique no lo cree así. ¡Mira cómo coquetea! Descarada.

El hombre y Monique estaban discutiendo sobre la falta de equipaje.

Gestualizando animadamente con las manos, la muchacha le describía su pérdida, el reciente ataque y la subsiguiente huida, restando importancia al papel desempeñado por Sophronia y acentuando el suyo propio. Sophronia se habría defendido, pero había algo en la forma en que Monique contaba la historia que le hacía sospechar que tras ello había algo más que el *ego* de la chica.

—Ella está ocultando algo. Lo ha estado haciendo todo el tiempo... y no sólo su verdadera identidad.

—¿Un cerebro? —sugirió Dimity.

—Y él no lleva zapatos.

—¡Oh, vaya! Tienes razón. Qué peculiar.

—Y los caballos le tenían miedo. Cada vez que se acercaba, se asustaban.

—Pero ¿por qué?

—Quizá tengan sus propios estándares equinos... una aversión a los pies descalzos.

Dimity soltó una risita tonta.

El hombre, aparentemente cansado de las historias de Monique, vino a unirse a ellas.

La chica mayor fue tras él y por fin pareció acordarse de sus modales.

—Chicas, este es el capitán Niall.

Dimity hizo una reverencia.

—Capitán.

Sophronia la imitó un segundo más tarde con una reverencia mucho menos pulcra y agradable.

—Capitán.

Monique dijo, frunciendo el labio:

—La señorita Dimity Plumleigh-Teignmott, credenciales completas, y la señorita Sophronia Angelina Temminnick, recluta encubierta.

El hombre tocó el ala de su sombrero de copa y se inclinó ante cada una de ellas.

El capitán Niall tenía una bonita sonrisa, y a Sophronia le gustaba su manera fluida de moverse. Pero tenía la extraña sospecha de que no llevaba corbata bajo el abrigo. Además, parecía que llevaba el sombrero de copa atado por debajo de la barbilla como el gorro de un bebé. Imaginando que sería grosero señalar las deficiencias en su atuendo directamente, la muchacha se limitó a decir:

—Espero que el cochero encuentre el camino de regreso a la civilización sin problemas.

—Un detalle encomiable, señorita Temminnick, pero yo en su lugar no me preocuparía por eso.

Tras ellos, el sol se había puesto por completo. El dirigible, que flotaba a la deriva en la lejanía, comenzó a desvanecerse en el cielo rojizo y nublado, haciéndose cada vez más difícil de ver.

—Vuelvo en un momento —el joven capitán descendió por una pequeña

hondonada, desapareciendo detrás de una gran roca.

Las chicas todavía podían ver el sombrero de copa balanceándose, pero nada más, y eso sólo duró un momento. El sombrero empezó a fundirse con la oscuridad y a desvanecerse de la vista. *¿Estaba agachado?* Era difícil oír nada por encima del viento, y a Sophronia ya le estaban empezando a doler los oídos debido a ello, pero creyó detectar un gemido de dolor.

Entonces, desde detrás de la roca, se les acercó trotando por la hondonada un enorme lobo. Una bestia estilizada con un oscuro pelaje moteado negro y marrón y una mullida cola terminada en una punta blanca.

Dimity dejó escapar un chillido de alarma.

Sophronia se quedó congelada, pero sólo durante un momento. *¡Un licántropo!* le dijo su cerebro, atando cabos en una fracción de segundo. La ausencia de zapatos. El abrigo en sí mismo. Y ahora estaba viniendo hacia ellas.

Se dio la vuelta y echó a correr directa hacia el montículo de árboles más cercano, pensando sólo en términos de seguridad y haciendo caso omiso de las instrucciones de Monique de que se detuviera.

El licántropo saltó tras ella a una velocidad mucho mayor de la que un lobo normal jamás podría alcanzar. No es que Sophronia se hubiera encontrado nunca con un monstruo como aquel. Había oído rumores acerca de la velocidad y la fuerza sobrenatural, pero no les había dado apenas crédito. Este licántropo probaba que todos los cuentos de hadas eran verdaderos. Antes de que ella hubiera dado apenas unos pocos pasos, él la alcanzó y saltó por encima de su cabeza, girando en el aire y dándose la vuelta para encararse con ella bloqueando su camino.

Sophronia se dio de bruces contra él y cayó de espaldas sobre la hierba áspera, quedándose sin aliento.

Antes de que pudiera levantarse, una enorme pata descendió sobre su pecho y el rostro feroz de un lobo se cernió sobre ella, mostrando una nariz negra y húmeda y unos dientes afilados. El rostro descendió y... nada.

Sophronia cerró los ojos con fuerza y giró la cabeza, esperando a que la otra enorme pata le diera el golpe de gracia o a que esos relucientes caninos se cerraran sobre su cuello.

Siguió sin pasar nada.

Supongo que no estoy muerta. Abrió los ojos con cautela y miró directamente a los ojos amarillos del lobo, que se arrugaron en una sonrisa, mientras la lengua de la bestia pendía de su boca jadeante. Su enorme y arrolladora cola se balanceaba de un lado a otro detrás de él. En ese momento, la muchacha se dio cuenta, para su sorpresa, de que el sombrero de copa seguía estando firmemente atado a su cabeza.

Esta incongruencia sirvió para calmarla como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. Más tarde, Sophronia se cuestionaría si esta era la razón de que el capitán Niall siempre llevara un sombrero de copa, incluso cuando cambiaba: tranquilizar a la gente. O si él creía que un caballero, adoptara la forma que adoptara, jamás debía ir

sin su sombrero.

Ella intentó sentarse. Cuando él se negó a soltarla, le dijo:

—No voy a volver a salir corriendo. Lo siento. Usted me ha asustado. Nunca antes había visto a un licántropo.

Con un pequeño movimiento de cabeza, él retrocedió.

Dimity le echó un cable a Sophronia.

—Los padres de Sophronia son conservadores —explicó a la criatura.

La muchacha se movía con cautela, lo que sugería que ella tampoco estaba muy familiarizada con los licántropos, a pesar de toda su educación progresista. *O tal vez ésa es la forma en la que se supone que hay que comportarse con ellos.* Sophronia, decidiendo seguir el ejemplo de su nueva amiga, se puso en pie muy lentamente.

Monique se dirigió a ella con remilgo.

—¿Vas a dejar ya de hacer el ridículo, recluta encubierta?

A lo que Sophronia le contestó con aspereza:

—No me gustaría hacer una promesa que no puedo mantener.

—No, supongo que no. Será mejor que vaya yo primero, capitán. Para mostrarles cómo se hace.

El lobo asintió con su peluda cabeza coronada por un sombrero de copa.

Entonces Monique de Pelouse hizo algo de lo más extraordinario. Se sentó a la inglesa sobre la espalda del hombre lobo, como si este fuera un poni de las Shetland.

—Una se agarra así —explicó oficiosamente, hundiendo las manos en el espeso cuello del lobo hasta el collarín—. Entonces una se inclina hacia adelante lo máximo posible.

A Sophronia le pareció oír cómo el corsé de la muchacha crujía.

El hombre lobo se alejó al trote, ganando velocidad hasta que no fue más que un borrrón precipitándose a través del páramo hacia la escuela flotante.

Sophronia entornó los ojos, intentando seguir sus movimientos. Él dio un salto imposiblemente alto en el aire en dirección al dirigible. Era una criatura sobrenatural, y claramente muy poderosa, pero ni siquiera los licántropos podían volar. Se hizo evidente, sin embargo, que ésa no era su intención cuando pareció aterrizar en medio del aire.

—Tiene que ser una especie de plataforma —comentó Dimity.

Sophronia asintió.

—¿Suspendida de largas cuerdas, tal vez?

Monique desmontó y el capitán Niall saltó al suelo y regresó corriendo hacia las muchachas.

Miró a Dimity con expectación.

Dimity miró a Sophronia y dijo:

—Oh, Dios mío.

Sophronia sonrió.

—Si tienes miedo de caerte, puedes montar a horcajadas. Es mucho más fácil

agarrarse a un caballo de esa manera.

Dimity pareció ofenderse ante la mera idea.

—Sólo era una sugerencia.

—Estás muy tranquila.

Sophronia se encogió de hombros.

—En este momento estoy abrumada por los extraños sucesos. Puedo ir yo la siguiente si así lo prefieres.

Dimity pareció aliviada e hizo un amplio gesto con la mano.

Sophronia se encaramó encima del hombre lobo. ¡Su madre habría sufrido un ataque de histeria ante la sola idea de que una hija suya montara a horcajadas, y eso dejando a un lado el hecho de que el corcel en sí fuera un licántropo! Sophronia se limitó a envolver con brazos y piernas al lobo.

—Estoy lista.

Su piel olía a heno, sándalo y salchichas de cerdo.

El lobo empezó a trotar con lentitud para que ella pudiera acostumbrarse a su forma de andar —¡que no era en absoluto como la de un caballo!— y después cogió velocidad. Sophronia se agachó, observando la hierba y las rocas precipitarse por debajo de ellos. Se acercaron al dirigible y, con un tremendo impulso de sus músculos y una oleada de energía, el capitán Niall saltó hacia el aire.

Durante un breve y glorioso momento, Sophronia se sintió más cerca de estar volando de lo que nunca se había sentido. El viento levantó su cabello y su vestido; el vacío del espacio la rodeaba; el suelo quedaba muy por debajo. Entonces el licántropo aterrizó suavemente sobre una pequeña plataforma junto a una Monique de aspecto aburrido.

Sophronia bajó.

—Gracias, señor, ha sido muy agradable.

El capitán Niall saltó de nuevo para ir a recoger a Dimity.

Como Monique la estaba ignorando, Sophronia se dedicó a examinar el funcionamiento de la plataforma. Estaba hecha de un vidrio grueso ahuecado por dentro como una caja, y colgaba de cuatro cadenas enroscadas alrededor de sendas poleas situadas en cada esquina, lo que significaba que todo el conjunto podía elevarse y descender como una única unidad.

Estiró el cuello, pero no consiguió ver ni un agujero ni una estructura de acoplamiento en la parte inferior del dirigible.

Un alarido distante, que se fue haciendo cada vez más fuerte, anunció la llegada de Dimity.

Tan pronto como aterrizaron, Dimity dejó de gritar, sintiéndose avergonzada, y desmontó. Después se sentó abruptamente en la plataforma.

Monique se echó a reír.

Sophronia corrió al lado de su amiga.

—¿Te encuentras mal?

—Debo confesar que tengo los nervios a flor de piel. No, por favor, déjame hasta que recupere el uso de mis rodillas. Ha sido un pelín abrumador.

—A mí me ha parecido bastante emocionante.

—Estoy empezando a entender eso de ti. No estoy convencida de que sea un buen rasgo de personalidad, pero desde luego parece ser útil. —Dimity se apartó el cabello de la cara con una mano temblorosa.

El capitán Niall depositó la cesta de Dimity, que había llevado en la boca, al lado de ella y ladró imperiosamente. Después se inclinó hacia adelante sobre una pata delantera en una reverencia lupina.

Sophronia y Monique hicieron una reverencia cortés, y Dimity asintió con la cabeza desde su posición sentada. Después él se alejó, saltando hacia el páramo que había debajo.

—¿No se va a unir a nosotras? —Sophronia estaba confusa.

—Oh, él no vive en la escuela. Es un *licántropo*. Ellos no flotan. ¿No lo sabías?

Sophronia, que no lo sabía, se sintió injustamente reprendida. Y también extrañamente vacía. Ahora que sabía lo que el capitán Niall había estado ocultando tras sus pies descalzos y su manera singular de vestir, le gustaba bastante el hombre. Se podría haber convertido en algún tipo de aliado.

Aun así, tenía a Dimity.

Como en respuesta a este pensamiento, Dimity le sonrió.

—Me alegro de que estés conmigo. Estaba muy nerviosa por tener que llegar sola, ya que a estas alturas todas se conocerán ya.

Sophronia se agachó y apretó la mano de su amiga. Se alegró de haberse agachado ya que, sin previo aviso, la plataforma se sacudió de un lado a otro y comenzó a subir hacia el dirigible.

Monique soltó un chillido de alarma cuando la sacudida casi la lanzó por encima del borde. Actuando como si esto fuera exclusivamente idea suya, ella también se sentó.

La plataforma fue acelerando hasta que alcanzó una velocidad de vértigo. La parte inferior del dirigible parecía estar construida en madera sólida y metal. *¡Nuestros cráneos definitivamente no tienen las de ganar en el choque!* Sophronia resistió la urgencia de levantar los brazos por encima de su cabeza para protegerse. Monique estaba sentada, impávida, y Sophronia no estaba por la labor de darle a la muchacha más munición.

Dimity y ella intercambiaron miradas aterrorizadas.

En el último momento, una escotilla situada justo encima de ellas se abrió de golpe y se precipitaron a través de ella al interior de la embarcación, alejándose del helado aire nocturno e internándose dentro de una cálida oscuridad.

La plataforma se detuvo. La escotilla se cerró tras ellas. Todo estaba negro. Después de la violencia del viento, el repentino silencio resultaba abrumador.

Los ojos de Sophronia se ajustaron rápidamente a la oscuridad. Estaban en una

enorme sala cavernosa, parecida a un granero, con vigas y soportes indecentemente expuestos a su alrededor. Aunque era curvada, como el interior de un gran bote de remos.

Lo primero que oyeron fue las voces: amables pero agitadas voces femeninas discutiendo. Luego se abrió una puerta frente a las tres muchachas y un haz de luz amarilla se filtró a través de ella. Tres figuras siluetadas entraron, una tras otra, cada una de ellas ataviada con un voluminoso vestido propio de una modesta mujer inglesa de clase alta. La primera era de talla y complexión medianas, con un halo de rizos rubios; la seguía una mujer alta; y por último una mujer bajita y rechoncha.

La señorita Mediana sostenía una lámpara y era de lejos la que tenía mejor aspecto, aunque este hecho estaba bien escondido bajo tal cantidad de maquillaje que avergonzaría incluso a una bailarina de la ópera.

Dimity estaba encantada

—¡Mira su colorete!

—¿Su qué? —Sophronia estaba escandalizada. No era normal observar semejante aplicación de polvos, salvo en mujeres de mala reputación. *¿Qué clase de escuela de señoritas tiene a una dama de la noche entre su personal?*

—Colorete... la sustancia roja en sus mejillas.

—¡Oh! Pensé que era mermelada.

—¡Oh, de verdad! —Dimity soltó una risita entre dientes.

La mujer baja y regordeta llevaba algo que podría asemejarse a un hábito religioso. Estaba cortado y confeccionado para ser un facsímil de un vestido moderno, con sus faldas, volantes y toda la parafernalia. Sobre la cabeza llevaba un sombrero que era una especie de tocado de encaje almidonado.

La señorita Alta era la única de las tres que realmente parecía una profesora. Sophronia ajustó su evaluación de simplemente «alta» a «imposiblemente angular». *Como un perchero humano*. La mujer vestía con severidad y su rostro podría haber sido hermoso si sonriera un poco más y no frunciera tanto el ceño. Así las cosas, tenía el aspecto de un armiño con problemas gástricos.

Monique bajó de la plataforma y se acercó a las tres mujeres.

—Me dijeron que era una simple operación de recuperación. ¡Sin riesgos! —Se dirigió a ellas de una manera totalmente diferente a la que emplearía una estudiante con sus superiores.

—Oh, querida, por favor, no siga adelante —le dijo la monja.

—«Una prueba final sin dificultad, Monique». ¡Eso fue lo que me dijeron!

—Bueno, querida, ése era su examen.

—¡Es bueno que sea capaz de mantener la cabeza fría en situaciones de crisis! ¡Fuimos atacadas por salteadores del aire! Tuve que tomar medidas para sacarnos de ahí sanas y salvas.

—Explíquese —le ladró la mujer alta. Su acento era francés de una manera que sugería que no era falso—. Y quítese esa ridícula peluca.

—El cochero quedó incapacitado, y esas dos se dejaron llevar por el pánico. — Monique se quitó la peluca, revelando así que era rubia, y señaló con ella hacia Sophronia y Dimity—. Tuve que tomar las riendas del carruaje y poner en práctica una audaz fuga. Por desgracia, tuvimos que dejar atrás nuestras pertenencias.

Sophronia se quedó estupefacta ante tal retahíla de descaradas mentiras. Monique definitivamente tenía algún tipo de agenda secundaria. *¿Qué está pasando aquí?*

—¡Eh, oye! Eso no es para nada lo que pasó —replicó Dimity indignada.

—Las dos han cometido constantes errores de juicio y protocolo. Incluso se desmayaron en los momentos *menos convenientes*. Están totalmente en contra mía. No puedo ni imaginar por qué. Me he comportado de una forma totalmente correcta con ellas todo el tiempo. Creo que quieren llevarse todo el mérito de *mis* acciones inteligentes. ¡Está claro que no quieren que supere la prueba final!

—¿Qué? —exclamó Sophronia, tan sorprendida que se sintió impulsada a hablar.

—¡Mírenla, toda inocencia! Ella es la más astuta. Yo de ustedes la mantendría vigilada.

—Está mintiendo —dijo Sophronia tajantemente; no había otra respuesta posible. La mujer pintada la interrumpió.

—Los detalles no importan en este momento. La cuestión es, señorita Pelouse, ¿lo tiene?

Monique hizo un gesto hacia su vestido desgarrado.

—¡Por supuesto que no lo tengo! No soy tan idiota como para llevarlo encima. Tan pronto como me di cuenta de lo que era y de que me habían asignado una prueba final tan peligrosa, lo escondí en un lugar seguro.

Sophronia comprendió el trasfondo de esa declaración. *Ella ha sabido todo el tiempo que nos iban a atacar los salteadores del aire.*

La mujer huesuda estiró el cuello hacia delante y siseó entre dientes.

—¿Dónde?

Sophronia frunció el ceño, tratando de recordar algún momento en que Monique pudiera haber escondido algo.

Monique sacudió la cabeza.

—Oh, no. Cuando haya sido debidamente aprobada, sólo entonces se lo diré.

La mujer francesa dio un paso adelante cerniéndose sobre la chica.

—Bruja manipuladora, debería...

La monja rechoncha le puso una mano sobre el brazo.

—Vamos, Beatrice, no te compliques. Tenemos aquí a nuevas chicas, no lo olvides.

Beatrice miró a Sophronia y a Dimity y resopló.

Cielos, pensó Sophronia, *las francesas son tan groseras como mamá siempre ha dicho que eran.*

—Beatrice, llévate de aquí a la señorita Pelouse a ver si podéis llegar a algún acuerdo —ordenó la mujer maquillada.

—Pediré refuerzos si tengo que hacerlo —dijo Monique, mostrándose beligerante.

—¿Me está amenazando, muchacha? Ya hablaremos de eso —la francesa no parecía acobardarse.

Sophronia se estremeció. No querría estar a solas con ninguna de las tres mujeres durante cualquier periodo de tiempo.

Oyó a la señorita Alta decir mientras ambas se alejaban:

—¿Debidamente aprobada, querida? ¿Qué le hace pensar que tiene la más mínima posibilidad de ser aprobada ahora?

Sophronia decidió olvidar a Monique por el momento.

—Bien, realmente parece que vosotras dos habéis tenido un viaje bastante emocionante —dijo la monja.

—¡No nos desmayamos! —protestó Dimity—. O, mejor dicho, Sophronia no se desmayó. Yo sí, ¡pero sólo después de que rescatáramos a Monique de los salteadores del aire! ¡Ella lo ha contado todo al revés!

—¿Hay testigos?

—Bueno, mi hermano estaba allí.

Las profesoras intercambiaron una mirada. Al parecer, cuestionaban la fiabilidad de Pillover.

—¿Un chico? No sé.

—También estaba el cochero —Dimity no iba a dejar pasar el asunto.

—Él estuvo inconsciente durante la mayor parte de los acontecimientos —señaló Sophronia.

—Es usted un poco peculiar, ¿no? —la dama que iba pintada miró a Sophronia atentamente—. ¿Por qué no se defiende?

Sophronia se encogió de hombros.

—Tengo hermanas. Sé cómo funciona esto.

—¿De veras?

Sophronia no dijo nada más. Monique estaba cubriendo su rastro tan bien como magnificaba sus propias acciones. Tal vez la muchacha le había entregado el prototipo a otra persona con anterioridad. Sophronia tenía la intención de averiguarlo. ¿En qué consistía el prototipo? ¿Dónde estaba? ¿Y por qué todo el mundo lo quería con tanta ansiedad? *¿Algún nuevo tipo de artefacto para producir té a bajo coste?* En el hogar de los Temminnick nada era tan valorado como un té de buena calidad.

Dimity abrió la boca para seguir protestando, pero Sophronia le dio un codazo en las costillas.

La dama pintada dijo:

—¿Continuamos con el asunto central? ¿Por dónde iba?

La monja le susurró algo al oído.

—¡Sí, por supuesto! Bienvenidas a la Academia de mademoiselle Geraldine para el perfeccionamiento de señoritas de alta alcurnia. Tengo entendido que una de

vosotras es una recluta encubierta. ¿Correcto?

Sophronia levantó una mano vacilante.

—¡Bienvenida, bienvenida! Yo soy lady Linette de Limmone. Le voy a instruir en música y algunas de las artes creativas más finas. Esta es la hermana Herschel-Teape. Ella es la responsable de la administración del hogar. ¿Y usted es?

—Sophronia Angelina Temminnick —respondió Sophronia con una reverencia.

—Oh, querida —exclamó lady Linette—. Vamos a tener que trabajar en esa reverencia.

—Dimity Ann Plumleigh-Teignmott —dijo Dimity, con una reverencia mejor.

Tengo que pedirle que me enseñe cómo se hace. Parece un arma poderosa, pensó Sophronia.

—Ah, sí, señorita Plumleigh-Teignmott, la hemos estado esperando. Hermana, si eres tan amable de ayudar a la señorita Plumleigh-Teignmott a instalarse. Ella ya lo sabe todo. Señorita Temminnick, conmigo, por favor.

Dimity apretó la mano de Sophronia.

—Buena suerte.

Acto seguido, la muchacha siguió a la monja regordeta fuera de la sala cavernosa. La mujer pintada levantó la lámpara y examinó detenidamente a Sophronia.

—Bien, bien, veamos. Tienes unos... ¿qué edad tienes, niña?

—Catorce, milady. —Sophronia apenas podía creer que una mujer con tanta pintura en la cara pudiera ser una *verdadera* dama. La señora Barnaclegoose tenía un caniche que se llamaba lord Piffle; quizás el de lady Linette, al igual que el del perro, era un título falso.

—Buena estructura ósea, altura media. ¿Debo suponer que no hay esperanza de que esa barbilla crezca un poco más? —Sophronia no dijo nada—. ¿No? Supongo que no. Ojos, indiferentes. Pelo... —chasqueó la lengua— vas a tener que llevar rulos el resto de tu vida natural, pobrecilla. Pecas. Bien. Las pecas. Voy a tener que ordenar a la cocinera una cantidad extra de suero de leche. Pero tienes confianza en ti misma. Los hombros hacia atrás, niña, cuando te estás enfrentando a una inspección. La confianza es algo en lo que podemos trabajar. Y al capitán Niall le has gustado.

Sophronia soportó las críticas con tan solo un ligero fruncimiento de ceño. Echó los hombros hacia atrás tal como se le ordenó. Lo que realmente quería hacer era comentar la apariencia de lady Linette. Por lo que se refería a Sophronia, el cabello de la mujer estaba demasiado rizado y su piel era demasiado pálida, por no mencionar su abrumador aroma a flores de saúco. *¡Apuesto a que no le gustaría que le dijera eso a la cara!*

En lugar de eso dijo:

—¿Cómo sabe lo que piensa el capitán de mí?

—Si él pensara que no encajas, no te habría subido al dirigible. Tiene muy buen criterio para un, bueno... —hizo una pausa como si estuviera buscando la palabra correcta.

—¿Licántropo? —sugirió Sophronia.

—Oh, no. Para un hombre. Ahora, niña, ven conmigo. Tenemos mucho que hacer y se está haciendo tarde. Supongo que estarás hambrienta y, por supuesto, tendremos que acomodar tu equipaje y demás.

—No hay equipaje, milady.

—¿Qué?

—Lo tuvimos que dejar atrás con los salteadores del aire.

—¿Eso hicisteis? Oh, sí, es verdad, lo hicisteis ¿no es así? Qué fastidioso.

—Cuando yo estaba conduciendo el carruaje.

—¿Cuando estabas conduciendo el carruaje? Creía que la señorita Pelouse había dicho —una breve pausa—. ¿Dónde estaba la señorita Pelouse durante los acontecimientos?

—Bueno, o desmayada en el camino o llorando en el carruaje, dependiendo del momento de la historia. —*Todo ello fingido, si me pregunta.* Pero algo le impidió a Sophronia ofrecer voluntariamente esta información.

—Interesante. Bien, Beatrice aclarará todo esto.

—¿Qué enseña ella?

—Preocupada, ¿verdad? Deberías estarlo. La profesora Lefoux tiene mano firme. Aunque es demasiado temible para las principiantes. No la tendrás hasta más adelante. Si sigues aquí, quiero decir.

Sophronia se dio cuenta de que lady Linette había evitado cuidadosamente responder a su pregunta. *¿Cuál es la asignatura de la profesora Lefoux? Sigo sin saberlo.*

—Ahora, querida, debemos continuar. Sígueme.

Salieron de la oscuridad de un pasillo al espacio abierto de una de las principales plataformas, un amplio semicírculo de ásperos tablonces de madera.

La escuela había estado flotando a bastante altura desde que el capitán Niall las había subido de un salto a bordo. Ya no se balanceaba a través de las brumas que cubrían el páramo, en lugar de eso se deslizaba muy por encima de ellas. Por debajo yacía ahora la parte superior de una masa de nubes y por encima se podía observar la noche estrellada. A Sophronia nunca se le había ocurrido pensar que llegaría a ver el otro lado de las nubes. Parecían tan sólidas como un colchón de plumas. Se aferró a la barandilla, mirando hacia abajo, hipnotizada.

—Increíble —dijo sin aliento.

—Sí, querida. Te aseguro que te terminarás acostumbrando a esto. Me complace comprobar que no tienes miedo a las alturas.

Sophronia sonrió.

—No, eso nunca. Pregunte al montaplatos.

Y fue entonces cuando la criada mecánica se acercó corriendo directamente hacia ella. Se trataba de un modelo doméstico estándar. Mirando hacia sus pies, Sophronia se dio cuenta de que había varios raíles incrustados en la cubierta. Sin embargo, al

igual que el portero mecánico en Bunson, esta no tenía rostro, sino tan sólo unas piezas móviles internas, completamente visibles al mundo exterior. Tampoco tenía voz, ya que incluso después de chocar con ella y detenerse, con una confusión en sus protocolos, ni se disculpó ni pidió a Sophronia que se moviera.

—De verdad, querida, apártate de su camino —dijo lady Linette.

Sophronia así lo hizo, observando con interés mientras la criada se alejaba rodando hacia el otro extremo de la cubierta, donde se abrió una escotilla y la criada desapareció en el interior.

—¿Qué era eso?

—Una criada mecánica, querida. ¡Sé que vienes del campo, pero sin duda tu familia no puede ser tan retrógrada como para eso!

—No, claro que no. Mi familia tiene un mayordomo, un Frowbritcher 1846. Pero ¿por qué no tiene la suya un rostro apropiado?

—Porque no lo necesita.

Sophronia se sentía un poco avergonzada, pero tenía que decirlo:

—¡Pero sus *piezas* están expuestas!

—Ummm, sí, escandaloso. Pero será mejor que te acostumbres a eso. Muy pocos de nuestros autómatas mecánicos son modelos domésticos estándar.

Se pusieron en marcha subiendo por varias escalinatas, entrando y saliendo de largos pasillos y pasando por más cubiertas —algunas de madera, unas pocas de metal, y una que parecía, de una forma totalmente ilógica, estar hecha de piedra—. Sophronia había subido a bordo en la sección posterior del largo dirigible con forma de oruga y ahora estaban cruzando por el centro.

La decoración interior se parecía mucho a cómo se imaginaba Sophronia que sería la de uno de los grandes barcos de vapor del Atlántico, excepto que todo el lugar parecía haber sido atacado por una abuela... el tipo de abuela que tejía pequeños patucos horribles para los huérfanos del hospicio y hacía jalea para los pobres. Aquí y allí había barandas y pináculos cubiertos por tapetes de ganchillo de color malva y verde pálido. Una armadura medieval en la esquina de un pasillo estaba generosamente decorada con flores y lazos. Sophronia se detuvo para examinarla, sólo para descubrir unos diminutos dispositivos mecánicos ocultos dentro de las flores. De repente, las extravagantes lámparas de araña en cada cruce adoptaron un aspecto siniestro. *¿Son esos adornos de vidrio decorativos o letales? Parecen bastante afilados, casi como cuchillos. ¿Se puede decir que una lámpara de araña es siniestra?*

—La parte posterior de las instalaciones de la escuela —explicó lady Linette—, está destinada a las actividades recreativas y de grupo. Ahí es donde comemos y hacemos ejercicio con regularidad. La sección central está compuesta por las residencias y aulas estudiantiles, y la delantera es para los profesores y el personal. Ahí es donde nos dirigimos ahora.

—Eh, ¿por qué? —quiso saber Sophronia.

—Para visitar a mademoiselle Geraldine, por supuesto.

—¿La auténtica esta vez? —preguntó Sophronia, con un poco de sarcasmo. Y entonces, cuando su estómago rugió, añadió—: ¿Habrà comida?

Lady Linette pareció encontrar esto divertido.

Sophronia no conseguía entender a lady Linette. Aunque esta tenía un nombre francés, su acento era inglés. Creyó detectar un cierto deje que sugería que provenía del norte del país, o posiblemente del East End.

—De momento asegúrate de recordar la dirección en la que vamos, Sophronia. Es fácil perderse. Las instalaciones de la escuela son muy enrevesadas. Lo más importante a destacar es que debes estar en un nivel intermedio o superior para pasar de una sección a otra. Sin embargo, tampoco es recomendable subir muy alto. Una vez llegas a las cubiertas chirriantes, el camino entre la secciones no está adaptado a una vestimenta apropiada. Ah, ya hemos llegado. ¿Ves la borla roja aquí? Esta marca la sección del profesorado. No te está permitido vagar libremente por ningún lugar durante la noche, y durante el horario lectivo hay ciertas áreas que te están restringidas. Sin embargo, *nunca* puedes entrar en la sección marcada por las borlas sin la compañía de un adulto.

Sophronia asintió, preguntándose *cómo* se hacían cumplir las restricciones. Fue en ese justo momento cuando se dio cuenta de que estaba lo suficientemente intrigada como para dar a esta escuela de señoritas una oportunidad de probar que merecía la pena.

—Muy bien, señorita Temminnick. Hábleme un poco sobre usted. ¿Está bien educada?

Sophronia consideró esta cuestión en serio.

—No lo creo.

—Excelente. La ignorancia está bastante infravalorada en un estudiante. ¿Y ha asesinado a alguien recientemente?

Sophronia parpadeó.

—¿Perdón?

—Oh, ya sabe, ¿un cuchillo en el cuello, o tal vez una corbata astutamente anudada?

Sophronia sólo dijo:

—No es mi diversión favorita.

—Oh, querida, qué decepcionante. Bien, no se preocupe. No tardaremos en encontrarle algún pasatiempo útil.

Lady Linette se detuvo frente a una puerta de aspecto elegante decorada en cuero dorado y azul marino, que contaba con una gran cantidad de borlas. Llamó a la puerta con brusquedad.

—¡Entre, entre!

Lady Linette le hizo un gesto a Sophronia para que esperara y después entró sola en la estancia, cerrando la puerta tras ella.

Después de determinar que no podía oír nada a través de la puerta, Sophronia se dedicó a fisgonear por el pasillo. La iluminación era fascinante. Las tuberías de gas estaban incrustadas en la pared y pequeñas lámparas pendían del techo cual pequeñas sombrillas. *Tiene que ser caro, por no mencionar peligroso, llevar el gas a través de las paredes.* En esencia, cada uno de los pasillos por los que caminaban era susceptible de explotar.

Sophronia estaba cerca del final del pasillo, de puntillas para examinar una de las luces con forma de sombrilla, cuando otra criada mecánica llegó rodando por el pasillo. Llevaba una bandeja con té y comestibles como acompañamiento. Sin embargo, al detectar a Sophronia, se detuvo y dejó escapar un pequeño silbido inquisitivo.

Cuando Sophronia no respondió, volvió a silbar de forma imperiosa.

Sophronia no tenía ni idea de qué hacer. La autómatas mecánica estaba entre ella y la puerta dorada. *Lady Linette no va a venir al rescate.*

El silbido se convirtió en un chillido muy fuerte, como el de un barquero, y Sophronia supuso que así era como se hacían cumplir las restricciones.

A mitad del pasillo se abrió una puerta de golpe y por ella salió un caballero de estatura, forma y apariencia increíblemente mediocres. Sus rasgos anodinos sólo estaban destacados por la adición de un fantástico sombrero de copa de terciopelo carmesí. Sophronia vio que bajo el sombrero su rostro no parecía nada contento.

LECCIÓN 5

No arrojar nunca puré de ajo a un hombre con una ballesta

—¿Ein, ein? —murmuró el hombre, como si tuviera problemas de audición.

Era muy pálido y lucía un modesto bigote que caía sobre su labio superior con disimulo, como si estuviera un poco avergonzado de estar allí y quisiera deslizarse lejos y convertirse en una patilla o en algo más elegante. Llevaba un par de anteojos y miró a través de ellos a Sophronia entrecerrando los ojos.

—¿Quién está ahí? —Tenía una manera divertida de hablar alrededor de sus dientes. *Como si estos supusieran un inconveniente.*

—Siento haberle molestado, señor —dijo Sophronia.

—¿Qué es ese ruido infernal? ¡Doncella! —miró a la autómatas mecánica que obstaculizaba el paso a Sophronia—. Deje de hacer eso de inmediato.

La criada mecánica continuó gritando.

—Doncella —gritó el hombre—. ¡Soy el profesor Braithwope! Protocolo de fin de alarma gamma seis mi ojo está escabechado y la lombriz de tierra se enfurruña a medianoche, reanude su trayectoria anterior.

La alarma se detuvo y la criada se dio la vuelta y se alejó de Sophronia, girando sobre sí misma como si estuviera construida enteramente sobre un soporte de bolas. Se apresuró por el pasillo.

El hombre salió del umbral de la puerta, pasó junto a la criada, y se acercó a Sophronia mirándola con el ceño fruncido.

—¿Qué está haciendo en esta sección de la escuela? No se permite entrar aquí a estudiantes.

—Pero señor, lady Linette me ha traído aquí.

—¿Ein, ein? Bien, ¿dónde está? —el bigote le tembló con irritación.

—Está en esa habitación.

—¿Ein?

—Esa de ahí. La que tiene la cantidad extra de borlas. —Mientras señalaba, la criada mecánica golpeó autoritariamente esa misma puerta con la bandeja cargada.

Lady Linette la abrió y dejó pasar a la criada con los comestibles. Después miró a su alrededor, haciendo rebotar sus rizos rubios.

—Señorita Temminnick, ¿qué está haciendo tan lejos en el pasillo? ¿Ha sido usted la que ha alarmado a la criada mecánica? Se lo advertí. Oh, profesor, siento que

le hayamos molestado.

—Ah, sin problemas. Sin problemas. En todo caso ya me estaba despertando, ein.

—Esta es una nueva alumna, la señorita Temminnick. Recluta encubierta.

—¿De verdad?

—Sí. ¿No es maravilloso? No hemos tenido una en años.

—Seis, para ser precisos.

—Como lo es siempre, profesor. Querida, el profesor le va a enseñar historia, conducta, modales, etiqueta y a vestir de forma distinguida.

Fue en ese momento cuando Sophronia finalmente apartó los ojos del bigote y se dio cuenta de que el hombre en verdad destacaba bastante, como diría Petunia. Además del sombrero, vestía un traje de noche a la última moda, como si estuviera a punto de asistir a una representación teatral en uno de los teatros más exquisitos de Londres. Sophronia encontró esto extraño, ya que no se le ocurría ninguna razón práctica para tal atuendo a bordo de un dirigible. Pero suponía que el esfuerzo se debía considerar digno de elogio. *¿A no ser que uno lleve con regularidad atuendo de noche para las lecciones de etiqueta?*

El profesor dijo:

—Y también enseño a hacer frente a...

Lady Linette le interrumpió con un brusco movimiento de cabeza.

Él tosió en lugar de terminar la frase.

—Ah, recluta encubierta, hay que decírselo poco a poco, ¿no? Supongo que ya ha conocido a Niall, ¿verdad?

Sophronia asintió.

—Sí, señor.

—El resto para más tarde, ¿eh?

—¡Vamos, señorita Temminnick! —dijo lady Linette.

—Encantada de conocerle, profesor.

—Igualmente, señorita Temminnick. Recluta encubierta, notable. Bueno, adelante. —Con esto el hombre se volvió a deslizar suavemente en su habitación.

Lady Linette posó una mano sobre el pomo de oro y lapislázuli de la puerta dorada y se detuvo, dirigiendo a Sophronia una mirada muy extraña. La chica supuso que ella pretendía que esta fuera significativa y seductora; sin embargo, parecía como si tuviera un caso leve de indigestión.

—Ahora recuerde, querida, el discernimiento y la discreción son de suma importancia aquí. La estaré observando cuidadosamente. No querrá que pensemos que hemos cometido un error en nuestro proceso de selección, ¿verdad?

Sophronia pensó que esto estaba un poco fuera de lugar. *¡Después de todo yo no pedí venir aquí!*

Aún así, la muchacha asintió para indicar que estaba dispuesta a intentarlo y siguió a lady Linette a través de la puerta dorada al interior... del paraíso.

Tras la excesiva cantidad de borlas había una suite privada del tipo que se podía

encontrar en cualquier casa de huéspedes de lujo. Lo más peculiar, y maravilloso, era que las paredes estaban cubiertas de estanterías. En ellas había dulces de todas las formas y tamaños: montones de pastelillos, bombones, bizcochos de crema, tartas heladas, natillas, y cualquier otro producto de repostería que cualquiera pudiera desear. Sophronia se quedó boquiabierta.

—Hermosos, ¿verdad? —dijo una voz.

—¿Son... son *reales*?

La voz se echó a reír.

—No, pero parecen reales, ¿verdad? Una pequeña afición mía.

Una mujer mayor se aproximó. Tenía el cabello rojizo, unos amables ojos negros y una boca generosa. Sin embargo, las características previamente mencionadas no eran lo *primero* que saltaba a la vista para el observador. Oh, no, lo que inicialmente llamaba la atención en la mujer era el hecho de que estaba dotada de unas maneras que sugerían tendencias operísticas. Sophronia no podía pensar en una forma más delicada de expresarlo... el corsé de la mujer parecía a punto de reventar.

La mujer sonrió.

—¿Le gustan?

Sophronia tardó un momento en darse cuenta de que no se refería a sus dotes, sino a los pasteles falsos en exhibición.

—Son muy... realistas.

—Pero supongo que prefiere mucho más saborearlos que limitarse a contemplarlos, ¿no es así? Lo entiendo. ¿Tomará el té conmigo? Me encantaría conocerla más. Ha pasado tanto tiempo desde que la escuela ha acogido a alguien del exterior...

—Seis años —agregó Sophronia solícitamente, imaginándose que esta era simplemente otra manera de decir recluta encubierta.

—¿De verdad, tanto tiempo? ¿Cómo lo sabe?

—El profesor Braithwope me lo ha dicho.

—¿Ha conocido al profesor? Un hombre *agradable*. Sin lugar a dudas *muy cualificado*. Bien, lady Linette, hábleme de nuestra más reciente incorporación. ¿Está cualificada?

—Creo que tiene posibilidades. Ciertamente tiene algunas ventajas.

—Y un aire definitivo a nobleza. ¡Me gusta eso! Oh, Dios mío, nos estamos olvidando de nuestros modales. Yo soy mademoiselle Geraldine.

—¿La auténtica? —preguntó Sophronia con cautela.

—Por supuesto, niña. ¿Por qué no debería serlo? ¡Como si alguien pudiera desear hacerse pasar por mí!

—Oh, pero... —Sophronia se percató de que lady Linette estaba sacudiendo la cabeza ligeramente. *Oh, sí, discernimiento y discreción*. Sophronia cambió de tema a mitad de la frase—. Encantada de conocerla, directora. Yo soy Sophronia Angelina Temminnick. —Y ejecutó su mediocre reverencia.

La directora palideció.

—Oh, querida, vamos a tener que hacer algo al respecto. Yo le voy a enseñar a bailar y a seleccionar las correctas vestimentas y complementos. ¿Cómo son sus pasos?

Sophronia sólo había tenido un instructor de baile. Este había sido contratado para todas las chicas Temminnick, pero pasó la mayor parte de su tiempo con la mayor, lo que había llevado al despido apresurado de dicho instructor de baile. Como consecuencia de ello, Sophronia logró escapar de la prolongada tortura que suponían las cuadrillas.

—Ausentes, me temo, directora.

—¡Bien! Eso está muy bien. Prefiero con mucho un paladar fresco. Nada que desaprender. Ahora, siéntese, vamos. Tome un poco de té.

Sophronia se sentó y, tras un momento de vacilación, empezó a dar buena cuenta de los pastelillos y sandwiches dispuestos ante ella. Estos resultaron ser reales. Y deliciosos. *Vaya, si esta escuela está llena de pastas de té, realmente puedo llegar a amarla.*

—Bien —le dijo la directora a lady Linette, observando a Sophronia comer con horror mal disimulado—. Tenemos un trabajo hecho a nuestra medida.

—En efecto.

Sophronia dejó de masticar el tiempo suficiente para formular la pregunta que realmente le seguía incordiando.

—¿Para qué era el prototipo?

Mademoiselle Geraldine pareció profundamente confundida.

—¿Prototipo? Linette, ¿de qué está hablando la niña?

Lady Linette le lanzó a Sophronia una mirada feroz, que disimuló a continuación jugueteando con un rizo.

—No tengo ni idea, Geraldine, ni la más mínima idea. Ya conoces a estas chicas modernas... siempre están con sus bromas.

Oh, cielos, pensó Sophronia, me parece que estoy volviendo a fracasar en el mandato de lady Linette de discernimiento y discreción. ¿Cuánto exactamente se supone que debo ocultar a la directora?

—Ah, Linette, a veces siento como si ya no supiera nada de lo que pasa con los jóvenes de hoy en día. Parecen hablar en clave. ¿No te parece?

—Indudablemente, Geraldine.

Sophronia, a falta de cualquier otra opción, esgrimió una gran sonrisa inocente y siguió atiborrándose con más pastas de té.

Llamaron a la puerta. Esta se abrió y el inestable bigote del profesor Braithwope, seguido por su humilde propietario, entró al trote.

—Perdónenme, damas, lady Linette, algo relacionado con la música acaba de llegar y requiere de su inmediata atención.

Lady Linette se levantó.

—Será mejor que venga conmigo, señorita Temminnick.

Sophronia agarró un puñado de sandwiches.

—Gracias por el té, directora. Ha sido de lo más esclarecedor.

—Muy bellamente expresado, querida. Al menos sabemos que no vamos a tener ningún problema con su elocución. No, querida, no haga una reverencia. No podría soportarlo, no dos veces en una misma noche.

Con esto, la directora volvió a centrarse en su té. Sophronia dedujo que habían sido despachadas.

Lady Linette les empujó a ella y al profesor Braithwope hacia el pasillo.

—¿Qué puede ser tan importante, profesor?

—Los sensores monoculares de escaneo etérico de largo alcance están captando algo. Posiblemente adversarios.

Sophronia dijo:

—Ella no lo sabe, ¿verdad?

—¿Quién no sabe qué? —la atención de lady Linette se desvió.

Discernimiento y discreción, ¡claro!

—La directora no sabe lo que realmente está pasando aquí.

—Oh, ¿y qué es eso?

—Todavía se me escapan los detalles, pero usted la está manteniendo en la oscuridad deliberadamente, ¿no es así?

—No, querida, *vosotras sois* las que la estáis manteniendo en la oscuridad deliberadamente. Vosotras las estudiantes. Forma parte de la instrucción.

—Usted me está manteniendo en la oscuridad a mí también. ¿Se supone que tengo que averiguar algo? ¿Es esto una prueba?

—Lady Linette —interrumpió el profesor—. Realmente no disponemos de tiempo.

—Oh, sí, adelante, vamos. A la cubierta chirriante.

—¡Vaya!

—Supongo que será mejor que nos siga, señorita Temminnick. No puedo tenerla correteando por la sección de las borlas por su cuenta. Los autómatas mecánicos ya están bastante alterados.

Se desplazaron a través de varios pasillos. El profesor Braithwope lideraba la marcha manteniendo una velocidad controlada que sugería que tenía un estado físico realmente alto bajo todas esas lujosas vestimentas —debía de ser un deportista—. *¿Cricket, tal vez?* Salió a una de las cubiertas de observación, se desvió y palpó la parte trasera de una barandilla. Tenía que haber una palanca escondida ahí, ya que una puerta secreta descendió bruscamente, revelando unas escaleras. Los tres subieron por ellas. Estas escaleras no estaban iluminadas por gas, y no había ventanas. Fue sólo la regularidad de los escalones lo que evitó que Sophronia tropezara.

Finalmente emergieron en una de las cubiertas superiores, directamente debajo de

uno de los tres globos colosales. Esta cubierta formaba un círculo completo que se extendía de un extremo al otro del barco. Era como estar en una azotea. Al mirar hacia abajo por encima de una de las barandillas, Sophronia pudo ver una serie de cubiertas que sobresalían como si fueran unos enormes escalones semicirculares que descendían hacia el vacío nebuloso situado bajo ellos. Mirando hacia delante, pudo ver que había otras dos cubiertas similares a la suya, cada una de ellas bajo uno de los otros dos globos colosales. Más allá del extremo posterior del barco había un nido de cuervos que se elevaba hasta casi tocar la parte inferior del último globo. Se dio la vuelta y vio que en la parte delantera, cerca de ellos, había otro nido de cuervos. No había un medio aparente de acceso, ya que lo único que lo sostenía era un sistema de puntales y una viga larga.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando en su dirección.

—La burbuja del piloto —respondió lady Linette desde detrás de uno de los telescopios situados a lo largo del borde de la cubierta.

El profesor Braithwope se limitó a quedarse ahí de pie, mirando con los ojos entrecerrados hacia el cielo nocturno. Le temblaba el bigote, quizá debido a la leve brisa o quizá a la agitación... era difícil determinar cuál de las dos cosas.

—¿Cómo aterriza esto? —quiso saber Sophronia.

—¿Qué? —lady Linette estaba distraída.

—La escuela, ¿cómo aterriza?

—No lo hace, querida. No del todo. La mayor parte del tiempo vamos a la deriva —respondió lady Linette.

—Entonces, ¿por qué es necesario un piloto?

El profesor Braithwope dejó caer sus ojos penetrantes sobre ella.

—Hace demasiadas preguntas, pequeño bocadito.

—Bien, profesor, señor, ustedes me están dando motivos de sobra para sentir curiosidad.

El profesor volvió a explorar el cielo. De repente señaló hacia delante.

—¡Allí!

Lady Linette hizo girar el telescopio, siguiendo la dirección del dedo del profesor.

—Ah, sí, lo veo. Oh, cielos. Salteadores del aire.

—¿Un ataque directo? No lo creo probable, ¿ein?

—No obstante, será mejor advertir a la sala de máquinas. Despierte a todos los hollinosos.

—Por supuesto.

El profesor enderezó los hombros bajo su frac de exquisito corte, se despidió de ambas damas tocándose el ala del sombrero de copa y se fue. En vez de ir hacia abajo, tal como Sophronia habría asumido que haría alguien para contactar con la sala de máquinas, hizo algo de lo más extraordinario. Corrió por la viga hasta la burbuja del piloto manteniendo un perfecto equilibrio y con una absoluta ausencia de miedo, a pesar del viento y de la gran distancia que le separaba del suelo. Lo hizo tan rápido,

casi como una araña, que Sophronia se preguntó si realmente lo había visto.

—¿Puede él enseñarme a hacer eso? —preguntó a lady Linette.

—Me temo que no, querida. Esa es una habilidad que le ha llevado más tiempo dominar del que usted tiene.

Eso sólo contribuyó a que Sophronia se volviera más beligerante. *Apuesto a que ha estado en el circo.* Pero no había tiempo para discutir, ya que el profesor acababa de regresar y su atención se vio acaparada por la presencia de seis embarcaciones aéreas que se dirigían intencionadamente en su dirección.

—Será mejor hacer sonar la alarma —dijo lady Linette.

El profesor Braithwope asintió y salió corriendo a toda velocidad hacia una pequeña caja de latón fijada en una barandilla. La abrió con una llave que extrajo del bolsillo de su chaleco, metió la mano dentro y activó algo. Una ruidosa campana empezó a resonar con gran estruendo, una campana que parecía tener campanas hermanas por todo el dirigible.

—Cuando oiga esto en el futuro, señorita Temminnick —dijo lady Linette—, quiere decir que el acceso a las cubiertas queda restringido y que todas las estudiantes deben permanecer donde estén sin moverse y *sin involucrarse.*

Sophronia no se molestó en responder a esto. En sus catorce largos años nunca había permanecido inmóvil ni sin involucrarse en nada. No obstante, decidió seguir las órdenes de su nueva profesora por esta vez, ya que la plataforma se vio repentinamente cubierta de autómatas mecánicos, viéndose forzada a buscar un lugar a salvo de cualquier golpe.

En un movimiento sincronizado, los autómatas mecánicos se instalaron sobre sobre sus ruedas traseras, bloqueando la cubierta con un ruido metálico, y alteraron sus formas. Al igual que el portero de la escuela de chicos, estos tenían escotillas abiertas en sus pechos, pero estas eran mucho más grandes, por lo que sus torsos superiores se deslizaron en toda su magnitud hacia atrás. De cada escotilla salió expulsado un cilindro de lo que parecía ser un pequeño cañón. Entonces, con un movimiento suave, todos se giraron y apuntaron con sus pequeños cañones hacia... el profesor Braithwope. *Dios mío*, pensó Sophronia, *¿qué ha hecho que sea tan malo?*

—¿Soldados mecánicos? —preguntó Sophronia sin dirigirse a nadie en particular. En ese momento se dio cuenta de que el profesor tenía una pequeña ballesta en las manos. El arco estaba armado pero apuntando inofensivamente hacia el suelo de la cubierta.

—Absténgase, profesor. Somos una institución de elevado aprendizaje y aún más elevadas maneras. Sencillamente no podemos disparar primero; eso no se hace. Ahora, recuerde esto, señorita Temminnick, recuérdelo bien: una dama nunca dispara primero. Una dama hace preguntas, *después* dispara.

—Sí, lady Linette, lo recordaré —respondió Sophronia, totalmente fascinada.

La flota de embarcaciones aéreas estaba ahora lo suficientemente cerca como para que Sophronia pudiera distinguir figuras en las cestas de transporte. Iban vestidos de

la misma manera que sus compatriotas que las habían asaltado aquel mismo día, con anteojos y trajes de montar. Había, sin embargo, un hombre extraño en la embarcación que estaba más alejada hacia la izquierda. De pie en la parte posterior, de la misma manera que un acomodador de teatro, había un *caballero*. Sophronia no podía distinguir sus rasgos, tan sólo que iba vestido de negro con un sombrero de copa. Su corbata era verde, al igual que la banda que rodeaba su sombrero. A pesar de su elegante atuendo de señorito de clase alta, se mantenía en el fondo.

—¿Por qué no está disparando, profesor Braithwope? —la pregunta imperiosa y de marcado acento francés le llegó a Sophronia desde su derecha. La profesora Lefoux emergió de una escotilla cercana, toda ángulos y desaprobación.

—No hay una causa justificada —le explicó lady Linette.

—Pero esos de ahí son criminales. Salteadores del aire. No necesitamos otra causa.

—Paciencia, Beatrice. Tenemos que saber lo que quieren de nosotros.

—¡Sabemos lo que quieren! ¡Quieren el prototipo!

—¿Has conseguido sonsacarle la ubicación a Monique?

—No, tiene los labios bien sellados. Parece que aprendió bien algunas de nuestras lecciones.

—¿Y?

—La he degradado al estatus de principiante. Ya veremos si el aburrimiento que supone reaprenderlo todo con las chicas nuevas le suelta la lengua.

A Sophronia no le gustó cómo sonaba esto. ¡Eso quería decir que Monique iba a estar en todas sus clases!

Uno de los salteadores del aire izó algo hasta el borde de su embarcación.

El profesor Braithwope tensó la ballesta y apuntó con ella hacia donde se desarrollaba la actividad.

—Todavía no —dijo lady Linette.

El objeto del salteador emitió un fuerte ruido y disparó. Una masa blanca se precipitó hacia ellos y aterrizó con un *plaf* en el lateral de la cubierta cerca del profesor Braithwope.

El profesor empezó a toser y a agitar los brazos delante de su cara frenéticamente al mismo tiempo que retrocedía jadeando y con los ojos anegados en lágrimas.

Las damas, sin embargo, no parecían acusar ningún efecto dañino. La profesora Lefoux se acercó y se inclinó para examinar la sustancia blanca.

—Puré de ajo —dijo sin rastro de emoción.

—¡Eso es sencillamente mezquino! —se indignó lady Linette—. ¿Está llevando bien la exposición, profesor?

Por toda respuesta él estornudó.

La profesora Lefoux se dedicó de lleno a patear el puré de ajo hasta formar una pila con él y luego lo cubrió con un pañuelo.

—¿Puedo apuntar ya hacia ellos? —preguntó el profesor Braithwope entre

resuellos. Su pequeña ballesta volvía a estar levantada, al mismo tiempo que los pequeños cañones de los autómatas mecánicos le apuntaban a él. Ellos, al menos, parecían considerar que él era la principal amenaza. *Debe ser el bigote*, pensó Sophronia.

—No, no. Sólo ha sido un disparo de advertencia, pensado para confundirnos.

—¿Ein? ¿De advertencia, dice? ¡Aachís! Bueno, pues ha funcionado. —El profesor Braithwope se frotó los ojos con la mano libre.

Sophronia observó con fascinación cómo en una de las embarcaciones aéreas izaban una bandera blanca sujeta al extremo de una fregona mientras se acercaban cada vez más a ellos. La pequeña nave flotó primero hacia un lado y luego hacia el otro, como si estuviera confundida.

—¿Quieren parlamentar? —dijo la profesora Lefoux con incredulidad.

—Dejémosles. Veamos lo que tienen que decir.

Cuando la embarcación estaba a tan sólo unos pocos metros de distancia, los salteadores del aire que estaban en su interior montaron una catapulta sobre el borde de la cesta de pasajeros y arrojaron algo más a la cubierta chirriante.

El objeto aterrizó con estrépito y rodó por las tablas hasta ir a parar junto a la base de uno de los autómatas mecánicos, donde se desplegó, revelando que también se trataba de un autómata, sólo que mucho más pequeño que los que montaban guardia. No tenía apariencia humana en absoluto, ni tampoco parecía tener intención de tenerla. Tenía cuatro piernas —cuatro piernas muy cortas— y un rabo pequeño y puntiagudo. De su bajo vientre emanaba una ligera nube de vapor y salía humo de debajo de sus orejas de cuero. Se parecía un poco a uno de esos perros salchicha a los que tanto apego parecían tener los alemanes.

—¡Un mecanimal! —gritó lady Linette—. ¡Todo el mundo a cubierto!

Sophronia se refugió detrás de uno de los autómatas mecánicos de defensa, siguiendo el ejemplo de las dos profesoras. El profesor Braithwope no obedeció la orden. Se mantuvo firme. Sus estornudos disminuyeron y su ballesta continuó apuntando hacia la embarcación aérea.

El perro salchicha no parecía entender el miedo que provocaba. Correteó esperanzado hasta el profesor, con la cola mecánica balanceándose de un lado a otro siguiendo el ritmo de un mecanismo de relojería: tic-tac, tic-tac.

Al llegar hasta donde estaba el profesor, el mecanimal se detuvo y entonces —provocando que Sophronia se sonrojara—, se puso en cuclillas y un tubo de cristal salió de su parte trasera.

El profesor Braithwope lo miró fijamente y después se agachó, recogió el tubo y se volvió a levantar, todo ello sin relajar el brazo. Era evidente que no estaba dispuesto a soltar la ballesta, por lo que sacó el tapón de corcho del tubo con los dientes. El tapón se quedó atascado en uno de ellos, pero no se dio cuenta. Dentro del tubo había un diminuto rollo de papel con un mensaje impreso.

Decidiendo que no había aparentemente nada que temer del mecanimal, las dos

profesoras resurgieron de donde estaban escondidas.

—Bien —exigió lady Linette—. ¿Qué dice?

El profesor Braithwope empezó a leer, pero sus palabras salieron distorsionadas debido al corcho.

—Aji dice je...

—Profesor, tiene algo atascado en el colmillo —siseó lady Linette, claramente avergonzada por el hombre.

—¿Einz? ¿Einz?

La profesora Lefoux se adelantó y le extrajo el corcho ofensivo.

El profesor Braithwope leyó en voz alta:

—Aquí dice que quieren el prototipo. Nos dan tres semanas para entregárselo, tras las cuales van a regresar con refuerzos.

—¡Absurdo! ¿Qué clase de refuerzos pueden tener los salteadores del aire? —se jactó la profesora Lefoux.

Lady Linette no se mostró tan desdeñosa.

—Si les están pagando lo suficiente...

—¿Usted cree que los Escabechados están detrás de esto, ein? —El profesor Braithwope hizo girar la pequeña nota entre sus largos dedos blancos.

—¿Quién más podría ser? —replicó la profesora Lefoux y luego añadió—. Mirando el lado bueno de las cosas, el hecho de que nos estén amenazando significa que no lo tienen. Nadie lo tiene. Dondequiera que Monique lo escondiera, lo hizo de todo el mundo.

—La entrenamos demasiado bien, ¿ein? —el profesor Braithwope dejó escapar una risita de autocrítica.

—Chist. Recordad que los niños tienen oídos —dijo lady Linette, señalando con la cabeza hacia el lugar donde Sophronia continuaba acechando desde detrás de uno de los autómatas mecánicos.

Sophronia salió de su escondrijo, preguntándose qué era lo que querían de ella ahora. Al parecer, nada, ya que los adultos volvieron a ignorarla. Seguía sintiendo una tremenda curiosidad por el prototipo pero, por desgracia, no se mencionó nada más al respecto.

El profesor Braithwope hizo ondear el mensaje hacia los salteadores del aire de la embarcación cercana y después se quitó el sombrero con la mano libre.

Tomando esto como una despedida, la comitiva de pequeños dirigibles al completo se volvió y se alejó de allí perezosamente.

—Tres semanas —murmuró lady Linette—. ¿Alguien sugiere un curso de acción?

—Dejar el auténtico donde está por el momento, está claro que la chica lo ha ocultado bastante bien, ¿ein?

—Podríamos proporcionarles un sustituto temporal —sugirió la profesora Lefoux.

—Esa es una buena idea. ¿Crees que serás capaz? —Lady Linette se volvió hacia su compatriota.

—No veo por qué no. Tengo viejos bocetos de un modelo anterior.

—¡Magnífico! Ponga a algunas de las chicas mayores a trabajar, también, y que lo hagan bien, ¿ein? Después podemos pedir a Bunson que ensamble la bestia.

El profesor Braithwope asintió, sonriendo con los labios apretados. Le entregó a lady Linette el tubo y el mensaje y desarmó su pequeña ballesta. Los autómatas mecánicos de defensa que les rodeaban bajaron al instante los cañones y cerraron las escotillas de sus pechos.

El profesor Braithwope regresó a la caja de latón, la abrió y accionó la palanca que había en su interior. Los autómatas mecánicos se alejaron rodando con sus engranajes emitiendo zumbidos, tras lo cual él volvió al lado de la profesora Lefoux y le ofreció el brazo.

—¿Cuál cree usted que es el mejor material para una aproximación inicial?

—Bien, sospecho que el acero magnetizado podría ser el que más dé el pego. El cobre también podría valer. Deberíamos poner a calentar el horno inmediatamente.

—¿Acero, ein? ¡Magnífica idea! ¡Magnífica!

Ambos se desplazaron hacia la escotilla de salida. La profesora Lefoux cerniéndose sobre su diminuto acompañante masculino. Sophronia los vio irse con desconcierto.

—Bueno, todo esto ha sido bastante bochornoso. Le pido disculpas, señorita Temminnick. Puede estar segura de que las cosas no son generalmente así, bueno, en gran medida. Si es tan amable de seguirme, la ayudaré a acomodarse. —Lady Linette desestimó todo el episodio con un pequeño movimiento de cabeza.

Sophronia vaciló durante un instante y entonces —como todo el mundo parecía haberse olvidado de él y este tenía un aspecto tan desamparado— recogió al mecanimal con forma de perro salchicha y lo escondió dentro del bolsillo grande de su delantal. Después de esto siguió a su nueva profesora.

Profesora de música, pensó, mirando los faldones del vestido color lavanda de lady Linette. Y yo soy la Reina de los Vampiros.

Como no podía ser de otro modo, al día siguiente, cuando finalmente llegó el momento de las lecciones, Sophronia se encontraría a lady Linette sentada ante un piano tocando escalas.

LECCIÓN 6

El verdadero significado del perfeccionamiento

—Señorita Temminnick, usted va a compartir esta habitación con las otras principiantes. Ahora, señoritas —prosiguió lady Linette, dirigiéndose a las cuatro chicas que tenía ante ella—, esta es la señorita Temminnick. Estoy segura de que van a hacer que se sienta bien recibida. Ya está lista para aprender más acerca de nuestra institución educativa. —Con esto, lady Linette se retiró para dedicar su tiempo a asuntos más apremiantes.

Sophronia se quedó de pie con incomodidad en el centro de la habitación. Casi todas las chicas que tenía delante eran más jóvenes que ella, y todas ellas iban mejor vestidas. Por primera vez sintió una punzada de preocupación por lo inadecuado de su atuendo. Una cosa eran las hermanas criticonas, pero estas jóvenes damas eran elegantes y sus opiniones eran más importantes que las de unas simples hermanas. Metió la mano en el bolsillo del delantal y extrajo de él el pequeño perro salchicha.

—¿Es eso todo lo que has traído contigo? ¿Un mecanimal? —le dijo una voz burlona con una elocución entrecortada, como si cada palabra fuera prematuramente asesinada.

La chica tras la voz era diminuta y lucía una mata de cabello negro rizado y un rostro con forma de corazón de expresión taciturna. Ella era, por desgracia, hermosa. El único consuelo para Sophronia era que la chica tenía una nariz indudablemente vulgar. Sentada junto a ella había una saludable pelirroja con unas pecas mucho más abundantes que las de Sophronia —lo cual también suponía un alivio—, que miró con tímido interés al mecanimal para después centrar su atención en sus propios zapatos. A su lado se sentaba Dimity. La última chica, que no estaba sentada, era una criatura angular y varonil que mantenía una postura encorvada y llevaba un vestido mal ajustado.

—¡Sophronia! ¿De dónde lo has sacado? —Dimity se puso en pie de un salto y se acercó corriendo emitiendo exclamaciones sobre el mecanimal. Se había cambiado de ropa, presumiblemente tras coger un vestido prestado. Todavía, no obstante, conservaba sus llamativas joyas, y había encontrado un vestido de color verde mar que quedaba muy abultado sobre sus numerosas enaguas.

—Me topé con él en el transcurso de una excursión reciente a una de las cubiertas superiores. He pensado en llamarle Bumbersnoot.

—¡Dios santo! ¿Por qué? —Dimity dio unos toquitos al perro de metal en la parte superior de su cabeza con dos dedos, no muy convencida. Bumpersnoot arrojó algo de humo, batiendo sus pequeñas orejas de cuero. Dimity retrocedió.

—¿Por qué no? —Sophronia se volvió hacia la chica bonita de la voz burlona—. Y, por desgracia, él es ciertamente lo único que tengo conmigo. Tuvimos un pequeño contratiempo con el equipaje cuando veníamos hacia aquí.

—Ya os he contado lo que pasó —dijo Monique de Pelouse, apareciendo en la habitación desde uno de los dormitorios. La habitación estaba dispuesta como una sala de estar, bien diferente de lo que Sophronia esperaba en una escuela.

Dimity tenía el aspecto de haberse tragado algo amargo. Al parecer, Monique seguía mintiendo acerca del rescate.

—Oh, sí, por supuesto que lo ha hecho, señorita Pelouse —dijo la chica guapa de la voz burlona—. ¡Qué emocionante!

—No se nos permite tener mecanimales personales. —Monique inclinó su rubia cabeza con los ojos entrecerrados. Sophronia se dio cuenta de que su cabello estaba ahora peinado hacia arriba y estilizado, y de que sin la peluca ni la pintura facial resultaba bastante hermosa, aunque con un cierto aire aristocráticamente caballuno. *Demasiados dientes.*

Sophronia dejó en el suelo a Bumpersnoot, el cual empezó a trotar alrededor de la habitación con curiosidad, y se acercó a la chica hasta quedar muy cerca de ella. Monique parecía incómoda con su proximidad.

—¿Qué te parece un trato, Monique? Tú te abstienes de hablarle a nadie importante sobre Bumpersnoot y yo no armaré un escándalo contando cómo has reescrito la historia.

Monique entrecerró los ojos, pero respondió con tono malhumorado:

—Muy bien.

Ha sido bastante más fácil de lo que pensé que iba a ser.

—Muy amable por tu parte, Monique —respondió Sophronia con cortesía.

—Todo esto es culpa tuya, ¿sabes? ¡El que yo esté aquí, degradada, viviendo con las *principiantes!* —Monique dijo la palabra como si fuera algo desagradable.

—Muy lógico. Todo lo que hice fue rescatarte. ¿Acaso sugieres que Dimity y yo deberíamos haberte abandonado para que te pudieras con los salteadores del aire? Estoy segura de que eso todavía se puede arreglar. —Sophronia se dio la vuelta.

Las otras chicas estaban distraídas con la nueva mascota de Sophronia. Bumpersnoot estaba retozando alrededor de ellas, resoplando vapor y chocando contra los muebles y los zapatos de una forma de lo más bufonesca. Su cola se meneaba todo el tiempo con la precisión de un tic-tac.

—¿Podemos quedárnoslo? —preguntó esperanzadamente la chica de la voz entrecortada. Todas se volvieron hacia Monique.

—Si no queda más remedio. —Monique, después de una breve vacilación, sin duda infeliz por tener que relacionarse con chicas que estaban muy por debajo de ella,

se sentó. *Aun así le complace bastante ser la que toma las decisiones finales por derecho de edad.* Sophronia estaba bastante segura de que iba a tener que cortar esa tendencia de raíz.

Se volvió hacia Dimity, desconcertada.

—¿Quiénes son estas damas?

Dimity se sonrojó.

—Ah, sí. Oh, cielos. Las presentaciones. Déjame ver si puedo recordar. Yo misma hace poco que las he conocido. Ya conoces a Monique; ella es la más mayor, lo cual supongo que le da cierto estatus. Pero la siguiente en categoría... ¿quién es?

Hablando como si las palabras le dolieran, la chica guapa y morena dijo:

—Sidheag, aunque te resulte difícil de creer. Es toda una dama. Es una terrateniente o algo así.

Sidheag mostró un poco más de interés en la conversación una vez que se mencionó su nombre. No lo suficiente para acercarse a las demás, pero levantó la cabeza.

—¿Sí?

—Encantada de conocerte —dijo Sophronia.

—Lady Bacon, esta es Sophronia Angelica Tendency. Sophronia, esta es lady Bacon —dijo Dimity haciendo un gran esfuerzo.

Todas las chicas se rieron.

La que se llamaba Sidheag dijo con un acento profundamente escocés:

—Soy Sidheag *Maccon*, lady Kingair, por derecho. Pero puedes llamarme Sidheag; todo el mundo lo hace.

—Sophronia *Angelina Temminnick* —dijo Sophronia, corrigiendo amablemente a Dimity.

Todas se echaron a reír de nuevo.

—Oh, lo siento. —Dimity se sentía mortificada por su metedura de pata.

—¿Y si nos saltamos las normas, por esta vez, y nos presentamos a nosotras mismas? —sugirió Sophronia, intentando proteger a Dimity de mayores humillaciones.

—¡Oh, ni hablar! Eso no se hace —dijo la chica guapa, mirando con deleite a Dimity—. Me gustaría ver cómo lo intenta con el resto de nosotras.

Lady Sidheag Maccon se enderezó, revelando que era mucho más alta de lo que debería ser cualquier chica de trece años. Se acercó a Sophronia. Su cabello descansaba sobre su espalda recogido en una gruesa trenza. Su cara era demasiado masculina como para que nadie pudiera considerarla atractiva, pero sus ojos eran de un precioso color amarillo leonado.

Sidheag volvió esos ojos, cargados de un duro desprecio, hacia la impertinente chica morena.

—*Esta* es Preshea Buss. Ella piensa que es más inteligente que nadie, cuando en realidad tan sólo es mezquina. En cuanto a la clasificación, perdóname, Preshea, pero

¿no es cierto que tus padres están involucrados en el comercio?

Preshea puso una cara como la de un pez con problemas digestivos.

—Mi padre tiene tratos con la Compañía de las Indias Orientales, muchas gracias. A eso difícilmente se le puede considerar comercio.

Sidheag se volvió hacia la pelirroja.

—Agatha Woosmoss, hija del célebre barón del ferrocarril.

La chica gordita levantó rápidamente la mirada de sus zapatos, asintió y después volvió a su intenso escrutinio de sus propios pies. Sophronia pensó que, incluso a los trece años, la pobre Agatha tenía el aspecto que tendría la tía solterona de alguien. Lo único que le faltaba eran los anteojos y un mantillo de feo pero filantrópico ganchillo.

—Un grupo de lo más animado e interesante —dijo Monique con desagrado.

Sidheag se encogió de hombros, como un chico, alterando la caída de su vestido.

—No hemos hecho más que empezar. Danos tiempo.

Preshea hizo un gesto remilgado con un pulgar.

—Aquí donde veis a Sidheag, ha sido prácticamente criada por lobos. No hay más que mirar la forma en que se comporta.

Sidheag se echó a reír.

—¿Prácticamente? ¿Qué importa eso? Sigo estando por encima de ti.

—Lady Linette dice que el estilo lo es todo; los zapatos de una son tan importantes como los propios pensamientos, y posiblemente más poderosos en el contexto correcto —dijo Preshea, sonando como si estuviera recitando un panfleto de memoria.

Ante esto, Monique se levantó deliberadamente.

—Bien, esto ha sido de lo más deslumbrante. Si me excusáis, tengo que deshacer el equipaje. —Con los labios fruncidos ante la perspectiva de que ahora iba a tener que vivir entre las principiantes, Monique abandonó la habitación.

Preshea hizo inmediatamente un gesto a Sophronia para que se uniera a las demás y se echó hacia adelante para formar un corrillo. Bajó la voz.

—Tenemos entendido que Monique falló en su prueba final mientras os estaba recuperando. La profesora Lefoux la ha degradado. ¿Fuisteis testigos de lo que pasó?

—¡En todo momento! —Estaba claro que Dimity había estado esperando pacientemente durante mucho tiempo para responder a esta pregunta—. ¡Nosotras fuimos la causa!

Las chicas jadearon con un horror lleno de excitación.

—¡No!

—¡Oh, sí, sí! Bueno, en realidad la principal causante fue Sophronia. Ella salvó el día y derribó a los salteadores del aire mientras Monique se desmayaba y lloraba en la calle.

El rostro agrio de Preshea se iluminó.

—Como si Monique no tuviera ningún entrenamiento en absoluto. Sin lugar a dudas no es así como ella contó la historia.

—Ya me he dado cuenta, pero si ella lo hizo tan bien, ¿por qué degradarla?

Sophronia miró con cautela hacia la puerta cerrada de Monique. Se suponía que no había prometido hacer callar a Dimity sobre el asunto; sólo morderse su propia lengua y no ir a quejarse a los profesores. Y al menos Dimity no estaba parloteando sobre el prototipo.

Sidheag palmeó a Sophronia en la espalda con fuerza suficiente para hacer que la muchacha se tambaleara hacia adelante y tosiera.

—¡Enhorabuena! Si tenías que ganarte a una enemiga, Monique es sin duda la mejor opción. Una mordedura de primera calidad. Y muchas gracias... ahora estamos todas atrapadas con ella.

—¡No fue idea mía! Fue de la profesora Lefoux —replicó Sophronia—. En todo caso, ¿qué es lo que ella enseña exactamente? —añadió haciendo un esfuerzo flagrante por cambiar de tema, pero que funcionó.

Dimity, bendita fuera, siempre estaba ansiosa por ser de utilidad. Estaba claramente llena a reventar de información útil obtenida mientras Sophronia había estado ocupada en otros asuntos.

—Ella enseña *lenguas modernas*, pero Preshea dice que eso no es todo.

—Por supuesto que no. —Sophronia se sentó frente a Preshea, con los ojos muy abiertos e intentando aparentar inocencia en la medida de lo posible. Se imaginó a sí misma sentándose a los pies de un genio e intentó dar la impresión de sentir una profunda admiración.

Sidheag miró a Sophronia de arriba a abajo.

—Eres buena. Puedo ver por qué te querían.

Preshea les sirvió té procedente de una tetera cercana y después les fue pasando galletas. Dimity ofreció una a Bumpersnoot, que la olió con su nariz mecánica y después abrió mucho la boca, revelando dos cavidades: una que conducía a un compartimiento de almacenamiento y la otra a una pequeña caldera. Dimity lanzó la galleta en la cavidad de almacenamiento, donde sin duda se iba a poner rancia. Bumpersnoot continuó con sus exploraciones.

Preshea terminó de servir y empezó con las explicaciones.

—La vieja Lefoux está al cargo de las armas modernas y los avances tecnológicos. Es miembro honorario de la Orden del Pulpo de Latón. No admiten a mujeres, no oficialmente, pero ciertamente usan sus diseños.

Bumpersnoot se acercó a Agatha y abrió la boca de una forma descortés. Agatha dudó, metió la mano en su bolsito y le dio de comer una pinza de ropa de madera, que fue a parar a la caldera, a juzgar por el humo que salió de las orejas del mecanimal. Bumpersnoot agitó la cola en señal de aprobación.

—Y lady Linette enseña música y... —espoleó Sophronia.

Preshea le respondió resoplando y dándose importancia.

—Recopilación de inteligencia, por supuesto; principios de engaño; espionaje fundamental; y seducción rudimentaria. Apuesto a que no puedes esperar a que

empiecen las clases de seducción, ¿verdad, Agatha?

Agatha pareció quedarse petrificada ante la mera idea.

—No te preocupes —dijo Sidheag—. No te tocará hasta el tercer año.

Sophronia no estaba dispuesta a que le frustraran en su búsqueda de información.

—Y mademoiselle Geraldine... ¿vamos a tener lecciones con ella?

—Si la has conocido, ya has tenido una. Supuestamente enseña danza y vestimenta, pero realmente está para entrenar la distracción. ¿Sabías que es la única que no sabe lo que realmente se enseña en esta escuela?

Excepto yo, por supuesto. Aunque Sophronia sentía que todo se reducía a dos opciones, ninguna de ellas relacionada con una escuela de señoritas. *Agentes de inteligencia o asesinas.* Hasta el momento nunca había sido consciente de que cualquiera de estas posiciones pudiera estar abierta a una mujer. Sophronia consideró que, dada su propensión a los montaplatos y su gusto por la observación, podría disfrutar bastante siendo agente de inteligencia, siempre y cuando tuviera que espiar a alguien interesante. Pero no estaba tan segura con respecto a ser una asesina. Una vez había provocado que Frowbitcher atropellara a un ratón, y todavía se sentía culpable por ello.

—¿Y la hermana Matilde enseña administración del hogar?

—Bueno, eso es sólo *una parte*. —Preshea sonrió por primera vez, mostrando unos pequeños y perfectos dientes blancos.

—Es la clase favorita de Preshea —dijo Agatha en voz baja, hablando por primera vez.

—La hermana Mattie abarca también curas medicinales y envenenamientos adecuados para cada ocasión. —Preshea parecía bastante animada.

Agatha amplió su explicación.

—Preshea no puede esperar el momento de envenenar a su primer marido. Es una gran admiradora del trabajo de Mary Blandy.

—Oh, me halagas.

¿Así que vamos a ser entrenadas para ser asesinas? ¿O acaso están tomándome el pelo? Sophronia miró a Preshea y luego a Agatha. Esta última no tenía el aspecto de alguien que supiera bromear.

—Y el profesor Braithwope. ¿Qué es lo que enseña?

Preshea se quedó en silencio al oír el nombre y su cara volvió a mostrar una expresión agria y enfurruñada. Lo cual resultaba extraño, ya que a Sophronia el profesor Braithwope era el que más le había gustado del grupo.

—Él enseña historia. —Agatha tiró de un volante de su falda. Su voz temblaba ligeramente—. Además de algo de conducta y etiqueta.

—¿Y lo que enseña de verdad? —le aguijoneó Sophronia.

—Bien, tradiciones de los vampiros y defensa. ¿Qué más? —Preshea fingió impaciencia, pero estaba claramente un poco asustada.

Sophronia pensó con rapidez. El profesor Braithwope había dicho que se estaba

despertando cuando ella le había molestado, a pesar de que ya era de noche. Había estornudado con el puré de ajo. El corcho se le había quedado atrapado en su *colmillo*, ¡y no en su diente! *Por supuesto. Mi primer vampiro*, pensó sintiéndose decepcionada consigo misma por no darse cuenta de ello inmediatamente y con el profesor Braithwope por no ser más... bueno... *vampírico*.

Preshea se puso de pie.

—Hablando del profesor Braithwope, deberíamos prepararnos, damas.

Las chicas empezaron a rebuscar a su alrededor, recogiendo sus libros de texto y poniéndose los sombreros. Monique reapareció, bellamente ataviada con un arrollador vestido de día de seda rosa. Las chicas salieron con gran alboroto de la habitación, siguiendo a Monique, que asumió la posición de superioridad sin que nadie la desafiara.

Sophronia llamó a Bumbersnoot con un gesto imperioso. El mecanimal chocó contra su zapato y miró hacia arriba.

—¡Quédate ahí! —dijo con firmeza, y después añadió—. Duérmete.

El perro mecanizado se sentó sobre sus patas traseras y emitió un pequeño zumbido agudo antes de caer relajado, con todos sus componentes internos silenciados. *¡Gracias a Dios, ha funcionado!*

Sophronia corrió tras el grupo hasta colocarse detrás de Sidheag y junto a Dimity.

—¿Adónde vamos?

—A clase, supongo —respondió Dimity sonriéndole.

—¿De noche?

—Al parecer la academia sigue los horarios de Londres. También puede que nos ayude a acostumbrarnos a la estación. O al menos eso dice Sidheag.

—Me gusta Sidheag —declaró Sophronia, sin importarle si la chica alta podía oírle—. Me recuerda a mi hermano Freddy. Freddy nunca pellizcaba tan fuerte como los demás.

Dimity bajó la voz.

—Ella no es muy *refinada*.

—No creo que eso sea necesariamente un defecto de carácter. Algunas de las personas más desagradables que conozco son bastante refinadas.

—¡Oh, vaya, gracias! —Dimity fingió sentirse ofendida. Estaba claro que le gustaba pensar en sí misma como una dama.

—Excluyendo a la compañía actual, por supuesto. Mira a Monique. Hablando de lo cual, ella y yo hemos llegado a un acuerdo. Ella no va a contarles a los profesores lo de Bumbersnoot si yo no corrijo su versión del rescate de los salteadores del aire.

Dimity no pareció contenta con esto.

—Oh, pero Sophronia, ¡pero si es una pajarraca!

—Yo no le he dicho que *tú* vayas a morderte la lengua. Pero si te limitaras a cotillear sobre ello con las estudiantes, eso la apaciguaría. Además evitaría que las demás descubran la verdadera razón de su degradación.

—Oh, ¿también estamos manteniendo el prototipo en secreto?

Sophronia ralentizó el paso, obligando a Dimity a quedarse rezagada junto con ella de tal manera que hubiera una distancia entre ellas y las demás.

—¿Oíste la alarma?

Dimity asintió.

Sophronia explicó:

—Fueron los salteadores del aire de nuevo. Un montón de dirigibles esta vez, tras el prototipo. Dieron a los profesores tres semanas para encontrarlo. El profesor Braithwope y la profesora Lefoux están intentando construir una falsificación en el ínterin. Monique no les va a decir la ubicación del auténtico. Pero creo que los profesores le están permitiendo mantenerlo en secreto por alguna razón.

—Recuérdamelo, ¿por qué estamos tan interesadas?

—Por culpa de esto perdimos nuestro equipaje. Además, demostraríamos que somos mejores que Monique si pudiéramos conseguirles el prototipo a los profesores, ¿no crees?

—¿Pero qué pasaría si Monique lo escondió antes de que subiéramos a bordo de la escuela?

—Bueno, entonces tendremos que descubrir una manera de escabullirnos y encontrarlo.

—¿Ya? ¡Pero si acabamos de llegar! Ni siquiera he cenado todavía.

Al mismo tiempo que hablaban se encaminaban por los pasillos de la escuela. Como las jóvenes iban vestidas a la última moda, se veían obligadas a ir de dos en dos, ya que de otro modo no cabrían en el pasillo debido a la amplitud de sus faldas. Sólo Sidheag llevaba un vestido estrecho, que parecía más propio de una institutriz. Sophronia podía respetar su sentido práctico. Su propio vestido de domingo no estaba hecho para este tipo de actividades como se había podido comprobar a lo largo del último día. Estaba empezando a estar chafado y ella no podía sino desear tener algo más razonable que llevar.

—¿Qué implica el «horario de Londres»?

Dimity sonrió.

—Desayuno al mediodía, llamadas matutinas a las tres, té a las cinco, cena a las ocho, entretenimiento durante toda la noche y a la cama hacia la una o dos de la madrugada. ¿No te parece una locura? Me encantaría ser una dama londinense. ¿Crees que a mis padres les enloquecería que me casara con un buen político y renunciara a una vida de crimen? Entonces podría asistir a fiestas todo el tiempo.

Sophronia, chica de la campiña y perteneciente a la alta burguesía, encontró la misma idea de los horarios de Londres extremadamente impactante. *¿Levantarse a mediodía, en serio? ¡Vaya, eso suena bastante decadente!*



Para su gran sorpresa, Sophronia realmente disfrutó con las lecciones. No tenían nada que ver con lo que ella esperaba ni de una academia de señoritas ni de una escuela ordinaria de gramática. Ella había tenido, en diferentes momentos de su vida, una serie de institutrices indiferentes que, o bien se habían visto abrumadas por el número de niños en el hogar de los Temminnick, o bien habían estado en posesión de una notable capacidad para dormir la siesta en todo momento, incluyendo durante las clases. La educación de Sophronia, por lo tanto, había dependido más de su propio interés y del acceso a la biblioteca de su padre, que de la instrucción en sí misma. Por consiguiente, sabía mucho de historia antigua y mitología, algo sobre la fauna de África y sobre las prácticas de caza de los nativos, y todas las reglas del cricket, pero poco más.

—Cuando te defiendes de un vampiro —dijo el profesor Braithwope al comienzo de su clase—, es importante recordar tres cosas, ¿ein? Él es mucho más rápido y fuerte de lo que tú nunca serás. Es inmortal, por lo que es más útil intentar debilitarle mediante el dolor que intentar eliminarle. Lo más probable es que en un ataque frontal vaya directamente al cuello. Y se distrae fácilmente si estropeas sus vestimentas o su aspecto personal.

—Eso son cuatro cosas, profesor —corrigió Monique.

—No sea impertinente, ein —replicó el vampiro.

—¿Está usted diciendo —aventuró Sophronia— que lo mejor es ir a por el chaleco? ¿Por ejemplo, derramando té encima? ¿O tal vez restregar las manos pegajosas contra la manga de su chaqueta?

—¡Exacto! Muy bien, señorita Temminnick. No hay nada más angustioso para un vampiro que una mancha. ¿Por qué cree que contener la sangre es tan importante para nosotros? Una de las tragedias de la vida de cualquier vampiro es que para sobrevivir debemos manejar continuamente un fluido tan embarazosamente pegajoso.

Sophronia se preguntó de quién era la sangre que el profesor Braithwope bebía a bordo de la escuela. Tenía que tratarse de alguien leal al profesor, algo así como un zángano. Se sintió repentinamente consciente de su propio cuello y empezó a pensar afectuosamente en chales.

El vampiro caminaba de un lado a otro mientras daba la clase, con movimientos fluidos y rápidos. La habitación en la que estaban no se parecía en nada a un aula, salvo porque se le llamaba aula. Había una serie de sofás de brocado dispuestos en un semicírculo alrededor de una chimenea de imitación, un pequeño piano y una estatua de latón articulada de una vaca. Había también alfombras de felpa en el suelo, mesas laterales sobre las que descansaban los libros de las chicas, y una criada mecánica que esperaba pacientemente en la esquina por si necesitaban que trajera el té. Parecía más un salón que otra cosa.

—Otra de las debilidades de los vampiros, por supuesto, es su limitado alcance. Un vampiro que está vinculado a una colmena debe permanecer cerca de su reina, y la reina no puede salir de su casa. Los vampiros errantes estamos igualmente atados a

un lugar, aunque nuestro alcance es mayor. Cuando vamos en forma de enjambre, por supuesto, cualquier distancia es discutible, ein. Claro que hay algunas excepciones notables; los *praetorianis* de la reina tienen un alcance más amplio.

Monique estaba intentando no parecer interesada.

—¿Por qué?

—Nuestros científicos sospechan que los *praetorianis* están en constante estado de enjambre porque son los responsables de la seguridad de la reina.

Todo esto resultaba muy confuso para Sophronia, que había escuchado muy pocos de los términos de los que el profesor estaba hablando y no sabía casi nada — más allá de las historias susurradas de madrugada en el salón de su casa— sobre vampiros. *Me pregunto cuál será el alcance del profesor. Puede que se trate de una pregunta grosera.* Estaba a punto de pedir que le aclarara la palabra «praetoriani» cuando una explosión sacudió el aula.

El dirigible, en toda su inmensidad, se tambaleó hacia un lado y luego se enderezó. Una sensación extraña, ya que, hasta ese momento, Sophronia había olvidado que estaban flotando.

Varias de las chicas gritaron.

Haciendo alarde de la velocidad que había descrito hacía tan sólo unos instantes antes, el profesor Braithwope salió corriendo por la puerta. Antes de que nadie pudiera instarle a que se quedara, Sophronia se levantó de un salto y le siguió.

En el pasillo reinaba el caos, repleto principalmente de jóvenes damas, la mayoría de ellas cubiertas con alguna especie de hollín. Aparte del hollín, todas ellas iban bellamente vestidas y charlaban entre sí con más animación que angustia. Sophronia estimó que habría aproximadamente unas dos docenas o así: ¿tal vez la mitad de las asistentes a la escuela? Aún no se había hecho una idea del número, pero la escuela de mademoiselle Geraldine parecía tener menos estudiantes de lo que cabría esperar de una escuela de señoritas normal.

La profesora Lefoux, que sacaba a la mayoría una cabeza, estaba intentando controlar el caos.

—¡Vamos, señoritas, tranquilícense, háganlo! ¿Es esta la forma de comportarse en una crisis? ¿Qué es lo que lady Linette les ha dicho en repetidas ocasiones?

Las chicas se callaron y permanecieron expectantes. Una o dos de ellas sacaron pañuelos e intentaron reparar el daño provocado por el hollín en sus vestidos y caras.

—¡No se trata de una pregunta retórica, señoritas! —les espetó la francesa. La misma profesora Lefoux estaba mucho más cubierta de hollín que ninguna de ellas, y también parecía menos inclinada a hacer algo al respecto. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en un moño apretado que parecía tirar de su piel lejos de sus ojos, lo que la hacía parecer un galgo cuya cabeza se había quedado atrapada en la ventanilla de un carruaje por la parte de fuera.

—En una crisis hay que mantener la calma —dijo en alto una voz desde la multitud.

—¿Y? —instó la profesora Lefoux, gesticulando impacientemente con las dos manos.

—Evaluar los daños en la propia vestimenta. Una dama nunca se muestra desaliñada en público, a menos que sea con la intención de manipular las simpatías.

—Bien. ¿Algo más?

—Determinar la naturaleza de la emergencia. Ver si se puede dar la vuelta a la situación para tu propio beneficio o si se puede usar como una oportunidad para recopilar información —dijo otra voz.

Mientras sucedía todo esto, Sophronia —siguiendo inconscientemente las instrucciones que se repetían obedientemente a su alrededor— se abrió paso entre la multitud hacia la puerta abierta de la clase de la profesora Lefoux. El profesor Braithwope permanecía de pie en el umbral, mirando hacia el interior. Él había sacado también su pañuelo y lo agitaba delante de su cara, intentando infructuosamente disipar el humo que todavía impregnaba la habitación.

Sophronia pasó por su lado empujándole ligeramente y miró hacia el interior. *Esto sí que parece un aula*. Había sillas de aspecto incómodo frente a mesas cubiertas de aparatos e instrumentos científicos de aspecto interesante. De las paredes colgaban bocetos de dispositivos complejos. La habitación, al igual que el pasillo, era un caos. Puede que antes se tratara de algún tipo de laboratorio o cámara de ingeniería, pero ahora todos sus contenidos estaban volcados, manchados de humo y abundantemente cubiertos de polvo negro.

—Supongo que la profesora Lefoux y sus estudiantes no han tenido mucha suerte con la creación de un prototipo alternativo —dijo Sophronia con suavidad.

—¿Ein? —El vampiro se chupó un colmillo, con aspecto pensativo. Volvió sus ojos oscuros hacia su alumna más reciente—. Parece que en efecto no la han tenido. ¡Espere un momento! ¿De dónde ha salido usted, señorita?

—De su clase, señor. Recuerde, estábamos allí.

El vampiro se limitó a mirarla, sin tan siquiera reconocer la frivolidad de su respuesta.

—Dígame, señorita Temminnick. ¿Cuál era la primera cosa que usted quería saber, hace un momento, antes de la explosión?

Sophronia no vio ninguna razón para mentir. Si él realmente quería conocer sus pensamientos, entonces cualquier posible grosería resultaba irrelevante.

—Su alcance, señor. Dado que usted es un errante, ya que asumo que esta escuela no es una colmena, me preguntaba cómo se las puede apañar un vampiro en un dirigible para flotar por todas partes de la manera en que usted lo hace. Entonces me di cuenta de que debe de estar vinculado a la propia escuela, o algo así.

—Algo así, en efecto.

—*Entonces* me pregunté, con motivo de que nos estaba enseñando defensa contra los vampiros, qué pasaría si usted se cayera por la borda. ¿Qué le pasaría a su atadura? ¿Se rompería? ¿O quizá usted moriría?

El vampiro entrecerró los ojos, mirándola por encima de la nariz. Evitó responder a su pregunta mediante otra:

—Y la explosión... ¿qué piensa usted que ha pasado?

—Quizá la profesora Lefoux no debería haber probado con el acero en primer lugar.

—Por Dios, usted presta atención.

—¿Va a ser capaz de convencer a Monique de que le diga donde escondió el prototipo?

Él no dijo nada a esto.

Pero ella es sólo una estudiante. Sophronia quería preguntarle por qué no torturaban a Monique o algo así. Después de todo, esta parecía ser ese tipo de escuela.

La profesora Lefoux fue hasta ellos en medio del bullicio.

—Ah, profesor Braithwope. Disculpe por molestarle. Hay un pequeño problema con lo que usted ya sabe; probablemente no deberíamos haber usado acero. El cobre es obviamente superior.

El profesor miró a Sophronia, quien correspondió al vampiro con una mirada maliciosa y volvió a clase con las otras chicas.

Ellas se agolpaban en la puerta, pero no la habían seguido más allá de dejar sus propios asientos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Dimity sin aliento.

—Alguien parece haber hecho explotar algo negro y polvoriento en una habitación cerca de la nuestra.

—La profesora Lefoux y las chicas mayores —dijo Monique, quien sin duda prefería haber estado con ellas, con explosión o sin ella.

Sophronia volvió a su sofá y se sentó, cruzando las manos recatadamente sobre su regazo.

Dimity se dejó caer a su lado.

—¿Ha sido el...? —preguntó entre dientes.

—Sí.

—¿Qué podría explotar de esa manera?

—Muchas cosas, sospecho.

—A veces desearía que Pill estuviera todavía con nosotras. Él lo sabe todo acerca de explosiones accidentales. Por otra parte, él es mi hermano, por lo que es agradable estar lejos de él.

—Me las he arreglado para extraer un poco de polvo negro.

Sophronia le mostró a Dimity la yema del dedo de una de sus manos enguantadas, que había restregado a propósito contra la pared interior del aula de la profesora Lefoux.

—Me pregunto si se lo podríamos enviar a Pill para que lo analice. O, eh, dejarlo caer hacia él, supongo que es la mejor manera de expresarlo.

—¿Podemos enviar esto estando a bordo? —se preguntó Sophronia—. Si nadie sabe dónde está la escuela en un momento dado, ¿cómo nos va a llegar la correspondencia?

—Mamá me dijo que me iba a enviar algunas de mis galletas emulsionadas favoritas, por lo que sí se puede. Mencionó también a Pillover, por lo que tal vez también podamos recibir correspondencia de Bunson.

—¡Oh, cielos, Sophronia, tu guante está sucio! Déjame ayudarte con eso. — Preshea parecía más angustiada por la mancha negra en el dedo blanco del guante de Sophronia de lo que lo había estado por la explosión.

—No está permitido llevar un guante manchado, ¡no en la escuela de mademoiselle Geraldine! —dijo Monique.

Sophronia colocó rápidamente la mano sobre el regazo y metió el dígito infractor bajo un pliegue de la falda.

—Oh, creo que tengo el guante bajo control, gracias.

—Vamos, señoritas, ¿y si volvemos a nuestros estudios? —dijo el profesor Braithwope mientras volvía a entrar en la estancia—. Vamos a tratar de abordar en primer lugar la mejor y más mortal aplicación de las estacas de madera, los alfileres y los palillos para el pelo. Si tenemos tiempo, pasaré a explicarles cómo juzgar correctamente a un caballero por el color y el nudo de su corbata. Créanme, señoritas, ambos temas están más íntimamente relacionados de lo que podría parecer a primera vista.

Sophronia enderezó la espalda y se preparó para ser *educada*.

LECCIÓN 7

El lugar apropiado para los hollinosos

El resto de la velada prosiguió de una manera mucho más suave. Se movieron de aula en aula, cada estancia dispuesta según el gusto particular del profesor que daba clase en ella. Las lecciones siempre adoptaban el estilo de una visita social o de una reunión intelectual, a diferencia de las lecciones de las que Sophronia había oído hablar a sus hermanos.

La estancia de la hermana Matilde Herschel-Teape, que conducía a una pequeña terraza, era en parte un cobertizo y en parte la cocina de una casa señorial. Su clase giró en torno al emulsionado y al fino arte de las claras de huevo y su aplicación a las violetas azucaradas, las pestañas falsas, el cuidado de la piel, y el control de los venenos. Las dejó con la sabia, aunque algo confusa frase:

—Ahora, recuerden, queridas mías, que más vale un huevo tener que cien por poner.

El aula de lady Linette era una combinación entre un conservatorio de música, un tocador y una casa de mala reputación. Contaba con una buena cantidad de rojo, tres gatos rechonchos de pelo largo con divertidas caras arrugadas, flecos por doquier y algunas obras de arte altamente cuestionables. Las chicas se sentaron en primorosas filas en unos largos sofás de terciopelo. Un pato de peluche con una cofia de encaje las observaba austeramente desde la repisa de la chimenea.

Hacia el final de la lección de lady Linette, que versaba sobre cómo desmayarse adecuadamente en cualquier ocasión y la manera de hacer frente a distintos tipos de prendas interiores, Sophronia bostezaba ominosamente. Este había sido, después de todo, un largo día repleto de viajes, emociones, y ahora clases que persistían hasta mucho después de su horario regular de ir a la cama.

—Una dama no bosteza en público —dijo Monique en voz alta, con el fin de atraer la atención de lady Linette sobre la transgresión.

—Terminarás acostumbrándote al horario londinense, chica de campo —añadió Preshea.

—¿He de suponer entonces que tú eres de Londres? —Sophronia sentía una suspicacia propia de la gente del campo hacia las ciudades.

—Mis padres guardan los horarios progresistas —respondió la muchacha, evitando la pregunta de una forma que sugería que este era un tema delicado.

—Señorita Temminnick, señorita Buss, señorita Pelouse ¿han terminado ya? Señorita Buss, resulta tan embarazoso resaltar un comportamiento como ponerlo en práctica. Por supuesto, la señorita Pelouse está en lo correcto, como siempre, señorita Temminnick. Tal vez a usted le gustaría, señorita Pelouse, ya que lo sabe todo tan bien, demostrarnos cómo se desmayaría en un salón de baile atestado de gente de tal manera que atrajera solamente la atención de un caballero específico. Sin arrugarse el vestido.

Sophronia se sentía fascinada por la extraña forma en que los profesores trataban a Monique. Ellos habían dejado claro que su degradación era un castigo, pero a veces parecía como si Monique tuviera algún tipo de control sobre ellos. *Lo cual debe de estar vinculado a la manera en que se ha salido con la suya sin revelar la ubicación del prototipo.* Y luego había momentos como este, en que era requerida para hacer alguna demostración delante de todas.

Monique se levantó e hizo lo que se le ordenó.

Lady Linette emitía críticas de cerca sobre la manera en que Monique iba ejecutando el desmayo.

—Veo que se lleva ambas manos a la frente. Una maniobra clásica, pero quizás demasiado dramática para una gran multitud; podría atraer demasiada atención. Pruebe sólo con una mano, apretándola contra el pecho. Eso tiene la ventaja añadida de atraer la mirada de un caballero hacia su escote. No es que ustedes, jóvenes damas, tengan todavía un escote, pero todavía hay esperanza. No, no apriete tanto. Señorita Pelouse, de esa manera va a deformar el escote de su vestido. Muy bien. Ahora, una aspiración corta y un pequeño suspiro. Ponga los ojos ligeramente en blanco. ¡Sólo un poco! De otro modo conseguirá parecer una oveja moribunda. Haga aletear las pestañas. ¡Hágalas aletear! Más. Adorable. Déjese caer hacia atrás ligeramente. Siempre hacia atrás, señoritas, nunca se derrumben hacia delante. Y asegúrense de situarse de tal manera que, si el caballero no responde adecuadamente, puedan fingir que se agarran a la pared o a la repisa de la chimenea recuperándose. Muy bien, señorita Pelouse. Muy realista.

Sophronia volvió a bostezar.

—Sophronia —susurró Dimity—, ¿qué vamos a ponernos para dormir esta noche?

—Sólo Dios lo sabe. Las enaguas, supongo.

Por lo que Sophronia sabía, sus equipajes todavía yacían esparcidos en la carretera a varias leguas de distancia.

Ése no era el caso, tal como pudieron comprobar más tarde. Después de ser despachadas de la clase de lady Linette —«Practiquen el aleteo de pestañas, damas. Seis series de cien cada una antes de irse a dormir.»— Sophronia y las demás chicas se fueron a cenar en la parte de atrás de la escuela. La sección recreativa, como las demás la llamaban, era muy parecida a las otras, salvo porque contaba con menos habitaciones y estas eran más grandes e imponentes. Cuando finalizó la cena, durante

la cual sus modales fueron supervisados de cerca por los profesores y los nudillos de Sophronia fueron golpeados en un par de ocasiones por su mal uso del cuchillo de pescado, regresaron a sus alojamientos. Las principiantes encontraron el maltrecho baúl de viaje de Sophronia y las maletas de Dimity cuidadosamente apilados en su salón.

Tocaba a dos chicas por habitación. Preshea tuvo el aparente honor de haber sido seleccionada por Monique como la mejor de un conjunto de malas opciones. Sophronia se quedó encantada al ver que Agatha estaba dispuesta a abandonar su residencia para instalarse en la de Sidheag de tal manera que Sophronia y Dimity podrían compartir habitación.

—¿Crees que Monique ejerce algún tipo de control sobre los profesores? —preguntó Sophronia en cuanto se quedaron a solas. Bumbersnoot se había despertado a su regreso y seguido obedientemente a Sophronia a su nueva habitación, donde se dedicó a pasear de un lado a otro mientras ella deshacía su equipaje.

—¿Cómo podría? —Dimity sacó furtivamente su ropa interior y la metió rápidamente en un cajón.

Sophronia le dedicó una mirada.

—Su familia, supongo. Aunque nunca he oído hablar de ellos, por lo que no pueden ser tan importantes o tan malignos.

Dimity pasó a las prendas de vestir menos embarazosas: vestidos, delantales, enaguas, zapatillas y botas.

Sophronia desempaquetó su propio equipaje. Por primera vez en su vida se sentía un poco avergonzada de su propio armario. Su familia era ampliamente considerada por las gentes circundantes como una familia acaudalada. Pero ella seguía siendo la más joven de cuatro chicas y, con otras tres hermanas mayores para vestir, encontraba que sus propios vestidos eran deficientes. Ya estaba componiendo en su cabeza una carta suplicante a su casa.

—¿Y si ella no escondió el prototipo, sino que se lo entregó a alguien? —sugirió Sophronia.

Dimity respondió prosaicamente.

—Bien, no tiene sentido especular. Simplemente vamos a tener que averiguar algo más.

Cuando terminaron de deshacer los equipajes, las chicas se prepararon para dormir —¡el camisón de Dimity era de color amarillo brillante!— y se instalaron para pasar la noche.

Bumbersnoot se sentó al lado de la cama de Sophronia con pequeños resuellos de angustia. La muchacha lo cogió y lo puso a sus pies. Él no era precisamente tierno, y estaba segura de que le rasparía la rodilla si se daba la vuelta, pero el pequeño mecanimal parecía contento y la pequeña máquina de vapor en su interior le convertía en un excelente calentador de pies, cuanto menos. Sophronia se preguntó ociosamente si requeriría una dieta de carbón y agua, y de ser así, de dónde iba a

sacar el carbón. *El dirigible debe de tener un cuarto de calderas.* Lo último que escuchó mientras se le cerraban los ojos fue el tic-tac de la cola mecánica de Bumbersnoot meneándose de un lado a otro.



A diferencia de sus compañeras, Sophronia se despertó temprano por la mañana y decidió que podía aprovechar la oportunidad que se le ofrecía para explorar. Suponía que habría autómatas mecánicos rondando por los alrededores y haciendo sonar la alarma si la encontraban, por lo que decidió buscar la forma de rodear el enorme barco sin tener que cruzar los raíles. Eligió su vestido más básico, el que tenía menos enaguas y con la falda más corta, y se puso las botas con el flejado de goma india.

No tenía más remedio que usar el pasillo para llegar a cualquiera de las cubiertas exteriores, por lo que corrió lo más rápidamente posible, pegada a los lados del pasaje, lejos de los raíles que se deslizaban por el centro. Por suerte, no se tropezó con ningún autómata mecánico, lo que le permitió salir a una de las cubiertas inferiores sobre la barandilla para aferrarse en el exterior sin que nadie, ni humano ni artificial, se enterara. Se inclinó hacia delante sin aliento de una forma que estaba segura que era bastante impropia de una dama.

A primera hora de la mañana, el páramo estaba todavía envuelto en niebla, pero las nubes ya no lo cubrían. Sophronia miró hacia abajo, lo consideró durante un momento, y luego decidió que probablemente lo mejor era no volver a mirar.

Avanzó lentamente siguiendo las barandillas por la parte exterior de estas. La cubierta se extendía alrededor del costado del dirigible hasta llegar a otra cubierta redondeada hacia fuera, como los pétalos de las flores. El problema era cómo pasar de una cubierta a la siguiente sobre el pequeño espacio que había entre ellas. Sophronia desarrolló muy pronto un sistema: un pequeño movimiento giratorio al mismo tiempo que se impulsaba deliberadamente sobre el abismo.

Algunas de las cubiertas, más pequeñas y más parecidas a balcones privados, no contaban con raíles mecánicos. Sophronia se encaramó por encima de las barandillas de estas y las exploró mirando a través de las ventanas redondas. Estaría bien saber, por el bien del secreto, qué balcones estaban a salvo de los espías mecánicos, por no mencionar su vulnerabilidad ante un ataque debido a su carencia de defensas mecánicas. Además ella era curiosa.

Sophronia se fue abriendo camino de cubierta en cubierta, bordeando la nave, hasta que finalmente abandonó el área residencial de estudiantes y se encontró en la zona de aulas. Aquí las cubiertas cambiaban. Algunas de ellas estaban hechas de materiales extraños y misteriosos y no todas tenían barandillas. Pasó por la que contaba con el invernadero de la hermana Matilde y por otra con largos flecos y lujosos muebles de mimbre que debía de pertenecer al aula de lady Linette. Gracioso;

Sophronia no se había fijado en que había una puerta que conducía del aula a la terraza durante la lección.

La de lady Linette era la última clase antes del siguiente globo. Había otra terraza, casi tocándolo, en la sección prohibida. Una pequeña pasarela conducía a esa terraza.

Profusamente decorada, pensó Sophronia, *por lo que probablemente se trata de los aposentos privados de lady Linette*. No había determinado hasta el momento cómo iba a llegar hasta las cubiertas superiores o inferiores, pero desde la barandilla esculpida de esa terraza privada en particular pendía una tentadora escala de cuerda que conducía hasta los niveles más bajos.

Sophronia vaciló. No veía ningún raíl, y suponía que lady Linette no era madrugadora. Era arriesgado. No quería tener problemas en su segundo día. Por otra parte, estaba esa escala de cuerda.

Sophronia pasó a la sección prohibida, recorrió tambaleándose el exterior de la barandilla hacia la escala y empezó a descender por ella.

La escala estaba fijada a la parte interior del siguiente nivel. Sophronia consideró la posibilidad de bajar ahí, pero en la parte inferior de la nave tenía que haber una sala de máquinas. Podía ver el vapor emanando desde abajo. Y donde había vapor, habría calderas. Y donde había calderas, tenía que haber carbón. Bumpersnoot estaba probablemente hambriento. Por lo tanto siguió descendiendo. No había cubiertas en el nivel inferior; sólo pequeños ojos de buey contra los que podía apretar la cara. Sus cristales estaban demasiado sucios para poder ver a través de ellos, y no desde el mundo exterior, sino desde el interior.

La escala terminaba en una escotilla en el costado de la nave. Después de una breve vacilación, Sophronia hizo girar la manija y se metió dentro. *¡La sala de calderas!*

La sala de calderas de la escuela era ruidosa y caliente, y estaba tan cubierta de hollín como lo había estado el aula de la profesora Lefoux después de la explosión del falso prototipo.

La entrada de Sophronia apenas causó reacción. Se tenía que haber notado, ya que una ráfaga de luz y de aire fresco se filtró en el interior oscuro y húmedo de la sala. Pero había un caos controlado alrededor de ella y muy pocos se molestaron en reconocer su presencia.

Había varios hombres mayores, que debían de ser los bomberos o ingenieros, y dos docenas o más de niños mugrientos, cubiertos de hollín negro, que corrían de aquí para allá cargando con combustible, deslizándose entre montones de cajas y pilas de carbón y subiendo y bajando por las escaleras que conducían a los niveles superiores. Algunos de ellos se quitaban la gorra cuando pasaban junto a Sophronia, pero ninguno se molestó en detenerse o en saludarla debidamente.

La muchacha permaneció ahí de pie, contemplando fascinada el caos y las enormes calderas y preguntándose por qué el lugar no estaba atendido por autómatas mecánicos. *¿Tal vez las tareas son demasiado complicadas? ¿O demasiado vitales*

para confiarlas a las máquinas? El trabajo parecía ser bastante intensivo, a pesar de lo cual de vez en cuando brotaba una carcajada desde un lado de la sala, donde un grupo de chicos trabajaban duro introduciendo carbón en una inmensa caldera.

Sophronia se dirigió con cautela hacia ellos, agachándose para recoger pequeños trozos de carbón, que se iba metiendo en el bolsillo de su delantal.

—¿Qué hace funcionar esta caldera? —preguntó Sophronia cuando llegó hasta donde estaba el grupo.

—La hélice —obtuvo por respuesta, y entonces—: ¡Caramba! ¿Qué está haciendo una de los niveles superiores ganduleando por aquí abajo?

—Sólo estoy curioseando —respondió Sophronia—. No hay clases hasta por la tarde, por lo que pensé que podría explorar.

—¿Quiere decir que es una estudiante de verdad?

—Claro que lo es, ¿es que no lo parece?

—No, su vestido no es lo suficientemente elegante ni de cerca.

—Bueno, muchas gracias —dijo Sophronia, fingiendo estar dolida.

—Además, las estudiantes no tienen permitido bajar aquí.

—Bueno, dejad que me presente. Mi nombre es Sophronia. ¿Y vosotros quiénes sois? —Se imaginaba que presentarse a sí misma no podía ser considerado de mala educación, dado que eran obreros y, a juzgar por su acento, su procedencia era igualmente de clase obrera.

—Los hollinosos del barco, señorita.

Un grito de «¡Allá voy, apartaos!» les llegó desde atrás, y los chicos se dispersaron como un montón de perdices muy excitadas. Sophronia siguió su ejemplo. Un nuevo hollinoso, cabalgando a horcajadas sobre una pila enorme de carbón en una especie de artilugio parecido a una carretilla, se precipitó hacia ellos. La carretilla se dirigió traqueteando de cabeza hacia las fauces de la caldera. El chico permaneció orgullosamente encima de ella, gritando con entusiasmo. Los otros le abuchearon.

Sophronia jadeó, segura de que la carretilla se iba a estrellar irremediablemente contra la ardiente caldera, volcando tanto el carbón como al chico en su interior. En el último instante, el hollinoso saltó y dio una voltereta, abandonando el carro, que se precipitó y metió la punta en la caldera, descargando todo el carbón en su interior, y después rebotó.

—¡Chupado! ¡Ha funcionado! —el chico se incorporó de un salto.

Todos los demás volvieron y se reunieron a su alrededor, probando que él era más alto que la mayoría.

—Te lleva el doble de tiempo cargar la caldera completa. Nosotros todavía atizamos más carbón en una hora —comentó uno.

—Sí —dijo el chico alto—, pero ¿no es todo un *invento*?

—¿Cómo ha rebotado de esa manera? —preguntó Sophronia, uniéndose a la multitud como si siempre hubiera estado ahí.

El muchacho se volvió en su dirección. Además de ser más alto que los demás, parecía estar más densamente recubierto de hollín. Sus ojos resultaban ser sorprendentemente blancos en contraste con su cara oscura. Su pregunta provocó un destello igualmente sorprendente de dientes blancos.

—Ah, sí, un mecanismo de resorte sin fijaciones de goma india. Vieve trabajó durante una semana entera en eso. Espera un momento... ¿Ahora dejan que las chicas sean hollinosas?

—Pertenece a los niveles superiores.

—Llegó explorando.

—Nos encontró.

—Ah, no es tan buena explorando entonces, ¿verdad? —el chico alto se rio ante su propia broma.

—¡Le ruego que me disculpe! —exclamó Sophronia sintiéndose un poco ofendida.

—Sin ánimo de ofender, señorita. Nosotros, los hollinosos, no somos exactamente caballeros distinguidos.

—Sin embargo, ese artilugio suyo está bastante logrado. Por no hablar de su forma de desmontar. Yo soy Sophronia, por cierto. —La muchacha decidió practicar un poco lo aprendido en su lección de aleteo de pestañas.

El chico alto no pareció demasiado impresionado por las pestañas.

—¿Qué tal, señorita? Yo soy Phineas B. Crow.

Sophronia hizo una reverencia y, por primera vez desde que había llegado a la Escuela de mademoiselle Geraldine para el perfeccionamiento de señoritas de alta alcurnia, nadie hizo un solo comentario sobre su mala ejecución.

—Aunque todo el mundo me llama Soap^[2] —añadió Phineas B. Crow—. Porque lo necesito más que la mayoría.

Sophronia siguió batiendo las pestañas.

—¿Le ha entrado un poco de hollín en el ojo, señorita?

Está claro que todavía no tengo dominado el arte.

—No, sólo estoy practicando.

—¿Qué, señorita?

—No importa.

—¿Es goma india eso que tiene en las suelas de sus botas? —El tono de Soap estaba lleno de avaricia.

—Sí. La obtuve de un montaplatos. Pero no se la puede quedar; la necesito.

—¿Para qué necesita una chica de los niveles superiores unos zapatos con goma india?

—Para escalar, por supuesto.

—¿Es así como llegó aquí? Nunca antes he oído hablar de una chica que escalara.

Sophronia se encogió de hombros, encantada ante el cumplido. *Soap*, pensó la muchacha, *tiene una sonrisa agradable.*

De repente oyeron un grito que venía de detrás de ellos. Uno de los hombres mayores —un supervisor, con toda probabilidad— venía en su dirección.

—Oh, maldita sea —exclamó Soap—. El mecánico. ¡Dispersaos!

Los chicos corrieron en varias direcciones diferentes. Soap tiró de Sophronia obligándola a agacharse junto a él tras un enorme montículo de carbón.

—No pasará mucho tiempo antes de que nos descubran.

—¿Es esto lo que hacéis todo el día... echar carbón con palas?

—No es una mala vida. Solía trabajar en los muelles de Southampton —respondió Soap con una de sus sonrisas—. Todavía no puedo comer pescado.

—¿Sabe? —dijo Sophronia—. Es un placer conocerle, señor Soap. Me he hecho con un mecanimal inesperado, por lo que imagino que tendré que dejarme caer por aquí con regularidad.

—A por carbón, ¿verdad?

—Así es. Pobre Bumbersnoot; debe de estar muerto de hambre ahora mismo.

—Creía que no estaban permitidos los mecanimales.

—He dicho que ha sido inesperado, ¿no?

Soap soltó una carcajada que con seguridad llamaría la atención incluso con el ruido de la sala de calderas.

—Está usted bastante bien para ser una chica. Y es también bonita.

Sophronia resopló.

—Hace poco que nos conocemos, señor Soap. No hay necesidad de mentir.

—¡Vaya, vaya! —dijo una voz atronadora—. ¿Qué tenemos aquí?

Soap se puso de pie de inmediato, con la espalda erguida. Sophronia siguió su ejemplo.

—Sólo tomando un respiro, señor.

—Soap, tú nunca estás sin hacer nada. ¿Quién es esa que está contigo?

Sophronia dio un paso adelante.

—¿Cómo está usted, señor? Sophronia Angelina Temminnick.

—¿Una de los niveles superiores? ¿Aquí abajo? Será mejor que se vaya de aquí antes de que la vea el ingeniero auxiliar junior de sexta clase. Voy a hacer como si usted nunca hubiera estado aquí, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, señor —dijo Sophronia con una reverencia.

Soap la llevó de vuelta a la escotilla.

—No es un mal mecánico, Old Smalls.

—Ha sido un placer conocerle, señor Soap.

El muchacho le guiñó un ojo.

—Igualmente, señorita. Suponiendo que vuelva a verla de nuevo.

—Tal vez —respondió Sophronia saliendo fuera.

Antes de que pudiera cerrar la escotilla, la cabeza oscura de Soap sobresalió por el hueco.

—Ah, señorita, será mejor que se cambie ese delantal. No querrá que la gente

sepa que estuvo aquí abajo.

Sophronia bajó la mirada hacia la prenda. El blanco nítido de su delantal estaba cubierto de manchas.

—Probablemente tenga razón.

Bajo la brillante luz del sol matutino, Sophronia descubrió algo más sobre su nuevo amigo. No estaba simplemente sucio; realmente era negro. Por supuesto, Sophronia había oído hablar de personas con extraños colores de piel, pero sólo las había visto en las imágenes de los libros de su padre. Nunca antes había conocido a ninguno en persona. *¡Pero Soap es como cualquier otro chico normal!*

No estaba segura de que fuera de buena educación mencionarlo, pero no pudo evitarlo.

—¡Vaya! ¡Su piel es del color del hollín de forma natural!

—Sí, señorita. Una criatura de la oscura África. *¡Buuu! ¡Buuu!*. Meneó la cabeza, fingiendo ser un fantasma.

Sophronia había leído sobre África. Este era un tema con el cual estaba totalmente familiarizada.

—Oh, caramba ¿es de ahí de donde viene?

—No, señorita. Tooting Bec, sur de Londres. —Y con esto regresó a la ruidosa y húmeda oscuridad de la sala de calderas.



Sophronia emprendió el camino de regreso a su habitación de forma segura a través de balcones y cubiertas, y tardando muy poco tiempo en atravesar corriendo el pasillo. No había nadie despierto a su regreso excepto Bumpersnoot, que se mostró absolutamente encantado con el trozo de carbón y el plato de agua que la chica puso delante de él. Mordisqueó y sorbió alegremente, soltando pequeñas ráfagas de agradecido vapor. Sophronia se cambió el delantal y comprobó el estado de su cara y de sus manos. Por suerte, las criadas habían traído el agua de lavado y, al ser mecánicas, no se habían percatado de su cama vacía. Después de mucho frotar, consiguió eliminar la mayor parte de las manchas de la sala de calderas.

Practicó el batir de pestañas delante del pequeño espejo de mano durante la siguiente media hora, hasta que finalmente Dimity se despertó.

—¡A que no adivinas lo que he hecho! —dijo Sophronia mientras su amiga parpadeaba con los ojos legañosos y se estiraba.

—No, probablemente no. ¿Me dejas que me despierte primero, por favor?

—Por supuesto. —Tras lo cual Sophronia se detuvo. No tenía ni idea de cómo deshacerse del agua sucia. En casa sencillamente la habría arrojado por la ventana, pero aquí no había ninguna ventana que diera a su cuarto. Disculpándose para sus adentros, la tiró al excusado y volvió para entregarle la palangana a Dimity.

Dimity se sirvió un poco de agua fresca de la jarra y dijo:

—¿Y bien?

—He visitado la tierra del hollín y el fuego.

—Sophronia, de verdad. ¿Tu intención es traumatizarme con acertijos a primera hora de la mañana? Si es así, debo advertirte que podría considerarlo motivo suficiente para rescindir cualquier oferta de amistad.

—Es casi mediodía. He estado despierta durante siglos.

—Un hábito que puedes llegar a lamentar. —Pero entonces Dimity ató cabos. Dejó de lavarse la cara con un jadeo—. ¡Sophronia! ¿Has visitado la sala de calderas?

—¡Sí! —Sophronia se recostó despreocupadamente sobre los codos.

—¡No está permitido *hacer* eso!

—Eso he oído.

—Pero todas las piezas de los motores están expuestas ahí abajo. Una chica no puede ver cómo funcionan las cosas exactamente. Es indecoroso.

—Está llena de chicos.

Dimity se detuvo, dedicando a esta declaración su debida consideración.

—Sí, pero de la *clase* equivocada de chico, sin duda. Yo realmente no me acercaría a ellos si fuera tú. Es terriblemente malo para la reputación de una. Por otra parte, no creo que haya chicos *apropiados* a bordo de esta escuela.

—No a menos que cuentes al profesor Braithwope.

—Ciertamente no. Ahora bien, el capitán Niall, fíjate, a él sí le contaría.

Alguien llamó a la puerta. Sidheag asomó la cabeza.

—Desayuno en diez minutos.

La chica alta, que lucía el mismo aspecto que el día anterior —un vestido desaliñado y el pelo recogido en una simple trenza— se apoyó con todo su peso en el marco de la puerta.

Sophronia se preguntó cómo le iría en las clases de postura.

—No le vamos a tener durante al menos unos días —dijo lady Kingair.

—¿Tener a quién?

—El capitán Niall, por supuesto.

—¿Tenerle para qué?

—Para las lecciones, tonta. ¿O es que creías que sólo lo tienen para dar apoyo en tierra? —Tras lo cual la chica alta se marchó.

Sophronia y Dimity intercambiaron miradas de sorpresa.

—¿Qué diablos podemos aprender unas chicas de un licántropo? —se preguntó Sophronia.

—¿Cómo conservar un sombrero sin importar cuáles sean las circunstancias? —aventuró Dimity.



—Tenemos que descubrir la forma de enviar la correspondencia —declaró Sophronia con firmeza mientras salían del desayuno.

—¿Tenemos qué? —Dimity estaba confundida.

—Mi guante manchado, ¿recuerdas? —Sacó el artículo ofensivo de su bolso de mano.

—Oh, sí, vamos a enviarlo a mi problemático hermano para que lo analice. Debo advertirte que es poco probable que saquemos algo de eso. Es muy olvidadizo, mi hermano. Es más bien un académico despistado en ciernes.

Sophronia vaciló un momento y a continuación se acercó a una de las chicas mayores.

—Disculpa, ¿podrías indicarme dónde está al servicio postal?

La chica la miró por encima del hombro.

—El jefe de mayordomos se encarga de eso.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—En las dependencias del mayordomo, por supuesto —dijo antes de alejarse.

Parece que acaban de despacharnos.

—Dimity, ¿alguna idea de dónde pueden estar las dependencias del mayordomo?

Dimityladeó la cabeza.

—Bueno, en un barco suele estar en una de las cubiertas superiores, en la parte central, ya sabes, para recibir a la gente que sube a bordo y cosas así.

—Pero nosotras subimos a bordo desde abajo.

—Cierto.

Sophronia frunció el ceño. El mayordomo estaría a cargo de la reparación y mantenimiento de los criados mecánicos, así como de la supervisión del personal humano.

—Tenemos que encontrar el eje central.

—¿Y si seguimos los raíles? —sugirió Dimity, señalando hacia donde un único raíl se bifurcaba en varios a la entrada del comedor, permitiendo de esta manera que varias doncellas y lacayos dieran servicio a las mesas.

Las dependencias del servicio de cualquier casa son un lugar extraño a explorar, llenas como suelen estar de máquinas y raíles rotos y abandonados, por no mencionar los efectos personales del servicio humano. No deseando llegar tarde a clase, Sophronia y Dimity se desplazaron rápidamente por los pasillos principales, siguiendo el raíl cuando este se bifurcó adentrándose en lo que claramente se trataba de una zona para el servicio.

—Oh, oh, mira —dijo Dimity, señalando hacia delante.

Delante de ellas, doblando una esquina al final el estrecho pasillo, pudieron ver la parte posterior de una falda muy florida, y no se trataba precisamente del tipo de falda que solían llevar las doncellas humanas, y mucho menos las mecánicas. Se trataba de un vestido familiar para ambas muchachas, ya que había sido objeto de alabanzas durante el desayuno.

—Monique —susurró entre dientes Sophronia—. Apuesto lo que sea a que también está intentando enviar un mensaje fuera del barco.

Dimity asintió sabiamente.

—¿Para transmitir a sus contactos la ubicación del prototipo, tal vez?

—O para advertirles de la demora. Si yo fuera ella, esperaría a tener la libertad de entregárselo en persona. Hay demasiada gente que lo quiere. Cualquier mensaje, incluso uno en clave, podría ser interceptado.

Retrocedieron y siguieron a la otra chica a una distancia prudencial.

Acechando a escondidas desde una esquina del siguiente pasillo, la vieron entrar por una gran puerta blanca y cerrarla con firmeza tras ella. Tras un breve intercambio de miradas, Sophronia y Dimity corrieron hacia la puerta. En ella estaban escritas las palabras OFICINA DEL MAYORDOMO, ENVÍO Y RECEPCIÓN DE CORRESPONDENCIA, CONTROL DE MALAS CONDUCTAS DE LOS MECÁNICOS, NO SE ADMITEN TONTERÍAS

Sophronia entreabrió la puerta y las dos chicas pusieron los oídos en el resquicio.

—¡Pero tenemos que pasar cerca de Bunson antes! —escucharon el gemido de Monique.

—No hasta dentro de tres semanas como mínimo, señorita.

—Pero tengo que enviar un mensaje a mi madre. Es de vital importancia. ¡Se trata del pedido de guantes de temporada!

—Lo entiendo, señorita, pero estamos lejos, no hay nada que hacer.

—¿No podría el capitán Niall...?

—El capitán no es su mensajero personal, señorita.

Monique cambió a un tono más zalamero.

—Bueno, ¿puedo dejárselo a usted para que lo envíe tan pronto como le sea posible?

—No le puedo garantizar nada, señorita.

Sophronia apartó a Dimity de la puerta y la empujó por el pasillo. Parecía que la conversación iba a terminar pronto. Dieron la vuelta a la esquina justo a tiempo para oír cómo se abría la puerta y asomarse para ver a Monique encaminándose a grandes zancadas, de una manera muy poco apropiada para una dama, de vuelta por donde habían venido. Aferraba en una mano una carta, habiendo claramente decidido no confiar la misiva a la más que cuestionable atención del mayordomo.

—Apuesto lo que sea a que él tiene que informar de los mensajes a uno de los profesores —dijo Dimity.

—O uno de ellos le tiene en nómina —dijo Sophronia.

—¿Soborno? Qué grosero.

—Útil, sin embargo.

—¿Vamos a intentar enviar el guante de todos modos?

Sophronia consideró los peligros y las implicaciones.

—Mejor no, creo. Volveremos a intentarlo más tarde. Ya llegamos tarde a clase.

LECCIÓN 8

Los hábitos de enseñanza de los licántropos

El programa de clases transcurrió con normalidad después del caos del primer día. Sophronia llegó a aceptar los aspectos que diferenciaban a la escuela de mademoiselle Geraldine de cualquier otra escuela de señoritas. Las lecciones se parecían en poco a las lecciones de una escuela ordinaria, los profesores no tenían nada en común con los profesores convencionales y la rutina era más acorde con la de un dandi londinense que la de un sistema educativo apropiado.

Las chicas comenzaban las mañanas —que realmente eran las primeras horas de la tarde— con una comida ligera, nada demasiado pesado, a instancias de mademoiselle Geraldine.

—El desayuno —decía ella, con el pecho erguido—, *nunca* debería ser suntuoso.

En consecuencia, todo lo que tenían para elegir era té, pan y mantequilla dulce, avena, jamón y champiñones a la parrilla, pastel de conejo, fricandó de huevos, mayonesa de gambas y carne especiada.

—Ahora bien, señoritas —decía la directora todos los días desde la mesa principal—. Ya sé que esta es la selección más exigua, pero los comestibles del desayuno deben ser lo más sanos posible, nutritivos y fáciles de digerir. Deben vigilar sus figuras. ¡*Vigílenlas!*

Sophronia, sin estar muy segura de cómo hacerlo, masticaba la comida mientras mantenía la mirada fija en su propio pecho, y seleccionaba sólo aquellas cosas que habría comido en su propia casa... un poco de avena con melaza. Todas las alumnas comían juntas, aunque separadas en mesas por edad o inclinación. El comedor estaba optimizado para albergar cuatro docenas de estudiantes más o menos, además de diversos profesores. Los miembros de la tripulación y el personal de servicio comían de antemano, y los hollinosos y otros trabajadores de baja categoría hacían lo propio en las cubiertas inferiores.

Después del desayuno, todas las chicas se levantaban para recitar, con solemnidad religiosa, el lema de la escuela —*ut acerbus terminus*— tres veces.

—¿Qué significa? —quiso saber Sophronia.

—«Hasta el amargo final», imbécil —dijo Monique de Pelouse.

Después del desayuno las alumnas se separaban según su nivel de habilidad y se dirigían a sus respectivas clases. Tres días a la semana las principiantes tenían, junto

con varias alumnas mayores, clase de matemáticas y administración del hogar, que impartía la hermana Matilde. El aprendizaje en sus clases estaba más enfocado a las listas y la organización que a aprender a hacer sumas sobre una pizarra. Aparentemente no había exámenes, y sin embargo Sophronia encontró fascinante el aprendizaje simplemente mediante los enigmas que proponía la hermana Matilde. El álgebra resultaba mucho más interesante cuando se trataba de dosificar las chuletas de cordero con el fin de envenenar sólo a la mitad de los comensales y luego determinar el valor relativo de adquirir un antídoto más caro, pero más eficaz, frente a un remedio casero. Sophronia se sentía un poco perturbada por el contexto, pero no podía evitar sentirse cautivada por la naturaleza macabra de los cálculos.

Los otros dos días tenían educación física con lady Linette a primera hora. Esto implicaba, para gran asombro de Sophronia, escalar, correr, e incluso realizar algunas volteretas sencillas... en enaguas. También jugaban a badminton, tenis, croquet, pasa la zapatilla y el escondite. Sophronia contaba con la ventaja de tener hermanos — *¿Quién iba a pensar que alguna vez los iba a considerar una ventaja?*—, lo cual la convertía, tal como señaló Monique con disgusto, en una dama deportiva.

—Uf, Sophronia, eres tan de campo —dijo ella.

—Bueno, sí, me crié allí. — *¡Al menos no tengo dientes de caballo, como tú!*

—La próxima vez te veremos gritando «¡Tallyho!» desde la cubierta chirriante.

—Oh, vamos, seamos justos. Eso sólo pasará cuando lance a los perros tras de ti, querida Monique. —Sophronia sonrió con malicia, y Monique le lanzó una mirada desagradable.

Lady Linette completó un salto mortal sobre la alfombra yendo a parar frente a ellas y provocando que Sophronia y Monique cerraran de golpe las bocas y prestaran atención. La profesora parecía casi avergonzada mientras las guiaba paso a paso.

—Ahora, damas, recuerden que sólo deben recurrir a esto cuando sea estrictamente necesario, y deben estar absolutamente seguras de hacerlo sin despeinarse. En la mayoría de los casos deberán delegar los esfuerzos físicos a un cómplice, voluntario o involuntario. Analizaremos más tarde las técnicas de soborno y chantaje. Como alternativa, deben disponer las cosas para que la actividad física no se haga necesaria en absoluto. Sin embargo, una dama siempre está preparada. Hablando de lo cual, ¡muéstrenme sus pañuelos!

Las chicas dejaron lo que estaban haciendo, que había consistido en prepararse — con diversos niveles de angustia o, en el caso de Sophronia, deleite— para poner en práctica sus propias versiones del salto mortal, y empezaron a palpar en sus vestidos buscando los pañuelos.

—¿Qué les dije ayer? Una dama *siempre* lleva su pañuelo encima. Un pañuelo es infinitamente útil. No sólo es un dispositivo de comunicación, sino que también se puede dejar caer como distracción, puede ser impregnado con diversos perfumes y gases nocivos para crear confusión, ser utilizado para limpiar la frente de un caballero o incluso vendar una herida y, por supuesto, también pueden usarlo para frotarse los

ojos o la nariz si todavía está limpio. Frotarlo ¡fíjense! Nunca sonarse la nariz. No les digo estas cosas por diversión, damas. Ahora, los libros sobre las cabezas mientras hago la inspección.

Las chicas sacaron pañuelos de diversos bolsillos y los sostuvieron en alto al mismo tiempo que se colocaban libros encima de la cabeza para practicar el equilibrio y la postura.

Lady Linette, con sus rubios rizos balanceándose, caminó entre las muchachas examinando las ofrendas de cerca.

—Muy bien, Monique. Perfecta, como siempre. Para la próxima vez, Sidheag, un pañuelo más pequeño. Una dama lleva muselina bordada, no... ¿qué diablos es eso? ¿Un trozo de tweed? ¡Realmente, niña! Dimity, vigile su equilibrio, y ¿rojo? Querida, rojo no. No está preparada para el rojo. El rojo es sólo para el despliegue avanzado de pañuelos. Preshea, ¿por qué la decoloración? ¿Ha estado experimentando otra vez con veneno? La próxima vez, no use su mejor pañuelo. ¡Agatha!

La pobre Agatha perdió el equilibrio mientras esperaba, haciendo que los libros encima de su cabeza cayeran al suelo. Se tambaleó hacia Sophronia. Ambas chicas cayeron hacia atrás.

Sophronia se rio.

Agatha parecía a la vez aterrorizada y mortificada.

Lady Linette chasqueó la lengua.

—Damas. ¡Damas!

Las clases continuaron en esta misma línea, con Monique cosechando la mayor parte de los elogios e incluso siendo eximida de clase en ocasiones temprano por su buen comportamiento. Todo esto era de lo más irritante.

Una vez a la semana, después del desayuno tenían lección de engaño con mademoiselle Geraldine, en lo que la directora *pensaba* que se trataba de una «sesión para llegar a conocerse mejor», aunque las chicas sabían que realmente se trataba de un entrenamiento en el delicado arte de participar en una conversación sin decir nada.

Por la tarde tomaban el té y practicaban el discurso social. Después del té, practicaban varios juegos de salón y jugaban a las cartas en el comedor mientras las profesoras se unían a ellas o circulaban a su alrededor, ofreciéndoles críticas. Sophronia aprendió rápidamente que Sidheag era particularmente experta con las cartas y que Agatha no era buena en absoluto. Preshea se sabía de memoria los diferentes sabores del jerez y cuál se tenía que servir para emborrachar a un caballero, y Monique era una compañera terrible de whist.

A continuación tenían historia del discurso social con uno de los numerosos profesores, que parecía consistir principalmente en leer en la biblioteca.

Después venía la cena, seguida por una interminable sesión de baile, dibujo, música, vestimenta y lenguas modernas con lady Linette, la hermana Mathilde —a quien todo el mundo rápidamente comenzó a referirse como la hermana Mattie— o, después de la puesta del sol, el profesor Braithwope. Incorporadas dentro de esas

lecciones se incluían las refinadas artes de la muerte, la distracción y las armas modernas.

La cena tenía lugar a las diez en punto cada noche. Después tenían un poco de tiempo libre que, debido a la cantidad de trabajo extra y cosas a memorizar que les asignaban durante el día, Sophronia pronto dedujo que era puramente mítico. Algunas lecciones adicionales, y el gas se apagaba a las dos.

Sophronia se dio cuenta de que a pesar del casi constante agotamiento físico y mental que experimentaba, se estaba divirtiendo bastante. Le encantaban las lecciones de espionaje y engaño —¡le daban tantas posibilidades!— y sólo seguía un poco perturbada por el enfoque analítico del asesinato. Este tipo de escuela de señoritas era más atractivo que el que ella había imaginado, aunque no conseguía determinar *por qué* estaba allí. Se le ocurrió que tal vez todas las escuelas de señoritas fueran como esta —después de todo, Preshea hablaba del envenenamiento como si fuera algo normal y corriente—, pero rechazó tal idea. Puede que Sophronia no hubiera sido totalmente educada en las sutiles artes de ser una dama, pero era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que sus hermanas no darían mucho crédito a escuelas de señoritas en las que todo era tan subversivo.

Tras dos semanas de clase, Sophronia reunió el coraje necesario para plantear a lady Linette sus dudas sobre esta educación tan inusual. Esperó pacientemente hasta después de su lección con la hermana Mattie sobre el suero de leche y su utilización para el blanqueamiento de los encajes y la protección estomacal, con el fin de coger a la profesora a solas. Lady Linette acababa de terminar con un grupo de estudiantes mayores en alguna técnica misteriosa de escritura de cartas en francés que había provocado que hasta las chicas más mayores estuvieran sonrojadas y riéndose tontamente mientras salían del aula.

—Lady Linette, ¿podría dedicarme un momento de su tiempo?

—Oh, señorita Temminnick. Ciertamente. ¿Cómo le puedo ayudar?

—¿Sería terriblemente atrevido por mi parte plantearle una pregunta bastante directa?

—Bien, eso ciertamente iría en contra de su formación hasta el momento. Todavía no hemos llegado a la manipulación de la conversación mediante la aplicación de la diplomacia provocadora. Sin embargo, supongo que podría excusar una consulta no controlada por esta vez.

Sophronia respiró hondo.

—¿Qué es lo que exactamente se espera que aprenda aquí?

Lady Linette retorció un rizo de pelo rubio con la punta de un dedo.

—Recopilación de información y recuperación de objetos, por supuesto. Pero sobre todo, debe *perfeccionarse* en el arte de la *eliminación*.

—¿*Eliminación* de qué, exactamente?

—Está claro, de cualquier cosa o persona que tenga que ser *eliminado*, querida.

Sophronia arrastró los pies. Cuando la frente de lady Linette se arrugó ante el

movimiento, Sophronia se paró y dijo:

—Ah, sí, verás, no es que no sea consciente del honor que implica que me hayan traído aquí a pesar de que no tengo las conexiones de las otras chicas, pero...

—Siga.

—No estoy segura de que pueda *hacerlo*.

—¿Hacer qué, querida?

—Asesinar a alguien a sangre fría.

Los ojos azul aciano de lady Linette se arrugaron.

—Ah, sí, pero ¿cómo lo sabe si todavía no lo ha intentado?

—Supongo que es verdad.

—Además, querida, no tiene que hacerlo cara a cara; siempre está el veneno. Y muchas de nuestras graduadas nunca llegan a hacer daño a nadie. Eso dependerá de su situación particular después de que nos deje. Siempre depende. Para aquellas que se casan el camino es diferente al que siguen las que no lo hacen.

—Si no es mucho preguntar, lady Linette, ¿en qué se basaron para reclutarme?

—Ah, vamos, querida, eso es parte de su formación. Alcanzará un nivel mayor de comprensión si consigue determinar esa verdad por su cuenta. —Lady Linette desvió la mirada.

Sophronia quería decir algo sobre el prototipo, pero sabía distinguir cuándo estaba siendo despedida. Hizo una reverencia.

—Gracias, milady.

Lady Linette hizo una mueca.

—Señorita Temminnick, pídale al profesor Braithwope que le dé clases particulares, por favor. Realmente debemos trabajar en esa reverencia suya, querida.

—Pero tengo que practicar el aleteo de pestañas avanzado, resolver un problema de matemáticas sobre cómo encargar estricnina y una cena a base de cordero con un presupuesto limitado, leer tres capítulos sobre la etiqueta de la corte, almidonar mi pañuelo y memorizar la cuadrilla.

—Nadie ha dicho que aprender etiqueta y espionaje sería fácil, querida.



Al final de la tercera semana, después de la cena, todas las chicas se congregaron en una de las cubiertas inferiores en lugar de ir a sus clases nocturnas. Había un aire general de anticipación emocionada, y el enorme dirigible comenzó a hundirse lentamente hacia el insípido verdor del páramo. Al cabo de un rato el dirigible casi tocó suelo, de tan bajo como llegó a estar. *Creía que esto no podía aterrizar*, pensó Sophronia. Tuvo la precaución de ocultar su aprensión. Por lo poco que había visto en la sala de calderas, no estaba segura de que la escuela *pudiera* aterrizar.

Las chicas bajaron en tropel al área de almacenamiento, donde les esperaba la

plataforma de cristal. Sin embargo, esta no estaba para ser utilizada. El profesor Braithwope, demostrando su fuerza vampírica con una especie de deferencia avergonzada, empujó la enorme plataforma hacia un lado, dejando al descubierto un gran agujero en la parte inferior de la nave.

Las chicas mayores primero y luego el resto de las estudiantes se sentaron alrededor del borde del agujero, con las piernas colgando, y saltaron a la hierba que tenían debajo. La mayoría aterrizó con una ligera inclinación grácil, como si estuvieran haciendo una profunda reverencia. Una o dos se desplomaron hacia adelante y rebotaron sobre los pies de la misma forma que lady Linette les había mostrado. «De mis días en el escenario», había dicho la profesora.

Sophronia, Monique y Sidheag saltaron sin problemas, pero las otras principiantes no estaban ni por asomo tan dispuestas a probarse a sí mismas. Tanto Agatha como Dimity tuvieron que ser empujadas.

Sophronia vigiló de cerca a Monique por si la muchacha, de hecho, seguía teniendo el prototipo con ella y estaba planeando esconderlo detrás de algún arbusto o roca. Esta era, después de todo, la primera vez que estaban en tierra en varias semanas. Pero Monique seguía comportándose como una estudiante modelo, a su manera, rodeándose de un grupo de elegantes chicas mayores y sin mostrar indicios de subterfugios más allá de los normalmente requeridos por las lecciones en la escuela de mademoiselle Geraldine.

El capitán Niall las estaba esperando. Las chicas se reunieron en torno a él en una multitud emocionada y entre risas.

—*Dos puntos* —estimó Sophronia.

Él levantó las manos, sonriendo afablemente.

Esa sonrisa, acompañada de un guiño descarado, cosechó un buen número de suspiros femeninos. El licántropo volvía a llevar un sombrero de copa atado a la cabeza y un enorme abrigo de cuero, que se agitaba con el viento del páramo. Al igual que la vez anterior, iba con los pies descalzos y, aunque el abrigo estaba totalmente abotonado, era evidente que no llevaba ni una corbata ni un pañuelo por debajo de él.

Sophronia sospechaba que muchos de los suspiros y gran parte de la excitación se debían a la certeza de que él estaba totalmente desnudo bajo el abrigo.

—Damas, damas, cálmense, por favor. Para las principiantes, permítanme decir rápidamente que como las clases conmigo son irregulares, todas compartirán la misma lección al mismo tiempo. ¡Y hoy vamos a abordar los cuchillos! —Esto último lo dijo con una floritura dramática.

Una oleada de murmullos y exclamaciones se filtró a través de la multitud.

El capitán se alejó hacia un grupo de rocas bajas, en lo alto del cual había colocado un largo estuche de cuero. Lo desenrolló para mostrar varios cuchillos de diferentes estilos y materiales. Las chicas se quedaron sin aliento con una mezcla de horror y admiración.

Regresó a donde estaban las muchachas y se puso frente a ellas, agarrando tres cuchillos con una mano, desplegados como si fueran un abanico.

—¿No les gusta los cuchillos? —Fingió abanicarse con las hojas y batió sus largas pestañas.

Sophronia se preguntó si no estaría ligeramente trastornado.

—Pero señor —dijo Dimity—. ¿Los cuchillos no son para los caballeros?

—Ah, excelente punto de partida. De hecho, no. Los cuchillos pueden ser muy útiles para una dama de alta alcurnia. Las espadas son para los hombres; es muy fácil que se queden atrapadas entre las faldas. Los cuchillos, en cambio, resultan mucho mejores para damas de su posición. Con la moda en su estado actual, siempre hay una forma de que una mujer con estilo pueda ocultar un cuchillo entre sus vestimentas. En los próximos meses vamos a ver cómo ocultar y cómo extraer el cuchillo sin estropear el vestido. Profundizaremos en los tamaños de la hoja, aplicaciones y materiales. También discutiremos el uso de la plata versus la madera y el mejor punto para golpear a un vampiro versus a un hombre lobo. Y aprenderán algo de combate cuerpo a cuerpo, ataques subversivos y, por supuesto, a lanzar cuchillos. ¿Alguna pregunta?

La mano de Sidheag salió disparada.

—¿Sí, lady Kingair? —El capitán Niall no parecía sorprendido, a pesar de que esta era la primera vez que Sophronia había visto a la chica alta mostrar interés en una lección, ya fuera sobre artimañas femeninas, mensajes ocultos o acciones mortales.

—¿Qué pasa con la artillería?

—No es mi materia.

—Pero usted debe de haber prestado servicio militar —protestó Sidheag.

El capitán Niall tomó esto como punto de enseñanza.

—Por favor ¿alguien puede explicar por qué lady Kingair ha hecho esta suposición en particular? Sí, señorita Pelouse.

—Porque a todos los hombres lobo de Inglaterra se les exige servir a Su Majestad. —Monique exhibía una sonrisa de suficiencia.

Sophronia dijo en voz baja a Dimity:

—Mírala, ¡qué inteligente! ¿Y el hecho de que se llame *capitán* Niall no es una pista?

Dimity ocultó una sonrisa.

El capitán Niall miró a Sophronia.

Oh, cierto, sobrenatural. Probablemente ha escuchado eso. Sophronia notó cómo se ruborizaba.

El licántropo continuó.

—Me gustaría que todas se dispersen y busquen un buen palo para los combates preliminares. Diez minutos, damas, y nos volveremos a reunir allá.

Anticipándose a esta reubicación, el dirigible se había desplazado hasta cernirse

sobre una elevación plana y ahora flotaba a cierta altura sobre el suelo. La plataforma de cristal había descendido y se había convertido en una enorme lámpara de gas. Utilizaba una especie de gas amarillo arremolinado que iluminaba el páramo, permitiendo que la lección se desarrollara con toda la grandeza de un baile bajo una lámpara de araña.

Las chicas se dispersaron.

Sophronia y Dimity siguieron el ejemplo de Sidheag y eligieron un arbusto adecuado. No tenía sentido andar palpando entre los brezales en medio de la oscuridad en busca de los palos. Cada una de ellas seleccionó una rama del arbusto y la arrancaron. Sus selecciones reflejaban por excelencia su carácter. Sidheag quería un palo grande. Dimity partió la que consideró la rama más proporcionada y comentó las cualidades estéticas del arbusto. Sophronia eligió una que encajara en su mano relativamente bien pero que no fuera tan grande como las de las demás. Hasta ahora todas las lecciones de esta escuela habían implicado algún elemento de subterfugio, y si el capitán les pedía que escondieran los palos en sus personas, no quería, bueno, quedarse atascada. *Sophronia*, se dijo finalmente para sus adentros con firmeza, *no pienses demasiado en el asunto*.

Se volvieron a reunir en fila. Resultaba fascinante ver a toda la escuela desplegada de semejante manera. Sophronia y las chicas más jóvenes estaban de pie en un extremo en pichis y pantaletas. Las chicas mayores, con el pelo peinado hacia arriba y sus faldas largas, permanecían de pie en el extremo opuesto. Excepto Monique, que destacaba de forma ominosa entre las principiantes con aspecto enfadado. Sophronia contó cuarenta y cinco alumnas en total.

El capitán Niall caminó a lo largo de la fila, examinando los palos.

Cuando llegó hasta Dimity cogió el palo que sostenía la chica.

—Una elección interesante.

—Me gusta la forma y su suavidad —dijo Dimity.

—No es la mejor razón que haya oído nunca para escoger un cuchillo, pero tampoco la peor. La próxima semana repasaremos la fabricación. Seleccionar un cuchillo es algo similar a escoger un par de guantes de calidad: la apariencia es importante, pero la forma en que ha sido elaborado es lo que determina en gran medida su función y duración.

Dimity asintió y él le devolvió el palo.

Se volvió hacia Sophronia.

—¿Por qué tan pequeño?

—Pensé que podría pedirnos que lo ocultáramos.

—Un razonamiento interesante. —Siguió adelante sin comentarios adicionales.

Sophronia dejó escapar un suspiro tembloroso. Se dijo a sí misma que esto se debía a que aún no estaba acostumbrada al hecho de que él fuera un hombre lobo. La naturaleza vampírica del profesor Braithwope ya resultaba rutinaria, pero el capitán Niall seguía siendo salvaje y misterioso. *Y huele raro*. En realidad, Sophronia quería

impresionarle porque todas las demás parecían sentirse impresionadas por el hombre.

Cogió el palo de Sidheag, con una ceja levantada.

—Le gustan los palos grandes, ¿verdad, lady Kingair?

Sidheag se encogió de hombros como un chico, pero Sophronia juraría que la chica ocultaba una sonrisa.

—¿Sabe cómo usarlo? —El capitán Niall resopló. No del mismo modo en que una mujer lo haría cuando se ofendía por un comentario, sino como un perro que estuviera saboreando el aire.

Entonces le arrojó el palo a Sidheag, haciendo que Sophronia se estremeciera. Sidheag, sin embargo, lo atrapó con una mano, como si esperara una acción tan violenta.

El licántropo sacó un cuchillo del bolsillo de su abrigo, un arma de hoja corta y tallada enteramente en madera de caoba.

—Oooh —exclamó Dimity—. ¡Qué bonito!

—Para los vampiros, por supuesto —dijo Monique, tratando de impresionar, pero el capitán Niall no la estaba escuchando.

Sidheag, sonriendo, dio un paso adelante saliendo de la fila.

Las chicas murmuraron con confusión.

Sidheag atacó primero. Usando su palo como si fuese realmente un arma afilada, lanzó una cuchillada al hombre lobo. No fue un ataque salvaje, en todo caso, como los que Sophronia y sus hermanos se lanzaban cuando jugaban con espadas falsas.

Sophronia observó con interés, en parte desde una perspectiva de aprendizaje y en parte porque Sidheag estaba mostrando más de su carácter ahora de lo que había mostrado durante las últimas semanas de íntima relación. La chica había sido entrenada por alguien que realmente sabía luchar.

—¡Sidheag incluso se mueve como un chico! —comentó Dimity.

—Sí, pero es *buena*, ¿verdad? —Sophronia estaba favorablemente impresionada. *Mejor que mis hermanos, ¡eso seguro!*

Preshea quiso saber:

—¿Qué dama de alto rango recibe este tipo de entrenamiento?

—Una dama que sólo lo es por título. —Monique se cruzó de brazos y alzó la nariz presuntuosamente.

El capitán Niall se estaba conteniendo. *Tiene que estarlo. Es un licántropo, después de todo, y es el doble de rápido que el soldado más altamente capacitado. Y también diez veces más fuerte, si había que creer en las leyendas. No obstante, Sidheag no es mala en absoluto. Ella mantiene su palo en movimiento, presionando siempre hacia adelante, en busca de un hueco en las defensas de su oponente.*

Después de unos minutos, el capitán Niall puso fin al enfrentamiento improvisado.

—Muy interesante, lady Kingair. Percibo algo del —se detuvo con delicadeza— entrenamiento de su *padre*.

Sidheag inclinó la cabeza y volvió a su lugar en la fila.

Sophronia, Dimity, Preshea y Agatha se volvieron para mirarla fijamente, con las bocas ligeramente entreabiertas.

—Creo que nos hallamos ante la mascota del profesor —dijo Monique—. Por otra parte ¿se puede ser la mascota de un hombre lobo?

—Oh, vamos, señorita Pelouse, creo que jugar a ser la favorita de los profesores es más propio de *ti* —contraatacó Sidheag.

—Ahora, damas, lo que realmente les interesa es no llegar a encontrarse nunca en el tipo de situación que lady Kingair y yo les acabamos de demostrar. Realmente no les interesa involucrarse con un rival. Su mayor ventaja es la sorpresa. Tomar la decisión de golpear primero y con intención y —si se me permite el juego de palabras— aferrarse a eso. Señorita Pelouse, ¿sería tan amable de hacer una demostración?

Monique se adelantó, con la cabeza bien alta y una pequeña sonrisa en su rostro.

El capitán Niall se acercó a ella.

Monique, en lugar de atacar como lo había hecho Sidheag, se acercó al hombre lobo comentando lo agradable que era la noche y la belleza del paisaje mientras agitaba las pestañas de una forma que Sophronia tuvo que reconocer que era muy avanzada. *Nunca se me hubiera ocurrido pensar que llegaría un momento en que envidiaría la forma de manipular con las pestañas de otra chica.*

Siguiéndole el juego, el capitán Niall se inclinó hacia ella y, respondiendo a su flirteo, la miró profundamente a los ojos.

Monique le golpeó con fuerza en un lado del cuello, en la parte inferior trasera de la oreja, con su palo. Un palo cuya punta había afilado de alguna manera.

Este se hundió al menos media pulgada en el cuerpo del hombre lobo.

La sangre fluyó por el palo.

El capitán Niall hizo una mueca y soltó un pequeño gemido de dolor.

—Ah. Sí. Muy bien, señorita Pelouse.

Sophronia jadeó, llevándose una mano a la boca horrorizada. Una pequeña y no traumatizada parte de ella se preguntaba por qué Monique no había puesto en práctica esta habilidad cuando se había enfrentado a los salteadores del aire. *¿Quería que la secuestraran?*

Varias de las chicas estaban soltando pequeños gritos de angustia.

El capitán Niall alzó una mano y se arrancó el palo del cuello. La sangre empezó a manar abundantemente, pero no con el color o en la cantidad que Sophronia había esperado. Era más oscura, casi negra, y fluía más lentamente. Entonces, justo ante sus ojos, la herida comenzó a sanar y a cerrarse.

El licántropo le devolvió el palo ensangrentado a Monique, que lo cogió con una pequeña reverencia.

Dimity se desmayó y se cayó de bruces en la hierba.

Sophronia se agachó sobre su amiga y con un gesto le indicó a Sidheag que la ayudara.

La chica alta se inclinó y, al amparo de los murmullos de confusión, Sophronia le preguntó:

—¿Qué has querido decir con eso? ¿Con lo que le has dicho a Monique?

Sidheag la miró, evaluándola.

—Sólo que el rumor es que ella tiene un partidario entre los profesores.

—¿Algo así como un patrocinador?

—Algo así.

—¿Quién?

—Nadie lo sabe.

Sophronia asintió y a continuación se volvió hacia Dimity. Alguien le pasó por encima de la nariz sales aromáticas, y pronto los suaves ojos marrones de su amiga parpadearon y se abrieron. Sophronia ayudó a Dimity a sentarse y, mientras lo hacía, le susurró al oído:

—Monique tiene un partidario entre el personal. Creo que es así como se las ha arreglado para mantener la ubicación del prototipo en secreto.

Dimity la miró, todavía recuperándose.

—De verdad, Sophronia, me incomoda bastante cómo te las arreglas para solucionarlo todo cada vez que me desmayo.

LECCIÓN 9

Cómo no se debe coquetear

—Sidheag, ¿por qué el capitán Niall se comporta de forma diferente contigo? — Sophronia había decidido que sus tácticas con Sidheag debían ser las mismas que utilizaba cuando trataba con sus hermanos. *Preguntas directas, falta de delicadeza y unos modales bruscos en general es claramente lo que pide.* En consecuencia, las dos chicas estaban desarrollando algún tipo de relación. No se podía precisamente calificar como *amistosa*, pero Sidheag era menos hostil con Sophronia de lo que era con el resto.

Las chicas estaban reunidas en su sala de estar, practicando el arte de deshacerse de los guantes *con un propósito*, durante un momento de paz antes de irse a la cama.

Sidheag ni siquiera miró a Sophronia.

—No sé a qué te refieres.

—Oh, sí, sí que lo sabes.

Sidheag suspiró.

—Fui criada por lobos.

—Sí, eso insinuó Monique.

—No, literalmente. El castillo de Kingair es una propiedad que pertenece a licántropos. Lord Maccon no es mi padre; él es mi tatara-tatara-tatarabuelo. Y todavía sigue vivo. Fue mordido después de haberse casado.

Sophronia parpadeó sobresaltada, aunque no precisamente haciendo aletear las pestañas de una manera apropiada. Lady Linette se habría disgustado bastante.

—Eso debe de ser raro.

—No te haces ni idea.

Dimity inclinó la cabeza.

—¿Son todos soldados? ¿Como el capitán Niall?

—Por supuesto.

—Bueno, eso explica tu conducta —dijo Monique con sarcasmo.

Sophronia miró a Monique.

—Yo, si fuera tú, vigilaría tu lengua. Sidheag es bastante hábil con las armas y, a juzgar por nuestra experiencia con los salteadores del aire, tú no.

—Vaya, muchas gracias, Sophronia. —Sidheag realmente parecía como si estuviera intentando sonrojarse ante el cumplido. *Intentándolo, claro está.*

—Vaya —cortó Monique—, parece que os habéis hecho muy amiguitas.

—Ya sé que la mera idea está muy alejada de tus capacidades, Monique. ¿Realmente tienes algún amigo? —replicó Sophronia.

Dimity jadeó y después intervino intentando suavizar el insulto desviando la conversación. Dimity era, por regla general, una persona bastante agradable.

—¿Es el capitán Niall como los otros hombres lobo?

Sidheag enarcó las cejas.

—¿A qué te refieres?

Dimity se ruborizó. Ella, a diferencia de Sidheag, casi tenía dominada la habilidad. Sus mejillas redondeadas de porcelana se oscurecían sin que el rubor se extendiera a otras partes de su rostro. Lo hacía tan bien que lady Linette le había ordenado aprender a controlar mejor los tiempos. «Cuando alguien se sonroja de una forma tan adorable como usted lo hace, querida, ¡debe perfeccionarse hasta llegar a una ejecución exacta!»

Sophronia miró acusadoramente a Dimity.

—¿Pensaba que tus padres eran progresistas!

—Lo son, pero eso no significa que haya conocido a muchos hombres lobo hasta ahora.

—¿No?

—Bueno, a ninguno, aún.

Sidheag se rio.

—Créeme, ellos no actúan tan admirablemente en masa.

—La forma en que se le curó la herida fue extraordinaria —dijo Sophronia.

—Oh, *no*, Sophronia. —Dimity se llevó una mano a la cabeza y se puso pálida.

—He oído que hace el mejor... ooh la la —dijo Preshea contoneando el torso provocativamente.

Sophronia sintió que la cara le ardía ante el mero pensamiento, y sabía a ciencia cierta que *su* rubor no era en absoluto adorable. Este se mezclaba con las pecas haciéndola parecer febril y con manchas. Tenía la orden de no sonrojarse en absoluto si era posible.

—Práctica, supongo —dijo Sidheag, inexpresiva.

—Tendrás algo de experiencia personal, ¿no es así? —le aguijoneó Monique.

—No seas repugnante. ¡La manada es mi familia! —Sidheag parecía alterada, lo cual sólo alentó más a Monique.

—Menean sus rabos ante ti, ¿a que sí?

Sophronia acudió al rescate de Sidheag antes de que la chica hiciera algo violento.

—Debes de haber tenido una infancia fascinante, al haber sido criada en una manada.

—Fue más bien como tener seis padres distintos con opiniones muy decididas sobre educación.

Dimity se animó.

—¿De veras? ¿Padres estrictos? Los míos también. ¿Y qué hay de tu madre?

Sidheag sacudió la cabeza.

—Es por eso que me enviaron aquí; todos ellos estaban sin esposa. El abuelo decidió que me estaba volviendo poco femenina y que necesitaba pulirme.

—Imagínate —dijo Monique—. Yo estando de acuerdo con un licántropo.

—Quizá sea mejor para ti no pulirte —dijo Dimity—. Mi madre estudió aquí, así que no he tenido la más mínima oportunidad de evitarlo. Pero tú eres ya una dama por derecho propio; ¿por qué no irte y tener una vida apropiada como una auténtica dama? Mi madre dice que sueño despierta más de la cuenta y que debería aprender a matar algo de vez en cuando. Pero tú no tienes por qué hacerlo.

—Salvo que tiendes a desmayarte —señaló Sophronia.

—Cierto. Me temo que estoy condenada a ser una terrible decepción para ella.

Sidheag hizo una mueca.

—Ésa es mi ventaja. Mi viejo abuelo no sabe cómo debe comportarse una joven dama, por lo que se sentirá satisfecho con cualquier mejora.

—¿Incluso si es sólo una muy pequeña? —añadió Monique.

—¡Exactamente! —dijo Sidheag con una amplia sonrisa, decidiendo ignorar el insulto. Tenía una sonrisa bastante bonita, que arrugaba los bordes de sus extraños ojos amarillos. Sophronia se preguntó si esos ojos tenían que ver con sus antepasados licántropos.

Bumbersnoot llegó bamboleándose.

Las chicas continuaron arrojando guantes al suelo y haciendo notar la caída con un ligero movimiento de los ojos y un descenso de los párpados. No pasó mucho antes de que las chicas se encontraran apresurándose a recogerlos, ya que Bumbersnoot parecía pensar que este era un nuevo y divertido juego en el que él tenía que tratar de llegar a los guantes primero para luego tragárselos, momento en el cual ellas tendrían que esperar a que los expulsara por el otro extremo... es decir, si los guantes iban a parar al compartimento de almacenamiento y no a la caldera.

—¡Oh, de verdad! —exclamó Preshea disgustada cuando no fue lo suficientemente rápida. Bumbersnoot llegó a su guante primero y lo babeó con una gota de saliva hirviente procedente de su máquina de vapor interna antes de que ella consiguiera arrebatárselo.

—No sé por qué sigues manteniendo a esa cosa contigo —dijo Monique—. Es una terrible molestia, y estoy segura de que vas a tener serios problemas si alguien se entera.

—¿Te vas a chivar tú?

Monique se ofendió profundamente.

—¡No soy una soplona!

—¿Tu único rasgo de personalidad compensador?

—Oh, claro —dijo Monique—. Resulta que disfruto siendo perfecta.

—¿No creéis que se mueve más lentamente que antes? —preguntó Dimity, agachándose para acariciar la parte superior de la cabeza del mecanimal. La cola de Bumbersnoot empezó a hacer tic-tac con placer, pero parecía hacerlo menos rápidamente de lo habitual.

Sophronia miró a su mascota con el ceño fruncido por la preocupación.

—Probablemente necesita ser alimentado.

La muchacha no había conseguido arreglárselas para volver a visitar a los hollinosos. No obstante, alguien había estado pensando en la salud de Bumbersnoot, ya que la semana anterior uno de los sirvientes mecánicos había aparecido ante su puerta con un plato. Al levantar la tapa de plata, las chicas se encontraron con un pequeño montón de carbón y nada más. Ni siquiera una nota. Sophronia había conjeturado sobre para quién era el plato y sobre quién lo habría enviado. Y ahora suponía que había llegado el momento de visitar a Soap para renovar su amistad y expresarle su gratitud.

Ella no había mencionado a los hollinosos a nadie excepto a Dimity, e incluso entonces no había entrado en detalles. Dimity se había mostrado más bien desdeñosa, por lo que Sophronia imaginó que era mejor guardarse a los hollinosos para sí misma mientras fuera posible.

Mientras le observaban, el interés de Bumbersnoot en los guantes caídos se fue desvaneciendo y el flujo de vapor de su bajo vientre comenzó a disminuir. Entonces se derrumbó y su cola dejó de moverse.

—Oh, cielos —dijo Dimity— ¡Pobrecito!



Sophronia esperó hasta que las demás estuvieran dormidas antes de encaramarse fuera de la cama, ponerse una bata y salir al pasillo. Las luces de gas permanecían apagadas por la noche, y sus ojos tardaron unos valiosos momentos en acostumbrarse a la penumbra.

Tan pronto como lo hicieron, distinguió una forma que hizo que el corazón le latiera con fuerza en el pecho. Era la forma cónica de metal de una criada mecánica. La criatura estaba inmóvil sobre los raíles y no salía vapor de debajo del delantal blanco crudo con el que alguien la había vestido. O bien estaba muerta o bien dormida. En todo caso, la criada estaba entre Sophronia y cualquier posible acceso al casco exterior del dirigible. *Desearía saber más sobre el funcionamiento de estas criaturas mecánicas sin rostro. ¿Puede verme, de la misma forma en que Frowbritcher podría verme, o sólo me puede detectar cuando me interpongo en su camino? ¿Servirá de algo moverme despacio? ¿O rápido?*

Sophronia decidió simplemente proceder con la máxima precaución posible. Se aplastó contra la pared y avanzó lentamente hacia la criada, tratando de no pisar los

raíles, preocupándole que cualquier vibración se pudiera transferir hasta la autómatas mecánica.

Se fue acercando cada vez más, y luego, aspirando para hacerse tan delgada como le fuera posible —contenta de llevar puesto el camisón en lugar de las amplias faldas— avanzó lentamente junto a la criada.

La criatura mecánica ni se inmutó. Sophronia lo estaba consiguiendo. Dejando de lado toda prudencia, se alejó por el pasillo.

En ese momento, la criada volvió a la vida y la siguió, mucho más rápidamente que cualquier criado doméstico mecánico que la madre de Sophronia tuviera entre su personal. Sin embargo, no sonó ninguna alarma. Sophronia cargó a través de una puerta hacia una cubierta exterior, pasó junto a otro autómatas mecánico y se deslizó ágilmente sobre la barandilla y se quedó colgando suspendida en el otro lado.

El mecánico de la cubierta también se despertó cuando pasó a su lado. Era un modelo de lacayo, sin rostro como los demás, pero llevaba un anticuado pañuelo de encaje blanco de sirviente. El pañuelo revoloteó mientras su máquina de vapor interna se encendía. Empezó a rodar hacia atrás y hacia adelante. Sin embargo, tampoco él hizo sonar la alarma, y sus raíles no le permitieron detectar a Sophronia en el otro lado de la barandilla.

Sophronia contuvo el aliento. Se dio cuenta de que las clases de equilibrio con los libros, las sesiones de baile y las lecciones con el capitán Niall de las semanas anteriores le habían hecho desarrollar nuevos músculos y un mejor equilibrio. Como resultado encontraba esta posición mucho más cómoda de lo que lo había hecho la primera vez.

También descubrió que recorrer el borde exterior de las barandillas, saltando entre cubiertas y balcones, le resultaba mucho más fácil. *Esta escuela realmente me está entrenando.*

Se dejó caer, casi automáticamente, en el balcón privado de lady Linette, el que tenía la escala de cuerda. Desde allí descendió por la escala y se introdujo por la escotilla al interior de la sala de calderas con una sensación de alivio. Al menos esta parte de la nave no albergaba a ningún profesor. Le gustaba la escuela bastante más de lo que había creído posible y prefería no ser invitada a abandonarla por el momento. Y estaba bastante segura de que la búsqueda de comida para un mecanimal ilegal no era una actividad aceptable.

La sala de calderas estaba mucho más tranquila de noche de lo que lo había estado durante el día. Pero aún así estaba activa. El enorme barco tenía que mantenerse a flote, y los globos debían mantenerse hinchados tanto por el calor como por la acción de la hélice. Además, tuvo que asumir Sophronia, la mayor parte de la nave funcionaba mediante el vapor: las cocinas, la contención del gas, la plataforma de cristal, la iluminación, la calefacción, el té.

Ella había tenido la intención de colarse, liberar un poco de carbón y escabullirse furtivamente... un plan mucho más sencillo de ejecutar cuando el exterior del barco

era tan oscuro como el interior. Pero alguien observó su entrada sigilosa, y cuando Sophronia estaba enderezándose, el pequeño rostro angelical de un chico joven apareció junto a su codo, sonriendo.

—¡Bien, bien! ¿Quién eres tú? —El chico tenía un poco de acento francés y un comportamiento muy descarado. Era también mucho más joven que cualquiera de los otros hollinosos, con unos ojos extraordinariamente centelleantes. Sophronia sospechaba que esos ojos eran verdes, pero era imposible de determinar bajo la luz de las calderas. Tenía el pelo corto y oscuro y llevaba unos pantalones demasiado grandes y una gorra de aspecto lujoso. Todo en él era incongruente. También estaba un poco menos manchado que cualquier hollinoso que Sophronia hubiera visto antes. *Pero sólo un poco, ojo.*

—Buenas noches —dijo Sophronia—. Soy una amiga de Soap.

—¿Y quién no lo es?

—Tienes razón. Soy Sophronia.

—He oído hablar de ti. La chica de los niveles superiores por la que Soap está coladito. —El chico volvió a sonreír a Sophronia, mostrando sus hoyuelos.

—¿Cuántos años tienes? —fue todo lo que a Sophronia se le ocurrió decir a *esto*.

—Nueve —dijo el muchacho, deslizándose hacia ella.

—¿Eres un hollinoso?

—No —dijo el muchacho guiñándole un ojo. ¡Por increíble que pareciera!

—¿Qué haces entonces aquí abajo?

—Me gusta estar aquí.

—¿Cómo has entrado?

—Entré aquí, al igual que tú.

—¿Vienes de los niveles superiores también?

—Algo así.

Sintiéndose frustrada, Sophronia dijo:

—Sólo he venido a por un poco de carbón.

—Bueno, déjame ir a despertar a Soap.

—Oh, no hay necesidad de molestarle.

—Por supuesto que es necesario. ¿Por qué crees que estaba vigilando la escotilla? ¿Esperando al fantasma de las calderas? Él me va a dar un buen mamporro si no le dijo que has venido.

—¿Cómo te llamas? —Sophronia no sintió ningún reparo en ignorar las formas adecuadas a la hora de presentarse con un niño.

—Me llaman Vieve.

—Extraño nombre.

—Encaja conmigo.

—Cierto. Voy a ir allí para coger un poco de carbón. ¿Contaré con tu aprobación, Vieve?

Vieve le dedicó otra de sus sonrisas con hoyuelos y echó a correr, agarrándose los

pantalones con una mano. Regresó unos momentos más tarde, antes de que Sophronia tuviera la oportunidad de coger algo de carbón, arrastrando tras de sí a un Soap somnoliento.

Ambos hacían una extraña pareja: el granuja de nueve años vestido con ropa demasiado grande y el alto y desgarrado hollinoso con mangas de camisa tan cortas que las muñecas le asomaban por los extremos.

—Buenas noches, señorita. —El rostro de Soap se iluminó con esa amplia sonrisa suya repleta de dientes blancos.

—¿Está usted bien, Soap?

—Muy bien, señorita, muy bien. Recibió mi pequeña comida, ¿verdad?

—Sí, gracias. Bumpersnoot y yo la agradecemos mucho.

—¿Bumpersnoot? —preguntó Vieve.

—La señorita aquí presente consiguió hacerse con un mecanimal.

El rostro del niño se iluminó.

—¡Tienes un verdadero mecanimal vivo! ¿Puedo verlo?

—Bueno, no, no ahora. Está en mi habitación, arriba en la sección de estudiantes.

—No, quiero decir más tarde. ¿Puedo verlo más tarde?

Soap explicó el evidente entusiasmo del chico:

—Vieve tiene la fijación de convertirse en el próximo gran inventor.

Sophronia se sorprendió.

—Ésa es una gran ambición para alguien de tu edad.

—No cuando tu tía es Beatrice Lefoux. —Soap torció la boca en una mueca divertida.

Sophronia se estremeció ante dicha declaración y miró al niño de nueve años que tenía ante ella.

—¡Tu tía es la profesora Lefoux! ¿Por qué no me lo has dicho?

Vieve se encogió de hombros de una manera que le hizo parecer particularmente francés.

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—No se lo irás a decir, ¿verdad?

—¿Decirle el qué?

—Lo de Bumpersnoot. Y lo de mi presencia en la sala de calderas.

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacerlo? —Vieve parecía ofendido.

—Oh, gracias.

—¿Así que ahora puedo ver tu mecanimal?

Sintiéndose como si de algún modo estuviera atrapada, Sophronia dijo:

—Sí, muy bien. ¿Cómo vas a llegar a mi habitación, sin embargo?

—Oh, yo puedo colarme en casi cualquier sitio que desee.

—Nadie se molesta en hacer un seguimiento de este granujilla —dijo Soap, quitándole la gorra al niño y alborotándole el pelo de una manera que Vieve claramente encontró innecesaria y molesta.

—Tú no eres un verdadero habitante de los niveles superiores, ¿verdad? — Sophronia se sintió un poco tonta al usar estas palabras.

Vieve se volvió a encoger de hombros.

—Yo soy todo lo que quiera ser, siempre y cuando las alarmas no suenen.

—Eso debe de ser agradable. —Sophronia intercambió una mirada de regocijo con Soap.

—Ve a por un poco de carbón para la dama, ¿quieres, Vieve? —Soap inclinó la cabeza hacia un montículo de carbón.

Vieve le dedicó al chico alto una mirada mesurada y luego se alejó de allí trotando con decisión.

—Pequeño sinvergüenza arrogante —dijo Soap cariñosamente, una vez que el muchacho estuvo fuera del alcance del oído.

—Supongo que tú también lo serías si la profesora Lefoux fuera tu tía —dijo Sophronia poniéndose filosófica.

Vieve regresó con los bolsillos abultados. Sophronia transfirió el carbón a su bolsito de terciopelo negro. Era su mejor bolso de noche, pero era el único que no mostraría las manchas de carbón.

—Buen escondite —comentó Vieve haciendo alusión al bolsito.

—Gracias.

—Vieve, ahí donde le ves, tiene buen ojo para los accesorios.

—Me gusta un bonito sombrero en una dama —fue la digna respuesta de Vieve, antes de alejarse para ocuparse de sus propios asuntos.

—Nueve años, ¿de verdad?

—Bueno, cuando tu única madre es francesa y una Lefoux, no tienes más remedio que desarrollar alguna forma de sobrellevarlo. ¿Recuerda esa carretilla que vio la última vez que estuvo aquí? Fue cosa de Vieve.

Sophronia estaba impresionada.

—Pensé que la había construido usted.

—No, yo la probé. Vieve es el cerebro.

Sophronia inclinó la cabeza y levantó la vista hacia el chico alto.

—Eso no lo sé.

Soap se tiró de una oreja con timidez.

—Vaya... señorita.

Sophronia estaba tratando de encontrar una manera de salir airoso de lo que parecía ser una conversación bastante extraña —*Esto me enseñará a no intentar coquetear fuera del aula*— cuando una de las calderas cercanas se encendió con un chisporroteo rugiente y se oyó un lejano estrépito de campanas de alarma proveniente de las cubiertas superiores

—¡Oh, maldita sea! ¿Cree que se han dado cuenta de que no estoy en la cama?

Soap la empujó hacia la escotilla de salida y la sostuvo abierta mientras Sophronia salía por ella.

—No, señorita, ésa es una alarma de perímetro. La escuela está siendo atacada. Técnicamente, se supone que debe quedarse donde está, aquí con nosotros.

—Si voy a ser capturada, será mejor que sea en el exterior. Es lo mejor para mi reputación.

—Es exactamente lo que yo estaba pensando. Buena suerte, señorita.



Tienen que ser los salteadores del aire, volviendo a por el prototipo. Sophronia se colgó el bolso lleno de carbón alrededor del cuello y trepó por la escalera de cuerda. Mirándolo por el lado positivo, ninguno de los profesores estaría todavía en sus habitaciones. Pero por el lado negativo, bien podría encontrarse con un buen número de ellos en la cubierta mientras trataba de abrirse paso de vuelta a sus propios aposentos.

Consideró ocultarse en el balcón de lady Linette hasta que la alarma se detuviera, pero si este era el ataque prometido por los salteadores del aire, quería ver lo que iba a suceder a continuación. Habían amenazado con volver tres semanas después del primer intento fallido, pero la escuela parecía haberles eludido unos pocos días más. La falta de rumbo fijo de la escuela debido a los vientos del páramo brumoso hacía tan difícil rastrearla desde el aire como lo era desde tierra.

Sophronia comenzó a trepar de manera constante por el costado de la nave. Era más difícil ir hacia arriba que desplazarse a través de los bordes. Tenía que encontrar asideros para las manos y puntos de apoyo para los pies en la madera para pasar por los puntos donde una cubierta se encontraba con el casco y otra sobresalía. Se las apañó bastante bien, principalmente por no mirar hacia abajo. Una vez superada la mitad del recorrido, se consoló con el pensamiento: *Aunque me caiga, aterrizaré en una de las cubiertas más bajas, con probablemente nada más dramático que un hueso roto o dos.* Lo cual le servía de poco consuelo.

La muchacha miró hacia arriba. Podía ver la cubierta chirriante por encima de ella. Los soldados mecánicos volvían a estar reunidos, con sus pequeños cañones en alto y apuntando hacia el interior. Sin lugar a dudas el profesor Braithwope estaba en el centro con su ballesta. Los atacantes, si es que había alguno a la vista, rodeaban el otro lado del casco, fuera de su campo visual.

Sophronia trepó hasta llegar al nivel inmediatamente inferior a la cubierta chirriante y usó la barandilla exterior para deslizarse hacia el lado opuesto de la nave. Al pasar a la última cubierta, pudo comprobar que en efecto los salteadores del aire estaban de vuelta, esta vez con refuerzos.

Contó doce embarcaciones aéreas y, detrás de ellas, dos enormes dirigibles. Ninguno del tamaño de la escuela, pero se trataba del último modelo en dirigibles para viajes por ultramar que, según se rumoreaba, todavía estaban en producción.

Sophronia escudriñó a los ocupantes, buscando al caballero en la sombra. *Tiene que estar ahí.* Estaba oscuro y se vio obligada a entrecerrar los ojos con tanta fuerza que desarrolló un dolor de cabeza, pero se las arregló para divisarle en uno de los dirigibles. La silueta de un hombre que no iba vestido para montar, sino más bien con un traje completo de noche, incluyendo un sombrero de copa. Sophronia no tenía la menor duda de que la banda que rodeaba el sombrero era verde. Él estaba de pie en la parte posterior y, al igual que la última vez, parecía ser más un observador que un participante.

Sophronia se preguntó si él la estaría observando mientras escalaba al otro lado de la nave en bata y con un bolso de noche alrededor del cuello.

Supuso que los dirigibles debían de pertenecer a los piratas del cielo. Al igual que los salteadores del aire, ella había pensado que eran meras criaturas de leyenda. *Después de todo, ¿cómo puede un pirata permitirse un dirigible?* Pero no había otra explicación. Los dos dirigibles que flotaban entre la multitud de naves más pequeñas, como ánades reales rodeadas por una bandada de patos, parecían hacer juego entre sí. Era como si la parafernalia de armas y banderas no fuera más que eso, una parafernalia, y que los dirigibles fueran un conjunto elegante destinado a algo mucho más grandioso que a amenazar a una escuela de señoritas. Sophronia concluyó que, al igual que los galeones de la antigüedad, estos debían de haber sido robados al gobierno.

Uno de los salteadores del aire se llevó un megáfono a la boca.

—¡Entréguenos el prototipo!

Los profesores no dijeron nada.

Uno de los dirigibles disparó, un destello de un cañón en la cubierta, y un objeto grande se precipitó a toda velocidad en su dirección. Pasó silbando junto a donde Sophronia estaba agarrada, sin llegar a colisionar contra la escuela por los pelos.

Sophronia reprimió un grito.

—Fuego, profesor Braithwope —oyó ordenar a lady Linette.

El profesor Braithwope entró en el campo de visión de Sophronia dando dos rápidos saltos a velocidad vampírica hasta la parte delantera de la cubierta. Acto seguido apuntó con su pequeña ballesta a la flota alineada ante ellos.

Sophronia dudaba que una ballesta de tal delicadeza resultara muy eficaz.

El profesor disparó.

Todos a una, los mecánicos, cuyos pequeños cañones habían apuntado al profesor Braithwope todo el tiempo, giraron, siguiendo el arco de la flecha de la ballesta.

Apuntan en la misma dirección que la flecha! comprendió Sophronia. *Espero que el profesor Braithwope sea un buen tirador.*

Lo era. La flecha se clavó en un costado de una de las embarcaciones aéreas, muy por debajo del borde de la cesta de pasajeros, fuera del alcance de sus ocupantes.

Lady Linette apareció a la vista cuando se inclinó por encima de la barandilla y tiró de algo escondido allí.

Todos los soldados mecánicos dispararon al mismo tiempo con un tremendo rugido.

Sophronia se estremeció y deseó poder cubrirse los oídos, pero necesitaba las dos manos para agarrarse.

La cubierta chirriante desapareció envuelta en una nube de humo provocada por la pólvora. El dulce y metálico olor flotó hasta donde estaba Sophronia. Cuando se despejó, pudo ver que una de las pequeñas embarcaciones aéreas se estaba escorando hacia un lado al mismo tiempo que dos de sus globos entraban en colapso. La embarcación empezó a descender desde el cielo haciendo espirales. Las que estaban a cada lado de ella también habían recibido impactos.

Uno de los dirigibles devolvió el fuego. Esta vez apuntó más alto. La bala del cañón abrió un agujero enorme en el globo central de la escuela. Sophronia inclinó la cabeza hacia atrás, tratando de mirar dentro de la cavidad y evaluar los daños. Pero el globo estaba una cubierta por encima y estaba demasiado oscuro para que ella pudiera ver nada. Un lado del globo parecía estar ligeramente hundido, y el barco se inclinó en esa dirección.

—¡Envíe a los hollinosos ahí arriba! —oyó gritar a la profesora Lefoux, señalando al globo dañado.

El profesor Braithwope salió disparado cruzando el tablón que conducía a la burbuja del piloto, presumiblemente para llamar desde allí a la sala de calderas.

Lady Linette se acercó a la barandilla que bordeaba la cubierta chirriante. Ella no necesitaba megáfono, pues era muy buena proyectando su voz. *No cabe ninguna duda al respecto; debe de tener una experiencia considerable en los escenarios.*

—Dejen de disparar. ¡Les entregaremos el prototipo! Enviénnos a su embajador.

Se están rindiendo con demasiada facilidad, pensó Sophronia. Parece estar orquestado, ¿tal vez para colarles el prototipo falso? ¿Y utilizarlo como un medio para ganar más tiempo?

El salteador del aire del megáfono le gritó en respuesta a través de la distancia que los separaba:

—¡De acuerdo!

LECCIÓN 10

La forma correcta de ser atrapada

—¿Qué pasó después? —Dimity estaba totalmente fascinada por el relato de Sophronia.

—La profesora Lefoux les dio a los salteadores del aire el prototipo falso. Tenía el aspecto de un dodecaedro de metal brillante.

Era la mañana siguiente, y deberían estar preparándose para el desayuno, pero en vez de eso estaban tumbadas en sus camas charlando.

—Empecé a preocuparme cuando vi que no estabas de vuelta después de que las campanas dejaran de sonar. —El hermoso rostro de Dimity estaba ensombrecido por el reproche—. Podrías haberme *dicho* algo sobre a dónde ibas.

—No quería meterte en ningún tipo de problemas. Bumpersnoot es mi responsabilidad. Además, tenía la esperanza de volver antes de que nadie se diera cuenta. Al final, tuve que esperar mientras los profesores limpiaban todo después de la batalla. ¿Sabías que enviaron a los hollinosos arriba y les hicieron trepar al interior del globo para hacer las reparaciones?

Sophronia había visto una silueta desgarbada que le hacía estar bastante segura de que uno de esos hollinosos había sido Soap. No le dijo esto a Dimity. Por alguna razón sentía que quería mantener a Soap en privado y sólo para ella. También se sentía un poco avergonzada. Sospechaba que Dimity podría mofarse. Petunia siempre se había burlado mucho de ella cuando Sophronia entablaba amistad con los mozos de cuadra. Entonces no le había importado demasiado. Pero ahora, tras varias semanas de escuela, estaba empezando a preocuparse por las apariencias.

—En todo caso, tuve que esperar mientras todos se afanaban con el globo. Y escuché a los profesores hablar.

Los ojos de Dimity se ensancharon con admiración.

—La profesora Lefoux dijo que los salteadores del aire van a volver, ya que el prototipo que les entregaron era una falsificación. Dijo que esto les engañaría sólo durante un tiempo, pero que no había garantía de seguridad.

Sophronia se dio la vuelta, cogió el bolso de terciopelo negro de debajo de la cama y extrajo de él unos pocos trozos de carbón. Bumpersnoot estaba dormido a los pies de su cama, que apenas estaba tibia. Él estaba conservando toda su energía y su pequeña máquina de vapor interna estaba casi completamente apagada. Ella lo

depositó en el suelo.

Sophronia le dio un golpecito en la cabeza con un trozo de carbón y luego lo colocó delante de su cara. El perro emitió un zumbido bajo, se recalentó un poco y luego empezó a comer. Poco después, el vapor emanaba de su vientre y se puso de pie sobre sus cuatro diminutas patas emitiendo unos chirridos y sonidos metálicos.

Sophronia continuó con su historia.

—El profesor Braithwope dijo algo sobre refugiarnos en la niebla —volvemos grises, lo llamó—, para ganar un tiempo extra.

Dimity se quedó pensativa.

—Eso significa que no habrá envíos de correos durante un tiempo. Monique se sentirá decepcionada.

—Al igual que yo. Iba a escribir a mamá para que me enviara más ropa. Y también íbamos a enviarle el guante a tu hermano.

Dimity la alentó a seguir con su historia.

—¿Qué pasó después?

—La hermana Mattie preguntó por Bunson. La profesora Lefoux dijo algo así como que ellos estaban haciendo todo lo posible.

—Supongo que eso significa que Bunson está intentando construir un prototipo de reemplazo —sugirió Dimity.

—O una falsificación mejor.

—Sospecho que vamos en esa dirección, de todos modos —dijo Dimity.

—Por Dios, ¿cómo lo puedes saber? El páramo siempre me parece igual.

—Bueno, la escuela necesitará recibir las correspondientes reparaciones. Creo que estas siempre se llevan a cabo en Bunson.

—¿Ah, sí? —Sophronia se emocionó ante esta idea. Sentía que habían estado flotando sin rumbo durante un eón.

—Bueno, la hélice está funcionando a toda potencia esta mañana. —Las chicas alzaron la vista para ver a Sidheag, con los brazos cruzados sobre su huesudo pecho, vestida con un largo camisón de franela rosa y encorvada contra la jamba de la puerta. *¡Rosa!*

—¿Es eso lo que significan esas vibraciones? —preguntó Sophronia sin alterarse. Debería haber sabido que alguien podría escuchar a hurtadillas su conversación. Al menos era Sidheag y no Monique. *Hablando de Monique, ella va a tratar de enviar esa carta tan pronto como llegemos a Bunson.*

—En efecto.

—¿Cuánto tiempo has estado ahí? —quiso saber Dimity, cubriéndose con la colcha su propio camisón de brocado rojo.

—El tiempo suficiente —respondió lady Kingair, entrando en la habitación. Se inclinó para acariciar a Bumpersnoot, que se afanaba en su segundo trozo de carbón —. ¿Así que te las apañaste para volver aquí sin ser descubierta? —preguntó a Sophronia.

—Sí.

—Estás convencida de eso, ¿verdad?

Sophronia sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—Sí, ¿por qué?

—Porque lady Linette te está esperando en nuestra sala de estar, y no parece muy contenta. Me ha pedido que te diga expresamente, Sophronia, que te vistas y vayas allí directamente.

—Oh, caramba —dijo Sophronia—. Dimity, ¿le echarás un ojo a Bumbersnoot por mí?

—Por supuesto.

—Bumbersnoot, quédate aquí con la tía Dimity, por favor.

El mecanimal se sentó sobre sus patas traseras y soltó una bocanada de humo hacia ella, meneando la cola de un lado a otro esperanzadamente. Sophronia le arrojó a Dimity otro trozo de carbón, con la esperanza de mantener la atención del perro en la habitación, y salió de la cama. Con el fin de parecer lo más inocente posible, se puso su vestido más sencillo —uno de muselina azul con flores blancas— y Sidheag le ayudó a abotonárselo. Después Sophronia se puso sobre el vestido un delantal blanco. Decidió limitarse a recogerse el cabello en una trenza, ya que era lo más rápido. Con lady Linette estas cosas siempre eran un poco arriesgadas: ¿tomarse su tiempo para estar particularmente presentable, o vestirse rápidamente? Se embutió un sombrero de encaje en la cabeza y se dirigió a regañadientes a su sala de estar para comprobar la magnitud de los problemas en los que se había metido.

—Señorita Temminnick, buenos días.

—Buenos días, milady —dijo Sophronia con una reverencia. Había estado trabajando muy duro con Dimity en el arte de hacer reverencias: cómo doblar las rodillas sin que toquen el suelo, un suave descenso y volverse a levantar. Dimity incluso le había enseñado a bajar los ojos y mirar hacia arriba a través de las pestañas.

Lady Linette, que parecía bastante molesta, se dio cuenta no obstante de la mejora.

—Mucho mejor, jovencita. No debe inclinar tanto la cabeza, ni con una dama ni con un vampiro. Con otra mujer, le hace parecer tímida. Con un vampiro, parece una invitación. Por otro lado, el esfuerzo es muy loable.

Sophronia se incorporó.

—Gracias, milady.

—Sin embargo, eso no compensa algunas noticias bastante preocupantes que acabo de recibir.

—¿Sí, milady? —el estómago de Sophronia se revolvió ominosamente.

—Me han informado de que fue vista afuera la noche pasada. La vieron a través de uno de los ojos de buey escalando por el casco exterior.

Sophronia entrecerró los ojos. *¡Alguien me ha delatado! Esto sin lugar a dudas no corresponde al espíritu de esta escuela.*

—¿Uno de los profesores, milady?

—Oh, muy bien. No usa un tono defensivo, sino que se limita a hacer una pregunta para obtener más información. Está tratando de sacar provecho de mi enfado con la esperanza de que sea indiscreta sobre el informante. Usted está aprendiendo bien, señorita Temminnick, muy bien.

Sophronia abrió mucho los ojos esperanzadamente, intentando no parecer ni amenazante ni inquisitiva.

—En honor a un esfuerzo tan encomiable, le diré que fue una estudiante. Y esto es preocupante. Por un lado, nadie más la vio. Por otro lado, usted se ha ganado una enemiga entre sus compañeras hasta el punto de costarle una operación encubierta. Debería prestar más atención en las clases sobre chantaje con el fin de prevenir este tipo de comportamiento en el futuro. Por otra parte, también debería hacerlo la estudiante en cuestión. Ella podría haber utilizado esta información para manipularla a usted, en lugar de venir directamente a nosotros. Una decisión bastante cuestionable, pero tal vez ella pensó que era un asunto muy delicado.

—¿Milady? —Sophronia tenía el corazón en un puño. *Por favor, no me expulses.*

—Sí, por supuesto. Así que, por haber sido vista, le ordeno presentarse ante la cocinera. Ella le hará limpiar las ollas y sartenes después de la cena en el comedor durante las dos próximas semanas.

Sophronia empezó a soltar un suspiro de alivio, pero entonces lady Linette continuó.

—Por haber sido delatada... —se detuvo, reflexionando.

Me van a enviar a casa cuando llegemos a Bunson. Lo sé. Sophronia apretó las manos.

—Por haber sido delatada, no podrá asistir a la próxima parada en Swiffle-on-Exe. Hay un grupo de teatro en la ciudad. Tendrá que perderse el espectáculo. Y por estar fuera durante un bloqueo, no se le permitirá bajar del dirigible en ningún momento.

Sophronia dejó escapar un suspiro de alivio y relajó las manos.

—Gracias, milady.

—Por el amor de Dios, niña, ¿por qué me estás dando las gracias?

—Porque no me va a expulsar.

—¡Por supuesto que no! No sea tonta. En realidad ninguno de los profesores la vio, y evitó a los mecánicos durante una alarma de alto nivel. Ha sido sin lugar a dudas un trabajo muy bueno. Y ha mostrado unas habilidades sin explotar para la escalada y el sigilo nocturno. Estoy considerando lecciones adicionales como resultado. Se nos dijo que usted tenía iniciativa. Nuestro error fue subestimar en qué medida. ¿Por qué estaba fuera?

—Curiosidad —mintió Sophronia sin vacilar.

Lady Linette frunció los labios.

—Esa es una razón tan buena como cualquier otra. Y ahora, muchacha, hablemos

de peinados. Detecto la influencia de la joven lady Kingair en su peinado. No puedo hacer nada al respecto, nada en absoluto. Ella es una causa perdida, pero tiene el rango y el título para poder mostrarse excéntrica. Pero usted realmente podría necesitar parecer una *dama* en ciertas ocasiones. De ahora en adelante, se tendrá que recoger el pelo en rulos todas las noches. Pídale a la señorita Pelouse que le muestre cómo hacerlo. No quiero verle con una trenza nunca más. ¿Queda claro?

Sophronia consideró que este era su verdadero castigo, el peor de todos. ¡*Aprender a ponerme los rulos con Monique ni más ni menos!* A pesar de ello, se inclinó haciendo otra reverencia de agradecimiento.

—Muy bien, milady.

—Buenos días, señorita Temminnick.

—Buenos días, milady.

—Ah, y ¿señorita Temminnick? ¿Se da cuenta de que no tenía por qué admitir su pequeña excursión? Era su palabra contra la de su acusadora. Tenga esto en cuenta en el futuro. La negación es siempre una opción. —Con esto lady Linette abandonó la habitación, con un vestido de día de un color lavanda particularmente suave y tan grande que apenas cabía por la puerta.



—¡Tiene que ser Monique! —dijo Dimity mientras se paseaba por la habitación, agitando molesta las manos y los brazos, como si estuviera defendiéndose de una abeja. Los volantes de las mangas de su vestido color melocotón parecían casi una criatura de mar, flotando de la misma manera alrededor de ella—. Me pregunto si lady Linette es la *amiga* que tiene entre el personal.

Sophronia estaba encantada por la manera en que Dimity se sentía ofendida en nombre de ella.

—Por supuesto que es Monique. Y supongo que podría ser lady Linette; después de todo es actriz. —Sophronia se desplomó en su cama con un gemido—. ¡Oh, pero, *rulos!*

—No pueden ser tan malos.

—Para ti es fácil decirlo... nunca los vas a necesitar. ¿Por qué tengo que haber sido maldecida con un pelo liso? ¿Sabes? Eso nunca me ha importado mucho antes de ahora. ¿Qué está haciendo este lugar conmigo? Me estoy convirtiendo en una persona frívola.

Dimity no tenía ninguna solución para este problema en particular.

—Lamento que te vayas a perder la representación teatral.

—¿En Swiffle-on-Exe? Podría ser peor.

—*Es peor: todos los chicos asistirán.*

Sophronia se dejó caer sobre la espalda. No estaba segura de si sentirse

disgustada o contenta por esto.

—Está bien, de verdad. No creo que esté lista para los chicos todavía. Mi aleteo de pestañas es mediocre.

—Oh, ¡pero para eso es para lo que está Bunson! Para practicar. Escuché a Monique contándoselo todo a Preshea. Algunas de las chicas llevan la cuenta. Utilizan lo que aprendemos para hacer que se enamoren de ellas tantos chicos como sea posible. Aunque, por supuesto, no se les permite alentar verdaderas declaraciones. Si una de las chicas de la escuela de mademoiselle Geraldine consigue un pretendiente real, tiene que ser un barón como mínimo.

—¿No forma Bunson a genios del mal?

—Sí, sobre todo.

—Y bien, ¿es eso prudente? ¿Tener un montón de genios malvados en ciernes enamorándose de ti a diestro y siniestro? ¿Qué pasará si se sienten desairados?

—Ah, pero mientras tanto, piensa en los preciosos regalos que te pueden hacer. Monique se jactó de que uno de sus chicos le hizo unas varillas de plata y madera para el pelo que servían como armas anti-sobrenaturales. Con incrustaciones de amatista. Y otro le hizo un pollo de mimbre explosivo.

—Dios mío, ¿para qué es eso?

Dimity frunció los labios.

—¿Quién no quiere un pollo de mimbre explosivo?

Sidheag abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Os vais a estar regodeando aquí todo el día? Es la hora de comer, y se rumorea que va a haber un gran anuncio en los postres.

—Nos dirigimos a Swiffle-on-Exe. Hay un espectáculo. Nos van a permitir asistir junto a Bunson —dijo Sophronia.

—Dios Santo, ¿hay algo que no sepas? —Sidheag arqueó una ceja y se volvió. Hoy llevaba un vestido a cuadros escoceses, como si fuera un ama de llaves.

Dimity se acercó a Sophronia y dijo en voz baja:

—¡Cuadros escoceses! ¿Te lo puedes creer?

Siguieron a Sidheag fuera de la habitación hasta donde las aguardaban las principiantes.

Dimity, con los ojos brillándole intensamente, dijo:

—Sophronia afirma que nos dirigimos a Swiffle-on-Exe para ver una obra de teatro con los de Bunson.

Al instante las demás empezaron a charlar animadamente.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de obra? —Agatha estaba, por primera vez en la experiencia de Sophronia, animada por las perspectivas. Agatha, tan tímida que resultaba casi perturbadora, nunca parecía entusiasmarse con nada.

—¿Bunson? ¿Te refieres a los *chicos*? —El hermoso rostro de Preshea se contrajo con codicia. Sophronia pensó que se parecía a una perdiz con un trastorno por desplume.

—Vamos, Preshea —le reprendió Dimity—, no es buena idea elegir a tu primer marido en una escuela para genios malignos. Demasiado difícil de asesinar.

—¿Cómo puedes saberlo? —le exigió saber Monique a Sophronia.

—Vaya, Monique ¿sorprendida de que me enterara de esto antes? —dijo Sophronia, recordando su reciente lección acerca de no revelar información de forma innecesaria.

Se encaminaron a través de varios pasillos y cubiertas exteriores hacia el comedor. Sophronia agarró a Monique por el brazo, haciendo que se quedara atrás. Dimity le dirigió una mirada confusa, pero captó la indirecta y se concentró en seguir a las otras tres hacia adelante, dando a Sophronia algo de privacidad.

—Quisiera intercambiar unas palabras contigo, Monique.

—¿Qué quieres?

—Ha sido muy chapucero por tu parte, ir chismorreando por ahí sobre mí de esa manera. Pensaba que tú no hacías esa clase de cosas. ¿Acudiste a tu mascota del profesorado?

—No tengo la menor idea de a lo que te refieres.

—Oh, muy bien, negación. Lady L me dijo que la debería haber usado para mi beneficio. Lo recordaré en el futuro.

—¿Todo esto que me estás diciendo tiene algún sentido, o sólo estás tratando de molestarme?

Realmente, pensó Sophronia, *ella es bastante buena*. Los ojos de Monique resultaban cándidos, incluso mientras se entornaban con exasperación.

—No es que yo realmente quisiera ir a la obra de teatro —añadió Sophronia.

Monique se la sacudió de encima.

—Estás loca ¿lo sabías? Pero ¿qué se puede esperar de una recluta encubierta? Abstente de socializar conmigo de ahora en adelante, ¿quieres?

—Con mucho gusto. —Sophronia se alejó.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho? —le susurró Dimity.

—Lo ha negado todo.

—Por supuesto que lo ha hecho.

En ese momento llegaron al comedor y se sentaron a la mesa.

El murmullo provocado por las conversaciones y el consumo de alimentos se acalló cuando la directora se puso en pie y dio un paso hacia adelante, con su cabello de color rojo intenso. Respiró hondo y abrió los brazos ampliamente hacia atrás, empujando hacia delante su enorme escote.

—¡Damas, damas, présteme atención, por favor! Hemos cambiado de dirección hacia la otra escuela, la Escuela Politécnica para Chicos de Bunson y Lacroix. Hay instalada allí en este momento una pequeña compañía teatral que está representando una obra altamente instructiva, *Una bañera ideal*. Pensamos que ustedes, damas, se merecían un regalo. Ahora, recuerden, si hay cotilleos que recopilar, recopílenlos. Si hay nuevos estilos de vestir a imitar, imítenlos. Si hay corazones que se puedan

romper, rómpanlos. Esas son mis chicas.

—¿Cotilleos? Pensaba que ella no sabía que nosotras, ya sabes, recopilamos información. —Dimity estaba confusa.

—Creo que ella realmente se refiere a los cotilleos de sociedad.

Mademoiselle Geraldine continuó.

—Vamos a tardar tres días en llegar a Swiffle-on-Exe. Las clases seguirán su curso normal y sin problemas durante ese intervalo de tiempo. Ahora recuerden, damas, esto es un privilegio, y la asistencia puede ser revocada a discreción de los profesores. En un caso, ya lo ha sido.

Una serie de *ooohs* se extendió por toda la sala, y todo el mundo miró disimuladamente en dirección a Sophronia. *Lo malo que tiene una escuela de señoritas que entrena a agentes de inteligencia, pensó Sophronia, es que todo el mundo conoce tus asuntos, a veces incluso antes que tú misma. Y en ocasiones lo hacen simplemente por entretenimiento.* Le gustara o no, su castigo, si no su crimen, estaba sin lugar a dudas en boca de todo el mundo. La velocidad de difusión resultaba impresionante, aunque un poco embarazosa.



Los siguientes tres días el ambiente estuvo impregnado del fervor causado por el entusiasmo y los preparativos. A pesar de lo que mademoiselle Geraldine había dicho, las cosas no fueron como antes. Las lecciones cambiaron para centrarse en la forma de vestir y los modales apropiados en el teatro. Lady Linette dedicó dos horas enteras exclusivamente a las lentes para la ópera. Incluso el capitán Niall sustituyó en sus clases los cuchillos por los garrotes.

—Es mucho más fácil —explicó—, matar a alguien con un garrote en un evento en el que la gente está sentada; sólo tienen que asegurarse de que se sientan *directamente* detrás de su víctima. Es muy incómodo —añadió—, intentar matar a alguien cuando estás sentado delante de él.

Cualquiera pensaría que vamos a visitar a la reina, pensó Sophronia, observando a Preshea probarse otro vestido para Una bañera ideal.

Las chicas estaban reunidas en la sala común la noche antes de su llegada a Swiffle-on-Exe. Este era el único tiempo libre del que disponían antes de irse a la cama, y deberían estar practicando para andar correctamente con botas de tacón. En lugar de eso, estaban hurgando en los armarios de sus compañeras y planificando sus accesorios.

Sophronia era la única que estaba practicando. Se tambaleaba de aquí para allá sobre sus botas, fingiendo que no estaba interesada en los atuendos, ya que no iba a asistir. Se sintió intrigada al descubrir, sin embargo, que Agatha tenía los vestidos más caros y las joyas más hermosas, para gran disgusto de Monique. El vestido de

Dimity, por el contrario, fue objeto de miradas de lástima. No se trataba tanto de la tela, aunque ya era mala de por sí —con rayas de color púrpura y verde azulado—, como del corte del vestido, que distaba mucho de ser tan elegante como dictaban las modas actuales. Sophronia se estremeció al pensar en lo que dirían de su único vestido de noche. Se sorprendió al descubrirse pensando con tanta frivolidad. *¡Me estoy volviendo como mis hermanas!*

A través de la locura de un salón cubierto de vestidos, abrigos y guantes, por no mencionar unas niñas haciendo cabriolas de aquí para allá ataviadas con fruslerías, se oyó un fuerte golpe.

Sidheag, que estaba de pie en un lado observando el caos y con el ojo puesto en el ridículo espectáculo, fue a abrir. Quienquiera que estuviera allí era demasiado bajo para ser visible al otro lado de la forma desgarbada de lady Kingair.

Una pequeña voz con acento francés preguntó descaradamente.

—¿Está la señorita Sophronia por aquí?

Sidheag la miró durante un largo rato y después se dio la vuelta, con las cejas arqueadas, y se dirigió a la habitación.

—Sophronia, tienes una, eh, visita.

Tras lo cual retomó su pose lánguida, observando a las otras chichas mientras retozaban alegremente con la mirada de un científico observando las acciones de una especie recién descubierta.

Algunas de las otras chicas echaron un vistazo para ver quién estaba en la puerta, pero el visitante cosechó muy poca atención después de esa primera evaluación.

Sophronia, todavía con los tacones puestos, avanzó tambaleándose hacia la puerta.

—Buenas noches —dijo Vieve, sonriéndole. Pudo confirmar entonces que Vieve tenía, efectivamente, los ojos verdes. Su pelo era negro bajo su gorra y parecía estar muy a gusto con el mundo, a la manera de los niños maleducados crónicos. Vestía de forma respetable, aunque en un estilo que se acercaba al del muchacho repartidor de periódicos, y al menos está limpio.

—Oh, Vieve, ¿cómo estás?

—Muy bien. He venido para conocer a tu... ya sabes...

—Oh, sí, por supuesto. Se me había olvidado. —Sophronia se volvió hacia las otras chicas—. ¿Os importa que Vieve entre?

—¿Quién? —preguntó Dimity.

Las otras apenas levantaron la vista.

Vieve se quitó la gorra, apretándola con timidez contra su pecho y entró sin prisa en la habitación.

—Yo si fuera usted no combinaría ese sombrero con esos guantes, señorita —dijo, emitiendo un juicio sobre la elección de accesorios de Preshea.

La chica del cabello negro reparó en él.

—Oh, tú no lo harías, ¿verdad? ¿Y qué sabes tú de esas cosas?

—Soy de origen francés —replicó Vieve encogiéndose de hombros.

—Buen argumento, sí —dijo Dimity, sonriendo.

—¡Tienes nueve años y tu guardián es un intelectual! —protestó Preshea.

Para ser justa con Vieve, Sophronia estaba de acuerdo en privado con él sobre el sombrero y los guantes. Los guantes eran de color magenta y el sombrero de un color verde guisante.

—Si estuviera en tu lugar, no me metería en eso —le recomendó al chico.

Vieve la siguió a través del caos reinante hacia su habitación.

Dimity la llamó.

—Recuerda tu reputación, Sophronia. ¡Deja la puerta abierta!

Monique dejó escapar una desagradable y estridente carcajada. Agatha se abrió paso hasta Dimity para susurrarle algo al oído.

—Se me dan bien los accesorios —protestó Vieve una vez estuvieron a salvo y lejos del alboroto.

—Estoy segura de que sí, pero no tiene sentido discutir con Preshea. Ella siempre gana, incluso cuando no tiene razón. Y aquí está Bumpersnoot. Bumpersnoot, este es Vieve.

El pequeño perro estaba sentado expectante a los pies de la cama de Sophronia, esperando a que se apagaran las luces. Había huido del salón después de que Monique le diera una patada por haberse comido una de sus cintas para el pelo. Ahora tenía una pequeña abolladura en un lateral.

Los ojos verdes de Vieve se iluminaron con placer al ver al mecanimal.

—¿Puedo?

—Por supuesto. Aquí tienes. —Sophronia cogió a Bumpersnoot y se lo presentó al joven.

El muchacho examinó a la criatura de cerca, abriendo varias escotillas y dedicando una buena cantidad de tiempo a estudiar la pequeña máquina de vapor dentro del estómago de Bumpersnoot.

—Increíble. Tal complejidad. Pero creo que necesita ser reparado. ¿Y no ha chirriado nada en absoluto?

—De hecho sí.

Vieve asintió.

—Vendré mañana, cuando todo el mundo esté en tierra, con un poco de aceite y algunas herramientas. Lo voy a dejar como nuevo.

—Eso es muy amable por tu parte. —Sophronia no estaba segura de cómo se sentía con el hecho de que un niño de nueve años desmontara a su mascota, pero tampoco estaba dispuesta a rechazar la oferta. Si Bumpersnoot necesitaba un vistazo, Vieve era lo más cercano que tenía a un experto.

—Será un placer. Es una preciosidad, ¿verdad?

Bumpersnoot tenía un cuerpo alargado con forma de salchicha y, aunque era principalmente de bronce, estaba claro que tenía algunas partes de latón y de hierro,

por lo que era más bien como un mosaico. A pesar de estar encariñada con él, «preciosidad» no era una palabra que Sophronia habría utilizado para describirlo.

—Si tú lo dices.

Vieve volvió a depositar a Bumbersnoot en la cama y se quitó el sombrero.

—¿Hasta mañana, entonces, señorita? —Qué chico más raro.

—Hasta mañana. ¿Quieres que te muestre la salida? —Sophronia recurrió a su reciente entrenamiento sobre cómo despedir a un caballero visitante sin rencores.

—Creo que puedo arreglármelas por mi cuenta. —Dicho lo cual el chico se fue atravesando la sala y quitándose el sombrero ante las chicas mientras lo hacía.

Dimity apareció en la puerta, fulminándola con la mirada.

—¿Quién diablos es?

—Vieve.

—Eso ya lo sé, pero Sophronia, ¿no me habías dicho que habías entablado amistad con la sobrina excéntrica de la profesora Lefoux!

—¿Sobrina?

LECCIÓN 11

Sobre la importancia de la elección de la vestimenta apropiada

Vieve demostró ser una chica de palabra. *Una chica*. Sophronia todavía no podía creérselo. Parecía que a la sobrina de nueve años de la profesora Lefoux le gustaba vestirse como un chico y confraternizar con los hollinosos. ¡Y que al parecer la profesora Lefoux se lo permitía!

—Hola, señorita Sophronia —dijo la niña, que estaba de pie frente a la puerta agarrando un bolsito regordete ante ella.

—Buenas noches, señorita Genevieve —respondió Sophronia formalmente—. ¿Quieres pasar?

Vieve no pareció en absoluto avergonzada por haber sido descubierta.

—Así que ya lo sabes, ¿verdad?

—¿Por qué demonios deberías querer ir por ahí con el aspecto de un *chico*?

—Los chicos se lo pasan mejor. —Vieve le dedicó una de sus sonrisas con hoyuelos—. Te aseguro que los vestidos femeninos me parecen fascinantes. Simplemente prefiero no llevarlos. Son demasiado limitantes.

Sophronia miró a su invitada de arriba abajo. Esta noche la chica llevaba su gorra habitual, junto con una camisa de hombre de gran tamaño con las mangas arremangadas, un chaleco marrón y pantalones de montar marrones

—Además me perdonarás que no me fíe del todo de tu juicio en asuntos de apariencia.

Vieve se rio.

—Ahí tienes a tu paciente. —Sophronia señaló hacia Bumpersnoot, que había aprovechado la ausencia de las compañeras de Sophronia para descansar en el salón debajo de la mesa de té en una posición prominente que normalmente no se le permitía.

Vieve vació el contenido de su bolsito en la superficie de la mesa de té. Su kit parecía estar compuesto principalmente por herramientas de mecánico y unas cuantas botellas de vidrio sin etiquetar y cerradas con un corcho. La chica persuadió a Bumpersnoot para que saliera de debajo de la mesa, se sentó en el sofá y lo levantó colocándolo sobre su regazo.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—No lo creo. ¿Debo suponer que te pillaron escalando durante el bloqueo y que es por eso por lo que te han prohibido asistir a la obra?

—No me pillaron; alguien me vio y se chivó.

—¡Eso no se hace! —Vieve puso al mecanimal boca abajo, le abrió el estómago y comenzó a tantear y hurgar en su interior con una especie de palillo de hierro largo y ondulado. Cogió una de sus pequeñas botellas, la destapó y derramó una gota de un líquido oscuro y viscoso por el palillo de tal manera que este fue a parar directamente a donde ella quería. Vieve realmente era muy habilidosa para ser una cría de nueve años.

—Así que eres la sobrina de la profesora Lefoux.

—Eso es lo que me dice.

Sophronia se recostó en el sofá e intentó parecer casual.

—¿Sabes algo sobre el *prototipo*?

—Vaya, señorita ¿qué te hace pensar eso?

—Te gustan los artilugios mecánicos y los inventos, y por lo que tengo entendido, el prototipo es ambas cosas.

La chica levantó la vista hacia ella y sonrió, aparentando mucho más su edad que cuando estaba concentrada en Bumpersnoot.

—Es para una máquina de comunicación especial.

—¿Una qué?

—Desde que el telégrafo falló, obstaculizado por las corrientes del éter, han estado trabajando en una nueva idea para la comunicación a larga distancia, de una estación a otra. Por desgracia, parece haber algunas dificultades a la hora de hacer que transmitan en ambas direcciones. Los investigadores de la Royal Society de Londres han desarrollado un nuevo prototipo para solucionar este problema. Han hecho dos: uno para Londres y otro para Bunson.

—¿Por qué Bunson?

—Bueno, ahí es donde se encuentra la otra máquina de comunicación, por supuesto. En cualquier caso, algo le ha pasado a ese prototipo.

—Monique lo escondió.

Vieve parecía impresionada.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes?

—Estaba con ella en ese momento. Ocurrió cuando fui reclutada.

—¿Ésa fue su asignación final?

—Sí. Y fracasó.

—Eso explica por qué está alojada con las principiantes. Y por qué no se le ha permitido asistir a la obra tampoco. —Los hoyuelos de Vieve desaparecieron volviendo a parecer una vez más extrañamente seria para ser una niña de nueve años.

Esta pequeña información fue una novedad para Sophronia. Había enviado a Dimity con instrucciones estrictas de vigilar estrechamente a Monique. Instrucciones que Dimity iba a encontrar muy difíciles de seguir.

—¿Monique no ha ido? ¿Y por qué no está aquí en nuestras dependencias?

—Supongo que está merodeando por la sección de los profesores. Es un mal bicho. Y siempre se sale con la suya, lo cual es peor.

Sophronia frunció los labios. No tenía tiempo para las tonterías de Monique.

—Entonces, ¿sabes dónde está?

—¿El prototipo?

—No, la máquina de comunicación de Bunson. —*Si pudiera echarle un vistazo, podría averiguar por qué todo el mundo piensa que es tan importante. Además, me gustaría ver el interior de Bunson, donde se supone que las chicas en principio no deben ir.*

Vieve la miró, con sus ojos verdes entrecerrados.

—Puedo ver por qué siempre te estás metiendo en problemas. ¿Estás segura de que eres una chica?

—Eso tiene gracia viniendo de ti.

—No actúas como una chica. —Vieve ladeó la cabeza—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Sophronia asintió.

—Quiero ver de qué va todo este alboroto.

Esto no le pareció extraño a Vieve.

—Vamos a necesitar ayuda. No se puede subir ni bajar de este dirigible así como así.

—Entonces menos mal que somos amigas de los hollinosos, ¿verdad?

A Genevieve Lefoux le salieron otra vez los hoyuelos mientras contemplaba su trabajo.

—Bien pensado. Tienes razón. —Volvió a poner a Bumbersnoot en el suelo sobre sus patas—. Creo que ya está.

El mecanimal se sacudió como lo haría un perro mojado y trotó por la habitación. Su cola se movía con entusiasmo, ¡*tictactictac!*

Sophronia lo observó.

—Se está moviendo con mucha más facilidad, y parece que ya no chirría. Has hecho un buen trabajo.

Vieve se ruborizó.

—Eso intento. Él debería... oh, ahí va.

Bumbersnoot se agachó en una esquina del salón y depositó una pila de cenizas en un pequeño montículo.

—Oh, Dios mío. ¡Qué mecanimal más malo!

Vieve defendió al perro.

—Él es una pequeña máquina de vapor. Es normal que tenga que hacer algunos depósitos.

—¿Y cuál es su capacidad de almacenamiento?

—Aproximadamente el tamaño de tu puño —respondió Vieve—. Cualquiera

cantidad mayor podría hacer que se atascara.

Sophronia asintió, guardándose la información para su futuro uso.

—Y en cuanto a ti, ¿eres buena escalando?

—Sí, pero, afortunadamente, no vamos a tener que hacerlo. —La chica le tendió la muñeca. Atada a ella tenía una banda ancha de cuero con lo que parecía ser un pequeño joyero de latón adherido a ella. Abrió la tapa y sostuvo el artilugio en alto para que Sophronia lo viera.

Al principio Sophronia pensó que se trataba de una caja de música, pero cuando lo miró más de cerca, vio que contenía todo tipo de diales, ruedas y pequeños botones.

—¿Qué es?

Vieve sonrió.

—Yo lo llamo mi dispositivo emisor-disruptor magnético paralizante anti-mecánicos. Soap lo llama el *obstructor*.



Tan sólo cinco minutos más tarde Sophronia ya se moría de ganas de poseer un obstructor.

Vieve simplemente salió al pasillo y, cuando una criada se acercó rodando amenazadoramente en su dirección, la chica apuntó con su muñeca hacia la mecánica y accionó un interruptor con su mano libre.

La criada se quedó inmóvil. El vapor dejó de emanar de la base de su caparazón, y los engranajes y diales situados donde debería tener la cara dejaron de moverse. Era como si la mecánica hubiera visto algo escandaloso y se hubiera desmayado. *¡Ingenioso!*

—¡Vamos! —Vieve agarró a Sophronia de la mano y la arrastró más allá de la criatura mecánica—. El efecto desaparece en seis segundos. Estoy tratando de encontrar la manera de ampliarlo, pero esto es lo mejor que tenemos en este momento.

Pasaron corriendo junto a la criada y se detuvieron en un recodo del pasillo para observar a hurtadillas a través de la esquina por si acaso había otra criada mecánica o, posiblemente, alguna alumna que también hubiera sido castigada al confinamiento y con similares tendencias escapistas.

Así procedieron a través de las diferentes secciones y niveles de la nave, participando en una especie de juego del escondite por el dirigible. Cada vez que se topaban con un mecánico, Vieve congelaba a la pobre criatura durante seis segundos mientras pasaban corriendo a su lado y seguían adelante.

Cruzaron la parte central de la escuela e inmediatamente después se dirigieron hacia los niveles inferiores. Como Vieve explicó:

—Todavía hay dos profesores a bordo.

—¿El profesor Braithwope? —dijo Sophronia, aventurando una conjetura—. Él puede abandonar la nave. Y —se detuvo para pensar—, ¿tu tía?

—Porque a ella no le interesa nada que sea divertido o entretenido —explicó Vieve sin rencor.

Finalmente llegaron a la entrada de la sala de calderas. Sophronia se sintió rara al aproximarse a esa sala desde arriba en vez de desde abajo. Abrieron de un empujón dos enormes puertas de bronce adornadas con imágenes de fuego y todo tipo de símbolos de peligro. Sophronia entornó los ojos. Uno de los símbolos parecía ser un tejón con la cola en llamas. Otro representaba un cráneo como el de una bandera pirata, pero con la boca abierta y unos largos colmillos de vampiro. *Si eso es un vampiro, tal vez el tejón en llamas sea en realidad un licántropo, ¿no?* Otro de los símbolos, para desconcierto de Sophronia, era un petirrojo en un bombín. *¿Qué peligro hay en un petirrojo en un bombín?*, se preguntó.

Descendieron por un pequeño tramo de escaleras que desembocaba en un balcón interior que dominaba la sala de motores. Era como estar en el palco de un teatro. Desde este mirador, Sophronia y Vieve podían ver la totalidad de la sala de calderas que se extendía bajo ellas: las cuatro grandes calderas con sus bocas naranjas abiertas, una montaña de carbón amontonada a un lado y pilas más pequeñas situadas cerca de las calderas. Había enormes bombas y pistones así como engranajes y correas giratorias, algunas de las cuales daban vueltas, otras se movían arriba y abajo y otras permanecían completamente inmóviles. La colosal maquinaria resplandecía iluminada por los destellos parpadeantes de las calderas. Ni siquiera el polvo del carbón y el vapor en el aire aplacaban el brillo. Sophronia se preguntó si pulían el metal con regularidad. La sala estaba llena de hollinosos que desfilaban por todas partes y por dentro de las maquinarias como si fueran hormigas. Las formas más grandes de los engrasadores, mecánicos y bomberos permanecían de pie como puntos inmóviles dentro de todo este movimiento; puntos de apoyo a los que los hollinosos acudían periódicamente para recibir instrucciones, como si esas mismísimas hormigas hubieran descubierto una buena miga de queso.

—Es impresionante desde esta perspectiva —dijo Sophronia.

—Maravilloso. —Los ojos de Vieve relucían—. Algún día tendré un laboratorio enorme exactamente igual a este para mí sola.

—¿Ah, sí?

—Lo llamaré mi cámara de los ingenios. —Estaba claro que había reflexionado mucho sobre este asunto.

—Excelente nombre. Tal vez deberíamos movernos antes de que algún ingeniero nos vea.

—Bien dicho. —Vieve condujo a Sophronia hasta una empinada escalera que descendía en espiral hasta el nivel de la sala de calderas. Vieve bajó rápidamente. Sophronia, que llevaba puesto un vestido azul oscuro de visita con varias enaguas, la

siguió con tanta agilidad como estas le permitían.

Una vez llegaron abajo Vieve demostró conocer el camino. Se desplazó con determinación a través de las máquinas y alrededor de los montículos de carbón, evitando con facilidad a los engrasadores y deslizándose entre los hollinosos como si fuese uno de ellos. Con la gorra calada y las manos hundidas profundamente en los bolsillos de sus pantalones de montar, parecía un hollinoso, sólo que más encogido que los demás y tan sólo un poco menos sucio.

Sophronia, por el contrario, se sentía cohibida. Sobresalía como un hojaldre entre pasteles de carne con su remilgado vestido. Le alegró ver que cuando se detuvieron fue detrás de un enorme motor rotatorio en un extremo de la habitación fuera de la vista.

Vieve agarró por un codo a un pequeño pícaro con el pelo muy claro.

—Rafe, ve a buscar a Soap, ¿quieres?

—Hazlo tú, *Problemas*.

—No puedo. Tengo una *compañía* importante. No se puede dejar a una dama sola en un lugar tan peligroso como este, ¿no crees?

—¿A ella? —el chico rubio miró con los ojos entrecerrados hacia las sombras donde estaba Sophronia—. ¿Qué hace una de *ellas* aquí abajo?

—Lo mismo que todo el mundo: ocupándose de sus propios asuntos. Ahora ve a por Soap, ¿quieres?

El chico rubio soltó un resoplido pero se alejó andando lentamente.

—Es un muchacho agradable —comentó Sophronia.

—No todos pueden ser tan encantadores como yo —replicó Vieve con una sonrisa.

—O tan adorables como yo —añadió Soap, acercándose por detrás de Vieve y birlándole la gorra.

—Buenas noches, señorita Temminnick, Vieve. ¿A qué se debe este honor? ¿No deberíais estar viendo una obra de teatro o algo grandilocuente en la ciudad?

—¡Devuélvemelo! —Vieve intentó agarrar su sombrero, pero Soap lo sostuvo fuera de su alcance—. No soporto el teatro.

—Y a mí no me permiten ir —añadió Sophronia—. Pero Soap, Vieve y yo nos preguntábamos si podría ayudarnos a salir.

—¿Salir?

—Queremos hacer una visita a Bunson.

—¿Pero por qué? No va a haber nadie allí.

—Exactamente —exclamó Vieve.

—Allí tienen algo que queremos ver.

Soap les lanzó una mirada suspicaz.

—¿Qué *clase* de cosa?

—Una máquina de comunicación —explicó Sophronia.

Vieve asintió, sonriendo ampliamente.

Soap las miró a una y luego a la otra, terminando con Sophronia.

—¡No me diga que usted también! Todos esos autómatas mecánicos la han enloquecido, ¿verdad? No debería haberos presentado. Todo esto va a terminar en lágrimas y aceite.

—Realmente no. Estoy más intrigada por el interés que atrae esa máquina.

—¿Qué?

—Los salteadores del aire la quieren, o al menos partes de ella. Monique falló a causa de ella. He visto dos batallas aéreas hasta ahora por trocitos sueltos de la misma.

Soap se aferró a la última parte de su declaración.

—¿Vio lo que pasó con el globo central?

—Sí, y le vi reparándolo.

—No es broma. Mi voz chirrió durante casi una hora a causa de todo ese helio. Algo de lo más gracioso, las reparaciones en los niveles superiores. ¿Y qué más?

—Alguien nos disparó con un cañón.

—¿A causa de esa máquina de comunicación?

—No exactamente. A causa de una pieza que podría hacer que las máquinas de comunicación se puedan comunicar efectivamente entre sí.

Soap parecía confuso pero dispuesto a seguirles el juego.

—Bueno, muy bien, entonces, pero será mejor que vaya con vosotras. No puedo permitir que andéis merodeando en tierra sin supervisión.

Sophronia arqueó las cejas.

—Le puedo asegurar que he estado merodeando por ahí a escondidas con impunidad durante años.

Soap la fulminó con la mirada.

—Oh, muy bien —dijo Sophronia, poco dispuesta a perder más tiempo.

Soap reclutó a unos pocos hollinosos que no estaban de servicio, de manera que un pequeño y sucio rebaño escoltó a Sophronia y Vieve hacia otra escotilla en el suelo de la sala de calderas que Sophronia nunca antes había visto. Estaba situada en una esquina detrás de lo que la muchacha supuso que era una bomba de agua caliente para el sistema serpenteante de calefacción de los dormitorios. Arriba, en las habitaciones residenciales, los artefactos de calefacción parecían rejillas en las paredes, y daban golpes por la noche si se quedaban gélidos, lo cual sucedía a menudo en las partes superiores. El de la habitación de Dimity y Sophronia retumbaba y gruñía tanto que Dimity lo llamó "Boris el Indigesto". Aquí estaba, entonces, el origen de Boris.

Cerca de allí descansaba una escalera de cuerda enrollada. Cuando la escotilla se abrió, se hizo evidente que el dirigible estaba flotando muy cerca del suelo, tal vez a sólo dos pisos de altura. Estaban también en el borde del páramo. Swiffle-on-Exe se hizo visible cuando descolgaron la escala y empezaron a descender por ella.

La escuela se había detenido sobre una colina de la que descendía un camino de cabras que conducía a la ciudad, pero estaba lo bastante apartada de la aldea como

para que a Sophronia le pusiera nerviosa la idea de que, si las nieblas del páramo se alzaban, no serían capaces de encontrar el camino de regreso. La luna estaba llena, lo cual explicaba tanto los festejos en el pueblo como la ausencia del capitán Niall. Esta noche él sería un auténtico monstruo, descontrolado e incontrolable. Sidheag le había explicado que el capitán Niall se marchaba varios días antes de la luna, adentrándose profundamente en el páramo, lejos de la civilización, de tal manera que su parte de hombre lobo enloquecido por la luna no supusiera ningún peligro para nadie. Sophronia pensó en esto con tristeza. Los licántropos supuestamente amaban el teatro.

Se dejaron caer sobre la hierba, primero Sophronia, después Vieve y finalmente Soap. El muchacho hizo un gesto a los hollinosos de arriba y la escala se elevó. La bajarían de nuevo exactamente dos horas más tarde, justo antes de la hora a la que se suponía que terminaba la actuación. A Sophronia le preocupaba la limitación de tiempo, pero Vieve confiaba en que dos horas serían suficientes.

Bajo la luna brillante, el camino a la ciudad estaba bien iluminado. Swiffle-on-Exe estaba formado por un batiburrillo plateado de techos de paja, campanarios de iglesias y la monstruosidad de Bunson que se cernía sobre ella a su izquierda. Avanzaron a paso rápido y llegaron a las puertas de la escuela de chicos en poco menos de un cuarto de hora.

Sophronia se escondió mientras Soap tiraba de la cuerda de la campana del portero. Habían decidido que fuera Vieve la que se presentara ante el portero inicialmente, tanto porque ella era la que tenía el obstructor como para comprobar si el portero la reconocía como mujer. Vieve mantenía que el apixiter del nódulo de identificación, fuera lo que fuese esto, tenía que ser la forma de la mitad inferior de un cuerpo humano y que si Sophronia tan sólo se pusiera unos pantalones como una persona sensata...

Ya fuera porque Vieve tenía razón o porque desprendía algún otro aspecto de su personalidad intrínsecamente masculino, cuando la puerta se abrió y el mecánico estuvo frente a ella, este no puso ninguna objeción.

Vieve dio un paso hacia él e hinchó el pecho.

—Mensaje para el señor Algonquin Shrimpdittle de la profesora Lefoux —dijo con su voz más aguda.

—Démelo a mí, joven señor —le respondió el portero con un bramido proveniente de detrás de la confusión de engranajes y ruedas dentadas que componían su rostro.

—No lo puedo hacer —replicó Vieve—. Las órdenes son entregarlo en persona.

El portero dejó escapar un chorro de vapor con aparente disgusto. Este agitó el pañuelo que llevaba atado al cuello ocultando momentáneamente su rostro mecánico. Emitió un zumbido y un chasquido metálico, despidiendo una ráfaga de humo por un pitorro en la parte superior de la cabeza. Finalmente dijo:

—Muy bien, joven, sígame.

El portero realizó un bucle amplio sobre sus raíles. No tenía el mecanismo giratorio ni la agilidad de los mecánicos de raíl único a bordo de la escuela de mademoiselle Geraldine. Empezó a alejarse rodando con la carretilla de su parte posterior traqueteando de un lado a otro.

Vieve se volvió hacia Sophronia y susurró:

—¡Vamos! ¡Sube!

—¿Qué, ahí dentro?

—No tiene nódulos sensoriales en su parte posterior.

Sophronia le dirigió a la chica una mirada dubitativa. *Claro que, por otra parte, Vieve tenía razón al decir que el portero no reconocería que era una chica.* Intercambió una mirada con Soap.

El chico movió las manos en un gesto universal que quería decir *tú decides*.

Sophronia se encogió de hombros, corrió tras el portero y, con un revoloteo de faldas, se izó al interior de la carretilla. Soap la siguió corriendo a toda velocidad y saltó ágilmente junto a ella. Se deslizó muy cerca de la muchacha, chocando contra su hombro y sonrió. Olía a hollín. Sophronia pensó que este era un olor bastante agradable en él y le devolvió la sonrisa. Genevieve Lefoux tenía razón... el portero no registró su presencia.

Vieve caminaba junto al autómata mecánico, como si fueran un par de compañeros dando un paseo. Esto resultaba bastante cómico, dado que el portero era fácilmente el doble de alto que la joven y tres veces más ancho.

Los raíles del autómata mecánico se detuvieron justo delante del edificio principal de la escuela.

La estructura de este edificio se correspondía mucho más a lo que Sophronia había esperado de la Academia de mademoiselle Geraldine para el perfeccionamiento de señoritas de alta alcurnia. Bunson disponía de una impresionante escalinata que conducía hacia unas enormes puertas dobles de hierro y madera, grabadas con un intrincado patrón. Sophronia se agachó en la carretilla cuando el portero se acercó a los escalones. *¿Cómo alertará al interior de la presencia de un mensajero?*

El portero chocó contra el escalón inferior donde los raíles se detuvieron. Esto desencadenó una respuesta. Una enorme cantidad de vapor emanó de debajo del escalón más bajo, y con un gran crujido y un gemido, las escaleras se replegaron sobre sí mismas. La sección delantera del edificio que albergaba las puertas principales se comprimió hacia abajo como si fuera un acordeón. Tan sólo unos momentos después, las puertas estaban al nivel del suelo y las escaleras se habían aplanado de tal manera que hacían posible que los raíles del portero siguieran adelante.

El portero se dirigió pausadamente hacia las puertas y chocó de forma autocrática contra ellas con un chasquido metálico. Esto era obviamente una señal, ya que una de las puertas se abrió, revelando un pasillo a oscuras. El portero abandonó las escaleras derrumbadas lo suficiente para cambiar de raíles, comenzando otro bucle que le

permitiría alejarse de allí e iniciar un circuito por los terrenos de la escuela. Mientras él hacía esto, Sophronia saltó. Se apresuró hacia el interior, aplastándose al instante contra la parte de atrás de la mitad de la puerta sin abrir. *Una nunca sabe quién podría estar observando.*

Soap y Vieve la siguieron pausadamente.

Al atravesar las puertas, Sophronia observó que el intrincado patrón tallado en ellas representaba a varios pulpos que se sostenían los unos a los otros por los tentáculos formando una larga e interminable cadena.

Resultó bastante acertado optar por el sigilo, ya que al otro lado de esa puerta se puso en marcha un conjunto de raíles y, aguardando pacientemente, había otra criatura mecánica sin rostro. Esta era más pequeña, iba vestida con un delantal blanco con volantes y llevaba un plumero en sus pinzas articuladas. Esta era diferente a las doncellas mecánicas de mademoiselle Geraldine, con un aspecto más fornido que aquellas. La doncella no dijo nada y no reaccionó ante Sophronia. La muchacha esperaba que esto significara que la criatura no podía divisarla en las sombras.

Vieve y Soap, que le pisaban los talones, se apiñaron decididos a acudir en su auxilio en caso necesario, o cuanto menos a servirle de camuflaje. Vieron dónde estaba escondida y se enfrentaron a la criada mecánica, hablando los dos a la vez y gesticulando frenéticamente.

Sophronia esperaba que esto confundiera los nódulos sensoriales que Vieve acababa de mencionar y lo tomó como permiso para avanzar muy despacio junto a la criada y alejarse corriendo por el pasillo. Soap y Vieve la siguieron.

Se detuvieron para recuperar el aliento en una pequeña escalera a un lado de la sala.

Detrás de ellos, el vestíbulo frontal del edificio se volvió a elevar sobre sí mismo, llenándose de vapor blanco mientras lo hacía.

—Deberías haberte puesto pantalones —dijo Vieve en voz baja pero disgustada.

—Puede que se mire como se mire todavía no sea una dama —dijo Sophronia con mucha dignidad—, ¡pero tampoco soy un chico!

Sophronia se había dado cuenta de que ahora le preocupaba mucho más su forma de vestir que antes de asistir a la escuela de mademoiselle Geraldine.

Soap la miró.

—Para mí usted tiene el aspecto de una dama.

—Gracias, Soap. —*¡Gracias a Dios que está lo bastante oscuro para que no me vea ruborizarme!*

—De nada, señorita.

Siguieron andando por el siguiente pasillo.

Parecía haber menos doncellas en Bunson, o tal vez estas estaban inactivas mientras los estudiantes estaban fuera. Sophronia habría predicho que una escuela llena de niños necesitaría de más criadas, ¡no menos! Todo iba a las mil maravillas, con Vieve guiándolos infaliblemente siempre hacia adelante a través del edificio.

—¿Has estado aquí antes? —susurró Sophronia.

—Muchas veces. Mi tía siempre tiene algún asunto que tratar con el señor Shrimpdittle. Lady Linette no le permite dejarme sin supervisión a bordo. Durante un tiempo solía dejarme bajo la supervisión de mademoiselle Geraldine, pero siempre me escapaba de ella.

—¿Así que has *visto* la máquina de comunicación?

—Todavía no. Ellos me dejan fuera. «El taller no es un lugar para una niña» —la voz de Vieve estaba llena de indignación mientras repetía una frase que era evidente que había oído demasiadas veces en sus nueve años—. Pero sé dónde la guardan. En el tejado.

Tanto Soap como Sophronia se detuvieron, alzando sus voces por la sorpresa.

—¿El tejado?

—¡Shhh! No sabemos quién podría *no* haber asistido al teatro. Ellos no dejarían la escuela con tan sólo mecánicos de guardia. —Vieve se tomó un momento para arremangarse las largas mangas de su camisa, dejando expuestas sus pequeñas y huesudas muñecas.

Sophronia dijo:

—¿Pero por qué esconder un equipo tan delicado en el tejado?

—Ni idea. Intrigante, ¿verdad? —Vieve les dedicó una sonrisa con hoyuelos de una forma que la hacía parecer realmente muy joven.

Estamos siendo guiados por territorio enemigo por una niña, pensó Sophronia repentinamente. *Esto es una locura. Oh, bueno.*

En ese momento, una puerta situada delante de ellos se abrió hacia el pasillo a oscuras. Una luz brillante no parpadeante, de la clase que sólo podía provenir de un gas de alta calidad, se derramó por todas partes. A contraluz se distinguía la mancha oscura de un niño... no un mecánico.

El chico era relativamente robusto y, al igual que Vieve, estaba envuelto en un ropaje demasiado grande para él. Estaba inclinado sobre un libro grande y antiguo y tataba por lo bajo.

Sophronia, Soap y Vieve se quedaron paralizados de la impresión.

El chico levantó la vista, vislumbró a los que acechaban en el pasillo en sombras, dejó escapar un grito de sorpresa y dejó caer el libro. La puerta se cerró tras él y todo volvió a estar a oscuras.



LECCIÓN 12

Una adecuada comunicación en situaciones sociales

—¿Quién hay ahí? —dijo una voz quejumbrosa en la oscuridad—. Sé que estáis ahí, ¡salid de donde estéis!

Sophronia dio un paso adelante.

—Espabila, Pillover. Sólo soy yo.

Pillover entornó los ojos.

—¿Señorita Sophronia? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado? ¿Está mi hermana contigo?

Sophronia arrastró hacia adelante a unos reacios Vieve y Soap.

—No, pero tengo compañía. Pillover, permíteme presentarte a Genevieve Lefoux y a Phineas B. Crow. Vieve, Soap, este es Pillover Plumleigh-Teignmott, el hermano de la señorita Dimity.

Pillover les dedicó a sus dos nuevos conocidos una mirada muy arrogante.

—¿Chusma?

—Sólo en la superficie. Son de los buenos. Vieve aquí donde la ves es una intelectual, y Soap, eh... —hizo una pausa, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas— ... una especie de ingeniero —fue lo primero que se le ocurrió.

Soap soltó un pequeño resoplido, pero Vieve parecía sentirse puerilmente encantada de haber sido descrita de algún modo como una académica.

Pillover echó un vistazo a Vieve y pareció aceptar su título de bastante buena gana a pesar de que ella tenía nueve años. Después se volvió para mirar a Soap, iluminado por un poco de luz de luna.

—Pero señorita Sophronia, ¡es de color!

Sophronia ladeó la cabeza y contempló a Soap como si no se hubiera dado cuenta de su tono de piel con anterioridad.

—Eso es irrelevante. ¿O quizá debería decir irrespetuoso?

—¿Lo es? —Pillover arqueó una ceja.

Sophronia asintió con firmeza.

—Sí.

Pillover se inclinó y recogió su libro.

—Si tú lo dices.

—Pillover, ¿qué estás haciendo aquí, en lugar de en el teatro?

El muchacho se encogió de hombros.

—Estoy cansado de tratar con los Pistones. Son desagradables, todos ellos.

—¿Pistones? —*No puede estar refiriéndose a los pedazos errantes de las máquinas de vapor, ¿verdad?*

Soap se acercó.

—Señorita Sophronia, no tenemos mucho tiempo.

—Oh, por supuesto. ¿Quieres venir, Pillover? Vamos a la azotea para ver un transmisor.

—¡Ya lo creo! —el rostro normalmente agrio de Pillover se iluminó ante la idea.

Y de esta manera la fiesta de infiltración incrementó su número de participantes a cuatro, que salieron trotando hacia delante.

—¿Va a sernos útil? —preguntó Soap a Sophronia.

—Nunca se sabe —respondió Sophronia sabiamente. Se volvió hacia su nuevo compañero—. ¿Y qué es eso de los Pistones?

—Oh, ellos se creen que son muy exclusivos, merodeando por ahí en botas de montar, vestidos con blusas negras y mostrándose sombríos en cuanto al estado del Imperio. Cosen engranajes en las pecheras de sus chaquetas de una manera inútil. Realmente no es más que una excusa para intimidar a los demás. Y nadie hace nada al respecto, ya que la mitad de ellos son supuestamente los hijos de los Escabechados. Creo que todo es fingido, pero tienen a la mayor parte de la escuela de su lado. Uno pensaría que estamos aquí para aprender, pero aparentemente no es así.

Sophronia estaba impresionada por el parloteo de Pillover.

—Oh, entiendo lo que quieres decir. Tenemos a Monique de Pelouse viviendo con nosotras.

Pillover arrugó la nariz.

—Eso debe de ser una broma.

—Es cierto. Ella ya se ha chivado de mí.

—¡No!

—Oh, sí.

—¿Y cómo se está adaptando mi pestilente hermana?

—Mejor que yo. Aunque se volvió a desmayar.

—¿Sangre?

—Sangre.

—Por lo que sé de vuestra escuela, eso es de esperar.

—Hemos recibido lecciones de lucha con cuchillos de un hombre lobo.

—¿Un hombre lobo? ¡Genial! Nosotros no tenemos ningún sobrenatural aquí. Se trata de una carencia intolerable, si me preguntas. Cualquier escuela de renombre debería tener al menos un profesor vampiro. Eton tiene tres. Vosotras sólo sois chicas y tenéis un vampiro y un hombre lobo. Es como una broma de mal gusto, así es como lo llamo yo.

Ya habían subido varios tramos de escaleras, acercándose cada vez más al tejado,

cuando se encontraron cara a cara con una criada mecánica. Al instante, Vieve y Soap se pusieron delante de Sophronia y empezaron a dar botes.

—¿Qué estáis haciendo? —exigió saber Pillover.

—Intentando evitar que deduzca que soy una chica —explicó Sophronia.

—Oh, por supuesto, se me había olvidado. —Tras una breve vacilación, Pillover también empezó a hacer unos giros extraños.

Todos ellos tenían un aspecto tan ridículo que Sophronia tuvo que reprimir una risilla tonta. Se las apañó para deslizarse junto a la distraída doncella y pensó en recordarle a Vieve su obstructor, pero era tan divertido verlos bailar que decidió no hacerlo.

Subieron el último tramo de escaleras que conducía a una de las muchas torres, sólo para encontrarse con una puerta cerrada con llave. Sophronia sacudió el picaporte esperanzada. Nada.

Miró a su alrededor.

—¿Alguien sabe forzar una cerradura?

—Menuda espía eres —se quejó Pillover.

—¡Sólo he estado allí un mes! Ya sé hacer reverencias y mi aleteo de pestañas es prácticamente inigualable.

—Bueno ¿por qué no aleteas entonces hasta la habitación cerrada?

Sophronia le ignoró y miró a Vieve esperanzada.

—¿Algún invento?

Vieve negó con la cabeza.

—Haceos a un lado, damas —dijo Soap galantemente—. Yo os rescataré.

Pillover le lanzó a Soap una mirada de disgusto por haber sido incluido dentro de la categoría de “damas”, pero hizo espacio para que pudiera acercarse a la puerta.

El hollinoso sacó una pequeña bolsa de cuero de algún misterioso bolsillo interior y la desenrolló revelando un conjunto de varillas metálicas de distintos tamaños. Examinó atentamente la cerradura y después seleccionó una de las varillas. La introdujo en la cerradura y, después de hurgar durante un buen rato, se oyó un clic.

Antes de que pudieran empujar la puerta para entrar, Pillover dijo:

—¡Cuidado! Podría tener alguna trampa explosiva.

Todos se detuvieron y le miraron.

—Escuela de entrenamiento de genios del mal, ¿recordáis? Yo pondría una trampa explosiva si fuera ellos, y sólo estoy en el nivel de *genio descortés*.

Sophronia dio un paso adelante.

—Esto ha sido idea mía. Lo haré yo.

Actuando por instinto —todavía no habían llegado a la parte de contravención de casas, fiestas y arreglo de asientos— Sophronia abrió la puerta levemente y pasó el dedo lentamente por el resquicio. A un palmo del suelo, encontró un trozo de cordel tenso. Retorció los dedos alrededor de la puerta, siguiendo la cuerda y palpando a lo largo de la jamba en busca del punto de amarre. Lo encontró con cierto alivio, ya que

sería imposible desactivar la trampa sin saber qué extremo la activaba.

Sacó unas tijeras de costura y, manteniendo el cordel tenso con una mano, lo cortó con la otra. *¿Se activa con la tensión adicional de la apertura de la puerta, o por la liberación de la tensión cuando se parte la cuerda?*, se preguntó. Devolvió las tijeras de costura a su delantal y sacó una cinta de pelo. Tenía que dar crédito a sus profesores: tenían razón al insistir en que todas las estudiantes llevaran tijeras, pañuelos, perfume y cintas para el cabello en todo momento. Algún día descubriría por qué también necesitaban un paño de encaje rojo y un limón.

Ató con cuidado la cinta de pelo al extremo del cordel y entonces, manteniendo la tensión lo más constante posible, abrió la puerta, sujetando la cinta al mismo tiempo.

Los chicos y Vieve observaban todo esto en un silencio impresionado.

Finalmente, Pillover dijo:

—¡Estás recibiendo una buena educación!

Supongo que sí. Para entonces Sophronia ya había entrado totalmente en la habitación, con la mano extendida y el cordel y la cinta estirados hacia un dispositivo con forma de sapo agazapado a la derecha y ligeramente detrás de la puerta.

Vieve empezó a trajinar con el dispositivo.

—Un ventilador de tensión comprimido con proyectiles de remolacha hervida. ¡Ingenioso! No es peligroso, pero provocaría un gran desastre permitiendo identificar definitivamente a cualquier intruso. Un momento; dejadme desarmar las catapultas.

La joven hizo algunos ajustes. Se oyó una especie de chapoteo triste y la tensión sobre la cinta de pelo de Sophronia se relajó. La muchacha la desató del cordel y se la volvió a guardar en el delantal. *¡Qué divertido!*

La habitación en la que se encontraban estaba construida en piedra gris y estaba totalmente desprovista de mobiliario, incluso sillas. En ella sólo se encontraban la trampa y una serie de telescopios y otros artefactos dispuestos para observar el cielo. Estaban separados entre sí, cada uno situado frente a una de las múltiples ventanas alargadas, ninguna de las cuales tenía vidrio. El lugar parecía muy viejo, como si hubieran entrado en un cuento de hadas. *¿Rapunzel, tal vez?* En el caso de que Rapunzel fuera particularmente aficionada a la observación astral.

Una de las ventanas estaba desprovista de artefactos y, en su exterior, alguien había construido un balcón de aspecto inestable.

—Aquí estamos —dijo Vieve con orgullo.

Todos ellos se acercaron a la ventana y observaron.

—Inseguro —declaró Pillover.

Sophronia señaló hacia un sistema de palancas y poleas situado en un lado.

—Creo que se eleva y desciende, como un montaplatos. Seguidme —dijo subiéndose a la plataforma.

—Esto no es una buena idea —dijo Pillover, siguiéndola.

Soap se limitó a sonreír y a seguirla de un salto. Vieve se subió la última y se acercó inmediatamente a examinar las poleas.

—A mí me parece seguro —declaró.

Bueno, Vieve no nos ha llevado por mal camino hasta ahora, pensó Sophronia.

—¿Vamos?

Vieve activó una pequeña manivela. No pasó nada.

—No eres lo suficientemente fuerte —acusó Soap.

Vieve parecía frustrada más que ofendida.

—Es cierto, no tengo suficiente masa corporal. ¡Ser joven es tan terriblemente molesto!

—Mirándolo por el lado positivo, eres joven solamente de forma nominal —la consoló Sophronia—. No actúas en absoluto como alguien de tu edad.

Vieve se sonrojó de placer.

—¡Oh, vaya, muchas gracias!

Soap se acercó para ayudarla a hacer funcionar la palanca. Parecía desgarrado pero, con todo el carbón que tenía que mover todos los días, Sophronia sospechaba que tenía que ser bastante fuerte. Y así lo demostró.

El artilugio los elevó hacia la azotea, donde desembarcaron para encontrarse finalmente frente a la famosa máquina de comunicación. Parecía ser un cruce entre un cobertizo y un baúl de viaje.

—¿Es eso?

—Supongo que sí.

—Se parece a dos excusados —objetó Soap.

Sophronia le dio un codazo.

—No seas grosero.

—¡Bueno, lo es!

Se dirigieron hacia la estructura. Parecía, si eso era posible, más extraña de cerca, encaramada con aspecto embarazosamente andrajoso en lo alto de la torreta, que era toda de piedra antigua y bordes almenados. Abrieron la puerta. El cobertizo estaba dividido en dos compartimentos de tamaño humano, cada uno de ellos lleno a reventar con un surtido peculiar de maquinaria enredada. Había tubos y diales, y lo que parecía ser unas cajas de cristal llenas de arena negra, y aquí y allá unos bastidores blancos con una evidente necesidad de mejoras futuras.

Vieve se dejó caer de inmediato y se arrastró al interior, retorciendo su pequeña figura bajo varios compartimentos para examinar la parte inferior y los puntos de fijación.

Pillover miró a su alrededor de una manera desabrida, atizó un par de cosas y después se alejó arrastrando los pies. Sophronia y Soap estaban más entretenidos observando a Vieve hacer de las suyas que por la máquina de comunicación en sí, que era completamente incomprendible para ambos.

—Bueno, me alegro de que hayamos venido hasta aquí para esto —dijo Soap finalmente.

—Pensé que nos podría dar algún tipo de indicación sobre la naturaleza del

prototipo, y por lo tanto sobre el lugar donde Monique podría haberlo escondido. — El tono de Sophronia era de disculpa. Parecía que el viaje había sido en vano.

Vieve reapareció en ese momento, muy animada.

—¡Esto es asombroso! No es como esa ignorante invención del telégrafo. ¡No creo que este aparato requiera ningún tipo de cableado de larga distancia!

—Entonces, ¿cómo podría comunicarse de un punto a otro? —la frente de Sophronia se arrugó.

—¡Parece que puede haber un conductor de *éter* ahí! —Vieve se acercó, secándose las pequeñas manos en los pantalones de montar, dejando unas franjas negras y grasientas en ellos.

Sophronia frunció el ceño, deseando haber leído más sobre las atmósferas.

—¿Crees que podrían estar tratando de hacer rebotar mensajes a través de la eterosfera?

—Eso explicaría por qué tiene que estar en el tejado, cerca del éter. —Vieve le dedicó una sonrisa con hoyuelos.

—Y también por qué involucrarían a nuestra escuela. En caso necesario podríamos elevar todo el asunto directamente al interior del éter —añadió Sophronia.

Los ojos de Vieve brillaban.

—¿Os imagináis, un sistema de mensajería de punto a punto, a largas distancias? Eso revolucionaría el mundo entero.

Soap y Sophronia intercambiaron miradas. Sophronia estaba pensando en el hecho de que no había recibido ninguna carta de su familia a bordo, ni había sido capaz de escribir ninguna. En teoría, tendrían que haber pedido a las estudiantes las cartas antes de llegar a Swiffle-on-Exe. Pero no se había dicho nada sobre el tema, y Sophronia estaba bastante segura de que su castigo, como el de Monique, probablemente se extendía a la comunicación fuera del dirigible. Se preguntaba si Pillover había recibido algo desde la última vez que lo vio. *Supongo que es posible que nuestros padres simplemente nos envíen lejos y después se olviden de nosotros.*

Soap estaba pensando probablemente en las aplicaciones nefastas de un dispositivo de comunicación. Vieve, una auténtica científica, sólo veía el lado positivo de cualquier artilugio. Sophronia podía imaginar por qué los salteadores del aire podían querer acceso.

—¿Así que pensamos que el prototipo podría ser una válvula que facilita de alguna manera... el rebote? —dijo Sophronia.

Vieve asintió.

—Lo cual explica la forma de dodecaedro que dijiste que habías visto. Creado de forma multifacética para múltiples direcciones y para simpatizar con los humores etéricos, que siempre hemos hipotetizado que eran trapezoidales.

Sophronia miró a Soap y Pillover.

—¿Habéis entendido algo?

Soap negó con la cabeza.

Pillover se encogió de hombros.

Sophronia dijo:

—Bueno, entiendo que ya puedo limpiar mi guante.

—¿Cómo? —Pillover la miró confundido.

—Es una larga historia, tú estabas en ella, y todo fue en vano.

—Suenan emocionante.

—Sólo si estás interesado en los servicios postales.

Pillover parecía estarlo, pero Sophronia estaba empezando a preocuparse por el tiempo.

Vieve estaba prácticamente vibrando.

—¡Esto es muy emocionante!

—Sí, bueno, dicho esto, será mejor que volvamos al dirigible, ahora que ya nos hemos hecho una ligera idea de lo que está pasando.

—Sí, creo que será mejor que lo hagamos —se mostró de acuerdo Soap, observando la posición de la luna, claramente preocupado.

Emprendieron el camino de regreso a través de Bunson a salvo... bueno, casi.

Aproximadamente a medio camino, al doblar una esquina se dieron de bruces con una criada mecánica. Literalmente. Sophronia se chocó contra ella con un *uf* y se tambaleó hacia atrás, chocando contra Pillover y pisándole el pie a Soap. No les dio tiempo a ejecutar la breve danza de ocultación, ni a Vieve a usar el obstructor. La criada identificó a Sophronia como mujer e hizo sonar al instante la alarma: un silbido agudo. Esta, a su vez, desencadenó una alerta que resonó por toda la escuela.

A diferencia de las campanas de la escuela de mademoiselle Geraldine, la alarma de Bunson parecía estar basada en el ruido de una sierra oscilante, sólo que más fuerte, y vibraba por cada rincón del edificio. Los pasillos se llenaron al instante de mecánicos y también uno o dos humanos. Sophronia se abalanzó hacia una puerta cercana, la abrió y se lanzó al interior. Los otros tres la siguieron, sólo para descubrir que estaban atrapados en un cuarto de escobas sin posible vía de escape.

—Simplemente maravilloso. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pillover.

—Silencio —dijo Sophronia.

Él la ignoró, continuando lúgubrementemente:

—Estamos condenados. Me van a expulsar, habiendo logrado solamente llegar a *descortés*. ¿Qué dirá mi padre? Ningún Plumleigh-Teignmott ha sido nunca nada inferior a *genio rencoroso*. El honor de mi familia está en juego.

—¿Por qué sigues con nosotros? —quiso saber Soap—. Tú puedes vagar libremente por aquí, ¿recuerdas?

—Oh, bien visto. —Pillover se enderezó de donde estaba agachado e hizo intención de abandonar el armario.

Sophronia le agarró del brazo.

—¡No te puedes ir ahora! Revelarás nuestro escondite.

—Es sólo cuestión de tiempo —dijo Pillover sin mostrarse compasivo—. Van a

hacer un barrido de toda la escuela. —Entonces señaló una escoba cercana que compartía el armario con ellos—. Barrido. Ja.

—Delicioso. Ahora estamos atrapados en un armario con juegos de palabras. — Sophronia le echó una mirada asesina. —Espera, por supuesto... se supone que tú has de estar aquí. ¡Perfecto! Que todo el mundo se dé la vuelta un momento.

Los otros tres la miraron confundidos.

—Simplemente haced lo que os pido, por favor.

A pesar de estar apretujados en el armario, los otros tres se las apañaron para ponerse de espaldas a ella.

Sophronia se quitó una de sus dos enaguas.

—Estoy muy decente.

Los demás se dieron la vuelta.

Le entregó la prenda interior a Pillover.

—Uf. ¿Para qué es esto?

—Si te lo pones y sales ahí fuera, pensarán que todo ha sido una falsa alarma.

—¡Absolutamente no!

—Oh, vamos Pill, por favor. —Sophronia probó a batir las pestañas.

Pillover parecía ser inmune a los pestañeos.

—¡Esto es de lo más humillante!

—Podríamos pensar en una explicación razonable para que lleves puestas las enaguas. ¿Eso ayudaría? —intentó engatusarle Sophronia.

—¿Una justificación para que ande por ahí en ropa interior de chica? Me cuesta ver cómo.

Los ojos de Soap brillaban con diversión, y Vieve sonreía ampliamente mostrando los hoyuelos ante la misma idea de Pillover con una falda. Pillover sostenía la prenda entre el pulgar y el índice como si estuviera contaminada con algún temible producto químico.

—Vamos, pónstela sobre la ropa y sal ahí fuera —le instó Sophronia.

—Podrías decir que estabas llevando a cabo un experimento peligroso para tus regiones inferiores —sugirió Vieve.

—Podrías decir que estabas probando el tiempo de respuesta de las doncellas mecánicas —sugirió Sophronia.

—Podrías decir que te gusta la ropa interior de las chicas —sugirió Soap.

—Estoy condenado. —Pillover puso los ojos en blanco y agitó la enagua.

—Oh, vamos, Pill —le presionó Sophronia.

Pillover, refunfuñando, se puso rápidamente la enagua subiéndosela hasta las axilas, ya que era demasiado larga para él. Sophronia le entregó la cinta de pelo para que la usara como cinturón. Soap estaba claramente aguantándose la risa. Pillover respiró hondo y se enderezó con gran dignidad y aplomo.

Sophronia pegó la oreja a la puerta con la mano en alto para que los demás se mantuvieran en silencio. Entonces, cuando parecía que había una pausa en las

actividades afuera en el corredor, abrió la puerta tan rápidamente como pudo y arrastró a Pillover hacia adelante, arrojándole fuera y cerrando la puerta tras él.

El rumor en el pasillo se intensificó durante un minuto y luego se calmó. En el silencio resonó una voz profunda:

—Pillover Thaddeus Plumleigh-Teignmott, ¿qué es lo que lleva puesto?

Oyeron a Pillover responder en tono quejumbroso:

—Una enagua, director.

—Eso ya lo veo. Será mejor que tenga una explicación excelentemente malévola para ello.

—Bueno, verá, señor —empezó a decir Pillover, y entonces—: ¡Ay! Por favor, señor, el oído no.

—¡Venga conmigo!

—Sí, señor.

A ello le siguió el estruendo de los mecánicos rodando por los raíles y el ruido sordo de pasos, dejando el pasillo en silencio.

—¡Mira por donde! —susurró Soap al fin—. Ha resultado útil.

Después de eso, se las arreglaron para escapar de la Escuela Politécnica para Chicos de Bunson y Lacroix sin más incidentes. Mientras corría por el camino de cabras, Sophronia se volvió para mirarla sólo una vez. Pensó que la escuela parecía un batiburrillo de piezas de ajedrez de gran tamaño y muy mal decorado.

—Nuestra academia es mucho más agradable —aseveró entre jadeos mientras corrían. Las nieblas del páramo todavía no se habían levantado y la gran oruga formada por los múltiples dirigibles apretujados entre sí que era la escuela de mademoiselle Geraldine flotaba resueltamente delante de ellos, iluminada por una pintoresca luna dorada.

—¿Eso crees? —Vieve inclinó la cabeza al modo de alguien que raramente consideraba la estética de los edificios—. Bueno, la nuestra flota.

—Quiero decir que la nuestra es menos improvisada.

—Yo siempre he pensado que se parecía bastante a un sombrero —dijo Vieve—, como un gran turbante flotante.

Sophronia inclinó la cabeza, pero no acababa de verlo.

Continuaron corriendo.

Sophronia estaba preocupada.

—¿Creéis que llegaremos a tiempo?

Soap asintió.

—Sí, pero podría haber otro problema. —Señaló hacia una distante colina situada a su derecha. Allí, bajo la luz de la luna, se distinguía la forma oscura de un lobo. Llevaba un sombrero de copa.

—¿Es quien creo que es? —Sophronia esperaba a su pesar que fuera algún tipo de perro muy grande.

—¿Conoces algún otro lobo que vague por los páramos en traje de noche?

—¡Se supone que no debe estar cerca de la civilización durante la luna llena! —objetó Vieve.

—Supongo que alguien ha cometido un error en alguna parte —dijo Soap.

—Esto *no es bueno* —dijo Sophronia, afirmando lo obvio. El hocico del lobo se había levantado y estaba olfateando el aire. Casi mientras ella hablaba, su cabeza peluda se volvió en su dirección.

—Estamos más cerca de la escuela que él —señaló Soap.

—Sí, pero él es sobrenatural —dijo Vieve, que era evidente que tenía cierta experiencia en materia de hombres lobo. Su pequeño rostro, normalmente abierto y amable, estaba pálido por el miedo.

Sophronia tomó la iniciativa.

—Basta de cháchara, todos... ¡corred! —Agarrando las faldas en alto, adaptó sus acciones a sus palabras, sin sentir vergüenza por el hecho de tener sólo una enagua y estar mostrando los tobillos a todo el mundo.

Soap la sobrepasó rápidamente. Sus piernas eran más largas y no tenía el estorbo de las faldas. Cuando llegó a la parte inferior de la sección delantera, empezó a dar saltitos y a gesticular frenéticamente. Sólo entonces Sophronia se dio cuenta de que todavía no habían arrojado la escalera de cuerda de la sala de calderas.

Vieve y ella llegaron jadeando.

—¿Hemos llegado demasiado pronto?

—Posiblemente.

Sophronia cogió un puñado de tierra y lo arrojó a la parte inferior del casco, cerca de donde pensaba que podría estar la escotilla. Falló por completo; la embarcación estaba más alta de lo que pensaba. Soap y Vieve siguieron su ejemplo. Vieve también falló, pero el puñado de Soap dio de lleno contra la escotilla.

No pasó nada. El hombre lobo casi había llegado a su colina. En el último momento, la escotilla se abrió de golpe y alguien dejó caer la escalera de cuerda.

—Soap, tú primero; eres el más rápido.

—Pero señorita Sophronia, tú eres una dama. ¡Las damas siempre van primero!

Sophronia echó los hombros hacia atrás y le miró a los ojos.

—Estoy entrenada para esto. —Realmente todavía no lo estaba, pero la mentira merecía la pena—. ¡No cuestiones una orden directa durante una misión activa de inteligencia!

Soap frunció el ceño, pero estaba claro que odiaba discutir con una dama. Y menos aún con Sophronia. Comenzó a subir.

—Vieve, ahora tú.

—Pero...

—¡Ahora!

Vieve empezó a subir.

Sophronia empezó a subir la última y, justo cuando lo hacía, echó una última mirada a hurtadillas al hombre lobo.

Con un feroz gruñido, este se lanzó sobre ella.

Por segunda vez en la noche, Sophronia agradeció llevar puesto un vestido apropiado. El capitán Niall se lanzó hacia ella con un tremendo salto como los que se describían en innumerables novelas góticas. Sus mandíbulas estaban abiertas, su boca era una caverna enojada de dientes y saliva goteante, y cuando arremetió contra ella, le mordió con devastadora crueldad... la otra enagua.

Sophronia gritó y lo intentó apartar a patadas.

Los dientes del licántropo estaban aferrados al dobladillo reforzado de la parte inferior. Esta era su enagua almidonada más resistente, diseñada para soportar un vestido de fiesta con todos sus ornamentos.

Sophronia dio otra patada y su pie golpeó la nariz sensible de la bestia.

El capitán Niall sacudió su enorme y peluda cabeza, en parte por el dolor y en parte para intentar soltarse de la enagua. Su sombrero de copa se movía hacia adelante y hacia atrás de forma hipnótica. La combinación entre el peso y el movimiento contribuyó al desgarramiento de la prenda interior de Sophronia. Tanto el hombre lobo como la enagua cayeron al suelo. Sophronia, recordando aquel increíble salto a gran altura que el capitán había realizado el primer día de escuela con el fin de subirlas a bordo, empezó a trepar tan rápidamente como le era posible.

La enagua interior de Sophronia era de pelo de caballo de buena calidad, gruesa y muy resistente. Debería serlo; era una prenda heredada que había sobrevivido a tres hermanas antes que ella.

Pero el licántropo, con una fuerza sobrenatural, rasgó la tela gruesa como si fuera muselina fina. El capitán Niall forcejeó con la prenda brevemente hasta que consiguió desprenderse de los jirones de tela. Se puso en cuclillas y saltó hacia Sophronia de nuevo.

Sophronia ladeó su trasero y balanceó la escalera de cuerda hacia un lado, evitando al licántropo por un escaso margen.

—Capitán Niall —dijo entre jadeos—. ¡Me gustaba mucho más cuando no intentaba matarme!

El hombre lobo aterrizó, sacudió la cabeza y gimió cuando desde la escotilla alguien le arrojó un puñado de carbón. Un trozo particularmente grande le golpeó en la nariz, ya de por sí bastante maltratada.

Echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Sophronia alcanzó la seguridad de la escotilla. Varias manos cubiertas de hollín la agarraron y la arrastraron dentro. Mientras tanto, Soap lanzó otro puñado de carbón hacia el hombre lobo. Junto a él permanecían de pie algunos de los hollinosos más altos agarrando sombríamente unos atizadores de acero, listos para defenderse de la bestia en caso necesario.

No fue necesario, ya que tan pronto como Sophronia se desplomó en el interior izaron la escalera de cuerda tras ella y cerraron la escotilla de golpe. El lobo dio un salto hacia arriba, chocando con fuerza contra la parte inferior del dirigible. Si las

vigas de madera del casco no hubieran estado reforzadas con barras de hierro, Sophronia estaba segura de que se habrían hecho añicos.

—¿Qué piensa que puede hacer? —se preguntó Vieve, mientras Sophronia recuperaba el aliento y se sacudía.

—No creo que él esté *pensando* en nada en absoluto —respondió Sophronia, levantándose primero sobre sus manos y rodillas hasta ponerse finalmente en pie, jadeando y temblando. Ése era el hombre lobo de las pesadillas de su niñez—. ¡Alguien debería encerrarlo! Es peligroso —dijo finalmente, cuando sintió que su voz no temblaría.

—Y ha arruinado tu otra enagua.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo vamos a recuperarla? ¡Alguien podría darse cuenta de que era mía!

—De ninguna manera. Mira. —Soap señaló hacia abajo a través de la escotilla, que había sido ligeramente entreabierto por los hollinosos. Él tenía los ojos apretados contra la brecha.

Sophronia se acercó y se unió a él. Miró hacia abajo.

El capitán Niall, que al parecer se había resignado a perder a su presa, estaba reduciendo salvajemente su enagua a diminutos fragmentos.

—De verdad, ¿qué ha hecho mi pobre enagua para ofenderle?

—Ahora puedo ver que tu insistencia en llevar vestidos de chica es muy útil, en cierto sentido —dijo Vieve.

Sophronia miró a la niña de nueve años.

—¿Entonces les vas a dar una oportunidad?

—No he dicho que fueran tan útiles.

A Sophronia le vino a la mente una repentina y aterradora idea.

—¡Oh, Dios mío, las otras estudiantes! Ellas no saben que el capitán Niall está aquí, ¿verdad? ¿Qué pasaría si se encuentran con él por casualidad cuando vuelvan a casa desde la obra? ¡*Debemos* advertirles!

—¿Pero cómo les vas a advertir sin explicarles que has estado fuera? —preguntó Soap.

—Afirmaré que le vi por la ventana del salón. Tengo que ir. —Sophronia se puso de pie. Estaba cubierta de hollín, su cara estaba manchada, sus faldas caían planas, y tenía el pelo suelto.

—Pero señorita Sophronia, ¡*mírate!*

—Eso no se puede evitar, tendré que arriesgarme. Hay vidas en juego.

—¿Pero a quién se lo vas a decir? Todo el mundo está en el teatro.

—No *todo el mundo*. ¡Vamos, Vieve! Lo último que necesito es volver a ser atrapada por los autómatas mecánicos. Te necesito a ti y al obstructor.

LECCIÓN 13

El ataque del abanico y el espolvoreado

Sophronia y Vieve salieron corriendo por el dirigible, siempre hacia arriba y hacia adelante, abriéndose camino hasta la sección prohibida de las borlas. Se detuvieron frente a la puerta del profesor Braithwope.

—Será mejor que te esfumes, Vieve. No tiene sentido que nos metamos las dos en problemas.

Vieve la miró y asintió.

—Tenemos que repetir esto pronto.

—¿Tal vez sin el ataque de un hombre lobo y la pérdida de las enaguas?

—Tal vez.

Con esto la joven inclinó la gorra ante Sophronia y retrocedió por el pasillo, con una mano en el bolsillo y el obstructor apuntando hacia delante, mientras tataba una melodía francesa con un tono de profunda satisfacción.

Bien, estoy encantada de que alguien haya tenido una agradable velada, pensó Sophronia antes de golpear con fuerza la puerta del vampiro.

Se oyó un gran estruendo, un ruido húmedo de sorber y un sonido chirriante producido por la goma india, y entonces se abrió la puerta sólo una rendija, por la que se asomó el profesor Braithwope.

—¿Ein, ein? —Algo oscuro le cubría la boca.

Oh, cielos, pensó Sophronia, *¿le he interrumpido mientras tomaba el té?* Intentó mirar más allá del vampiro para vislumbrar a quienquiera que pudiera estar cenando con él. Pero a pesar de que el vampiro era de un tamaño modesto, ocupaba toda la línea de visión de Sophronia.

—Profesor, realmente odio molestarle, pero tengo un asunto urgente que requiere de su atención inmediata.

—¿Estudiante, ein? Por George, ¿cómo ha conseguido entrar en esta sección sin disparar las alarmas?

—Eso no es importante, señor.

—No, creo que sí podría serlo.

—Ahora no, señor. Hay un problema, por favor, señor. Es el capitán Niall.

—¿Licántropo, ein? ¿Qué tiene eso que ver con que usted haya entrado en un área restringida de la escuela sin acompañante?

—No, señor, está suelto.

—Claro que está suelto. Suelto y a leguas de distancia, como debe ser.

—No, señor, él está aquí.

—¿En el dirigible, ein? Imposible. Los licántropos no flotan.

—No, señor, abajo. Está aquí, en el páramo, justo debajo, y las demás deberían estar de regreso del teatro pronto. Lo vi por mi ventana.

—Fantasías de una niña.

—Es posible, señor, pero ¿no sería mejor que lo comprobara para asegurarse?

—¿Ein, ein? Sí, bien. Supongo que tiene razón.

—Rápido, señor. Pueden volver en cualquier momento.

—Sí, sí. ¿Dónde está mi sombrero?

El vampiro desapareció durante una fracción de segundo y después se abrió camino hacia el pasillo.

Parecía un poco desaliñado, pero se había puesto un abrigo y se lo había abotonado para disimular cualquier posible transgresión de la moda, y tenía botas en los pies, lo cual era más de lo que podía decirse de un hombre lobo. Sophronia no estaba segura, pero creía que su opinión sobre los vampiros en general estaba mejorando considerablemente.

—¿Dónde está el sinvergüenza?

—Debajo de la zona de la sala de calderas, señor. La última vez que lo vi.

—Señorita Temminnick. —El vampiro se quitó el sombrero en señal de despedida y después se alejó a toda velocidad.

No tenía ningún sentido que intentara seguirle; él se movía más rápidamente de lo que podría hacerlo cualquier ser humano.

Oh, genial, pensó Sophronia. ¿Cómo se supone que voy a volver ahora a mi habitación?

La cabeza de Vieve volvió a aparecer en un recodo del pasillo.

—¿Necesitas que te eche una mano o, mejor dicho, una muñeca? —Agitó el brazo en el que llevaba el obstructor

Sophronia sonrió.



—Así que allí estábamos, ataviadas con nuestras mejores galas, subiendo por el camino hacia el dirigible, y ¡*nunca* adivinarás lo que observamos! Fue casi más interesante que la propia obra. A pesar de que la actuación de *Una bañera ideal* fue de lo más emocionante. —Los ojos de Dimity brillaban, sus manos entrelazadas apasionadamente, mientras revivía con entusiasmo la velada.

Sophronia, ligeramente manchada y vestida con un pichi limpio y su segundo mejor conjunto de enaguas, fingía estar absorta en la historia.

Estaban sentadas *tête-à-tête* en el sofá mientras las otras chicas se arremolinaban a su alrededor, parlotteando sobre los vestidos, la obra y lo apuesto que era tal o cual chico, no necesariamente en ese orden.

—Oh, ¿qué visteis?

—Al profesor Braithwope, ¿en abrigo!

—Es de suponer que él tiene prendas de abrigo.

Dimity separó las manos para jugar con algo que colgaba alrededor de su cuello.

Sophronia se inclinó hacia delante.

—Dimity, ¿llevas puestos dos collares?

—No me podía decidir. Pero no me distraigas. ¿Por dónde iba?

—Por el abrigo del profesor Braithwope.

—Ah, sí. ¿No crees que los abrigos son más propios de un hombre lobo? Por no mencionar el hecho de que se supone que los vampiros no sienten frío. En todo caso, ¿por dónde iba? Ah, sí. ¡El profesor Braithwope y su abrigo estaban luchando contra un *licántropo*! ¡El capitán Niall!

—Oh, qué espantoso. —Sophronia dispuso sus rasgos para que adoptaran una adecuada expresión de conmoción. O lo que ella creía que era una adecuada expresión de conmoción, ya que hasta el momento no llevaba muy bien sus clases de actuación. *Lo más probable es que parezca una ardilla disecada.*

Dimity no parecía pensar eso.

—Por desgracia, no vi mucho de la confrontación.

—¿Fue tan rápido el intercambio de puñetazos? Velocidad sobrenatural, comprendo. —Sophronia asintió sabiamente.

—Oh, no, había sangre, por lo que me desmayé.

Preshea se acercó y se detuvo frente a ellas, con las manos en las caderas, en corsé y bragas. *¡Qué impúdica!*

—Sidheag la cogió. Es una pena, Dimity, que no te las apañaras para desmayarte antes por la noche, cuando el joven lord Dingleproops te estaba prestando tanta atención.

Dimity se ruborizó.

—Sus padres son amigos de la familia, ¿eso es todo!

Sophronia ignoró a Preshea y miró a las otras chicas para que continuaran la historia a partir del punto en que Dimity se había desmayado.

—¿Qué pasó con los puñetazos?

—No hubo demasiados puños, en realidad. Más colmillos y garras —dijo Agatha.

—Muy bien, ¿qué pasó con los colmillazos, entonces?

—Oh, Sophronia, eres muy rara. —Dimity la aguijoneó juguetonamente con el pulgar

Sidheag se limitó a sonreír con sequedad y se retiró. Monique estaba deliberadamente absorta en el examen de un pequeño desgarrado en el adorno de una

manga, y Preshea se volvió para ponerse los rulos de tela para la noche.

Agatha acudió tímidamente al rescate de Sophronia.

—Mademoiselle Geraldine también se desmayó. Eso dejó vía libre a lady Linette para ordenar a algunas de las chicas mayores que pasaran a una acción encubierta. Ellas han tenido lecciones en tácticas de grupo para una respuesta social coordinada. Las hizo llevar a cabo la maniobra del abanico y el espolvoreado, con buenos resultados.

—¿El abanico y el espolvoreado?

Monique resopló.

—Oh, de verdad, Sophronia, ¿es que no sabes *nada*? El abanico y el espolvoreado es la técnica que usan las jóvenes damas para hacer frente al ataque de un licántropo cuando los caballeros están lejos. ¡Se han publicado *panfletos* al respecto!

Sophronia miró a Agatha buscando una explicación más detallada, pero la chica corpulenta había perdido todo el impulso anterior y se había retirado a un rincón con un libro sobre el lenguaje de las sombrillas.

—Dimity, ¿tú conoces esta maniobra?

Dimity respondió de manera evasiva.

—Bueno, he oído hablar de ella, por supuesto, pero nunca he visto aplicarla.

—Y tampoco lo has hecho esta noche. De verdad, Dimity, debes aprender a controlar cuándo te desmayas con mayor precisión —dijo Preshea en tono condescendiente; compartir habitación con Monique no estaba resultando nada beneficioso para su carácter.

Monique chasqueó la lengua.

—Es muy sencillo, en realidad. Primero se distrae al licántropo.

—En este caso, con la ayuda de un vampiro bien aplicado —le interrumpió Preshea, para disgusto de Monique.

—Entonces te aproximas a una distancia suficiente para el espolvoreado —continuó Monique—. Espolvoreas al licántropo, o a sus proximidades, con una cantidad generosa de perfume nocivo —cualquier herbáceo puede servir, aunque la albahaca es lo mejor, por supuesto— así como sales aromáticas, para alentar la inhalación. Tienen un sentido del olfato muy agudizado, los hombres lobo. Entonces todas levantan sus abanicos e impulsan con ellos los efluvios en dirección de la bestia. La criatura empieza a estornudar sin control, permitiéndole a una escapar. *Voilà!*

—¿Y es eso lo que pasó? —Sophronia miró a Preshea para que se lo confirmara. Después de todo, Monique tampoco había asistido a la excursión al teatro.

—Esencialmente. Aunque el pobre profesor Braithwope también inhaló una gran dosis de perfume. Pero aún así, eso distrajo al capitán Niall el tiempo suficiente para que el profesor obtuviera una ventaja sobre él y se lo llevara. Nosotras nos las arreglamos para subir con impunidad a bordo del dirigible utilizando las escaleras grandes.

¿Escaleras? pensó Sophronia. *¿Este dirigible tiene escaleras?*

—Un final muy emocionante para la noche —concluyó Preshea—. Pero ya basta de tanta charla vulgar. ¿Os habéis fijado en cuántos pretendientes me rodeaban en el teatro?

—Ni de lejos tantos como yo podría haber tenido —contraatacó Monique—. Ya he conseguido que la mitad de Bunson se enamore locamente de mí; este año conseguiré que lo haga la otra mitad. —Miró a su alrededor con magnanimidad—. Por supuesto, tienes permitido tener algunos, Preshea. No soy una glotona.

Preshea sonrió de una manera que no tenía nada que ver con el placer.

—Y luego está lord Dingleproops; que está claramente en el bolsillo de Dimity.

—Lo sé, es tan peculiar. Supongo que sobre gustos no hay nada escrito. Sin ánimo de ofender, por supuesto, Dimity.

Estaba claro que a Dimity no se le ocurrió nada que replicar a eso. Parecía como si se hubiera tragado una anguila viva.

Monique y Preshea continuaron charlando sobre los jóvenes a los que Preshea había conocido en el teatro. Chicos a los que Monique ya conocía y sobre los cuales le contó a Preshea en un tono de lo más condescendiente todo tipo de detalles sobre su aspecto, situación financiera y conexiones sociales.

Con las otras chicas distraídas con esta conversación, Sophronia se volvió hacia Dimity y le dijo en voz baja:

—¿Te gusta ese tal Dingle?

Dimity se sonrojó de tal manera que indicaba que podría ser así. O eso, o no le gustaba en absoluto.

—Es muy alto para su edad.

Sophronia trató de mostrarse comprensiva.

—Un buen comienzo, supongo. ¿Tiene alguna otra cualidad destacable?

—Tiene una nariz muy bonita.

—Bien, una nariz, excelente.

Dimity, que rara vez permanecía callada, volvió a quedarse en silencio en ese momento.

Sophronia intentó pensar en algún otro atributo que un chico en el que Dimity pudiera estar interesada podría poseer.

—¿Llevaba puesto algo brillante?

—Tenía un alfiler de latón en la banda de su sombrero. —Dimity parecía un poco decepcionada, como si esto fuera una diminuta semilla ante el gran árbol de sus propios adornos.

Dos collares ¡Dos!

—Y, ummm, ¿es inteligente?

—Oh, Sophronia, ¡ésa no es una cualidad deseable en un pretendiente!

—¿No? ¿Es un pretendiente entonces?

—No se me permite tener seguidores hasta que tenga dieciséis años.

—Bien, entonces.

La conversación se interrumpió.

Finalmente Dimity dijo:

—¿Sabes que mi repulsivo hermano no estaba allí? Se escaqueó de ir a la obra. Al parecer, por lo que respecta a los demás chicos es como una pequeña pústula. No es que me sorprenda. Probablemente va por ahí corrigiendo pequeños errores tontos y haciéndose *non grato*.

—O puede ser que le estén intimidando por pura malevolencia.

—Oh, vamos, me cuesta creer que los chicos sean así.

—¿Ah, no? —Sophronia, que tenía varios hermanos, se sorprendió ante esta escandalosa declaración.

—Las chicas, sí; los chicos, no. Ellos son mucho más directos.

—¿Has oído hablar de los Pistones?

—Sí; ¿cómo sabes tú...?

Sophronia se encogió de hombros.

—Estoy aprendiendo cosas en esta escuela.

—Los Pistones es una especie de club escolar de Bunson, supongo. Lord Dingleproops es un miembro.

—¿De verdad?

—Sí, es una concentración de ingenieros. Se ponen manchas de carbón sobre los ojos. Muy oscuro y melancólico.

—Como los hollinosos.

Monique, cuya propia conversación se había detenido y le había dado por escuchar la de ellas, no pudo evitar intervenir en esta coyuntura.

—Sophronia, ¡ni se te ocurra decir algo así! Imagínate, comparar a nobles de la más alta alcurnia con, bueno, lo más bajo de lo más bajo. De verdad.

—Los hollinosos no son tan malos como los pintas —protestó Sophronia, bastante más alto de lo que debería.

Preshea, Monique y Agatha la miraron con un horror estupefacto.

Sophronia estaba malhumorada.

—¡No se les puede culpar por su posición!

—Sí —dijo Monique con confianza—, ¡por supuesto que se puede!

—Oh, vamos, los pobres hollinosos sólo necesitan algo de reforma social y un poco de ayuda caritativa con sus armarios —dijo Dimity decididamente, sin lugar a dudas pensando que estaba apoyando la postura social inusualmente progresista de Sophronia.

Sophronia cerró los ojos horrorizada ante la mera idea de Dimity intentando reformar a Soap. O peor, tomándolo como un caso de caridad.

Un fuerte golpe sonó en la puerta.

La voz de lady Linette dijo:

—El gas se va a apagar pronto, damas. Necesitan descansar para mantener su

belleza. Bueno, la mayoría de ustedes, y no hay necesidad de arriesgar la de ninguna de las otras.

—Sí, lady Linette —respondieron todas las chicas al unísono.

Lady Linette siguió adelante sin entrar en la habitación. Formaba parte de la política de la escuela que las estudiantes no debían ser molestadas indebidamente durante su tiempo libre. Incluso los niños, solía decir lady Linette, deben disponer de algo de tiempo para conspirar entre ellos.

Dimity se inclinó tan cerca de Sophronia como le fue posible y susurró:

—¿Por qué defiendes a los hollinosos? ¿Y cómo es que los conoces tan íntimamente?

—Recopilación de información, Dimity, ¿recuerdas? Es lo que hacemos ahora.

—Sí, pero, ¿hollinosos? Me cuesta creer que puedan ser de alguna utilidad. Viven en la sala de calderas.

Sophronia le ofreció su mejor excusa.

—Necesito alimentar a Bumpersnoot, ¿no crees?

Dimity la miró parpadeando en silencio. El concepto de entablar amistad con hollinosos era tan ajeno a ella como tener que elegir entre dos collares.

—Si tú lo dices. Bueno, vámonos a la cama.

Pero antes de que pudieran abandonar la sala de estar, volvieron a llamar a la puerta, sorprendiendo a las chicas. Esto no formaba parte de su rutina normal.

Una voz masculina dijo:

—Señorita Temminnick, necesito hablar con usted un momento, si no le importa, ¿ein?

Preshea dejó escapar una pequeña exclamación y se zambulló en su habitación, ya que todavía estaba en ropa interior.

Sophronia miró a su alrededor.

—Agatha, recoge tus guantes del suelo. Dimity, no llevas puestos los zapatos.

Una vez que las otras volvían a estar razonablemente presentables, Sophronia abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarle, profesor Braithwope?

El vampiro volvía a lucir su habitual aspecto de dandy: sin abrigo.

—Ah, bien, todavía no está en la cama. ¿Sería tan amable de dar un pequeño paseo conmigo, señorita Temminnick?

Sophronia hizo una reverencia y cogió su chal de un perchero cercano. Las otras chicas se quedaron observando en absoluto silencio. Sophronia les dedicó a todas una mirada de reproche y siguió al vampiro.



Como estaba en compañía de un profesor, ninguno de los autómatas mecánicos

reaccionaron ante el deambular de Sophronia por el dirigible fuera de horas. El profesor Braithwope la condujo hasta un pequeño balcón que hacía de puente entre las secciones medias y las delanteras. Se quedaron allí contemplando las nubes y la luna que se cernían sobre el páramo.

Finalmente Sophronia dijo:

—¿Señor?

—Usted comprende, señorita Temminnick, que soy un vampiro.

—Sí, señor, me he percatado de los colmillos.

—No sea impertinente, jovencita.

—Sí, señor.

—Sin embargo, estoy atado a esta nave itinerante lejos de toda la sociedad significativa.

—Sí, señor. Pero usted bajó a tierra para luchar contra el capitán Niall.

—No soy una reina vampira como para tener una atadura tan corta.

—Ya veo, señor. —Aunque de hecho no lo veía. *¿Por qué le hacía esto estar tan a la defensiva?*

—Esta noche, cuando usted vino a mi habitación...

Sophronia ladeó la cabeza, recordando lo que debía de haber sido sangre alrededor de la boca del vampiro.

—No oí ni vi nada. Aunque me he estado preguntando, señor, *cómo* come usted. *¿O debería decir a quién?*

El vampiro no dijo nada.

¿He revelado que vi más de la cuenta? Sophronia añadió con calma:

—¿Y el hollín en mi vestido, señor?

—No vi nada. —El profesor Braithwope le sonrió, mostrando una pequeña insinuación de sus colmillos.

Sophronia le devolvió la sonrisa.

—Me alegra ver que nos entendemos, señor.

El vampiro miró hacia la noche.

—Esta es la escuela de señoritas adecuada para usted, ¿no es así, ein?

—Sí, señor, pienso que podría serlo perfectamente.

—Un pequeño consejo, señorita Temminnick.

—¿Señor?

—Es una gran habilidad tener amigos en los lugares bajos. Ellos también tienen cosas que enseñarle.

—Vamos, señor, pensaba que no había visto el hollín.

El profesor Braithwope se rio.

—Buenas noches, señorita Temminnick. Confío en que pueda regresar a su habitación sin hacer saltar la alarma. Parece ser una de sus habilidades particulares.

—A decir verdad, señor, podría necesitar que me escolte esta noche.

—¿Ein, ein? Interesante.

—¿Incluso un vampiro puede ser sorprendido de vez en cuando?

—Señorita Temminnick, ¿por qué cree que me convertí en un maestro?

Regresaron caminando juntos hasta la sección residencial de las estudiantes. Sophronia pensó mucho acerca de cómo debía de ser vivir para siempre. *Supongo que debes de terminar aburriéndote con facilidad. Esto es algo que tiene la escuela de mademoiselle Geraldine. Hasta el momento, no ha sido ni remotamente aburrido.* Lo que dijo fue:

—No puede ser tan malo, estar lejos de las ciudades. Usted es uno de los pocos vampiros que llegan a viajar.

—Siempre y cuando no vayamos demasiado alto.

—¿De verdad?

—Ein, ein, ahí va esa mente curiosa suya, señorita Temminnick. Creo que tal vez ya es suficiente por el momento.

Llegaron a la puerta.

—Buenas noches, señorita Temminnick.

—Buenas noches, profesor.



La vida en la escuela continuó su curso después de esto, al igual que la escuela en sí misma, excepto que lo hizo en gris, como lady Linette lo llamó. Resultó que se había recuperado la correspondencia en Swiffle-on-Exe cuando se detuvieron para asistir a la obra de teatro. El botín de Sophronia estaba compuesto por un paquete de ropa, incluyendo su capa de invierno, y una carta poco informativa de su madre. Se les dijo que no podían enviar respuestas. Swiffle-on-Exe había quedado a leguas de distancia tras ellos. Se había excedido ya la fecha límite que los salteadores del aire habían dado a la escuela y ahora estaban huyendo y en la clandestinidad.

El enorme dirigible flotaba por las grises profundidades del páramo salvaje. Las nieblas eran más comunes y más duraderas ahora que el otoño estaba sobre ellos. La Escuela de mademoiselle Geraldine para el perfeccionamiento de señoritas de alta alcurnia no descendió, por lo que las lecciones con el capitán Niall fueron canceladas por el momento. Tenían suficiente combustible y suministros para una buena temporada lejos de la civilización. Por lo que flotaron, envueltos por por la húmeda y fría niebla gris, ocultos a los amigos y enemigos por igual... durante *tres meses enteros*.

Cuando ya llevaban alrededor de un mes, Sophronia escuchó por casualidad a Monique quejándose con Preshea de la prohibición de comunicarse con el exterior. Era evidente que las restricciones finalmente habían llegado a ella, y que no había conseguido enviar su mensaje fuera la noche que Sophronia, Soap y Vieve se habían infiltrado en Bunson.

—No me puedo creer que no me dejen a mí —*¡a mí!*— enviar un mensaje.

—No le dejan a nadie, Monique. El otro día oí a Sophronia quejarse de eso.

—Pero el mío es *muy* importante.

—Oh ¿en serio? ¿Es un pedido de sombreros para el próximo verano?

—Oh, sí, por supuesto. Algo así. —Monique evitó cuidadosamente el interés de Preshea—. Y también guantes y algunos abanicos.

Sophronia discutió la conversación con Dimity más tarde esa misma noche.

—Realmente pienso que Monique tenía la esperanza de enviar a alguien información sobre dónde ocultó el prototipo. ¿Crees que los profesores pudieron encerrarla la noche de la excursión al teatro en un esfuerzo por evitar que eso sucediera? Lo que quiero decir es que no vi ni rastro de ella en toda la noche.

El rostro redondeado de porcelana de Dimity se arrugó por la sospecha.

—Eso es un enfoque terriblemente medieval. No me puedo imaginar que fueran tan estrictos con ella.

Sophronia se tumbó.

—Dimity, nos estamos perdiendo algo.

—¿A bordo? Un queso decente —sugirió Dimity.

—No, lo que quiero decir es que si Monique lo escondió en algún lugar, ¿por qué nunca la vimos hacerlo? ¿Crees que puede estar todavía en el carruaje? ¿Te separaste de ella alguna vez durante la primera parte del viaje?

—Sólo cuando fue a entrevistarte.

—¡Por supuesto! ¡Dimity, eres brillante!

—¿Lo soy?

—Mientras yo estaba haciendo las maletas, ella le preguntó a mi madre si podía dar un paseo por los jardines. ¡El prototipo debe de estar escondido en *mi casa!*

—¡Dios mío! Supongo que tienes razón. Oh, Sophronia, ¿qué pasará si los salteadores del aire lo descubren? ¿O si Monique está trabajando para gente aún más siniestra, y *ellos* lo descubren?

El estómago de Sophronia se retorció de pánico

—Entonces mi familia podría estar en peligro. ¡Debo hacerles llegar un mensaje de algún modo!

Por supuesto, Sophronia no fue más capaz que Monique de enviar una carta fuera. Ella y Dimity incluso hicieron un intento fallido de entrenar a una paloma. La paloma *no estaba interesada*. Sophronia empezó a ver el atractivo detrás de la máquina de transmisión y el prototipo. Intentó tranquilizarse. *Después de todo yo soy la única que sabe que Monique estuvo sola durante ese pequeño espacio de tiempo. Y aunque los salteadores del aire lo averigüen, es de esperar que usen métodos sigilosos y no violentos para recuperar el prototipo, y dejen a mis padres y a mis hermanos en paz.*

LECCIÓN 14

Intercambiando clases

El profesor Braithwope se encargó de una parte de su entrenamiento con armas, dándoles consejos sobre cómo manejar un bastón frente a una sombrilla y frente a un paraguas, y la correcta aplicación de cada uno de ellos al cráneo o a la nuca según lo exigiera la ocasión. Al igual que el capitán Niall, pareció particularmente satisfecho con las capacidades de Sidheag en este área.

—Es una pequeña ventaja de haber sido criada por soldados. —Después de las clases, Sidheag se mostró modesta ante la atención extra.

—Es una pena que no parezca haber más ventajas —dijo Monique desdeñosamente.

Los hombros de Sidheag se hundieron.

Sophronia y Dimity intercambiaron una mirada y alcanzaron a la otra chica, una a cada lado de ella.

—No dejes que Monique te moleste. Ya sabes cómo se pone —dijo Sophronia con simpatía.

Dimity fue más directa.

—Es una pajarraca.

Sidheag las miró a las dos alternativamente. Después se encogió de hombros.

—En todo caso, no tengo la intención de estar aquí mucho más tiempo. Así que puede hacer lo que le plazca.

Sophronia decidió en este momento que ya estaba harta de la naturaleza recalcitrante de Sidheag. Había soportado esto durante meses. Preshea y Agatha estaban más allá de toda esperanza. Pero Sidheag tenía las cualidades para convertirse en una amiga decente, sólo tenía que abrirse un poco. Sophronia agarró a la chica alta del brazo y la condujo hacia un balcón, en lugar de a su siguiente clase.

—¿Qué estás...? —La escocesa estaba claramente sorprendida.

Y también lo estaba Dimity, quien, con un pequeño chillido estrangulado, las siguió.

Sophronia se armó de valor, puso las manos en jarras y se enfrentó a lady Kingair.

La escuela de mademoiselle Geraldine no alentaba la confrontación inequívoca bajo ninguna circunstancia. Pero Sophronia tenía la sensación de que esto era necesario con Sidheag.

—Tienes que dejar de tenernos tanto miedo —dijo.

De todas las cosas que Sidheag había esperado oír, esta no era claramente una de ellas. La chica alta farfulló. Finalmente logró decir:

—¿Miedo? ¡Miedo!

—Sophronia, ¿qué haces? —siseó Dimity, alejándose de las dos chicas.

—Sidheag, te guste o no, vas a estar aquí atrapada durante varios años. Andar por ahí encorvada como una gruñona no te va a llevar a ninguna parte. Lo menos que puedes hacer es aprender lo que se enseña aquí e intentar llevarte bien con algunas de nosotras.

—Aquí todo va de hablar a las espaldas de las demás. No comprendo cómo se manejan las mujeres.

Dimity dijo, tímidamente:

—Te guste o no, Sidheag, tú eres una chica.

—Por mis pecados.

Sophronia tuvo una idea. *Tal vez Sidheag sólo quiere ser incluida en algo.* Con una mirada culpable a Dimity, le preguntó:

—¿Cómo de buena eres escalando, lady Kingair?

Sidheag se sorprendió por el cambio de tema.

—¿Entiendes ahora lo que quiero decir? ¿Por qué hacerme una pregunta oscura? ¿Por qué no me dices directamente lo que crees que debemos hacer y por qué sería eso lo mejor?

Sophronia se preguntó, con Vieve en mente, cómo había podido terminar en una escuela de señoritas rodeada por chicas que preferían ser chicos. *Bueno, excepto Dimity, por supuesto.*

Dimity dijo, a pesar de que la conversación había cambiado de rumbo.

—¿Qué hay de malo en que te gusten las cosas de chicas? A mí me gustan las enaguas, bailar, los perfumes, los sombreros, los broches, los collares... —sus ojos estaban ligeramente vidriosos mientras contemplaba cosas relucientes. Parecía probable que siguiera en esta línea durante algún tiempo, por lo que Sophronia la interrumpió.

—Hay alguien a quien creo que deberías conocer, Sidheag. A modo de proveedor de carbón.

Dimity parpadeó.

—¿Cómo puede ayudar el carbón, Sophronia? ¿Estás chiflada?

—Ten fe, Dimity. Bueno, Sidheag, ¿sabes escalar?

—Por supuesto.

—¿Esta noche, entonces?



Y así fue cómo Sophronia terminó presentando a lady Kingair a un grupo de hollinosos.

—¡Buenas noches, señorita! —le sonrió Soap mientras ella se encaramaba por la escotilla.

La muchacha había tratado de visitar la sala de calderas una vez cada dos semanas desde que la escuela se había vuelto gris. En consecuencia, Soap se estaba volviendo cada vez más familiar para ella, y también más cautivador. Sophronia preferiría no disfrutar tanto de su compañía. Él era tan sucio, tan inadecuado y tan chico... pero aún así no podía evitar que le gustara.

—Buenas noches, Soap, ¿cómo le está tratando la sala de calderas?

—¡Bárbaro, señorita, bárbaro! Se ha traído a una amiga. Nunca antes había traído a una amiga. Pensé que no tenía ninguna. Salvo a nosotros, por supuesto —dijo riéndose entre dientes.

—Esta de aquí es la señorita Maccon. Sidheag, este es Soap, y estos son los hollinosos.

Sophronia hizo un amplio gesto para incluir tanto al pequeño colectivo que revoloteaba alrededor de Soap como a los otros que corrían de acá para allá por detrás de él. No reveló el título de Sidheag, por miedo a que Soap y los otros se dejaran intimidar por su rango.

Sidheag no se opuso a la degradación. Había entrado por la escotilla y estaba mirando a su alrededor con los ojos como platos.

—¿Qué es este lugar?

—La sala de calderas, señorita. ¿No es grandiosa? El alma de la nave está aquí abajo. Encantado de conocerla. Yo soy Phineas B. Crow. Pero casi todo el mundo me llama Soap.

Sidheag le sonrió. Una sonrisa real, sin precaución ni rigidez en ella. *Eso está mucho mejor*, pensó Sophronia.

Mientras Soap le mostraba las maravillas de la sala de calderas a su nueva visitante con gran orgullo, Sophronia se volvió hacia los otros hollinosos. Vació los bolsillos de las golosinas y los canapés que había hurtado el día anterior a la hora del té, y se los pasó al grupo expectante. Le había llevado unas cuantas visitas darse cuenta de que los hollinosos no estaban, de hecho, tan bien alimentados como las estudiantes, y que subsistían principalmente a base de gachas de avena, pan y estofado.

Fingió estar totalmente absorta en la distribución de las pequeñas tartas de limón para que Soap pudiera obrar su inexplicable encanto sobre Sidheag. Soap gustaba inevitablemente a todo el mundo. Cualquiera que no sintiera un rechazo inmediato contra él por el color de su piel o por su posición en la vida estaba destinado a disfrutar de su compañía. Y Sidheag podía ser muchas cosas, pero Sophronia no creía que fuera particularmente intolerante.

Las tartas eran la idea que Dimity tenía de una reforma. Sophronia había estado de acuerdo en distribuir las entre los hollinosos siempre y cuando Dimity estuviera de acuerdo en no intentar ninguna otra cosa altruista. Sin embargo, Dimity la había visto deslizarse fuera de su habitación esa noche con una expresión que era en parte de miedo y en parte de celos.

—¿Por qué te llevas a Sidheag pero no a mí?

—Pero Dimity, no sabes escalar.

—¡Podría intentarlo!

—Y no te gusta ensuciarte.

—Podría ponerme mi vestido más viejo.

—Y no estás interesada en las salas de calderas.

—¡Pero ellos necesitan claramente mi ayuda! Si voy a ser una dama debo practicar las obras de caridad tan pronto como sea posible. Quiero ser *buena*.

—¡En vez de eso sé sensata!

Dimity puso mala cara.

Así que Sophronia ahora estaba atrapada pasando tartas de limón. Estaba prestando tan poca atención a Sidheag y Soap que cuando comenzó la pelea, le llevó un momento reaccionar. ¡Estaban luchando!. *¡Oh, no! ¿he juzgado mal a Sidheag?*

Sin embargo, una rápida observación demostró que no se trataba de una lucha con intenciones reales.

Sidheag y Soap se estaban enfrentando en un combate de esgrima, cada uno de ellos con un atizador y una expresión feroz. Estaban casi igualados en estatura, y también estaban causando un gran revuelo y excitación. Los hollinosos que los rodeaban empezaron a hacer apuestas con las tartas de limón que Sophronia se había esforzado tanto en repartir de una manera justa.

—¿Qué estáis haciendo?

—Es brillante, Sophronia. ¿Sabías que este chico sabe dar puñetazos callejeros?

La cara agría de Sidheag estaba animada de puro deleite.

—¿De veras? —*¿Callejeros, pero no vive en el aire?*

—Lucha sucia. ¡Es estupendo! ¡Mira esto!

Soap se agachó esquivando la arremetida de Sidheag y le dio una patada en el tobillo.

Sophronia estaba escandalizada. *¡Se supone que no se deben dar patadas durante una pelea! No es caballeroso, no es apropiado, no se hace!*

—¡Soap, eso es deshonesto!

Soap se detuvo y se volvió para sonreírle.

—Sí, señorita, pero funciona.

Mientras estaba distraído, Sidheag le golpeó en el costado con su atizador.

Soap dejó escapar un quejido y se dobló.

Sidheag se acercó a él, y después de que el muchacho lograra enderezarse, le pasó un brazo por encima de sus hombros cubiertos de hollín con camaradería. Estaba más

relajada de lo que Sophronia nunca antes la había visto.

—Tiene sentido. ¿Por qué deberíamos luchar como caballeros? Después de todo, como me sueles recordar, Sophronia, no somos caballeros. Ni siquiera somos soldados. Se supone que somos espías. Deberíamos aprender a pelear sucio. Deberíamos aprender a luchar de todas las formas posibles.

Sophronia trató de dejar a un lado sus dudas y mostrarse razonable. Lo cual era más difícil de lo que ella pensaba.

—Eso es razonable, supongo. Pero ¿patadas?

—Bueno, señorita, no es por ser grosero, pero las damas no son ni hollinosos ni soldados. No tienen muchos músculos en los brazos. Deberían dar más patadas, tienen más poder en las piernas, ¿no es así? Y usualmente llevan botas con punta afilada.

Sophronia asintió.

—Bien pensado. Pero también llevamos un montón de faldas.

—Podríamos hacernos con unas botas especiales hechas con refuerzos metálicos y añadidos —sugirió Sidheag.

—Sidheag Maccon, ¿acabo de oírte mencionar el diseño de un accesorio de moda?

Sophronia utilizó un tono de aparente consternación, pero al mismo tiempo pensaba, *Vieve podría hacer algo por el estilo.*

Sidheag sonrió. Otra de esas sonrisas genuinas que la hacían parecer, si no hermosa, al menos un poco más atractiva. La sonrisa le arrugó sus extraordinarios ojos color caramelo y suavizó sus rasgos normalmente duros. Sophronia, en ese momento, decidió que la idea de traer a Sidheag con los hollinosos había sido un éxito rotundo.

Pero entonces una sombra amenazante se cernió sobre ellos y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

—El engrasador. ¡Dispersaos! —gritó Soap.

Sophronia y Sidheag siguieron sus instrucciones, corriendo con todas sus fuerzas junto a los hollinosos hacia abajo y rodearon la parte posterior de una de las pilas de carbón y se apretaron dentro de una grieta.

Soap, que era un idiota noble, interceptó al engrasador.

—No le van a echar de la escuela por esto, ¿verdad? —preguntó Sophronia, con el corazón en un puño.

—¿Qué, a Soap? ¿Por pararse y participar en un simulacro de esgrima? —se mofó uno de los hollinosos.

—Mientras que no os identifiquen como de los niveles superiores, lo más que va a conseguir es una colleja en la oreja —agregó otro.

—Él gusta a los engrasadores. Nos mantiene a todos a raya, y trabaja más duro que dos de nosotros juntos —explicó el primero.

Sophronia y Sidheag dejaron escapar suspiros de alivio.

Sidheag se volvió hacia ella.

—¡Esto es divertido!

—La escuela de señoritas no es tan mala, después de todo, ¿verdad?



—No es justo. ¡Yo soy tu primera amiga aquí! ¿Por qué persistes en merodear por ahí con Sidheag todo el tiempo? —Dimity estaba claramente intentando no gimotear.

—Casi no persisto en ello; sólo vamos fuera una vez a la semana más o menos.

—Y vosotras dos os pasáis el rato riéndoos de cosas.

—Yo no me río sin un propósito. Lady Linette dice que nunca se debe abusar de las risitas. Y Sidheag nunca se ríe en absoluto.

—Bueno, sin lugar a dudas esto no es justo. —Dimity estaba sentada en el borde de su cama, mirándose los pies con tristeza.

—Ella me ha estado ayudando con técnicas de lucha.

—Yo podría necesitar un entrenamiento adicional en combate.

—Dimity, si tú ni siquiera quieres aprender. Me dijiste que habías decidido abandonar por completo esa materia. Que en realidad sólo querías ser una dama.

Dimity suspiró.

—Supongo que tienes razón.

Bumbersnoot, que estaba husmeando alrededor de la cama buscando con optimismo algún terrón suelto de carbón o tal vez una pequeña araña que podría incinerar, se acercó a ellas bamboleándose.

Dimity le dio una palmadita en la cabeza, y el mecanimal soltó una pequeña ráfaga de humo por una oreja. Sophronia se mordisqueó la punta de un dedo pensativa.

—Se me ocurre una idea... ¿qué tal si me ayudas con la etiqueta de los bailes y del cortejo? Tú eres mucho mejor que yo a la hora de recordar el orden de precedencia.

Dimity se animó.

Y así fue cómo Dimity y Sophronia terminaron haciendo prácticas adicionales por las noches. Después de mostrarse un poco reticente al principio, Sidheag terminó uniéndose a ellas. Dimity logró recuperarse de sus celos y, como resultado, atacó a la chica escocesa con sus habituales burlas locuaces, lo cual empujó a Sidheag a abandonar sus formas torpes. A cambio, Sidheag empezó a mostrar a Dimity algunos trucos sencillos con el cuchillo. Sin sangre, por supuesto. No se volvió a mencionar nada más sobre los misteriosos paseos nocturnos.

—Siento que realmente no estoy contribuyendo a nuestro pequeño grupo de estudio —le dijo Sophronia a Dimity una noche antes de irse a dormir.

—No seas tonta, Sophronia; tú eres mejor que cualquiera de nosotras.

Sophronia pudo sentir que se ruborizaba.

—¡No lo soy!

—Por supuesto que lo eres. Simplemente no hemos cubierto tu especialidad todavía en las clases.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Tú ves oportunidades. Y aprendes cosas y las combinas de formas que el resto de nosotras no.

Sophronia contempló esto.

—¿Yo hago eso?

—Apuesto lo que sea a que has hecho un millón de conexiones en ese cerebro tuyo que yo nunca he considerado siquiera. Les dices cosas a los profesores que sé que tú nunca me cuentas. Vas a lugares en este dirigible que yo ni siquiera sé que existen. Por otra parte, tú no siempre lo haces de la manera más propia de una dama.

Sophronia permaneció en silencio.

—Por ejemplo, tus dos mejores enaguas han desaparecido. Se desvanecieron la noche de la obra.

—¿Te has dado cuenta de eso? —*Qué embarazoso. Si Dimity se ha percatado de la ausencia de mis prendas interiores, Dios mío, cualquier persona más puede haberlo hecho... Monique, ¡o el profesor Braithwope!*

—Yo siempre me fijo en la ropa. Y tampoco te puedo imaginar quedándote sentada aquella noche entera en esta habitación sola.

—¡Pero...!

Dimity se recostó sobre la almohada, sonando satisfecha consigo misma.

—Sé que piensas que sólo presto atención a los aspectos relacionados con la etiqueta de nuestro entrenamiento, pero no puedo evitar asimilar otras cosas a lo largo el camino. Puede que quiera ser una dama, pero también estoy aprendiendo a ser una espía tanto si me gusta como si no. Y tú *eres* mi amiga más íntima.

—¿Así que me espías?

Sophronia tan sólo pudo distinguir el movimiento de un encogimiento de hombros debajo de las mantas de Dimity.

—Yo no soy Monique. No voy a utilizarlo contra ti.

—Ella no me ha hecho nada directamente desde que me delató.

—Lo sé. ¿No te preocupa?

—Sí. Creo que todavía está tratando de enviar el mensaje fuera del barco. Por suerte, está tan obstaculizada como yo.

Sophronia sentía, de una manera bastante fantasiosa, como si estuvieran perdidas para siempre, flotando en la niebla. El tiempo había adquirido una cualidad atmosférica.

—¿Crees que ella sabe que lo sabemos?

—Espero que no.

Las dos chicas se quedaron en silencio.

Finalmente, Sophronia dijo:

—A ti realmente te preocupa la ropa y la moda, ¿verdad, Dimity?

—Mucho. Es importante, incluso lady Linette dice que es un método de manipulación. Puedes dictar lo que la gente piensa de ti simplemente llevando los guantes adecuados, por no mencionar las joyas.

Sophronia estaba perdida en el recuerdo de la segunda batalla con los salteadores del aire.

—¿Qué dirías de un hombre que va *flotando* ataviado con un refinado traje de noche y un sombrero de copa rodeado por una cinta verde?

—Corre —respondió Dimity al instante. Su voz, normalmente llena de brillante diversión y mofa, había adquirido un tono completamente sobrio.

—¿Por qué?

—No sé tú, Sophronia, pero yo desde luego que no estoy preparada para enfrentarme cara a cara con un Escabechado. Aún no.

—Ah, por supuesto. ¿Y qué es exactamente un Escabechado?

—¿No lo sabes?

—¿Cómo podría?

—Oh, lo siento. Siempre me olvido de que eres una recluta encubierta. Pareces ser tanto una de nosotras.

—Eso es muy amable por tu parte.

—Cuidado... no queremos que Monique descubra que te gusta estar aquí. Ella hará lo que sea para conseguir que te expulsen. En cualquier caso, los Escabechados son una especie de hombres encargados de todo tipo de cosas importantes. No exactamente legales, y raramente agradables. Les gusta el dinero y el poder. Eso es más o menos todo lo que sé. Oh, y su líder es llamado el Gran Condimento.

Sophronia arqueó las cejas.

—Bueno, si tú lo dices.

Dimity se incorporó, con aspecto preocupado.

—¿Crees que Monique podría estar trabajando para *ellos*?

—No, está claro que ellos o bien apoyan o bien tienen empleados a los salteadores del aire. Y recuerda, Monique se negó a cooperar. Si trabajara para ellos, ¿por qué toda esa teatralidad en el camino? ¿Por qué no limitarse a entregarles el prototipo? ¿Por qué ocultarlo en mi casa?

—Así que si no trabaja para ellos y tampoco trabaja para nuestra escuela, ¿para quién trabaja entonces?

—¿Para sí misma? ¿Para su familia? No sé... ¿Para los vampiros, tal vez? Puede que hasta para los licántropos. O quizá uno de los profesores sea un traidor. Ya sabemos que uno de ellos la defiende.

Dimity parecía nerviosa.

—¿Estás segura de que deberíamos involucrarnos? ¿No es esto algo que deberían resolver los adultos?

Sophronia le dedicó una pequeña sonrisa maligna.

—Yo pienso en esto como parte del entrenamiento. Además, si el prototipo está en mi casa, ya estoy involucrada. Monique me involucró.

Dimity se limitó a asentir.

—Sigue sin gustarme lo tranquila que ha estado. Debemos estar alerta.

—Estoy de acuerdo.



La advertencia de Dimity no podría haber llegado en un momento más oportuno, ya que habiendo renunciado finalmente a enviar un mensaje, Monique volvió a a centrar su atención no deseada en ser una imbécil.

Sophronia estaba ocupándose de sus propios asuntos y llegaba tarde al almuerzo, como tenía por costumbre. Todavía le quedaba por aprender las ventajas de la puntualidad. Tal como dijo a la hermana Mattie la tercera vez que llegó tarde a pociones y venenos caseros, nada interesante pasaba hasta *después* de que un evento comenzaba. Su tendencia natural a la tardanza se veía agravada por el hecho de que estaba tratando de encontrar tiempo para todas sus clases; el trabajo extra en el lenguaje de los abanicos y cómo planear una comida de cinco platos; las visitas a los hollinosos; y para practicar con Sidheag y Dimity cuando nadie estaba mirando. Nunca parecía haber tiempo suficiente para todo.

Así que estaba entrando disparada en el comedor porque llegaba tarde cuando alguien le puso una zancadilla y ella salió volando.

Por suerte habían aprendido un poco a caer correctamente. Sophronia cayó de cabeza, aterrizando en cuclillas sobre una rodilla con la otra doblada en lo que podría considerarse una reverencia burlona. Podría haber sido una caída grácil, excepto porque se desgarró el dobladillo del vestido mientras trataba de levantarse, se derrumbó hacia un lado y chocó contra una desprevenida chica mayor.

A estas alturas, la escuela entera ya se había vuelto para observarla, y una oleada de risitas se expandía por toda la sala.

Sophronia estaba absolutamente mortificada. Había intentado con todas sus fuerzas aprender a por lo menos fingir que era correcta y educada.

—¡Señorita Temminnick! —dijo mademoiselle Geraldine—. ¿Hay algún problema?

—No, directora. —Notó que se ruborizaba furiosamente. Esto le recordó el incidente con el montaplatos y el trifle, sólo que ahora le preocupaba. *Estúpida escuela, pensó, enseñarme a preocuparme por cosas semejantes.*

—¿Dónde está su equilibrio, señorita?

—Me parece que lo he extraviado en la bota de alguien, directora.

La profesora Lefoux la fulminó con la mirada.

—¿Qué ha sido eso? ¿Excusas? No se pase de lista, joven.

—No, profesora. Mis disculpas, directora.

Lady Linette dijo con calma pero con firmeza:

—Señorita Temminnick, salga y vuelva a entrar en la sala correctamente.

—Sí, milady. —Sophronia se dio la vuelta, salió de la habitación y después volvió a entrar. Esta vez mantuvo los ojos fijos en el suelo, a pesar de que sabía que todo el mundo la estaba observando y que hacía poco habían tenido lecciones sobre la forma de caminar con la cabeza bien alta.

Vio una bota estirarse como si quisiera salir de donde estaba e interponerse en su camino por segunda vez. La bota era de piel de cabritilla de color melocotón, con cintas de color rosa y un tacón asombrosamente alto. La persona que la llevaba era Monique de Pelouse.

Monique le sonrió con dulzura y después se volvió y dijo en voz muy alta.

—¿No es *my inteligente* por parte de la señorita Temminnick vestirse de azul? Con el color de su piel, ése es realmente el único color seguro. Que desafortunado que el vestido no tenga un corte más moderno, pobrecilla.

Sophronia, refunfuñando molesta por lo bajo, fue a sentarse en el otro extremo de la mesa. *¿Por qué tiene Monique que imponernos su presencia?*, se preguntó, *¿sólo para torturarnos? Sé que ha sido degradada, pero estoy segura de que podría sentarse con las chicas mayores. Concederles a ellas el beneficio de su chispeante conversación.*

—No te preocupes, Sophronia —dijo Monique—. Estoy segura de que nadie ha visto tu metedura de pata. —Ante lo que Preshea se rio entre dientes complacientemente.

Sophronia no señaló que Monique la había hecho tropezar, ya que sabía que sonaría como si estuviera a la defensiva.

—Tú no eres normalmente tan torpe.

—No, ése es *mi* papel —agregó Agatha con una sonrisa tímida. Sophronia miró a través de la mesa a Monique.

—Tienes razón, no lo soy.

Monique no había terminado. Después del té, distraídas por la perspectiva de una lección de cuadrillas con mademoiselle Geraldine durante la cual habían sido instruidas por lady Linette para que trataran de pasar mensajes secretos sin ser descubiertas por la directora, Sophronia y las otras no se dieron cuenta de que Agatha no estaba con ellas. La pobre chica no era *exactamente* una amiga, pero trataban de mantener un ojo sobre ella, como harían con Bumbersnoot.

Cuando Agatha finalmente se unió a ellas, unos diez minutos más tarde de haber empezado la clase, tenía los ojos enrojecidos. Mademoiselle Geraldine le lanzó un severo rapapolvo por llegar tarde, lo cual provocó que empezara a llorar.

—Vamos, querida, no tiene sentido que malgaste lágrimas conmigo; no soy un hombre. Además, está claro que usted no es el tipo de joven que llore con gracia. Le

salen manchas en la piel.

En ese justo momento Monique entró con elegancia en la habitación y se deslizó hacia la parte posterior de las chicas allí reunidas sin ser observada. Estaba acostumbrada a manipular a mademoiselle Geraldine.

—Sí, directora —respondió Agatha, intentando contener las lágrimas.

—No, no, con la manga no. Querida, ¿cuántas veces tengo que decírselo? Nunca debe limpiarse ninguna parte de la cara con la manga. Para eso está el pañuelo. E incluso así lo hacemos dándonos toquecitos. ¡Toquecitos, damas! ¿Dónde está su pañuelo?

Agatha rebuscó desesperadamente en su bolsito.

—¿No tiene pañuelo, Agatha Woosmoss? ¿Qué tipo de señorita de bien es usted?

—Lo siento, directora.

Mademoiselle Geraldine se volvió hacia la clase.

—Damas, ¿dónde guardamos siempre un pañuelo de reserva?

—En nuestro escote —vociferaron todas al unísono.

La directora sonrió abiertamente, sacudiendo sus rizos rojos y empujando su propio y generoso escote hacia adelante como mostrando así su conformidad.

—Ella podría guardar una fábrica entera de algodón en el suyo —susurró Sophronia a Dimity.

Dimity apretó los labios para evitar reírse.

Mademoiselle Geraldine continuó:

—¡Muéstrenmelos, damas!

Obedientemente, todas las chicas se llevaron la mano al canalillo y extrajeron piezas de fina muselina. Teniendo tan sólo trece o catorce años, pocas de ellas tenían suficiente canalillo para considerarse que sacaban sus pañuelos de ellos, excepto Monique. Sidheag era verdaderamente flacucha. Sophronia sentía que el suyo propio no estaba mal. El de Preshea, por supuesto, era perfecto. Dimity dijo que pensaba que la chica se ponía relleno.

—Ya sabes. Con bolsitas de romero.

Dimity describía el suyo propio como «lamentablemente pequeño».

Sidheag parecía tener dificultades para seguir las instrucciones de mademoiselle Geraldine.

—Lady Kingair, ¿dónde está su pañuelo?

—Bueno, maldita sea. Lo metí aquí. Parece que se ha deslizado hacia abajo dentro de mi corsé.

Mademoiselle Geraldine se abanicó.

—Lady Kingair, no hay necesidad de entrar en detalles. Una dama de bien no menciona algo así en voz alta.

—¿El qué? ¿Qué he dicho? —Sidheag estaba genuinamente confusa.

—Corsé —dijo Sophronia entre dientes.

—¡Señorita Temminnick! Usted no, también.

—Le ruego me disculpe, directora —Sophronia ejecutó una reverencia casi perfecta. Esto pareció apaciguar a mademoiselle Geraldine.

—No tiene suficiente para sostenerlo, directora —dijo Monique.

—Calle, señorita Pelouse. No hablamos de la dotación de otra dama en público. Lady Kingair, querida, ¿se introdujo el pañuelo antes o después de atarse el corsé esta mañana?

—Antes; de lo contrario me olvido —respondió Sidheag con prontitud.

—Bueno, debe esperar para meterlo después. Señorita Temminnick, ¿podría prestar a la señorita Woosmoss su pañuelo de repuesto, por favor? Así al menos tendrá algo. Ahora, damas, ¿por dónde iba? Oh, sí, la cuadrilla.

Agatha ocupó su lugar en el grupo con Sidheag y Dimity. Sophronia intervino para ser su compañera y le pasó el pañuelo. Agatha se lo metió debajo de su corpiño murmurando un «Gracias».

—Damas, comenzaremos con *Le Pantalon*. Y uno, dos, tres, cuatro. Un paso adelante, saluden a su pareja... no, señorita Buss, usted hace de hombre, ¿recuerda? Usted se inclina.

La directora ocupaba el cuarto puesto en el otro grupo con Monique, Preshea y una fregona vestida con un sombrero. Les estaba resultando mucho más complicado pasarse notas entre sí sin que ella se diera cuenta. La fregona, por supuesto, no era de ninguna ayuda.

—¿Qué ha pasado, Agatha? ¿Te encuentras bien? —preguntó Sophronia cuando la danza permitió la conversación.

—No es nada que te afecte ti.

—Déjame adivinar... ¿Monique? —Mientras hablaba, Sophronia deslizó a Dimity un pequeño trozo de papel doblado. No había nada en el papel; esto era sólo por técnica.

—Lo he visto —dijo Sidheag.

—Tal vez el pase de notas sea mejor hacerlo durante *L'été* —susurró Dimity.

Agatha dijo, en respuesta a la pregunta de Sophronia:

—Es malvada. Y no en el buen sentido.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada de importancia —la cara de Agatha estaba enrojecida—. No para ti, en todo caso. —La forma en que lo dijo daba a entender que Sophronia era culpable de alguna manera.

Pasaron de *Le Pantalon* a *L'été*. Como Dimity había predicho, resultó más fácil pasarse las notas, pero Agatha seguía soltando las suyas. Cada vez que lo hacía, todas se tenían que detener mientras ella miraba debajo de sus faldas para tratar de encontrar el trozo de papel. Esto decididamente no tenía nada de encubierto. Tenían que fingir que se estaba atando la bota.

Al final de la hora, mademoiselle Geraldine dio unas palmaditas para captar su atención.

—Ha sido adecuado, damas, pero sólo adecuado. Tienen que practicar las dos primeras secciones de la cuadrilla diez veces esta tarde. En nuestra siguiente lección, pasaremos a el *Le Poule*, por lo que espero que tengan el *Le Pantalon* memorizado.

—¿Crees que —preguntó Sophronia a Dimity mientras salían de la clase de la directora— es consciente de que ha dicho «el» dos veces?

Dimity alzó una ceja.

—Vaya, Sophronia, ¿estás insinuando que mademoiselle Geraldine no es realmente francesa? Es una sugerencia escandalosa.

—¿Más que sugerir que lady Linette es una dama? —añadió Sophronia.

—Oh, vamos, ella podría ser una dama, no puedes estar segura de eso. Después de todo, Sidheag es una dama y nadie se lo hubiera imaginado.

—Oh, muchas gracias, Dimity —dijo Sidheag desde donde las seguía por detrás de ellas.

Dimity inclinó su cabeza rizada hacia atrás y sobre su hombro, mirando a la chica alta con una sonrisa descarada.

—Oh, no pretendas sentirte ofendida. Ya te tengo calada. Te tomarás esto como un cumplido. Realmente no quieres ser una dama. Esa es tu mayor dificultad.

Sidheag murmuró algo así como quién querría ser una dama cuando podía ser un licántropo, cosa que las demás ignoraron por cortesía. Semejante idea era totalmente ridícula. Todo el mundo sabía que las chicas no podían ser licántropos.



Fue Dimity la que descubrió lo que le había pasado a Agatha. Dimity podía no ser muy buena averiguando cualquier cosa sobre prototipos, o en la dominación de mundo, o incluso en la elaboración de pastitas de té, pero sin lugar a dudas tenía un buen oído para los chismes.

—¿Has oído que Monique arrinconó a Agatha en el pasillo esta tarde? Al parecer, le dijo que se preguntaba cómo alguien de las proporciones vulgares de Agatha podía ni tan siquiera ser admitida en la escuela de mademoiselle Geraldine. Dijo que probablemente a Agatha no le pedirían volver después de las vacaciones de invierno, sin importar que viniera de una larga línea de espías. Dijo que tú ocuparías su lugar, ya que no había nadie mejor.

—Oh, cielos, no es de extrañar que Agatha esté enfadada conmigo. No es cierto, ¿verdad? —En las escuelas normales de señoritas, la actitud general era que cuantas más estudiantes mejor, pero esta era diferente. *Quizá en un dirigible se han de poner restricciones numéricas.*

Dimity se mordió el labio inferior.

—Es posible. No que tú ocupes su lugar, pero sí que ella podría no pasar al siguiente curso. No quiero parecer desagradable, pero ella no es realmente muy

buena. Probablemente le iría mejor en una auténtica escuela de señoritas, e incluso entonces... Quiero decir, ¿la has visto? No se trata tanto de su figura como de su confianza. —Dimity sacudió su cabeza rizada con simpatía—. Si tan sólo mejorara su postura.

Escucharon una exclamación ahogada desde la puerta y levantaron la mirada para ver el rostro redondeado y abatido de Agatha justo antes de marcharse.

—¡Creía que la habías cerrado! —dijo Dimity a Sophronia, horrorizada.

—Yo también creía que lo había hecho. Tal vez no sea tan mala espía como pensabas.

Dimity estaba claramente molesta consigo misma. Dimity era muchas cosas, pero nadie la llamaría mezquina.

—Debería ir tras ella, ¿no te parece?

Sophronia suspiró.

—Quizá deberíamos ir las dos.

Fueron a llamar a la puerta de la otra chica. La abrió Sidheag, con una expresión agria. *Bueno, más agria de lo habitual.*

—No quiere hablar con vosotras.

—Hemos venido a disculparnos —Dimity parecía esperanzada.

—Bueno, es un poco tarde para eso. —Sidheag se cruzó los brazos sobre su pecho huesudo y las fulminó con la mirada.

—Oh, no tomes esa actitud con nosotras, Sidheag Maccon. Sabemos que no eres tan mala como das a entender. —Sophronia pasó junto a la muchacha alta y entró en la habitación. Dimity la siguió, cerrando la puerta con firmeza tras ellas.

La habitación de Agatha y Sidheag era muy similar en estructura y diseño a la de Sophronia y Dimity. Lo que equivalía a decir que era pequeña, con dos camas, dos armarios y un tocador con un lavabo, y no mucho más. No tenía, por supuesto, el toque de Dimity. El toque de Dimity en su habitación implicaba que todas las superficies estaban cubiertas de pañuelos de seda de colores brillantes con broches de cristal relucientes enganchados a ellos. A Sophronia no le importaba, aunque pensaba que esto hacía que el lugar se pareciera un poco al tocador de una cantante de ópera.

Dimity se acercó a la cama donde Agatha yacía encorvada boca abajo, con la cabeza enterrada en la almohada.

—Lo siento, Agatha. No debería haber dicho eso.

Agatha no se movió.

Sophronia se acercó y dijo:

—¿No podrías dejar que te ayudemos, sólo un poco? Quiero decir, estamos *intentándolo* con Sidheag.

Sidheag resopló.

—Bueno, lo estamos *haciendo*. Ella nos ayuda con las cosas de chicos y nosotras la enseñamos a ser una chica.

Sidheag volvió a resoplar.

Sophronia le lanzó una mirada.

—Bueno, lo *hacemos*.

Dimity le dio unas palmaditas en la espalda a Agatha.

—Podríamos hacerlo contigo, también.

Agatha sorbió por la nariz y se dio la vuelta. Su cara estaba, como mademoiselle Geraldine había señalado, verdaderamente llena de manchas.

—¿Pero qué puedo hacer yo a cambio? —preguntó con voz temblorosa.

Sophronia y Dimity se esforzaron por dar con una respuesta.

Finalmente Sophronia dijo:

—Tú eres buena en sumas y cálculos en administración del hogar. El otro día escuché a la hermana Mattie felicitarte. Y nosotras podríamos necesitar ayuda para mejorar nuestros modales. Tú eres particularmente buena en eso.

Dimity acudió en su ayuda.

—Sí, yo hablo demasiado y Sophronia es demasiado atrevida.

—Qué amable por tu parte decirlo, Dimity —Sophronia levantó las cejas.

—Y por supuesto, Sidheag está más allá de toda esperanza —añadió Dimity.

—Sí, gracias, Dimity.

—Bueno, ¡es verdad! —dijo Dimity malhumorada.

Agatha empezó a reírse entre lágrimas.

—Ahí lo tienes, estás hablando demasiado de nuevo, ¿verdad, Dimity?

—¿Ves? ¡Ese es el espíritu! —dijo Sophronia.

LECCIÓN 15

Conservar los archivos adecuados y cómo robarlos

De esta manera sus pequeñas fiestas privadas de estudio pasaron de tener tres participantes a cuatro. Si Agatha observaba las ocasionales excursiones de Sophronia y Sidheag a la sala de calderas, había algo en lo que la chica era realmente buena, y ese algo era en contener la lengua. Su club privado sin embargo no ayudó a modificar la conducta de Monique. Más tarde esa misma semana, se corrió el rumor de que Dimity había salido con lord Dingleproops, sola y sin carabina.

Dimity estaba absolutamente abatida.

—¡Nunca he hecho eso! Soy una buena chica, para gran decepción de mamá. Siempre hemos estado acompañados. Además, no creo que yo le guste de esa manera. Sophronia empezó a pasear por la habitación.

—Monique ha iniciado el rumor, lo sé. Vamos a tener que hacer algo en relación con ella.

—No creo que ninguna de nosotras esté lista para llevar a cabo una destrucción total de su reputación de forma encubierta. Monique tiene cuatro años extra de formación. Puede que no sea una espía por naturaleza, pero sin lugar a dudas es un fastidio por naturaleza. —Dimity se mordió el labio, todavía disgustada.

—Es una bocazas difamadora por naturaleza, eso es lo que es. —Sidheag se había encariñado bastante con Dimity. *Dimity es así; te termina llegando al corazón.*

—¡Sidheag, ese lenguaje! —Dimity jadeó y después se volvió hacia Sophronia—. ¿Qué sugieres?

—Todavía no lo sé, pero más vale que sea bueno. Y algo en lo que no me pillen o que no se pueda volver contra mí.

Dimity, que estaba en la cama de Sidheag, se dio la vuelta sobre la espalda y se quedó mirando al techo.

—Querrás decir en lo que no *nos* pillen.

—¿Nos?

—Te voy a ayudar —dijo Dimity.

—Yo también —insistió Sidheag.

—Y yo, aunque yo probablemente no seré de mucha ayuda.

—Y está Bumbersnoot... también ayudará —añadió Dimity.

—¿De verdad? ¿Qué problema tiene Bumbersnoot con Monique?

Dimity consideró esto seriamente.

—No lo sé, pero apuesto lo que sea que tiene alguno. Oh, ella lo abolló una vez. ¿No es así, pequeño presumido?

Sophronia respiró hondo.

—Podríamos ir tras el prototipo. Así se enterarían todos. Y ella no podría dárselo a su empleador, quienquiera que sea.

Sidheag y Agatha, que hasta el momento no se habían visto realmente involucradas en sus investigaciones encubiertas, parecían estar intentando con todas sus fuerzas entender de lo que estaba hablando.

—¿Cuál es entonces el plan? —preguntó Sidheag.

—No os va a gustar.

—¿Por qué no?

—Porque implica un baile.

Sidheag y Agatha palidieron ante la idea.

—¡No estoy preparada para un baile! —dijo la chica alta con una expresión de pánico impropia de ella.

—Oooh, un baile. —Dimity aplaudió.

—Bueno, hay uno la noche que vuelvo a casa. Es una buena excusa para llevaros de visita. No puedo escribir para consultarlo, por supuesto. Pero será una excelente coartada para buscar en la casa y en los jardines mientras Frowbritcher y los otros criados mecánicos están distraídos.

—Pero eso es al comienzo de las vacaciones de invierno. ¿Cómo vamos a hacer llegar el prototipo a las manos adecuadas? —quiso saber Dimity—. Eso suponiendo que lo encontremos.

—Esa es la otra parte del plan. Alguien habló con la escuela para que me reclutaran. Tenemos que averiguar quién informó sobre mí a lady Linette. Si averiguamos quién es esa persona, podemos darle el prototipo.

—No creo que sepas quién podría ser, ¿verdad?

Sophronia volvió a sonreír.

—No, pero...

—Conozco esa mirada —dijo Dimity—. Es la mirada que pone justo antes de irse a explorar.

—¿Pero? —incitó Sidheag.

—Pero podríamos entrar en los archivos de la escuela para averiguarlo.

—Sophronia, ¡eso es una idea terrible! —protestó Dimity.

—Estás loca —añadió Sidheag.

Agatha se limitó a observarla con ojos desorbitados.

—Ah, pero tengo un as en la manga.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Voy a tomar prestado un obstructor y algo de *jabón*.



—Podría, pero llevaría mucho tiempo. Yo tardé años en aprender. ¿Debo entender que lo necesitas antes de las vacaciones?

Soap y Sophronia estaban sentados viendo a Sidheag enfrentarse a un pequeño rebaño de hollinosos en una estimulante partida de dados durante un descanso en el turno de noche. Las dos chicas habían ido a por carbón y se habían quedado a conversar y, en el caso de Sidheag, para participar en juegos de azar. Era realmente una causa perdida. Sophronia había albergado la esperanza de que Soap pudiera enseñarle sus ingeniosos trucos para abrir puertas cerradas.

La chica asintió sombríamente.

—¿Para qué quieres aprender a abrir cerraduras, en todo caso? —preguntó Soap.

—Necesito obtener información sobre las agentes de inteligencia afiliadas a la escuela cercanas a mi casa que pudieran haberme reclutado para la escuela de mademoiselle Geraldine.

—¿Quieres entrar en la sala de los archivos?

—Se puede decir que sí.

—Suenan divertido.

—Soap, ¿qué pasa si te pillan en los niveles superiores?

—Vamos, señorita, ¿crees que cada vez que nos visitas no corremos un riesgo? Es algo bueno que haya tantos hollinosos y tantos lugares en los que esconderse. Y que nos sobornes a todos nosotros con pequeños pastelillos. Porque de lo contrario hace tiempo que alguien habría puesto fin a estas pequeñas visitas tuyas.

Sophronia se quedó mirándole. No quería que Soap asumiera demasiados riesgos por ella.

Él le sonrió, se deslizó un poco hacia ella, y chocó con su hombro.

—Deja de preocuparte. Puedo escapar. Además, ¿cómo lo vas a hacer sin mí?

Sophronia se sintió un poco aturdida a pesar de su preocupación.

—¡Oh, muy bien! Pero esto se está convirtiendo en toda una expedición.



Les llevó una semana planear su incursión en la sala de los archivos. Vieve accedió a prestarle a Sophronia el obstructor con mucha facilidad. La muchacha estaba inmersa en alguna nueva invención que ocupaba la mayor parte de su tiempo. Ni siquiera la tentación de allanar una sala de los archivos a medianoche captó su atención. También les dijo dónde se encontraba la sala.

—Por supuesto que lo sé. ¿Por quién me tomáis, por una aficionada? Allí se guardan también los archivos de los inventos.

Después de esto discutieron largo y tendido sobre quién debería ir y sobre quién debería quedarse atrás.

Sophronia no le dijo a nadie que Soap iba a ir; sólo les dijo que tenía una forma de entrar una vez encontraran el lugar.

—¡Quiero ir! —defendió Dimity con fuerza—. ¡Todavía no he tenido ninguna excursión emocionante!

—Vas a ser tú o Sidheag; tenemos que ir los menos posibles.

Y está claro que Agatha no está interesada.

Dimity miró suplicante a Sidheag, quien, como era de esperar, se encogió de hombros.

Dimity lo tomó como una afirmación y juntó las manos con entusiasmo.

—Puede que tengas que moderarte un poco en el uso de los brillos, ya sabes. Se trata de que no nos vean.

Dimity, a regañadientes, se quitó todas sus joyas y se puso su vestido más oscuro, un vestido de paseo color azul marino.

—¿Así está bien?

—Admirable.

Soap las estaba esperando como estaba previsto en la cubierta exterior del aula vacía de la hermana Mattie, acechando entre las macetas de plantas. Se materializó desde la oscuridad tras una alta dedalera. *Buena como veneno en grandes dosis o para dificultar la respiración en pequeñas cantidades*, recordó Sophronia.

—Buenas noches, señoritas.

—Buenas noches, Soap. ¿Todo preparado? —El muchacho parecía más limpio de lo habitual, y su ropa casi le quedaba bien. *Se ha puesto sus mejores galas por mí.* Sophronia estaba encantada.

—Por supuesto. ¿Y tú tienes el obstructor?

—Sí, en efecto —Sophronia le mostró su muñeca.

Dimity permaneció en silencio, con la boca formando una perfecta *O* por el asombro mientras miraba a Soap.

—Dimity, este es Soap. Bueno, Phineas B. Crow es su auténtico nombre.

Soap exhibió su sonrisa perfecta y se quitó la gorra en señal de saludo ante la todavía estupefacta Dimity.

—¿Cómo está usted, señorita?

—Esta es Dimity Plumleigh-Teignmott.

Dimity hizo una reverencia y recuperó la voz, afortunadamente recordando mantenerla baja.

—¿Cómo está usted, señor Soap?

—Oh, Soap es suficiente, señorita.

Dimity le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Sabe? Tenemos un mozo de cuadra como usted. Ya sabe, de color. Tal vez lo conozca, su nombre es Jim, él...

—No me gusta interrumpir las presentaciones, pero realmente tenemos que ponernos en marcha —dijo Sophronia, principalmente para evitar cualquier ocurrencia más que se le pudiera pasar a Dimity por la cabeza.

Los tres se volvieron y se dirigieron de forma mesurada hacia la sección de los profesores. Emplearon una buena cantidad de tiempo deteniéndose para dejar que el obstructor obrara su magia invisible, rodeando a toda prisa a los autómatas mecánicos congelados y siguiendo hacia adelante.

Afortunadamente, la sala de los archivos estaba exactamente donde Vieve había dicho que estaría: en la planta superior de la sección delantera del dirigible.

Llegar hasta allí fue bastante menos fácil de lo que podría haber sido. Dimity no sabía escalar, y se quedó temblando y chillando por la distancia hasta el suelo —lejos — y la dificultad para salvar la brecha —imposible—. Finalmente subieron por unas escaleras raquíticas que se enroscaban en espiral alrededor del casco exterior desde el balcón de la profesora Lefoux hasta una pequeña puerta como la de una alacena.

Directamente encima se situaba la cubierta chirriante delantera, donde Sophronia había estado en su primer día y había adquirido a Bumpersnoot. Debajo estaban los niveles que contenían las habitaciones privadas de los profesores; y debajo de estos se encontraba la enorme sala de calderas. La sección delantera albergaba todo lo *importante*, y el nivel del ático era uno de los únicos lugares que Sophronia no había visitado. Por consiguiente, la muchacha se moría de curiosidad.

Dimity les hizo señas para que mantuvieran las voces bajas.

—Profesor Braithwope, ¿recordáis? Él todavía está despierto y está a tan sólo uno o dos niveles por debajo de nosotros, con el oído agudo de un vampiro.

Desearía que hubiera pensado en eso cuando estaba chillando, pensó Sophronia.

Continuaron en silencio. El nivel resultaba de alguna manera opresivo. Incluso Sophronia se sintió agobiada, y ella era con mucho la más pequeña de los tres. Esta zona no estaba provista de lámparas de gas con forma de sombrilla, por lo que tenían que ir a tientas a través de la oscuridad.

Encontraron la habitación, convenientemente señalizada como BIBLIOTECA DE ARCHIVOS — CONTIENE ARCHIVOS IMPORTANTES en grandes letras doradas.

Había un soldado mecánico directamente fuera de la puerta. Los vio acercarse y volvió a la vida con un zumbido, expulsando humo desde debajo de su casco con furia en señal de alarma. Antes de que Sophronia pudiera incluso levantar el obstructor, el autómata mecánico levantó un brazo con forma de cañón y les disparó.

Soap se tiró al suelo por instinto. Sophronia y Dimity se encogieron.

Se encontraron cubiertas por una red de algún material esponjoso y pegajoso, parecido a tripas, que sin embargo era muy fuerte. El autómata mecánico avanzó hacia ellos siseando amenazadoramente.

Me siento como una perdiz envuelta en tocino, pensó Sophronia. *Qué desagradable*. Sophronia no podía levantar el brazo para apuntar con el obstructor, ya que la red lo mantenía firmemente pegado a su costado.

—Dimity, ¿puedes alcanzar tus tijeras de costura?

—No me puedo mover —graznó Dimity, y luego soltó un *puff* cuando un poco de la red pegajosa se le metió en la boca.

—¿Soap? —Sophronia intentó mirar a su alrededor buscando al hollinoso.

—Estoy mejor que vosotras, señorita. Pero es un poco embarazoso.

Sophronia miró hacia abajo. Al lanzarse al suelo para evitar la explosión, Soap había terminado parcialmente protegido por las faldas de su vestido. Sólo un lado de su cuerpo estaba atrapado en el suelo por la red; la otra mitad estaba bajo sus enaguas.

El autómeta mecánico estaba sobre ellos, y al parecer había recibido instrucciones de intentar capturar a cualquier intruso, pero le confundía el hecho de haber capturado a tres a la vez. Estaba emitiendo chirridos desconcertados y balanceándose de un lado a otro de su raíl mientras examinaba cuidadosamente sus protocolos para un acercamiento correcto a la situación.

—¿Tienes unas tijeras de costura? —preguntó Sophronia a Soap.

—No, señorita, pero tengo un cuchillo.

—Puedes llegar hasta él e intentar liberar mi muñeca?

Soap se retorció, ahuecando las enaguas mientras movía su brazo libre. Dimity soltó un chillido ahogado de alarma ante esta indignidad hacia la persona de Sophronia. Soap logró a duras penas culminar su tarea, recortando una cantidad suficiente de hebras para permitir a Sophronia elevar el brazo y apuntar con este hacia el autómeta mecánico. Desafortunadamente, las hebras estaban ahora pegadas a su cuchillo.

El soldado mecánico parecía haber tomado una decisión. Se inclinó hacia atrás y levantó su otro brazo, el cual escupía humo.

—¡Nos va a quemar vivos! —jadeó Dimity.

Antes de que el autómeta mecánico pudiera hacer nada más, Sophronia le golpeó con la explosión invisible de su obstructor. El autómeta mecánico se quedó congelado, pero ellos todavía tenían que sustraerse de la red. Soap siguió cortando desde abajo con su cuchillo, usando el dobladillo del vestido de Sophronia para limpiarlo mientras lo hacía. Sophronia logró acceder a su bolsito con su mano libre y sacar las tijeras de costura. Cortó la red que las rodeaba a Dimity hasta que ella, también, pudo llegar hasta sus propias tijeras.

—Este material es demasiado pegajoso. Estoy segura de que es de naturaleza comestible. ¿Deberíamos estar manipulando alimentos crudos? Mi vestido está completamente arruinado, e incluso usarlo para limpiar no es muy efectivo. —Dimity no estaba nada contenta.

Sophronia examinó la pegajosidad de la red entre dos dedos. *Me pregunto si el aceite funcionaría.* Sacó un poco de aceite de perfume de su bolsito, esencia de rosas. Limpió sus tijeras lo mejor que pudo y después recubrió las hojas con el aceite. Funcionó de maravilla.

—¡Fíjate en eso! —Soap estaba impresionado. Sophronia dejó caer la botella hacia él. El muchacho recubrió su cuchillo con el líquido y después le entregó el aceite a Dimity. Las cosas fueron mucho más rápidas después de eso, aunque todos ellos terminaron oliendo a rosas.

Durante todo el tiempo que dedicaron a liberarse, Sophronia tuvo que hacer varias pausas para disparar al autómata mecánico con el obstructor. Cuando el material pegajoso finalmente desapareció, no pudieron empujar al enorme y pesado soldado mecánico fuera de su camino, ya que este estaba de alguna manera bloqueado.

Soap no podía forzar la cerradura en el lapso de tiempo de una explosión del obstructor. Por lo tanto Sophronia tuvo que permanecer delante del centinela y desactivarlo con el obstructor cada seis segundos mientras Soap trabajaba diligentemente detrás de él.

A Sophronia le preocupaba que el obstructor pudiera agotarse o perder su eficacia. Vieve no le había explicado cómo funcionaba exactamente, y Sophronia no creía que fuera a seguir funcionando indefinidamente, pero lo cierto es que no mostró señales de detenerse.

Finalmente Soap abrió la puerta. Sophronia golpeó al autómata mecánico con una última explosión y se introdujeron en la habitación antes de que la cosa se volviera a despertar. Cerraron la puerta tras ellos.

Sólo para enfrentarse con un problema totalmente nuevo.

La sala de los archivos parecía una pequeña fábrica de algodón. Un montón de máquinas, cintas transportadoras y correas giratorias recorrían las paredes y llenaban las esquinas de la habitación.

—Mirad hacia arriba —siseó Sophronia.

Dimity y Soap lo hicieron.

Por encima de ellos pendían los registros. Estaban sujetos a unas cintas transportadoras montadas en el techo, como si fueran una versión invertida y colgante de los raíles de los mecánicos. Los archivos en sí mismos no se parecían a nada tanto como a ropa tendida en un tendedero. Estaban demasiado altos para que los pudieran alcanzar, y no parecía haber ninguna manera de determinar dónde estaba un archivo en particular. Había cientos allí, si no miles... era una pesadilla.

—Tiene que haber algún método de búsqueda y recuperación —dijo Sophronia, mirando alrededor desesperadamente.

Había tres escritorios en la habitación, cada uno de ellos con un pequeño asiento de cuero, una lámpara de aceite y un bloc de notas. Cada uno contaba también con un gran pomo de latón con una palanca que sobresalía de la parte superior. Alrededor de la base del pomo, y ocupando una buena parte de la superficie del escritorio, había una pieza circular de pergamino con cosas escritas sobre él.

Soap fue a un escritorio, Sophronia a otro y Dimity al último. Cada uno de ellos se inclinó para encender la lámpara de aceite y examinar la escritura del pergamino redondo.

—Intentad no tocar nada; todavía estamos cubiertos de esa sustancia pegajosa — les advirtió Sophronia.

Incluso mientras lo decía, una pluma se adhirió al seno de Dimity cuando esta se inclinó. Dimity no se dio cuenta.

—El mío está marcado con localizaciones —dijo Dimity, estirando el cuello hacia un lado para leer alrededor del círculo—. Ciudades, condados, unos pocos distritos, e incluso algunos barrios. Aquí está Londres. Y Devonshire.

Sophronia miró el suyo.

—El mío parece ser un conjunto de habilidades. Cuchillo, seducción, paraguas armado, flirteo. ¿Y el tuyo, Soap?

Soap alzó la vista, claramente avergonzado.

—Lo siento, señorita, no lo puedo decir.

—Dios mío, ¿por qué no? ¿Es algo horrible y poco apropiado para una dama? — Soap había demostrado a menudo ser mucho más consciente de la dignidad de Sophronia de lo que la propia Sophronia lo era.

Soap se limitó a sacudir la cabeza.

Dimity dijo en un tono comprensivo:

—No sabe leer, ¿verdad, señor Soap?

—No, señorita. Lo siento, señorita. —Su voz era casi un susurro.

Sophronia parpadeó. *¡Pobre Soap! Qué terrible ir por la vida sin libros.*

—Oh, está bien. —Corrió hacia él—. Es el alfabeto —señaló—. Mira, *A, B, C*, y así sucesivamente.

Soap retrocedió ligeramente, con un aspecto inmensamente avergonzado. Sophronia le golpeó en el costado, de la misma forma en que él lo había hecho con ella en el pasado, y le dirigió una pequeña sonrisa. Esto sólo pareció hacerle sentir más avergonzado.

—Ay, señorita.

—¿Qué significan las letras? —preguntó Dimity.

Sophronia se encogió de hombros.

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

Agarró la palanca del escritorio de Soap y la empujó hacia la *A*.

A su alrededor la maquinaria de la sala de archivos volvió a la vida con lo que parecía ser una tremenda cantidad de ruido. El vapor salía silbando de los pistones y los mecanismos giratorios mientras estos giraban hacia arriba, atronando, sacudiéndose y gimiendo. Por encima de ellos los archivos se movieron sobre los raíles, pasando de una parte de la habitación a otra, separándose y reagrupándose. Pasaban zumbando uno alrededor de otro, con el pergamino aleteando y crujiendo. Finalmente un grupo grande de archivos se movió intencionadamente en la dirección de Soap y Sophronia, deteniéndose justo encima del escritorio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Soap.

Sophronia buscó alrededor del escritorio algún otro mecanismo de

funcionamiento o interruptor.

—Aquí es cuando desearía que tuviéramos a Vieve con nosotros —dijo ella, frunciendo el ceño. Regresó a la palanca original, y después de darle unos golpecitos y toquetearla, apretó con fuerza el nódulo redondo de latón en la base.

Con un fuerte sonido metálico, los archivos que pendían sobre ella cayeron hacia abajo.

Sophronia y Soap se agacharon, evitando por los pelos ser golpeados por el montón de papeles cuando estos cayeron directamente hacia abajo y se detuvieron, flotando de un modo sin lugar a dudas conveniente para quien quiera que estuviera sentado en el escritorio.

Sophronia desenganchó y examinó uno de los trozos de papel, consciente de cualquier pegajosidad. Leyó algunos trozos en voz alta, en deferencia a Soap, y al hecho de que Dimity todavía seguía en su escritorio a cierta distancia.

—«Condesa de Andeluquais, Henrietta, apellido de soltera Kipplewit», dice en la parte superior del archivo.

Debajo de esto había un bosquejo de una mujer joven y agradable, con unas estadísticas vitales detalladas, tales como el color del pelo y de los ojos, su posición social y sus preferencias en moda. Luego venía una serie de lugares y fechas, empezando con lo que Sophronia supuso que era el lugar de nacimiento y terminando con lo que debía de ser la residencia actual de la condesa en Francia. Debajo de esto había escritas una lista de habilidades particulares, que en el caso de Henrietta parecían ser:

—Manipulación de sombrillas, peinados para el ocultamiento, balística, pasos silenciosos, vals rápido, y arroz con leche.

Había un buen número de documentos adicionales cubiertos con una letra clara. Sophronia intentó resumir su contenido para su audiencia.

—Informes sobre varias asignaciones, creo. Sí, aquí dice que se infiltró en las oficinas diplomáticas francesas. Y aquí hay un informe sobre su matrimonio con el conde. —Sophronia miró a Dimity—. ¿Esto quiere decir que vamos a tener que casarnos con quien la escuela decida?

Dimity se mostró indiferente.

—Dentro de lo razonable. Esto es una escuela de señoritas, después de todo. Eso es lo que todas las chicas que se gradúan hacen... conseguir un buen casamiento. Además, ¿de qué otra manera podríamos infiltrarnos en posiciones de poder?

Sophronia pospuso cualquier protesta para otro momento y volvió su atención a la cuestión que les ocupaba. Volvió a colocar los papeles de Henrietta en su sitio, apretó el botón de latón de la palanca y los archivos se elevaron de nuevo hasta el techo.

—¿Qué escritorio tenía las localizaciones?

Dimity señaló al suyo.

Soap y Sophronia se acercaron.

—Necesitamos una localización cerca de mi casa. Esto es, cerca de Wootton

Bassett, Wiltshire. —Sophronia empezó a leer los nombres de los lugares—. ¡Ajá! Swindon debería valer. —Agarró la palanca y tiró de ella.

Los archivos se movieron y se balancearon a su alrededor, reordenándose hasta que un montoncito se fusionó y llegó hasta donde estaba el escritorio y se quedaron flotando sobre él. Esta vez había un número de archivos mucho menor... tres, para ser precisos. Sophronia presionó el nódulo y los papeles se desplomaron hacia abajo.

Esta vez todos estaban listos y no tuvieron que agacharse ni dar un respingo.

Sólo le llevó un momento leer los nombres de las tres mujeres en el área de Sophronia que también habían asistido una vez a la escuela de mademoiselle Geraldine. De las tres, una estaba ya muerta, la segunda sólo había vivido allí durante un breve periodo de tiempo en 1847, y la tercera... bueno, la tercera era...

—¡La señora Barnaclegoose! —dijo Sophronia.

—¿Debo entender que la conoces? —preguntó Dimity.

—Sí, por supuesto.

—Entonces tenemos lo que vinisteis a buscar, ¿verdad, señorita? dijo Soap.

Sophronia deseaba desesperadamente leer todo el archivo sobre la vieja y querida amiga de su madre y su compañera crónica de té. Siempre había pensado que la señora Barnaclegoose no era más una entrometida metomentodo con elegantes propensiones en contradicción con su cintura cada vez mayor.

—¡Por favor, esperad!

—Vamos, señorita, será mejor que nos movamos. Esas maquinarias hacen suficiente ruido para asustar a un poltergeist, y nosotros tenemos un oído vampírico del que preocuparnos. Será mejor que devolvamos los archivos a donde estaban y salgamos de aquí. —Parecía muy nerviosos. Sophronia se preguntó si sería por todos los papeles.

—No tiene sentido intentar ocultar el allanamiento.

—¿No? —Dimity estaba confundida.

—No. El lugar huele a aceite de rosas, y hay restos de la red pegajosa por todo el pasillo. Vamos a tener que intentar cargar la culpa en otra persona. Simplemente voy a devolver este montón de papeles a su sitio y acceder a algo al azar. Al menos eso les despistará.

Sophronia presionó el nódulo, y vieron cómo los tres archivos de Swindon subían hasta el techo. A continuación se precipitó hacia el último escritorio y empujó la palanca hacia la habilidad de «encriptación de las hojas de té». Un nuevo grupo de papeles se acercó a ese escritorio. En lugar de volver a pulsar el botón para que ascendieran, Sophronia los dejó allí. Apagaron las lámparas de aceite y salieron de la habitación.

Se las arreglaron para disparar el obstructor y pasar junto al soldado mecánico, que se estaba balanceando de un lado a otro confundido. El hecho de haber atrapado a un intruso, que luego resultó ser varios, y que estos se desvanecieran de algún modo le había puesto en un protocolo de bucle. Estaba paralizado por la indecisión y no

había hecho sonar la alarma. *Suerte*, pensó Sophronia. *¿No es algo con lo que un espía debería contar?*

Volvieron por donde habían venido a través del dirigible, usando el obstructor cuando lo necesitaban, y se separaron de Soap en el balcón de lady Linette.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo Sophronia, de una forma embarazosamente formal.

—Por supuesto, señorita —dijo Soap, acercándose demasiado y metiendo un mechón suelto del cabello de Sophronia detrás de su oreja antes de volverse hacia la barandilla y empezar a descender alejándose de allí.

Dimity le dedicó a Sophronia una mirada larga y recelosa.

Sophronia fingió que no lo había visto y dijo:

—Date la vuelta. Te desabrocharé los botones.

—¡Pero estamos fuera! —farfulló Dimity—. ¡De noche! ¡En un balcón!

—¡Sí, pero a veces la decencia debe ser sacrificada en aras de no ser descubiertas por los profesores por oler a aceite de rosas y estar cubiertas por una sustancia pegajosa! Vamos, por favor, Dimity.

Se ayudaron mutuamente a quitarse los vestidos exteriores. Dimity tiró el suyo por el borde del dirigible con cierta tristeza—. Me gustaba ese vestido azul.

—Esperemos que el capitán Niall no los encuentre. —Sophronia tiró el suyo después de Dimity sin mucho cuidado. Ella había llegado a apreciar que necesitaba aprender a ir a la moda, pero eso no significaba que hubiera desarrollado una compasión emocional hacia su ropa existente.

—Robaré un poco de vinagre de la cocina por la mañana; podemos empapar nuestras prendas interiores en él. —Se mordió el labio, pensativa—. Y sebo, para limpiar nuestras tijeras.

Dimity pareció sentirse ligeramente enferma ante la mera idea.

—¡Todo eso por oler a rosas!

LECCIÓN 16

Allanamiento, robo y un buen desayuno

A pesar del hecho de que lady Linette la debía de haber descubierto, la infiltración en la sala de los archivos no fue anunciada durante el desayuno. No cabía lugar a dudas de que esto era para mantener a mademoiselle Geraldine a oscuras. La directora probablemente ni siquiera sabía que *había* una sala de archivos. Reinaba, sin embargo, un aura de fatalidad durante la comida que aplacó incluso las maquinaciones de Monique.

Sin embargo, Monique se las arregló más tarde ese día para arrinconar a Sophronia en el pasillo de camino a las clases con lady Linette.

—Tengo entendido que tu hermana celebrará pronto su baile de puesta de largo. Es una pena que tu familia no pueda asistir a una temporada londinense. ¿O hay quizá alguna urgencia adicional en la cuestión de la entrada en sociedad de tu hermana?

Sophronia frunció los labios.

—Al menos Petunia va a tener una puesta de largo. Tengo entendido que tú no has sido presentada en sociedad todavía. Y tienes, ¿cuántos? ¿dieciocho años? Qué desperdicio.

—Oh, no te preocupes por mí. Mamá planea una temporada espectacular tan pronto como me gradúe. Y no se habrá gastado la fortuna de la familia en una hermana mayor.

—¿Por qué estamos hablando de esto ahora?

—¡Oh! ¿Se me ha olvidado mencionarlo? Tengo una invitación.

—¡Qué!

—Sí, ciertamente. Escribí a papá poco después de que llegamos a la escuela. Papá conoce a gente.

¿Cómo diablos consiguió mandar ese mensaje fuera del dirigible? se preguntó Sophronia. *Pensaba que no podía. Me he perdido algo. ¿Qué me he perdido?*

—¿Cómo has...? —empezó a preguntar; pero entonces se acordó. El *amigo* de Monique.

¡Claro! ¡Tiene a un profesor, o algo así, trabajando con ella! Deben de haber enviado el mensaje por ella, desde Bunson. Tal vez pueda sacar ventaja de esto de alguna manera, seguirla.

—Va a ser un acontecimiento muy interesante —dijo Sophronia astutamente—.

Realmente muy interesante.

El rostro de Monique se endureció.

—¿Te estás entrometiendo, niñata? De ser tú no me entrometería en cosas que no te conciernen.

—¿No es para eso exactamente para lo que estamos siendo entrenadas?

Monique se le acercó más, y Sophronia sintió un pinchazo en la garganta. Al amparo de las mangas largas y de los lazos del sombrero, la chica mayor presionó un palillo del pelo de metal muy afilado contra el cuello de Sophronia.

—A veces se producen accidentes.

Sophronia no se iba a dejar intimidar. Se apartó bruscamente.

—Y también descubrimientos —siseó entre dientes antes de pasar rápidamente a la clase de lady Linette. Monique la siguió. Ya no le preocupaba su familia; Monique no le iba a revelar a nadie el escondite. *Quiere recuperar el prototipo por sí misma. Quiere conservar el control de la operación. Eso es lo que me interesa.*

Las otras chicas ya estaban sentadas. Tenían un aspecto, se dio cuenta Sophronia, mucho mejor que el que habían tenido a principios de año. Los rizos de Dimity estaban más controlados. La expresión de Preshea no era tan agria, y Agatha tenía una bonita pieza de encaje alrededor de su cuello. Incluso Sidheag había mejorado su postura. Sophronia se preguntó qué cambios se habrían obrado en su propia apariencia.

Lady Linette entró unos minutos después que Monique, llegando casi tarde a su propia clase. Parecía agobiada bajo sus abundantes adornos y capas de pintura facial.

—Damas, hemos detectado que alguien forzó la sala de los registros anoche. ¿Tiene alguna de ustedes alguna información que nos pueda ser de utilidad?

Las chicas se miraron las unas a las otras.

Monique levantó la mano.

—Sophronia, Dimity, Sidheag y Agatha han estado muy subversivas últimamente.

Lady Linette volvió sus ojos azules hacia Monique.

—¿De verdad, señorita Pelouse? ¿Ha escuchado algo en concreto?

—No, lady Linette —Monique se removió en su asiento.

Lady Linette volvió su atención hacia Sophronia.

—¿Han estado conspirando, damas?

Sophronia no tenía ni idea de por qué debía ser seleccionada ella como la representante del grupo, pero suponía que esto era lo justo. Ellas tendían a seguir, por regla general, sus propios planes.

—Estoy intentando conseguir que las inviten al baile de mi hermana —dijo la muchacha—. Es por eso por lo que estoy intentando enviar un mensaje a mi casa.

—Por supuesto. ¿Pero no a la señorita Buss ni a la señorita Pelouse?

Sophronia se encogió de hombros.

—Mi madre no me dejará invitar a *todo el mundo*. Quiero decir, ¿qué vendría a

continuación... la escuela entera?

—Yo ya tengo una invitación —dijo Monique con aspecto remilgado—. No necesito la ayuda de Sophronia.

Dimity miró Sophronia con preocupación.

Sophronia permaneció impasible.

—¿Ah, sí? No sabía que conocieras a mi hermana.

—Ni yo —interrumpió lady Linette—. Teniendo en cuenta que la última estancia de la señorita Pelouse en su residencia fue bajo engaños, tendrá que planificar cuidadosamente su atuendo. Y ustedes, señoritas, ¿creen que están listas para un baile tan pronto en sus carreras?

Sidheag se encogió de hombros. Dimity asintió con entusiasmo. Agatha se miró las manos.

Lady Linette suspiró audiblemente.

—¿Nada relacionado con la sala de los registros, entonces, damas? —Dirigió toda su atención hacia Sidheag, de todas las presentes—. ¿Están seguras de que no vieron nada en particular?

Sidheag miró a Sophronia con un ligero aire de contrición y se encogió de hombros. Sophronia frunció el ceño. *¿De qué se siente culpable Sidheag?*

—¿Se ha echado algo en falta en la sala de los registros? —preguntó Sophronia.

—Una pluma, pero nada más. —Lady Linette redirigió la pregunta para convertirla en una sesión de enseñanza—. ¿Qué creen que podría haber andado buscando un infiltrado, damas?

—Información —dijo Preshea con prontitud—. Es una sala de registros.

—Exactamente, señorita Buss. Muy bien.

—El culpable tiene que ser alguien que ya esté a bordo de la escuela —añadió Sophronia—. A menos que los infiltrados puedan subir y bajar sin que los autómatas mecánicos se den cuenta.

—Bien, Sophronia.

—Es por eso por lo que usted está interrogando a las estudiantes.

—Lady Linette —se enderezó Dimity—. ¿Los archivos de las estudiantes se guardan en esa habitación?

Lady Linette asintió con la cabeza.

Sophronia, viendo hacia dónde Dimity podría estar dirigiendo la conversación, dijo:

—Así que la culpable quería ver, cambiar o robar información. Lo cual implica un interés personal. ¿Una estudiante mayor, tal vez, lo suficientemente capacitada para entrar, con algo de riesgo?

Sophronia se detuvo ahí, no deseando tentar a la suerte, y se cuidó mucho de no mirar a Monique. Desviar las culpas hacia otra persona era una táctica de distracción clásica, pero tenía que ser puesta en práctica con cuidado. Particularmente porque era lady Linette la que le había explicado la técnica.

—¿Entonces pueden venir Agatha, Sidheag y Dimity conmigo al baile de mi hermana? ¿Tienen las suficientes habilidades sociales para una exhibición pública? —preguntó Sophronia, esperando cambiar de tema ahora que había plantado una semilla de sospecha.

—Si sus padres lo aprueban. Van a tener que esperar hasta que salgamos del gris. Ahora, ¿cuál es el tema de hoy? Ah, sí. *Postura*.

Esa misma tarde, Monique de Pelouse y algunas de las chicas mayores fueron llevadas para ser interrogadas por lady Linette, la profesora Lefoux y el profesor Braithwope. Al instante se corrió el rumor de que Monique era la que había entrado en la sala de los registros, supuestamente para manipular sus archivos al no haber conseguido graduarse.

—Es un gran rumor —dijo Dimity con orgullo cuando estuvieron a salvo de vuelta en su habitación, cambiándose para las clases de baile—. ¿Has guardado algo de ese perfume de aceite de rosas en su habitación?

Sophronia sonrió.

—Por supuesto.

—Es agradable conseguir un poco de revancha. —Dimity estaba ocupada aclarando en el lavabo sus prendas interiores que ahora tenían aroma a vinagre.

—¿Cómo crees que Monique consiguió ser invitada al baile de mi hermana?

—Conexiones —dijo Dimity—. Tu padre pertenece a algún tipo de club de caballeros, ¿verdad?

—¿No lo hacen todos los padres? —Sophronia terminó con la grasa de tocino y las tijeras de costura y alimentó con el exceso de grasa a Bumpersnoot, que eructó un agradecido humo negro.

—Una nota de Monique a su querido papá justo antes de que llegáramos aquí, y tu madre terminaría enviando una invitación extra a una huesuda rubia.

—No, lo que quiero decir es ¿cómo consiguió enviar la nota fuera del dirigible?

—Oooh, buena pregunta. ¿Tuvo ayuda?

—Tuvo ayuda.

—¿De quién?

—Ésa sí que es una buena pregunta, Dimity. —Sophronia se acercó para ayudarlo a escurrir la ropa. Estaba claro que Dimity nunca había observado un día de lavado, y menos aún había lavado la ropa por sí misma; la manejaba de una forma tan tentativa que era como si la tela pudiera estar poseída por un espíritu de desaprobación y administrarle una bofetada húmeda en la cara.

—Esto podría convertirse en algo bueno —dijo Sophronia.

—¿Cómo? Monique seguramente viste mucho mejor y tiene más bailes que nosotras.

—Ella nos podría llevar directamente a donde ocultó el prototipo.

—Tendremos que mantener un ojo en ella durante todo el baile.

—Qué pensamiento más desagradable. Aún así, nosotras somos cuatro y ella sólo

una.

—Con varios años más de entrenamiento.

Sophronia se obligó a sonar confiada.

—Lo hicimos muy bien anoche.

Dimity asintió.

—Aunque llegué a pensar en la clase de lady Linette que Sidheag se quebraría.

Sophronia asintió.

—Lo sé. No es muy propio de ella. ¿De qué crees que iba eso?

Dimity sacudió la cabeza.

Sophronia se desplomó en la cama. O, para ser más precisos, se desplomó dentro de su corsé, que no le permitía mucho desplomarse. Entonces, después de pensarlo durante un momento, se puso de pie y salió de la habitación y se dirigió a la de Sidheag y Agatha.

Sidheag no estaba allí, pero Agatha la dejó entrar.

—¿Sophronia?

—¿Puedo echar un vistazo a través de tu ventana, por favor, Agatha?

—Bueno, um, si es lo que quieres.

Sophronia se acercó a la ventana. Tuvo que subirse a la cama de Sidheag para mirar fuera. Era no de esos pequeños ojos de buey, como los de los barcos de vapor.

—Sophronia, ¿qué haces en mi cama? —le preguntó bruscamente Sidheag.

—Buenas tardes, Sidheag. Es interesante cómo puedo ver ese balcón exterior desde aquí.

—¿Eso es interesante?

—Un balcón, fíjate, que me gusta usar en ocasiones para desplazarme. A ti también, ahora que te has unido a mis excursiones de escalada.

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé. —Sophronia frunció el ceño a la escocesa alta—. Agatha, ¿serías tan amable de darnos un momento de privacidad?

—No iréis a discutir, ¿verdad? Eso es lo que papá siempre dice antes de gritar a mamá. Por favor, no discutáis. Nos hemos llevado bien hasta ahora.

—¡Agatha! —dijo Sidheag con brusquedad.

Agatha salió de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de ella.

Sophronia dijo:

—Sé que no eres feliz aquí, Sidheag, pero nunca te habría tomado por una traidora.

Sidheag parecía incómoda.

—Pensé que lo negarías y eso pondría fin al asunto.

—No tenía suficiente entrenamiento todavía para saber que la negación era la mejor línea de acción.

—Así que te metiste en problemas. Lo siento.

—¿Que lo sientes? ¿Eso es todo?

—Tú le acabas de hacer lo mismo a Monique. Peor, porque ella realmente no lo hizo.

—Se lo merecía.

—En su momento yo pensé que tú te lo merecías. ¿Por qué deberías estar trepando por ahí fuera a todas horas mientras el resto de nosotras estábamos atrapadas en nuestras habitaciones?

—Me gustaría que hubieras admitido que habías sido tú antes. Tal vez Monique no sea tan mala como yo creo.

—Oh, lo es.

Sophronia suspiró. No estaba realmente enojada con Sidheag... le preocupaba más lo que esto decía sobre el carácter de su nueva amiga.

Sidheag pasó de tener una actitud combativa y defensiva a una de ligera disculpa. Se sentó en la otra cama, frente a Sophronia. Sidheag no era Dimity, como para apoyarse cariñosamente en su hombro.

—No quería que supieras que fui yo. Pensé que me odiarías por eso.

—Entonces, Sidheag, ¿por qué lo hiciste?

—Pensé que eso les mostraría lo poco que encajaba en esta escuela. Una escuela como esta debería castigar a los chismosos. En lugar de eso, se mostraron decepcionados y pusieron una nota en mi expediente. Además, realmente creí que lo negarías. Entonces habría sido tu palabra contra la mía y no saldría nada de ello. No me imaginaba que llegarías a gustarme.

—No vas a seguir adelante, ¿verdad, Sidheag? Quiero decir, eres lo suficientemente fuerte, pero...

—No me importa lo suficiente. Tengo cosas por las que preocuparme en casa.

—¿Algo va mal en tu manada?

—Algo. —Estaba claro que Sidheag no quería transmitirle los detalles.

—Debo entender que realmente no quieres venir al baile de mi hermana.

Sidheag asintió, quizá de una forma demasiado ansiosa.

—Debería ir a casa.

—Um —dijo una voz vacilante. La puerta tras ellas se entreabrió un poco. Agatha claramente había estado escuchando toda la conversación. *En una escuela de espionaje, pensó Sophronia, la vida puede llegar a ser muy complicada.*

—¿Sí, Agatha? —dijo recatadamente.

—¿Podría no ir yo también, entonces? Quiero decir, es muy amable por tu parte haberme invitado y todo, pero no creo que esté preparada, y si Sidheag no va a asistir... —su voz se fue apagando esperanzadamente.

—Estoy segura de que Dimity y tú podréis manejaros perfectamente —dijo Sidheag, intentando ser positiva.

Sophronia no estaba convencida, pero su entrenamiento no le permitía objetar. «Una vez que una invitación ha sido rechazada, no se debe forzar la solicitud; es tan malo como un amante despechado que sigue presionando a su amada», había dicho

mademoiselle Geraldine. Por lo que Sophronia salió de la habitación después de haberse despedido cortésmente.

—Sidheag y Agatha no van a venir con nosotras al baile de Petunia —le dijo a Dimity al regresar a su habitación.

—Oh, ¿por qué no?

—No se sienten preparadas.

—Dios mío, imagínate dejar pasar la oportunidad de vestirse elegantemente y bailar durante toda la noche.

—O, para ser más exactos, vestirse elegantemente y seguir a Monique durante toda la noche.

—¿Sólo quedamos nosotras dos, entonces? —dijo Dimity—. No va a ser fácil.



El final del año cayó sobre la escuela como los salteadores del aire caerían de un cielo azul claro. Una semana estaban aprendiendo lo último sobre manipulación de pañuelos por diversión y utilidad y teniendo una sesión especial sobre el lenguaje de los abanicos con un ojo puesto en las diferentes fiestas de las vacaciones, y la semana siguiente los grandes propulsores de la escuela se habían detenido y ya no vagaban a la deriva con las nieblas. Dejaron su refugio gris seguro y se apresuraron hacia Swiffle-on-Exe.

Los profesores estaban nerviosos. Tan pronto como se desplazaron hacia abajo y fuera de la cobertura de nubes, pudieron ver en el horizonte los puntos débiles de los dirigibles que les seguían el rastro. La escuela aceleró hacia la ciudad y la relativa protección de la Escuela Politécnica para Chicos de Bunson y Lacroix.

Durante los dos días siguientes se dejaron caer mensajes, presumiblemente para el capitán Niall, que luego los enviaría desde allí al servicio postal más cercano. Sophronia envió una misiva cuidadosamente redactada advirtiendo a su familia de posibles salteadores del aire y pidiéndoles que anularan la invitación de Monique, dos cosas que estaba medianamente segura que iban a ignorar. También les informó de que traía a Dimity con ella.

Bunson dejó salir a los alumnos el mismo día que la escuela de mademoiselle Geraldine, en parte debido al sistema de información compartida y en parte por seguridad, supuso Sophronia. Los salteadores del aire no se atreverían a enredarse con las defensas de una escuela de genios del mal, por no hablar de los padres de alto rango y aspecto amenazador allí reunidos. La academia de mademoiselle Geraldine para señoritas de alta alcurnia flotó a baja altura sobre la ciudad y echó el ancla —lo que al parecer significaba atar varios amarres en un bosquecillo de árboles— a un cuarto de milla de distancia de los muros de Bunson. Era media mañana y por lo tanto les era imposible usar al capitán Niall y la plataforma de cristal para la descarga.

Sophronia sospechaba que muy pocos sabían de la existencia de la escala de cuerda, lo cual hizo que sintiera curiosidad por la forma digna de desembarcar. *¿Veré al final las escaleras?*

Ella y las otras principiantes empaquetaron las pocas artículos que necesitaban, sabiendo que en casa les esperaban armarios llenos y paseos de compras. Se dirigieron a una de las cubiertas principales de la sección central del barco junto a las demás estudiantes. La cubierta pronto estuvo atestada de chicas risueñas, faldas amplias y todo tipo de frivolidades, por no mencionar las cajas de sombreros, bolsos, maletines y paquetes. Sophronia se abrió camino con dificultad hasta la parte delantera y observó con interés cómo la escuela descendía tan bajo como para permitir que una escalera larga y automatizada descendiera desde la parte inferior de la cubierta intermedia. Se inclinó doblándose tanto que casi se cayó por encima de la barandilla en un esfuerzo por ver cómo funcionaba. Sophronia vio a tres hollinosos manejando una manivela para hacerla descender y les saludó discretamente.

Los carruajes que aguardaban para recibir a las estudiantes estaban reunidos en una extensa mancha marrón de páramo entre las dos escuelas. Algunos contenían a padres ansiosos, pero la mayoría eran sirvientes que esperaban sus cargas. Había también un enorme carruaje de cuatro caballos destinado a llevar a aproximadamente una docena de chicas a la estación de tren más cercana.

Sophronia se esforzó por localizar el escudo de su propia familia —un erizo en el campo de batalla— en el lateral de algún carruaje. No lo vio por ninguna parte, incluso con los prismáticos. Vieve le había prestado los prismáticos de una forma semipermanente, como premio de consolación de la joven pilluela al tomar de nuevo su obstructor.

—Sin lugar a dudas —había dicho la muchacha—, lo necesito más que tú, ya que voy a estar atrapada en este dirigible totalmente sola durante las siguientes dos semanas. Aquí tienes, toma esto en su lugar.

—¡Señorita Temminnick, muévase de esa posición tan poco delicada! —la voz de lady Linette resonó desde el otro lado de la multitud que se apiñaba a su alrededor.

Sophronia se apartó sobresaltada de la barandilla. Con una bocanada de vapor y un ruido metálico de la maquinaria, esa misma barandilla se plegó, dejando a las estudiantes frente a una larga y grandiosa escalinata de cuerda.

El descenso fue precario para las chicas, especialmente para las principiantes, teniendo que desplazarse con elegancia y sosteniendo los maletines por una escalera que se bamboleaba de un lado a otro, pero lograron hacerlo sin contratiempos... incluso Agatha.

Sólo cuando estuvo a salvo en tierra y entre los ostentosos medios de transporte que aguardaban allí, Sophronia localizó su medio de transporte.

—¡Aquí, señorita Sophronia! —Su viejo amigo Roger, el mozo de cuadra, se levantó y le saludó con la mano desde el poni y el carro de la granja. Esto resultaba terriblemente embarazoso; tendrían que viajar unas cincuenta millas en carro. ¿Qué

pasaba si llovía?

Dimity, sin embargo, como la criatura dulce y encantadora que era, no hizo ningún comentario despectivo. Declaró con voz temblorosa que sería emocionante viajar tan lejos a descubierto.

—¿Es usted la señorita Dimity? —preguntó Roger—. También tengo que recoger a la señorita Pelouse. ¿Está aquí?

—Oh, ¿es necesario? ¿No te puedes olvidar de ella, Roger, por favor? —preguntó Sophronia esperanzada.

—No sin perder mi trabajo, señorita. Ella dio instrucciones explícitas.

En esta coyuntura, Monique se acercó por detrás de ellos y dijo de forma histriónica.

—¿Tu madre nos ha enviado esto? ¡Siendo invitadas a un baile, y tenemos que viajar todo el día en esto!

—Te has invitado a ti misma, Monique. Podrías haber ordenado tu propio medio de transporte. Sospecho que nuestro carruaje se necesitaba en la estación para transportar a huéspedes más importantes procedentes de la ciudad.

Monique farfulló algo y, después de mucho alboroto, permitió que Roger la ayudara a subir al carro, sólo para sentarse ostentosamente de espaldas a todos.

Sophronia miró hacia la escuela a través de los prismáticos. Sólo pudo distinguir dos pequeños rostros asomados a la escotilla de la sección delantera, uno negro y otro perteneciente a un pilluelo, acompañados por unos brazos que se agitaban alocadamente: Soap y Vieve viéndola partir a su manera inimitable. Aunque era muy consciente de que probablemente no la podían distinguir entre la multitud, les devolvió el saludo agitando resueltamente las manos hacia ellos.

Sophronia miró más allá del dirigible. Estaba segura de que las motas estaban más cerca, e igualmente segura de que representaban a los salteadores del aire.

—¿Lista, señorita?

—Por supuesto, Roger.

—¡Oh, esperad, me olvidaba! —gritó Dimity—. Pillover. ¿Podemos traerlo con nosotras? Sospecho que mamá podría haber olvidado que necesita que lo lleven. Ella puede llegar a ser muy despistada cuando está con sus planes diabólicos.

Sophronia se encogió de hombros.

—Es pequeño. ¿Te parece bien, Roger?

Roger se mostró dispuesto.

—La señora me dijo que me asegurase de recogerlas a todas, no que no pudiera llegar con extras.

Dimity escudriñó la multitud buscando a su hermano.

—Oh, ¿dónde está el forúnculo?

—Busca a una multitud de Pistones —sugirió Sophronia.

—Oh, Pillover no es un miembro. No es lo suficientemente gallardo.

—¿Acaso he dicho que pensara que podría serlo? ¡Allí! —Sophronia señaló a un

lado, donde un grupo de chicos estaban de pie con una postura indolente y una actitud oscura. Todos ellos vestían con tonos marrones y negros, llevaban el cabello peinado hacia atrás con demasiada gomina y tenían sombreros de copa de noche en la cabeza, a pesar de que aún no habían sido presentados y de que todavía no era la hora del té.

—¿Quiénes se creen que son? —se preguntó Sophronia.

—Pistones, por supuesto —respondió Dimity.

Cada chico llevaba una cinta de color bronce alrededor de su sombrero y tenía un engranaje fijado a su chaleco. Un par de ellos llevaban también una especie de anteojos protectores decorativos sobre el ala del sombrero. Todos llevaban botas de montar, aunque no había ni un solo caballo ensillado a la vista.

Sophronia dijo en un tono de ligera sorpresa:

—Algunos de ellos parecen llevar la cara pintada.

—Kohl, alrededor de los ojos —explicó Dimity.

—Roger, dirígete hacia esos chicos de allí, por favor.

—¿Los mariquitas, señorita? —preguntó Roger.

—Si yo fuera tú no dejaría que ellos te oigan decir eso.

Roger guió al poni hacia el grupo en cuestión con una mirada de desprecio mal disimulado.

Pillover estaba, en efecto, en el centro del grupo. Estaba sentado encima de un pequeño tronco, cubierto por su enorme capa grasienta y su maltrecho sombrero de bombín, leyendo un libro mugriento mientras los chicos a su alrededor le interrumpían como si fuera un emú en el zoo.

Su comportamiento, sin embargo, se vio alterado drásticamente en el momento en que un carro lleno de chicas se detuvo junto a ellos.

—¿Lord Dingleproops? —dijo Dimity con un tono de voz muy altanero—. ¿Qué le está haciendo a mi hermano?

Un joven larguirucho con el pelo color jengibre y una barbilla poco menos que agresiva se quitó el sombrero ante Dimity y dijo, con una sonrisa descarada:

—Simplemente estaba divirtiéndome un poco, señorita Plumleigh-Teignmott.

Sus ojos recorrieron el carro, se detuvieron brevemente en Sophronia —que lo miraba directamente, sin pestañear, de una forma muy poco femenina— y luego se movieron hacia Monique. Esta, al estilo de las chicas mayores cuando se enfrentaban con chicos más jóvenes, fingió que el grupo de los Pistones en su totalidad no existía. Su atención se mantuvo fija en el camino, una pose que enfatizó sus bellas facciones y la esbeltez de su cuello.

Sophronia recordó lo que Pillover había dicho sobre ellos. *Unos tipos desagradables*. Un par de ellos eran, por desgracia, apuestos. Intercambió miradas con un chico de pelo moreno y rostro pálido con labios hoscos y una expresión petulante. Cuando sus miradas se cruzaron él desvió la suya, inquieto, como una criatura salvaje. Sophronia pensó que era maravilloso. Su actitud casi torpe le recordó al capitán Niall. ¿Era lo que los periódicos sensacionalistas llamarían un *licántropo*

atormentado? Sophronia no le dijo nada a ninguno de ellos. No habían sido debidamente presentados. En su lugar le dedicó su sonrisa más encantadora a Pillover.

Lo que Sophronia no sabía, y aún tenía que aprender a controlar, era que su sonrisa era bastante más poderosa que la de la mayoría. El rostro que ella veía en el espejo cada mañana era pasablemente hermoso, si no terriblemente excitante, pero cuando sonreía con toda la fuerza de la personalidad que se escondía tras ese rostro, se volvía vibrante e impresionante. Esta era una de las razones por la que a Monique le desagradaba tanto.

Pillover respondió a la sonrisa cerrando su libro y devolviéndole la sonrisa. Su propia expresión adusta, obviamente una máscara para su preocupación, se disipó brevemente.

—¿Te vienes al baile, señor Plumleigh-Teignmott?

—¿Un baile? Si insistes. —Pillover se bajó del tronco, y Roger bajó de un salto para ayudarle a subirse al carro.

—¿Un baile? —dijo uno de los Pistones con interés—. Nos gustan los bailes.

Dimity les dedicó su mejor y más altiva mirada.

—Sí, pero ¿estáis seguros de que vosotros les gustáis a ellos?

—¿Qué se supone que significa eso? —le susurró Sophronia.

Pillover se unió a ellas, tan seguro en su nueva situación como si siempre hubiera esperado partir con su hermana y otras dos chicas en un carro de granja.

—No lo sé —respondió Dimity mientras se alejaban de allí—. Me sonó bien en el momento.

Pillover fingió interés en su libro hasta que llevaban diez minutos de viaje.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa —respondió Sophronia con prontitud.

—Todo bien, entonces.

El viaje comenzó de una forma bastante agradable. Durante las primeras horas, Sophronia y Dimity charlaron distraídamente sobre lo que iban a llevar y cómo lo deberían llevar. Pillover puso los ojos en blanco y trató de comportarse de una forma tan digna como le fuera posible dadas las circunstancias, con el constante parloteo de chicas y en un transporte al aire libre. Monique las ignoraba. Roger prestaba atención al camino.

Sophronia creyó ver un carruaje siguiéndoles, una calesa. Pero se mantuvo bien atrás, por lo que podría estar simplemente utilizando los mismos caminos.

La placidez se vio obstaculizada solamente a causa de Bumbersnoot. Sophronia había escondido a su mascota mecánica, después de algún debate, en una sombrerera para transportarlo. Le había dado un pequeño trozo de carbón como tentempié para el viaje e instrucciones estrictas de no manchar el interior con el humo, o chamuscarlo, prenderle fuego. Él hizo, como pudieron comprobar más tarde, todas esas cosas, pero eso no era lo que perturbó el viaje.

Sophronia no estuvo al tanto de que algo no iba bien hasta que levantó la vista en medio de un entretenido debate con Dimity sobre las ventajas relativas de las perlas frente a los diamantes en un baile para encontrarse con los ojos azules de Monique clavados con horror en el montón de equipaje. Los ojos de Sophronia siguieron la mirada de la chica mayor hasta detenerse en su sombrerera de cachemira, que estaba vibrando bastante más que cualquiera de los otros paquetes.

Sophronia depositó la sombrerera a su lado en el banco y posó una mano con firmeza encima de ella.

Bumbersnoot, como se pudo comprobar más tarde, podría haber estado tratando de decirle algo, ya que unos momentos más tarde, desde detrás de los setos, vieron una embarcación aérea que se aproximaba.

—Oh, Dios, mirad —susurró Sophronia—. ¡Salteadores del aire!

Dimity dejó escapar un jadeo.

Pillover cerró su libro de golpe.

—¿Qué pasa ahora? —Cuando siguió con la mirada la dirección que señalaban sus dedos, añadió con un tono profundamente abatido—: Ya estamos otra vez.

Sin embargo, los salteadores del aire se limitaron a mantenerse a su altura durante un buen rato, aparentemente conformándose con observarles durante varias yardas de distancia para determinar si merecía la pena abordarles. Sophronia sospechaba que el poni y el carro era lo que los despistaba. Por regla general, un artilugio como aquel no merecía la pena ser atacado, dada la calidad en general de las mercancías de su interior. A menos que, por supuesto, hubieran determinado que Monique era la que valía la pena seguir con el fin de recuperar el prototipo.

Roger, desplomado y mirando fijamente el camino que tenían ante ellos, finalmente se dio cuenta de que tenían compañía. Tiró de las riendas del poni para que se detuviera.

—No hagas eso —dijo Sophronia.

—¿Señorita?

—Si ellos nos dejan en paz por el momento, entonces no tiene sentido retrasar nuestro viaje. Ellos vendrán hacia nosotros si quieren algo. Mientras tanto, siga conduciendo. Creo que también podríamos tener seguidores adicionales. —Hizo un gesto hacia el carruaje tras ellos.

—Si usted lo dice, señorita. —Roger le dedicó una mirada que decía que pensaba que ella había cambiado mucho mientras estaba en la escuela, y no para mejor.

Sophronia se volvió hacia Dimity y Pillover.

—¿Qué clase de defensas tenemos esta vez?

Dimity sondeó sus opciones.

—Pañuelos, abanicos, dos sombrillas, varias sombrereras, sombreros, guantes y joyería... aunque prefiero no usar eso.

—Mucho mejor equipadas que la última vez.

Dimity sonrió.

—Y más capacitadas para hacer uso de lo que tenemos.

Pillover las miró resignado. Entonces se metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó la Lente Depravada de Ampliación Chisporroteante.

—Aún tengo esto.

Dimity miró a Sophronia expectante.

—¿Así que, cuál es el plan?

Sophronia observó la embarcación aérea a través de sus prismáticos.

—Ellos son tres. Nosotros cuatro. Cinco, si contamos a Monique. A menos que los del carruaje que nos sigue sean también salteadores del aire.

—Lo más probable es que sean Pistones —dijo Pillover en un tono de voz resignado—. Les hablaste acerca del baile. A ellos les gusta ir a eventos sin ser invitados, poner ginebra en el ponche y robar todas las cucharas. Y artimañas elegantes por el estilo.

—Encantadores —dijo Sophronia.

—No lord Dingleproops —protestó Dimity.

Pillover dirigió una mirada de disgusto hacia su hermana.

Monique se había envuelto en un chal de terciopelo y estaba mirando fijamente hacia el campo que los rodeaba, haciendo caso omiso de ellos, de los Pistones y de los salteadores del aire. Parecía como si estuviera segura de su propio plan, o como si confiara en la habilidad de Sophronia para manejar la situación, o simplemente desinteresada.

Sophronia continuó haciendo planes en voz alta.

—Roger realmente tiene que mantener su atención en el camino. Es una lástima que no tengamos unos buenos proyectiles.

—La verdad es que ellos no han hecho nada contra nosotros todavía. Recuerda lo que suele decir lady Linette: nunca entablar batalla primero a menos que sea absolutamente necesario —protestó Dimity.

—Yo diría que ellos empezaron esto al atacarnos la última vez —dijo Sophronia—. Por no mencionar las dos veces que amenazaron la escuela. —Monique probablemente pensaba que ellos la seguían a ella sin ninguna intención de enzarzarse en una batalla. Después de todo, una confrontación abierta no les había llevado a ningún lado la primera vez. Sophronia, sin embargo, no tenía ninguna intención de permitir que ni ellos ni Monique siguieran adelante sin interferencias.

Los salteadores del aire les siguieron durante otra hora más, dando a Sophronia y Dimity una amplia oportunidad para discutir maniobras defensivas, hasta que una interrupción de los setos permitió a la embarcación aérea encontrar un punto de amarre con fácil acceso al camino. Evidentemente habiendo decidido que el carro era digno de su atención, ahora que había pasado la mayor parte de la tarde junto a él, los salteadores del aire hicieron descender su embarcación, la ataron a un árbol, y salieron de ella de un salto para ponerse delante de ellos.



LECCIÓN 17

Desenvolverse apropiadamente en un baile

Los salteadores del aire se acercaron con sonrisas fáciles y pistolas con el seguro echado, a la manera de los salteadores de caminos de los albores del tiempo, o al menos de la Edad Media. Parecían, como antes, interesados principalmente en descuartizar el equipaje. Esta vez, sin embargo, las chicas no estaban dispuestas a consentirlo. Tan pronto como los salteadores del aire estuvieron lo suficientemente cerca, Sophronia dio la señal y ella, Dimity y Pillover les lanzaron las sombrereras.

En ese mismo instante, Roger fustigó al pobre poni para que se pusiera al trote y cargó directamente contra los dos sorprendidos salteadores del aire, que saltaron a un lado. Antes de que tuvieran oportunidad de darse la vuelta, Roger ya estaba pasando con el carro junto a su embarcación aérea. Sophronia y Dimity se lanzaron ejecutando sin demora un gran salto desde el carro a la góndola.

Los salteadores del aire, planeando sin duda una retirada rápida, habían amarrado su transporte con un lazo suelto a un pequeño árbol. Sophronia tiró del extremo de la cuerda. La embarcación aérea se balanceó hacia arriba. Abandonando la idea de atacar el carro para rescatar su propio medio de transporte, los salteadores del aire salieron corriendo hacia él, saltaron hacia arriba e intentaron agarrarse.

Todo fue en vano. Tal vez como consecuencia de transportar a dos chicas en vez de a dos hombres completamente desarrollados, o tal vez por diseño, la embarcación aérea alcanzó rápidamente una altura considerable. Sophronia y Dimity se asomaron por el borde y miraron hacia abajo a sus antiguos perseguidores, sonriendo. Los salteadores del aire dispararon hacia ellas con sus pistolas. Sophronia y Dimity se sumergieron de nuevo en la cesta, entre risitas.

Sólo entonces se dieron cuenta de que no tenían ni idea de cómo conducir el artilugio.

—Oh, Dios mío, nos habría venido muy bien Pillover con todo su aprendizaje extraído de los libros. —Sophronia miró con confusión las numerosas cuerdas que colgaban de los cuatro balones de las esquinas, por no hablar de las cuerdas de las velas en el centro y las palancas de la hélice debajo.

—Puede que sí, pero mi hermano apenas se preocupa por asuntos prácticos tales como los globos; es más un filósofo. Algo embarazoso para todos. —Dimity tiró de una de las cuerdas.

Decidieron empezar a tirar de las cosas para ver qué pasaba. Al tirar de una cuerda la embarcación giró en una dirección, y otra hizo que se sacudiera de una forma alarmante. Un sistema interconectado como una tela de araña abrió los orificios de ventilación de los cuatro balones al mismo tiempo, con lo que todos ellos empezaron a desplomarse. Sophronia soltó la cuerda rápidamente, y los globos dejaron de hundirse.

Estuvieron durante aproximadamente media hora dando tumbos de aquí para allá. La embarcación aérea se sacudió hacia arriba, hacia abajo y en círculos mientras Roger, Pillover, Monique y el poni avanzaban alegremente por el camino, seguidos a una respetable distancia por los Pistones. Los salteadores del aire saltaron y gritaron durante un rato antes de salir del camino, tropezando y corriendo entre los arbustos y las tierras de cultivo, siguiendo a la embarcación aérea a través del campo, y entablando amistad con demasiados setos y, con un poco de suerte, un cardo o dos.

Finalmente, gracias a un golpe de suerte, Sophronia y Dimity lograron atrapar algo de viento con la vela y establecer un ritmo majestuoso tras el poni y el carro, alcanzándolo en poco menos de una hora. En ese momento, Dimity dejó caer la cuerda de amarre que, después de varios esfuerzos fallidos, Pillover logró atar al carro. Así unidos, avanzaron a buen ritmo y sin esfuerzo todo el camino a través de Wootton Bassett y luego más allá hasta llegar a las propiedades de los Temminnick. Provocaron todo un espectáculo alrededor de ellos cuando cruzaron la ciudad, que ya era un manojo de nervios debido al inminente baile. El poni, que era de la variedad sufrida, apenas parecía notar que estaba tirando de un carro que levitaba un poco.

La señora Temminnick, que estaba atendiendo en ese momento una consulta del jardinero sobre qué flores tenía que cortar para el baile, levantó la vista. Vio a Sophronia y Dimity desembarcar, sin gracia, desde el borde de la góndola hasta el carro. Las embarcaciones aéreas no estaban hechas para las voluminosas faldas. Su expresión fue la de una mujer con varios hijos a la que ya no le sorprendía nada de lo que hicieran, incluyendo una llegada a casa desde una escuela de señoritas en una embarcación aérea.

—¿Es que no has aprendido nada en esa academia tuya? —preguntó, acercándose a ella—. ¿Qué te has traído contigo? ¿Un globo? ¡Santo cielo, Sophronia! ¿Qué será lo siguiente?

—Mamá, ¿me lo puedo quedar, por favor? —Sophronia saltó del carro al suelo, se balanceó con elegancia hasta su madre, y ejecutó una reverencia perfecta—. Los globos siempre alegran un evento, ¿no crees? Podríamos organizar pequeños trayectos en globo sobre la huerta.

—¡Oh, Sophronia, de verdad! ¿Y quién lo hará funcionar? ¡Esta pretende ser una celebración digna, no un carnaval! —La señora Temminnick se vio distraída por la necesidad de conducir al chico de la verdulería con su cesto a la entrada de personal—. Frowbitcher te dirá qué hacer —le explicó al muchacho. Los chicos de la panadería, la quesería y la frutería se encontraron con la misma exasperación y

orientación severa.

Para cuando la señora Temminnick volvió su atención hacia su hija menor, Sophronia ya había despachado a Roger con el poni, el carro y el balón.

—Estará bien en el establo por ahora.

Roger expresó su sensación de que el tamaño del establo y el tamaño de la embarcación aérea podían ser mutuamente excluyentes.

—Ponlo en el granero si es necesario —fue la respuesta de Sophronia.

—Oh, Dios mío, niña, ¿cómo va a entrar ahí? —exclamó la señora Temminnick agitando las manos.

—Roger se las apañará. —Sophronia tenía que hablar por encima de los gritos encantados de sus dos hermanos menores, que habían llegado al lugar y estaban mucho más entusiasmados por la llegada del globo que por el regreso de Sophronia —. ¡Mamá, por favor, díles que dejen de tocarlo! Podrían dañarlo.

—Vamos, querida, no armes tanto alboroto.

Sophronia esperaba que Roger pudiera mantener el curso y que sus hermanos no le hicieran ningún daño importante.

—Mamá, me gustaría mucho que conocieras a mis amigos.

La señora Temminnick hizo una pausa en su organización frenética, recordó sus modales y dijo.

—Oh, Dios mío, sí.

—Estos son Dimity Plumleigh-Teignmott y su hermano, Pillover. Esta es Monique de Pelouse. Tengo entendido que está aquí a petición tuya, no mía.

—¡Oh, *señorita Pelouse*, por supuesto! Su padre y mi marido tienen algunas relaciones por negocios, según tengo entendido. Es usted bienvenida. Sophronia, ¿te importaría mostrarle a la señorita Pelouse dónde puede refrescarse? Y, por supuesto, estoy segura de que tus pequeños amigos son muy agradables.

Monique hizo una reverencia, manteniendo su sombrero bajo y su rostro bien oculto en la sombra. Esto pareció funcionar, ya que la madre de Sophronia no la reconoció de cuando había pretendido ser la directora. La señora Temminnick se limitó a sonreírle lánguidamente y después se escabulló.

Sophronia corrió rápidamente tras ella.

—Mamá, ¿recibiste mi advertencia?

—¿Advertencia? ¿Qué advertencia, querida? Oh, ¿tu extraña notita? Sí, pero querida, los salteadores del aire son sólo un mito.

—¡Oh, mamá! Por supuesto que no lo son. ¿De dónde crees que he sacado la embarcación aérea?

—Bueno, querida, ya sabes... de alguna parte. —La señora Temminnick agitó una mano en el aire y consultó su lista de entregas pendientes—. Vaya, ¿dónde está el chico de la pastelería? He pedido tres docenas de violetas azucaradas y dos bolsas de limón confitado, y son absolutamente vitales para el éxito de la velada.

—Pero mamá, creo que podría ser incluso peor que eso. Puede haber

Escabechados involucrados.

La señora Temminnick dejó escapar un pequeño jadeo entre la risa y la conmoción.

—Vamos, Sophronia, ¿por qué te llenas esa preciosa cabecita con semejantes preocupaciones? Deja que tu padre se encargue de eso. Estoy bastante segura de que ninguno de ellos se dignaría a visitar nuestro pequeño e insignificante baile de campo. Ahora, querida, de verdad, tengo que volver a lo que estoy. Tú corre junto a tus amiguitos y ponte elegante.

Sophronia no estaba sorprendida por este rechazo de su madre. Frustrada, pero no sorprendida. Ella simplemente iba a tener que apañárselas con todo sola. Se dio la vuelta y corrió de vuelta hacia donde los demás la esperaban, Pillover y Dimity rodeando a Monique con toda la amenaza embarazosa de dos caniches pequeños pero dedicados. Agarrando la sombrerera que contenía a Bumbersnoot y acorralando a uno de los lacayos para que les ayudara con el resto del equipaje, Sophronia encabezó el camino hasta el cuarto de niños de la planta superior, una habitación que sabía por experiencia que no tenía ninguna ruta de escape. No obstante, puso a Pillover a vigilar el pasillo mientras las tres chicas juntas, a pesar de las protestas de Monique, se asearon y cambiaron para el baile.

Sophronia tenía un dilema en cuanto a su atuendo. En los pocos meses que había estado fuera, había crecido tanto que se le habían quedado pequeños sus antiguos vestidos de gala, o lo poco que quedaba de ellos. Descubrió que no estaba tan interesada en un vestido de baile apropiado como en comprender la utilidad inherente de encajar en un evento social... sobre todo si había prototipos por ahí sueltos. Dejando a Monique bajo la vigilancia de los Plumleigh-Teignmott, fue a buscar a sus hermanas.

Sólo encontró a Petunia, ya que sus hermanas mayores todavía no habían llegado. Petunia estaba en el cielo. Si el cielo se pudiera definir como un resplandeciente vestido de baile rosa de tul con lazos y adornos, en compañía de compañeras íntimas sonrientes. No se mostró contenta de ver a su problemática hermana menor.

—Sophronia, ¿estás de vuelta?

—Mamá me dijo que debería estarlo.

Petunia la miró de arriba abajo con mirada crítica.

—No pareces haber mejorado.

Sophronia ejecutó una de sus reverencias recién aprendidas.

—Te puedo asegurar que tengo muchos de los requisitos necesarios. —Levantando la vista, dijo sin ningún indicio de burla—: Estás preciosa, Petunia. —La verdad era que su hermana parecía más bien un merengue de fresa, pero Sophronia estaba decidida a llevar a la práctica su educación tanto como le fuera posible. Petunia no era más que un sujeto de prueba.

Petunia y sus queridas amigas, todas iguales con sus rizos y cintas, intentaron no mostrarse impresionadas.

—Bueno, en tal caso, es agradable tenerte de vuelta en casa.

—Petunia, a mamá se le ha olvidado que todavía estoy creciendo. ¿Puedo cogerte un vestido prestado?

Petunia no era una hermana tan dura de corazón como podía parecer.

—Claro que puedes. Uno de los míos de la temporada pasada debería quedarte lo suficientemente bien. Puede que tengas que rellenar tu corsé. No, espera un momento, deja que te mire... tal vez no. ¡Has crecido!

Petunia rebuscó en su armario, emergiendo un poco más tarde con un vestido azul, de falda amplia y tejido frágil, con una gran cantidad de adornos de encaje blanco.

—¡Muchas gracias, Petunia! —Sophronia salió corriendo de la habitación, dejando a Petunia un poco desconcertada por los cambios obrados en su hermana, hasta que se volvió a distraer por la emoción de su baile y la importancia de aplicar sólo un ligero toque de color a las mejillas.

Sophronia regresó al cuarto de los niños. Monique estaba en una esquina, ataviada con un elegante vestido de color dorado pálido, y Dimity le estaba explicando a su desinteresado hermano los méritos relativos de los accesorios.

—Oh, qué vestido más hermoso —exclamó Dimity, a la que le encantaban las faldas pomposas. Su propio vestido para la velada era de un color púrpura intenso — un color totalmente inadecuado para una chica de su edad—, por no mencionar la gran franja de perlas alrededor de su cuello.

Monique dijo, como si no pudiera evitarlo:

—¡Es de la temporada pasada!

Sophronia asintió.

—Lo sé, pero es lo mejor que he podido conseguir. Mamá se olvidó de encargarme uno. A decir verdad, no creo que esperara que yo realmente fuera a hacer acto de presencia. Este tendrá que valer.

—¡Imagínate ir a tu primer baile en un vestido prestado de la temporada pasada! —Monique sacudió la cabeza ante la parodia de la idea misma.

Sophronia se metió en el vestido. El hecho de que este estuviera obsoleto se vio mitigado por el hecho de que le quedaba maravillosamente bien. Dimity le abotonó la espalda. Después de considerarlo detenidamente, Sophronia decidió que Bumbersnoot le sería más de ayuda que un obstáculo y lo recogió entre sus brazos.

—¡No puedes llevar un mecanimal como accesorio! —siseó Dimity.

Lo cual le dio a Sophronia una idea. Envolvió el cuerpo con forma de salchicha de Bumbersnoot en una bufanda de terciopelo y la ató con un pliegue de encaje de tal manera que sólo sobresalían su pequeña cabeza, sus patas y su cola que hacía tic-tac. Envolvió cada pata con encaje y las ató con un lazo. Después fijó otro trozo de encaje a su cuello y su cola, convirtiéndolo en un bolsito con forma de perro con una cabeza de latón.

—¡Oh, maravilloso! Parece tan escandalosamente a la moda que es prácticamente

italiano! —dijo Dimity.

Sophronia se colgó a Bumbersnoot del hombro y le dio instrucciones de no retorcerse, eructar vapor o depositar cenizas durante las siguientes tres horas. Bumbersnoot meneó la cola muy lentamente, como si entendiera la gravedad de la situación.

Las chicas y Pillover, que había sacado de algún sitio un traje que realmente le quedaba bien, se pegaron a Monique. Tomaron una comida ligera en el salón principal, fuera del camino de los preparativos, y se sentaron para tomar el té mientras el sol se ponía y los invitados empezaban a llegar. Ninguno de ellos se sentía inclinado a ir a ningún sitio hasta que Monique lo hiciera. Y Monique no se uniría a ninguna fiesta hasta que esta estuviera bien avanzada. ¡No había nada peor que hacerse ver demasiado pronto en un baile! Finalmente se puso en pie y, con un murmullo, también lo hicieron Dimity, Sophronia y Pillover.

Pillover, a pesar de ser mucho más bajo que ella, le ofreció el brazo galantemente a Sophronia, que lo tomó solemnemente. El muchacho la acompañó en primer lugar con toda la dignidad de un empresario. Después entró Monique de Pelouse, seguida por Dimity. Dimity tenía los ojos entornados y estaba claramente luchando para concentrarse en Monique. Estaba a punto de entrar en un salón de baile que con toda seguridad contenía un montón de vestidos elegantes y accesorios resplandecientes que podrían distraer su atención.

Pillover y Sophronia no fueron anunciados. Monique sí que lo fue, y todos los ojos se volvieron hacia ella con interés mientras la muchacha se deslizaba en el salón. Nadie se sintió decepcionado... era una auténtica belleza. Eclipsó completamente a la pobre Petunia. Los caballeros descendieron en pos de su tarjeta de baile y los ojos de Petunia se llenaron de lágrimas. Dimity entró a continuación, también sin ser anunciada, y se unió a su hermano y Sophronia. Los tres se quedaron acechando desde la periferia del grupo de aduladores que ahora rodeaban a su némesis.

Cuando Monique bailaba, ellos bailaban el uno con el otro. Eran muy conscientes de que era indecoroso bailar con el hermano de una —o con el hermano de la amiga de una, para el caso— en un baile. Dimity se ruborizó violentamente y arrastró los pies. Pero Sophronia se dejó llevar fácilmente por su reciente entrenamiento y no le fue muy difícil sacrificar la dignidad en aras de la emoción de la caza. Cuando Monique bebía ponche, Sophronia bebía ponche e imitaba una conversación vanal con Dimity. Dimity estaba distraída con las joyas. Pillover encontraba el camino hacia los canapés con demasiada frecuencia. Sophronia sólo pensaba en Monique y sus admiradores, totalmente inconsciente de esos pocos jóvenes que se acercaban tentativamente a ella y Dimity. Dimity era muy vivaz en su alegría, de una forma rotundamente agradable, toda sonrisas resplandecientes y colores. La falta de timidez de Sophronia se había visto de alguna manera teñida por influencia de la escuela con un aire de misterio y tranquila confianza. También llevaba el más destacable bolso con forma de perro, del cual dijeron algunos que seguro se convertiría en el último

grito en moda el siguiente verano.

Un joven, un señorito pelirrojo con un mentón poco representativo, se dio la vuelta sin sentirse muy decepcionado cuando se hizo evidente que Dimity estaba más centrada en la hermosa chica rubia de lo que nunca lo estaría en él. Otro chico de cabello oscuro y rostro pálido con una expresión petulante, dedicó una buena cantidad de tiempo cortejando a una distraída Sophronia, tratando de aparentar que no le importaba que la atención de la muchacha se centrara en otro sitio.

Sophronia se fijó en él finalmente, mientras mantenía a Monique firmemente en su visión periférica.

—Dimity, creo que Pillover tiene razón. La fiesta de mi hermana realmente ha sido invadida por los Pistones. He visto dos hasta ahora.

—Oh, Dios mío, ¿está lord Dingleproops entre ellos?

Sophronia señaló con la cabeza hacia la mesa de los comestibles. Al mismo tiempo, el chico moreno se deslizó hasta llegar junto a Sophronia y le agarró la mano.

—¿Querría bailar conmigo?

Sophronia se sintió completamente sorprendida tanto por un acercamiento tan directo como por la súbita aparición del chico tan cerca de ella. Sin darse cuenta se dejó arrastrar a una cuadrilla por un joven, un *Pistón*, ¡al que no había sido adecuadamente presentada! ¡Demasiadas brechas en la etiqueta al mismo tiempo! Sophronia se sintió escandalizada de sí misma. Dicho esto, un claro testimonio del entrenamiento de mademoiselle Geraldine fue el hecho de que ejecutó los pasos de la cuadrilla a la perfección sin pensar en absoluto, la mitad de su atención centrada en su sombría pareja y la otra mitad en Monique.

Entonces, de repente, su atención se desvió hacia un alboroto. Pillover parecía estar intentando evitar que lord Dingleproops vertiera el líquido de un frasco en el bol del ponche. Su pareja de baile vio a Sophronia mirando e intentó volver a dirigir su atención a la cuadrilla. Sophronia le miró con los ojos entornados y abandonó el baile. Él probablemente no se merecía un corte tan directo, pero algo estaba en marcha.

En ese mismo instante, Monique trató de fugarse.

—¡Cuidado! —siseó Sophronia entre dientes, agarrando el brazo de Dimity. Estaba a punto de seguirla cuando observó otra cosa que la hizo detenerse en seco durante una fracción de segundo. Acechando en las sombras detrás de la refriega había un anciano caballero, perfectamente vestido con un traje de noche y con una chistera con una cinta verde atada a su alrededor.

Sus ojos se encontraron. Sophronia se estremeció y se volvió rápidamente hacia Dimity.

—Necesito que te quedes aquí. No pierdas de vista a ese hombre. ¿Lo ves?

Dimity se quedó sin aliento.

—¿El Escabechado?

—Sí. Monique es mía.

—¡Muy bien! —Dimity asintió una vez y echó hacia atrás los hombros, dirigiéndose hacia el altercado del bol de ponche para cubrirse.

Sophronia salió a toda prisa detrás de Monique, que se había escabullido con gracia lejos de su grupo de admiradores del brazo de un impresionante caballero hacia el jardín trasero. Sophronia siguió a la pareja lo más silenciosamente posible, a una cierta distancia, tomando un camino poco transitado entre dos hileras de rododendros. La falda de su amplio vestido rozaba suavemente contra los arbustos, pero sus pasos eran silenciosos. Caminó con cuidado, pisando desde la punta del pie hasta el talón con sus zapatos de baile, tal como lady Linette les había enseñado. El camino de tierra era mucho más silencioso que el de paja seca en el que se habían visto obligadas a practicar.

Monique y su acompañante se abrieron camino a lo largo del sendero de ladrillos y a través de una arboleda hasta un bebedero para pájaros en el centro de un cenador cubierto de glicinas y rodeado por unos enormes arbustos de lilas. Este era el tipo de bebedero de pájaros que se ponía en movimiento mediante una manivela, que hacía girar una pequeña rueda que hacía subir y bajar una pequeña bandada de pájaros automatizados para cuando los auténticos estaban ocupados en otra parte. En este momento estaba inmóvil.

—Muy bien, señorita Pelouse. Westminster ha recibido su mensaje. ¿Tiene la mercancía? —dijo el caballero después de un momento de silencio.

¿Westminster? ¿Monique está trabajando para el parlamento? Sophronia se acercó un poco más, usando las lilas para ocultarse y envolviéndose en sus voluminosas faldas azules en un esfuerzo por permanecer invisible.

El caballero era un tipo notablemente apuesto: bien vestido, bien peinado y bien arreglado. La mente de Sophronia fue instantáneamente a sus lecciones con el profesor Braithwope. ¿Detectaba el toque de un vampiro? ¿Era lo suficientemente apuesto? No había colmenas cerca de su casa, no que sus padres nunca le hubieran dicho, y él no parecía tener colmillos. Evaluó su atuendo otra vez. *¿Es simplemente un representante del gobierno bien vestido, o un zángano?*

Mirando furtivamente a su alrededor, Monique se quitó los guantes y después metió la punta de su bota en el comedero para pájaros de latón e introdujo la mano en el interior del hueco del pedestal para retirar una sombrilla de papel marrón. Era aproximadamente del tamaño de su puño, con un aspecto muy inocuo, y atada con una cuerda.

Se la metió en el bolso y se enderezó, se frotó las manos antes de volver a ponerse los guantes. Con una sonrisa de satisfacción se dio la vuelta, se quitó el bolsito del gancho de su cintura y lo sostuvo en alto, balanceándolo fuera del alcance del caballero.

—Mi pago, si es usted tan amable.

El dandi levantó una pequeña bolsita.

—Conforme a lo acordado, menos un cargo por las molestias generadas por el

retraso de varios meses.

Los labios de Monique se curvaron.

—¿A cuánto asciende ese cargo?

—Vamos, señorita Pelouse, una dama nunca discute cuestiones de dinero directamente.

Monique, todavía sosteniendo el bolso con el prototipo, comenzó a retroceder.

Un caballero con un sombrero de copa atado con una cinta verde salió de las sombras antes de que ella pudiera llegar muy lejos.

—Buenas noches, señorita Pelouse. Creo que tiene algo que me pertenece.

Monique se dio la vuelta para enfrentarse con esta nueva amenaza.

—Yo creo que no.

—Ah, sería mejor decir que creo que tiene algo que *quiero*. —El Escabechado se quitó el sombrero para saludar al dandi—. ¿Westminster está aquí? Debería haberlo imaginado.

El hombre inclinó la cabeza en respuesta.

—Excelencia. —En el mismo movimiento sacó una pequeña pistola, con la que apuntó sucesivamente a Monique y al Escabechado—. Démelo, señorita Pelouse. Ahora.

Sophronia lo observaba todo con ojos desorbitados. Su atención se centró en el prototipo, que ahora colgaba de la mano de Monique. *La clave está en intentar escabullirme con él mientras los otros están distraídos y llevarlo a la seguridad del atestado salón de baile. Es evidente que nadie desea una escena pública: ni los Escabechados, ni Monique, ni los hombres de Westminster.*

El Escabechado se llevó un silbato a los labios y lo sopló bruscamente. En la cintura de Sophronia, el bolso Bumpersnoot se despertó y empezó a retorcerse y a soltar silbidos de vapor mientras sus pequeñas patitas se agitaban y se enredaban en las faldas de su vestido. Como estaba suspendido de una cinta de encaje, no podía ir a ninguna parte, pero armó un terrible y ruidoso alboroto.

Por suerte, él no era el único. Algo mucho más grande y mucho más ruidoso estaba causando un follón incluso mayor. Con un gran estruendo metálico, un enorme objeto mecánico se abrió paso a través de los arbustos, destruyendo el jardín de la señora Temminnick. Se abrió paso a través de las lilas detrás del Escabechado, dirigiéndose a toda velocidad a un lado del cenador.

Se trataba de un enorme mecanimal, con la forma de un bulldog y tan alto como un hombre. Eructaba humo por las orejas; sus cuatro gruesas patas eran tan grandes como abedules; su boca era una amplia caverna de llamas. A diferencia de Bumpersnoot, este mecanimal no estaba hecho para transportar, sólo para destruir.

Asumiendo que su némesis estaba bien distraída, Sophronia bordeó los setos de lilas intentando acercarse a la chica por detrás. Bumpersnoot se calmó una vez que el sonido del silbato se desvaneció. De repente el arbusto de lilas frente a Sophronia crujió. Consiguió a duras penas tragarse un grito de sorpresa.

Dimity apareció inesperadamente.

—¿Dónde está Pillover? —susurró Sophronia, bajo la protección del ruido provocado por el enorme mecanimal.

—Enfrentándose a los Pistones. Me ha dicho que iba a atarlos como a una corbata. —Dimity no sonaba optimista—. Oh, cielos, ¿qué es eso?

—Monique, un Escabechado enojado, un dandi del gobierno, creo, y un mecanimal muy grande.

Podía ver la palidez de Dimity, a pesar de que era de noche.

—Pensaba que no se podían fabricar tan grandes. Y este no tiene raíles. ¿Es eso legal?

—Creo que muy poco de todo esto es legal. —Sophronia consideró sus opciones—. Necesitamos una distracción. ¿Podrías Pillover y tú conseguir que los Pistones salgan fuera y armen un jaleo? Esta parece ser una de sus especialidades.

Dimity arrugó la nariz.

—¿Es realmente necesario? Odio los jaleos.

—Es la mejor solución que encuentro con tan poco tiempo. Y por favor, tráeme uno de esos pasteles que vimos entregar al quesero esta mañana. ¿Recuerdas, esos envueltos en papel de estraza? Sé que mamá no dejaría que se sacaran todos para la fiesta. A ella le encantan los pasteles de queso y habrá mantenido algunos en reserva.

—Si piensas que es lo mejor. —Sin más discusión, Dimity se arrastró de nuevo hacia la casa.

Sophronia se volvió de nuevo hacia la conversación que se estaba desarrollando ante ella.

—A cambio, le ofrezco... su vida —decía melodramáticamente el Escabechado a Monique.

Monique no estaba impresionada, incluso atrapada como estaba entre una pistola y un mecanimal.

—Incluya un compromiso con su hijo mayor y tendremos un trato.

Al dandi no le gustó que Monique estuviera negociando con el Escabechado.

—¡Vamos, vamos, señorita Pelouse! Teníamos un acuerdo. —Amartilló la pistola. El Escabechado se rio.

—No es que crea que no sería una esposa admirable para el chico... apropiadamente astuta y bien entrenada, estoy seguro, pero no. —Dio la vuelta al objeto en su mano de forma amenazadora. Sophronia sospechaba que era como la ballesta del profesor Braithwope: el mecanimal atacaría a quien quiera que se lo lanzara.

—¡Vuelve aquí, pequeño gusano! —Les llegó un chillido agudo y una serie de gritos. Pillover, con el frasco en mano, llegó corriendo torpemente con sus piernas regordetas y se tropezó directamente en medio del vallecito de lilas que albergaba al Escabechado, a Monique y al mecanimal.

Dimity reapareció junto a Sophronia, jadeante, y le entregó un pastel de queso

envuelto en papel de estraza.

—Gracias —dijo Sophronia cortésmente.

Corriendo tras Pillover venían lord Dingleproops, el chico de pelo oscuro que había bailado la cuadrilla con Sophronia y otros dos Pistones, todos con aspecto irritado, aunque también encantados con la persecución. Lord Dingleproops agarró a Pillover y empezó a golpearle en las costillas. Pillover cayó inmediatamente al suelo en medio del cenador y se hizo un ovillo alrededor del frasco, como un gusano. El dandi hizo girar su arma apuntando con ella a los muchachos en lugar de a Monique. El Escabechado parecía querer soltar el mecanimal contra los chicos.

Sophronia dijo:

—A mi señal, coge el frasco de Pillover e intenta derramarlo sobre ese mecanimal. Yo iré a por el prototipo.

Dimity soltó un pequeño resoplido de ansiedad, pero asintió.

Sophronia se levantó las faldas.

—¡Ya!

Dimity se lanzó hacia su hermano, rodando fuera de los arbustos con un agudo grito de guerra, y entró en la refriega, sobresaltando a los Pistones que estaban atacando a su hermano con la suave presencia de una *mujer*.

Sophronia corrió hacia Monique.

—Oh, Monique, pobrecita, ¿se están comportando estos hombres de forma poco caballerosa contigo? ¿Deberías estar fuera en el jardín sin carabina en medio de semejante trifulca? Deja que te ayude a entrar de nuevo. Te estás perdiendo la mejor parte del baile.

Sophronia fingió tropezarse cuando rodeaba a los chicos que forcejeaban. Se tambaleó hacia un lado, golpeando el arma del sorprendido dandi haciendo que la soltara.

—Oh, cielos, perdóneme, señor. ¡Ohhhh! —En el mismo movimiento se giró, simulando sucesivos tropiezos. Lady Linette habría estado orgullosa.

Tropezó contra Monique. Extendió una mano y desgarró la parte delantera del vestido de la chica mayor, haciendo estallar los botones decorativos y asegurándose de que las prendas interiores quedaran plenamente expuestas.

—Es una verdad incuestionable —había dicho mademoiselle Geraldine, señalando hacia su propio canalillo ilustrativamente—, que la atención de una dama habita en demasía en el estado, condición y santidad de sus propios atributos.

Monique gritó, llevándose ambas manos a su corsé expuesto, y dejó caer su bolsito.

Sophronia siguió cayendo hasta el suelo. Tanto la parte superior de su cuerpo como el bolsito rodaron hasta ir a parar bajo las amplias las faldas de Monique. Al amparo de esas copiosas enaguas, la muchacha deslizó el prototipo fuera del bolsito y, casi en el mismo movimiento, lo reemplazó con el pastel de queso envuelto que Dimity le había entregado tan sólo unos momentos antes.

Monique le pateó ferozmente, pero Sophronia ya estaba rodando lejos de ella y su vestido de baile prestado mitigó la fuerza del golpe. Salió de debajo del vestido de Monique a tiempo para ver a Dimity arrebatar el frasco de Pillover y los Pistones y verter su contenido sobre la cabeza del enorme bulldog mecánico.

Monique se inclinó, recogió su bolsito triunfalmente, se volvió y echó a correr, pensando sin lugar a dudas en aprovecharse del caos. El Escabechado, no tan distraído como los demás, arrojó la bolita marca objetivos a la forma que huía. El mecanimal cobró vida y cargó contra Monique. Para acelerar la criatura tenía que enviar energía a sus extremidades desde su caldera interna. Para que el plan de Sophronia surtiera efecto, sólo hacía falta un exceso de chispas. El contenido del frasco era, tal como había supuesto, alcohólico, y por lo tanto altamente inflamable.

El mecanimal se incendió, así como los arbustos de lilas de la señora Temminnick, parte del cenador y el dobladillo del vestido de Monique cuando la criatura tropezó tras ella. Monique se lanzó al camino y rodó por el suelo para apagar las llamas, despojándose al mismo tiempo de lo que le quedaba de su vestido. El objetivo debía haberse adherido a este, ya que ahora que se había quitado el vestido dorado, el mecanimal empezó a hacerlo añicos con sus afilados y sobrecalentados dientes. El dandi y el Escabechado se acercaron corriendo.

Los Pistones estaban distraídos en parte por esta corta pero emocionante y ardiente persecución y en parte por una nueva amenaza en forma de una pequeña pero enfurecida Dimity. Dimity, Dios la bendijera, estaba recitando uno de los discursos más largos de mademoiselle Geraldine sobre la forma apropiada de comportarse en un baile, agitando un dedo furiosamente y de una forma bastante autoritaria, a pesar de lord Dingleproops.

Todavía sentada en el suelo, Sophronia alimentó a Bumpersnoot con el paquetito que contenía el prototipo, confiando en que no fuera combustible, pero suponiendo que era mejor destruirlo a que cayera en las manos equivocadas. Bumpersnoot inmoló el papel y la cuerda y se tragó todo su contenido. Soltó una nube de vapor y se le quedó una mirada contemplativa. En el interior de la cavidad de metal de su vientre se produjo un ruido de cristales al romperse. Afortunadamente todavía había tanto ruido que nadie lo oyó.

Sophronia se puso de pie, ajustándose el bolso Bumpersnoot ligeramente. Nadie se fijó en ella. Los Pistones estaban gritando y forcejeando con Pillover, que a su vez chillaba con fuerza mientras Dimity les gritaba a todos que se alejaran de allí ya que el cenador estaba en llamas y podría derrumbarse sobre ellos en cualquier momento. Un poco retirada de allí, Monique yacía en el camino medio desnuda y gritando mientras el estruendoso mecanimal llameante se acercaba cada vez más a ella. La enorme bestia tenía un pie firmemente colocado sobre sus enaguas, inmovilizándola de una manera bastante efectiva. El Escabechado estaba abofeteando al mecanimal con su abrigo para apagarlo. El dandi se cernía sobre Monique, agitando su arma y ordenándole que le entregara el prototipo, el cual Monique creía que estaba todavía

en su bolsito, que agarraba firmemente contra su pecho.

—Buenos perros —les dijo Sophronia en voz baja a los dos mecanimales.

Poner el prototipo a salvo era de suma importancia. El dandi y el Escabechado podían hacerse con el bolsito de Monique en cualquier momento y descubrir que no contenía ninguna válvula prototipo, sino un pastel de queso.

El joven de rostro pálido que estaba entre los Pistones que forcejeaban se detuvo y miró a Sophronia. Se apartó un mechón de cabello oscuro de uno de sus ojos sacudiendo casualmente la cabeza. Una comisura de su boca se torció en una sonrisa desgarradoramente dulce. *Un seductor consumado*, decidió Sophronia. Sacudió la cabeza hacia él una vez y después salió corriendo hacia la casa.

—¡Dimity, Pillover, dispersaos! —gritó mientras lo hacía, usando el término favorito de Soap.

Dimity y Pillover entendieron la instrucción. Pillover se las apañó para zafarse de los Pistones con un giro rápido y Dimity interrumpió su discurso a gritos. Sophronia podía oírles jadear detrás de ella.

Alcanzó la relativa seguridad de la abarrotada pista de baile sintiendo como si hubiera atravesado una pequeña guerra. Nadie advirtió su entrada en absoluto. Dimity y Pillover la siguieron poco después. Los Pistones no lo hicieron. O bien el discurso de Dimity les había llegado al corazón, o bien seguían retozando en el cenador en llamas, o quizá se habían dado cuenta de que se habían topado con algo más serio que sus habituales travesuras no bienvenidas y se habían escapado a su carruaje.

Sophronia, Dimity y Pillover tenían el aspecto de haber estado rodando por el suelo con sus elegantes atuendos, lo cual era cierto. Tras ayudarse los unos a los otros a alisarse rápidamente el cabello, a limpiarse sus caras manchadas con pañuelos y sacudirse la suciedad, tenían un aspecto casi respetable. Sophronia simplemente volvía a ser la Sophronia de antes de la escuela de señoritas: la desaliñada hija menor, una cierta vergüenza. Su aparición no dio lugar a nada más que unas cuantas miradas despectivas de algunas de las ancianas matronas presentes.

Esto se debió en parte a que Petunia, la reina del baile, estaba teniendo un ataque de histeria en una esquina de la habitación. Al parecer, alguien había hecho algo para decolorar su ponche, que una vez había sido de un alegre rosado y ahora era de un color verde ciénaga. La señora Temminnick estaba ordenando que trajeran agua de cebada y limonada, bebidas que Petunia consideraba que eran para el verano y por lo tanto embarazosamente fuera de temporada. ¿Por qué no podían tener vino caliente?

Dimity, Sophronia y Pillover se colaron entre la multitud, en busca de la señora Barnaclegoose. Bueno, Sophronia la buscaba y los otros dos, que nunca habían conocido a la buena señora, estaban ocupados diciendo «¿Es ella?» «¿Es ella?» de una manera ligeramente molesta.

El ataque de histeria de Petunia se estaba reduciendo paulatinamente cuando Monique de Pelouse entró corriendo en el salón de baile. Su aparición causó más revuelo que la de Sophronia. Toda la atención se desvió de Petunia y el ponche

problemático a esta nueva exhibición.

La señorita Pelouse tenía un aspecto *definitivamente* indecente: su bello vestido dorado había desaparecido por completo y ella estaba allí hecha una furia sin nada más que la cubriera que unas prendas interiores chamuscadas y destrozadas.

Sophronia habría jurado ver al dandi y al Escabechado acechando en las sombras del jardín detrás de ella. Si tenían la correcta manera de pensar, sospecharían que alguno de los Pistones se había dado a la fuga con el prototipo. Es decir, si es que creían que había sido robado de Monique y ella todavía no lo ocultaba en su persona.

Monique, sin embargo, tenía una idea bastante clara acerca de quién le había birlado el prototipo. Su cabello estaba revuelto, sus ojos le brillaban y sus enaguas hechas jirones flotaban alrededor de ella. Parecía una gloriosa diosa vengativa de algún antiguo mito erótico. Atravesó con furia la habitación y se metió directamente en medio de un vals poco entusiasta.

Sophronia fingió no reparar en ella. La multitud se apartó. *Sólo tengo que comportarme como si no pasara nada*, se dijo para sus adentros. *Lo hago todos los días, ocultar invenciones extremadamente deseables en mi bolso falso.*

Monique se detuvo, con los brazos en jarras, a unos seis o siete pasos de Sophronia y, soltando un grito de pura rabia, arrojó un pastel de queso a la cabeza de Sophronia.



El baile de puesta de largo de Petunia Temminnick fue declarado un éxito rotundo por todos los asistentes. Había habido un ponche altamente intoxicante, una gran variedad de bailes, buena música y entretenimiento en el intermedio. Nadie sabía por qué la hermosa señorita Pelouse se había desnudado, revolcado por el jardín y después arrojado un pastel de queso a la más joven de las Temminnick antes de que se la llevaran en un mar de lágrimas, pero este fue sin duda el punto culminante de una velada de lo más agradable.

Sophronia, cubierta de pastel, fue arrastrada fuera de la sala por su madre, sólo para desviar los cloqueos de bochorno de la señora Temminnick con una petición muy extraña.

—Mamá —dijo la muchacha—, es imperativo que hable con la señora Barnaclegoose *inmediatamente*. La he estado buscando toda la noche. ¿No ha asistido al baile?

La señora Temminnick no estaba teniendo una noche agradable. Su hija mayor estaba desbordada, había un auténtico caos con las bebidas y todo había culminado con la indecencia y el inexplicable lanzamiento de pasteles. No estaba de humor para dar importancia a los deseos irracionales de Sophronia.

—Oh, Sophronia, ¿de verdad tienes que ser tan difícil?

—Me temo que sí. Ella está aquí, ¿verdad?

La señora Temminnick agitó la mano de forma arbitraria. —Creo que se retiró al salón principal. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Ve allí, si lo crees necesario. —Tras un momento de melancolía, se alejó para ir a buscar a Frowbritcher para que este se encargara de los restos de tarta de queso.

Sophronia se dirigió al salón y se sintió encantada al encontrar a la señora Barnaclegoose sola, bebiendo té y observando las llegadas y salidas a través de la ventana delantera. Levantó la vista cuando entró Sophronia.

—¿Señorita Sophronia? ¿Qué le ha pasado? Está cubierta de queso y cebollas. ¿Es que no ha aprendido nada en la escuela de señoritas?

—He aprendido muchas cosas, de hecho.

—Está claro que no.

—Y algunas de esas cosas son sobre usted.

—¿Disculpe, señorita?

—No tenemos tiempo para la evitación mediante sutilezas, señora Barnaclegoose. Aunque recuerdo la lección. En cualquier momento Monique puede *darse cuenta* de que no estoy. O el Escabechado. O el hombre de Westminster. Debemos mantener si disfraz intacto.

Se acercó a la corpulenta mujer. Esta noche la señora Barnaclegoose llevaba un vestido negro de encaje con flores rosas bordadas a lo largo de los diversos volantes de la falda y una cierta cantidad de franjas de color rosa en el cuello y las mangas. Era el tipo de vestido que elegiría una joven y no muy piadosa viuda el doble de joven que la señora Barnaclegoose. *Su disfraz consiste en ocultarse tras un aspecto ridículo*, cayó en la cuenta Sophronia. *Buena táctica*.

La señora Barnaclegoose miró a Sophronia como si estuviera bailando una giga irlandesa vestida con un tartán escocés.

Sophronia le entregó el bolso Bumpersnoot.

—Tome este mecanimal, por favor. Le acabo de alimentar con lo que usted ya sabe que todos quieren. Él debería, um, expulsarlo en breve. Le convendría estar bien lejos de aquí cuando eso suceda. A continuación deberá entregárselo a lady Linette o a las autoridades oportunas. Confío en su discreción. Tenga cuidado; hay un montón de salteadores del aire, un Escabechado y posiblemente el gobierno o los vampiros tras él.

La señora Barnaclegoose entornó los ojos.

—No tengo ni idea, señorita, de lo que está hablando.

—No, supongo que no. Sin embargo, esto es un asunto de la escuela pero en el otro sentido.

—Ah —la señora Barnaclegoose le echó un vistazo a Sophronia—. ¿Debo suponer que el queso es el resultado de su adquisición de este objeto?

—Exactamente.

—Así que sí que está aprendiendo algo. —La mujer empezaba a parecer menos

ofendida y más satisfecha de sí misma.

—Oh, señora Barnaclegoose, estoy aprendiendo muchas cosas. Gracias por recomendarme a la academia.

—Ah, bueno, bueno. Pensé que usted encajaría a la perfección. —La señora Barnaclegoose parecía realmente estar ruborizándose de placer.

—Es usted muy sabia, señora Barnaclegoose. —*¿Cómo he podido no darme cuenta nunca de que sólo necesitaba alabarla para que me encontrara aceptable?* se preguntó Sophronia, sin darse cuenta del todo de que esto, también, era resultado de su nueva educación. Eran muchas las damas cuya confianza en el juicio de los demás se basaba únicamente en que los demás las juzgaran favorablemente.

La anciana realmente le sonrió.

Sophronia exhibió el tipo de sonrisa que lady Linette denominaba como «ganadora» y gesticuló con la cabeza hacia el bolsito, que la señora Barnaclegoose había escondido ya bajo sus abundantes faldas.

—Mi querida niña, lo tengo todo bajo control.

Sophronia hizo una reverencia.

La señora Barnaclegoose aprobó la maniobra.

—Una educación excelente.

Sophronia hizo otra reverencia y después salió a toda prisa de la estancia, precipitándose escaleras arriba para cambiarse de vestido. Esta era una excusa tan buena como cualquier otra para ausentarse del baile durante un corto período de tiempo.

Confiscó otro de los vestidos de su hermana, pensando que de todas formas ya se le había arruinado la velada a Petunia, y se lo puso lo mejor que pudo sin la ayuda de una doncella, poniéndose finalmente un chal por encima para cubrir los botones que no se había podido abrochar en la espalda. Se trataba de una confección de color verde salvia con ribetes de color fucsia, que no pegaban con el color de su tez, pero se tendría que conformar con esto.



El resto de la noche fue bastante decepcionante. Ni el Escabechado ni el dandi del gobierno ni los Pistones regresaron. Sophronia esperaba haber conseguido apañar las cosas para que los dos hombres persiguieran a los Pistones y los Pistones, siendo unos jóvenes salvajes que habían salido a tener una noche repleta de payasadas, los condujeran a una alegre persecución. La señora Barnaclegoose se excusó a una hora decente para una dama respetable y nadie —ni siquiera Dimity que estaba observando—, se dio cuenta de que tenía un perro salchicha mecánico como bolso de mano. Petunia bailó lo que quedaba de baile con una sucesión de jóvenes apropiados. Pillover bailó con Sophronia y Dimity con solemnidad, si bien con poca habilidad, a

pesar de que ellas le sacaban una cabeza cuanto menos. La limonada fue declarada superior al ponche, y no faltaron pasteles de queso.

Monique de Pelouse pasó el resto del evento en la mejor habitación para invitados e insistió en que hicieran venir un carruaje para ella a primeras horas de la madrugada. Preocupado seriamente por sus relaciones de negocios, el señor Temminnick le prestó su propio carruaje para coger el tren expreso matutino a Londres.

Al descubrir el cenador incendiado y las lilas destrozadas, la señora Temminnick declaró categóricamente que su hija menor debía ser la responsable y por tanto todavía necesitaba los beneficios de la escuela de señoritas y no estaba en absoluto lista para volver a casa. Se dio cuenta de que Sophronia se había vuelto una joven dama más cortés, educada y estilosa, pero también había aparecido cubierta de pastel de queso. Era evidente que mademoiselle Geraldine todavía tenía trabajo por delante, y como ellos estaban dispuestos a mantener a Sophronia en la escuela, ella estaba sin lugar a dudas dispuesta a separarse de su hija menor.

Sophronia fingió estar muy enfadada con la idea de continuar con su exilio, aunque estaba secretamente encantada. Esta vez hizo el equipaje con mucho más cuidado, incluyendo su fusta, tres tornillos de acero y un pequeño cuchillo de disección entre los vestidos heredados de sus hermanas que su madre había insistido en incluir y que Dimity había insistido en que podían «rehacer». Sophronia consideró el tema de la embarcación aérea; no veía la forma de mantenerla en la escuela, aunque suponía que los hollinosos podrían encontrar una. En su lugar, ella y Dimity desinflaron los globos, bajaron la vela y convencieron a los constructores para que incorporaran la góndola y el mástil como un elemento decorativo en el techo del nuevo cenador. Por lo que la embarcación desapareció allí, oculta a plena vista.

Dimity y Pillover se quedaron el resto de las vacaciones de invierno. Había tantos niños Temminnick que Sophronia sospechaba en privado que su madre no se había percatado de los adicionales. La señora Temminnick estaba ocupada preparando a Petunia para una temporada londinense, ya que su pequeño baile de campo había obtenido la suficiente atención como para garantizar una mención en el *Morning Post*. Se sintió aliviada al hacer el equipaje de su hija menor y sus compatriotas asociados para que regresaran a lo que ella sólo podía conjeturar que era una respetable escuela de señoritas que con un poco de suerte eliminaría los muchos defectos manifiestos de Sophronia.

Qué poco sabía ella.

Sophronia regresó a la escuela de mademoiselle Geraldine, donde se encontró con que el prototipo estaba a salvo en Bunson y siendo ya reproducido, con una mención en su expediente escolar por unas maniobras encubiertas no justificadas pero bien ejecutadas, y con Bumbersnoot, que la esperaba tranquilamente en la sala de estar con una nota clavada en sus nalgas.

«La próxima vez —rezaba la nota—, por favor utilice un método más gentil de

transferencia de objetos. Mi vestido de noche está cubierto de cenizas. Suya, etc. Sra. B.»

Sophronia le dio unas palmaditas en la cabeza al mecanimal.

—Bien hecho, Bumbersnoot.

Bumbersnoot eructó una ráfaga de vapor con satisfacción y meneó su cola mecánica: tic-tac, tic-tac.



GAIL CARRIGER. Gail Carriger dedica sus días a la escritura para sobrellevar el estigma de haber sido criada en la oscuridad por una inglesa expatriada y un cascarrabias incurable y empedernido. Consiguió escapar de la monótona vida del campo y, sin apenas darse cuenta, se hizo con una educación respetable. Más adelante, recorrió las ciudades más históricas de la vieja Europa subsistiendo únicamente gracias a las galletas que guardaba en su bolso de mano.

Actualmente reside en las Colonias rodeada por un harén de amantes armenios, desde donde insiste en el consumo de té directamente importado de Londres y en la compañía animal de gatos instruidos en el noble arte del orinado en retrete. Le gustan los sombreros minúsculos y la fruta tropical.

Notas

[1] Hace referencia a un juego de palabras intraducible en español. La palabra empleada es trifle, que tiene un doble significado en inglés. Por un lado un trifle es un bizcocho y por otro lado se traduce como "nimiedad, trivialidad, pequeñez" [N. de la T.] <<

[2] La palabra soap significa jabón en inglés. [N. de la T.] <<